

REVISTA GENERAL DE MARINA



FUNDADA EN 1877

AGOSTO-SEPTIEMBRE 2008



REVISTA
GENERAL
DE
MARINA

FUNDADA EN 1877
AÑO 2008
AGOSTO-SEPT.
TOMO 255



Nuestra portada: Monumento
en memoria de los caí-
dos por España, situado
en la madrileña Plaza de
la Lealtad.
(Foto: A. C. O.).

CARTA DEL DIRECTOR	187
LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA (1808-1814): PLANTEAMIENTO Y CARAC- TERÍSTICAS DE LA CRISIS	189
Enrique Martínez Ruiz, Universidad Complutense de Madrid	
EN VÍSPERAS DE LA GUERRA. EL TRIUNFO DE FERNANDO VII EN EL ESCORIAL Y ARAN- JUEZ	201
Emilio La Parra López, Universidad de Alicante	
LA CRISIS POLÍTICA EN LA ESPAÑA DE 1808. EL SURGIMIENTO DEL NUEVO RÉGIMEN	215
Emilio de Diego García, Universidad Complutense de Madrid	
EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA	231
Teniente general del Ejército de Tierra Andrés Cassi- nello Pérez	
LA GUERRILLA ESPAÑOLA DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA	243
José Cepeda Gómez, Universidad Complutense de Madrid	
LA MARINA EN LA GUERRA DE LA INDEPEN- DENCIA	257
Capitán de navío Hermenegildo Franco Castañón	
LA INFANTERÍA DE MARINA EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA	267
General de brigada de Infantería de Marina José Enrique Viqueira Muñoz	
LA GUERRA PENINSULAR EN TERRITORIO PORTUGUÉS	281
Capitán de navío Fernando de la Guardia Salvetti	
EN TIERRA COMO EN EL MAR. LOS MARINOS EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA	293
General Auditor José Cervera Pery	
TRES ALFÉRECES DE FRAGATA Y OTRAS CONE- XIONES MARINERAS EN EL DOS DE MAYO DE 1808	303
Capitán de navío Mariano Juan y Ferragut	
RENDICIÓN DE LA ESCUADRA FRANCESA DE ROSILY (14 DE JUNIO DE 1808)	329
Coronel de Infantería de Marina Miguel Aragón Fontenla	
EL SITIO FRANCÉS DE LA ISLA DE LEÓN (1810- 1812)	349
Juan Torrejón Chávez, Universidad de Cádiz	
LA ARMADA EN LA BATALLA DE CHICLANA	375
Capitán de navío Miguel Ángel Garat Ojeda	
LOS APOSTADEROS NAVALES DE ULTRAMAR DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPEN- DENCIA	387
Capitán de navío José María Blanco Núñez	
EL NAVÍO <i>ATLANTE</i> Y SU CURIOSA HISTORIA	403
Capitán de navío Marcelino González Fernández	



Las opiniones y afirmaciones contenidas en los artículos publicados en estas páginas corresponden exclusivamente a sus firmantes. La acogida que gustosamente brindamos a nuestros colaboradores no debe entenderse, pues, como identificación de esta REVISTA, ni de ningún otro organismo oficial, con los criterios de aquéllos.

Depósito legal: M. 1.605-1958
ISSN 0034-9569
NIPO: 076-08-021-5 (edición en papel)
NIPO: 076-08-022-0 (edición en línea)

VENTA EN ESTABLECIMIENTOS

MADRID.—Museo Naval. Paseo del Prado, 5
Librería Náutica *Robinson*. Bárbara de Braganza, 10.
Librería *Moya*. Carretas, 29.
Diálogo Libros. Diego de León, 2.
Librería *Castellana*. Paseo de la Castellana, 45.
BARCELONA.—Librería *Collector*. Pau Claris, 168.
BURGOS.—Librería *Del Espolón*. Espolón, 30.
CÁDIZ.—Librería *Jaime*. Corneta Soto Guerrero, s/n.
CARTAGENA.—Museo Naval. Menéndez Pelayo, 8.
FERROL.—*Central Librera*. Dolores, 2. Página web: www.centrallibrera.com
Central Librera. Real, 71. Correo electrónico: centrallibrera@telefonica.net
Kiosko Librería. Sol, 65
SANTANDER.—Librería *Estudio*. Avenida de Calvo Sotelo, 21.
SEVILLA.—Museo Marítimo *Torre del Oro*. Paseo de Cristóbal Colón, s/n.
TARRAGONA.—Librería Náutica *Cal Matías*. Sant Pere, 45 (Serrallo).
VISO DEL MARQUÉS (CIUDAD REAL).—Archivo Museo don Álvaro de Bazán.
ZARAGOZA.—Publicaciones *ALMER*. Cesáreo Alierta, 8.

VENTA ELECTRÓNICA

www.fragata-librosnauticos.com

Precio ejemplar (IVA incluido):

España	1,65 €
Unión Europea	2,10 €
Otras naciones	2,25 €

Suscripciones anuales (IVA y gastos de envío incluidos):

España	14,88 €
Unión Europea	19,57 €
Otras naciones	20,16 €

PUBLICIDAD: Vía Exclusivas, S. L.
Viriato, 69. 28010 MADRID
Teléfono: 91 448 76 22. Fax: 91 446 02 14
Correo electrónico: viaexclusivas@jet.es

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Montalbán, 2 - Cuartel General de la Armada - 28071 MADRID.
Teléfono: 91 379 51 07. Fax: 91 379 50 28
Correo electrónico: regemar@fn.mde.es

CARTA DEL DIRECTOR

Querido y respetado lector:

Sean las primeras líneas de este número veraniego para dar nuestra enhorabuena al almirante general Sebastián Zaragoza Soto al cesar en el cargo de almirante jefe de Estado Mayor de la Armada, y al mismo tiempo desear la mayor de las suertes a su sustituto, el almirante general Manuel Rebollo García. Ambos, desde sus anteriores puestos, han prestado siempre el máximo apoyo a la REVISTA GENERAL DE MARINA y atendido con interés cuantas solicitudes y sugerencias les fueron presentadas, por lo que mostramos también nuestro agradecimiento y al mismo tiempo nuestra confianza en que dicha actitud continuará en la misma línea bajo la nueva situación.



A estas alturas del año son ya innumerables los libros escritos, las exposiciones mostradas y las conferencias impartidas sobre la Guerra de la Independencia con motivo de su bicentenario, por lo que volver sobre el mismo tema podría resultar algo reiterativo. No obstante, la RGM no podía quedar al margen de semejante acontecimiento, en el que la Armada jugó un papel fundamental tanto en la mar como en tierra, aunque lamentablemente este aspecto haya sido desconocido o ignorado por la mayoría de los autores de las múltiples publicaciones editadas. Por eso nos incorporamos al coro laudatorio de tan magno suceso, que marcó un importante punto de inflexión en nuestra historia, y le dedicamos nuestro monográfico de agosto-septiembre. Tras unos primeros artículos en los que se analiza el desarrollo de la situación política de la época y de los acontecimientos que condujeron al levantamiento popular del Dos de Mayo, nos adentramos en la acción bélica a través de la actuación las fuerzas terrestres y de la guerrilla, para pasar enseguida a profundizar en la vital contribución de la Armada para la consecución del resultado final de la contienda.

En un país bañado por el mar como España, y con su envidiable situación geoestratégica, difícil es imaginar un conflicto bélico en el que el líquido elemento no forme parte principal del escenario en el que se desarrolla la acción y en el que la Armada no desempeñe un papel fundamental. Anteponiéndose a las ideas de Mahan y McKinder, nuestra Guerra de la Independencia mostró la superioridad del bloqueo marítimo sobre el continental, lo que permitió el desarrollo favorable de la contienda para nuestras fuerzas. La Logística es elemento clave en cualquier conflicto prolongado, como el aquí tratado, y el dominio del mar, negado a los franceses, permitió el suministro e intercambio de los recursos humanos y materiales que coadyuvaron al éxito final.

Podríamos preguntarnos qué hubiese sucedido si Rosily hubiera mantenido intacta su escuadra en la bahía de Cádiz y conectado con las fuerzas del general Dupont en la Isla de León. Pero eso lo dejamos a la imaginación del lector. Nosotros nos limitaremos a presentar una serie de artículos que tratan, principalmente, de la actuación de la Armada y de su gente a partir del Dos de Mayo de 1808.

Guillermo VALERO AVEZUELA



A NUESTROS COLABORADORES

El acuse de recibo de los artículos enviados por nuestros estimados colaboradores no supone, por parte de la REVISTA, compromiso para su publicación. Normalmente no se devolverán los originales ni se sostendrá correspondencia sobre ellos hasta transcurridos seis meses de la fecha de su recibo, en cuyo momento el colaborador que lo desee podrá reclamar la devolución de su trabajo.

Los originales, que habrán de ser inéditos, se presentarán mecanografiados a dos espacios en hojas DIN-A4, con un máximo de 28 líneas por página y su extensión no deberá sobrepasar las 10 páginas, dejando a la derecha un margen suficiente para las correcciones. **Cuando la extensión del original sea superior a tres hojas DIN-A4, se acompañará éste grabado en CD-ROM, con tratamiento de texto Word.** La Redacción se reserva la introducción de las correcciones ortográficas o de estilo que considere necesarias.

El título irá en mayúsculas; bajo él, a la derecha, el nombre y apellidos del autor y debajo su empleo, categoría o profesión y N.I.F. Los títulos de diferentes apartados irán en línea aparte, en minúsculas y subrayados con línea ondulada, lo que significa su impresión en negrita. Se subrayarán con línea continua (cursiva) los nombres de buques, que no se entrecomillarán. Se evitará en lo posible el empleo de mayúsculas para palabras completas, sirviéndose del entrecomillado o cursiva cuando se considere necesario. Las siglas y acrónimos deberán aclararse con su significado completo la primera vez que se utilicen, pudiendo prescindir de la aclaración en lo sucesivo; se exceptúan las muy conocidas (ONU, OTAN, etc.) y deben corresponder a su versión en español cuando las haya (OTAN en lugar de NATO, Armada de los Estados Unidos en vez de US Navy, etc.).

Las fotografías, gráficos y, en general, ilustraciones deberán acompañarse del pie o título. **Las fotografías e ilustraciones cuando se remitan en CD-ROM tendrán como mínimo una resolución de 300 dpi.** Deberá citarse su procedencia, si no son del propio autor, y realizar los trámites precisos para que se autorice su publicación: la REVISTA no se responsabilizará del incumplimiento de esta norma. Todas las ilustraciones enviadas pasarán a formar parte del archivo de la REVISTA y sólo se devolverán en casos excepcionales.

Las notas de pie de página se reservarán para datos o referencias directamente relacionados con el texto, se redactarán del modo más sintético posible y se presentarán en hoja aparte con numeración correlativa.

Es aconsejable un breve párrafo final como conclusiones, síntesis o resumen del trabajo. También es conveniente citar, en folio aparte, la bibliografía consultada, cuando la haya.

Al final del artículo, al que se acompañará la dirección completa, con distrito postal, y número de teléfono de contacto del autor, deberá figurar su firma.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA (1808-1814): PLANTEAMIENTO Y CARACTERÍSTICAS DE LA CRISIS

Enrique MARTÍNEZ RUIZ
Universidad Complutense de Madrid



A Guerra de la Independencia es uno de los episodios de la Historia de España que ha gozado en todo momento, desde que concluyó hasta la actualidad en que conmemoramos su segundo centenario, de un grato recuerdo en la sociedad española hasta constituir un referente generalizado por su dimensión popular, por su trascendencia política y por sus novedades militares, significativas tanto en el plano estrictamente peninsular como en el internacional.

De la amistad a la ruptura con Francia

El desencadenamiento de la guerra es el resultado de la confluencia de dos crisis diferentes: una, de carácter internacional derivada de la dinámica impuesta por Napoleón en Europa; la otra, nacida en el interior de España a consecuencia de las intrigas cortesanas. Ambas crisis vienen gestándose desde tiempo atrás.

En el plano internacional, el estallido de la Revolución en Francia y su posterior desarrollo con el guillotinado de Luis XVI y la proclamación de Napoleón como emperador enfrentan a España con el dilema de optar entre las motivaciones ideológicas y los imperativos estratégicos. Hacia la primera opción la empujan la condición del nuevo poder revolucionario galo, magnífica y republicano, así como el parentesco de los reyes español y francés, éste, como ya se ha dicho, depuesto y ajusticiado por la Revolución, factores que entrañarían la alianza con la Europa legitimista y monárquica, incluida Inglaterra, con la que mantenemos un enfrentamiento casi constante a lo largo del siglo XVIII. En cambio, hacia los imperativos estratégicos nos movían la rivalidad

con Inglaterra y la necesidad de salvaguardar nuestra posición en las colonias de ultramar, empresas en las que podía servirnos de ayuda la alianza francesa, una constante durante el siglo XVIII, mantenida a través de los denominados pactos de familia, pues también Francia estaba enfrentada a Inglaterra en la política continental europea y en la política colonial.

En un primer momento España se decide por las motivaciones ideológicas, lo que le lleva a luchar contra el nuevo poder francés en la llamada guerra de los Pirineos o de la Convención (1793-95), desfavorable para nuestro país, que comprueba lo peligroso que es tener de vecino a un enemigo poderoso, por lo que resultaba previsible la vuelta a la posición que aconsejaban los imperativos estratégicos o, lo que es lo mismo, la vuelta a la alianza francesa, lo que supondrá que España sea arrastrada a los sucesivos enfrentamientos franco-británicos en los años siguientes a la referida guerra pirenaica, una de cuyas peores consecuencias fue la derrota de Trafalgar en 1805, que consolidaba la supremacía naval inglesa y frustraba el plan napoleónico de invadir la isla. La derrota naval, pues, obliga a Napoleón a cambiar de planes, y el desembarco y la invasión dejan paso al denominado bloqueo continental, cuyo objetivo era cerrar los puertos europeos a los navíos británicos. Un plan que Napoleón pone en marcha a fines de noviembre de 1806 y al que España se suma en febrero de 1807.

Para entonces ya está planteada la crisis interna, al constituirse un grupo cortesano en torno al príncipe Fernando y en abierta oposición a Godoy. A medida que avanza el año 1807 se producen unos hechos que van aproximando la crisis interna y la externa, como son la firma del Tratado de Fontainebleau (por el que se decidía la conquista de Portugal y su posterior reparto por negarse a unirse al bloqueo contra Inglaterra) y el descubrimiento de la conjura de El Escorial (protagonizada por el grupo antigodoísta que no fue castigado, demostrando la generalizada protesta contra el primer ministro español), sucesos en cuyo análisis no vamos a entrar pues serán tocados con más detenimiento en otros artículos. A partir de este momento los acontecimientos se precipitan: el 17 de octubre de 1807 Junot, con 40.000 hombres, inicia la marcha para la conquista de Portugal, que ha concluido para el 30 de ese mes, pero las tropas francesas siguieron llegando a España pretextando proteger los restos de la armada hispano-francesa anclados en Cádiz: Dupont, con 45.000 hombres, avanzó hasta Valladolid; Moncey, con 35.000, se colocó entre Vitoria y Burgos, y Duhesme controlaba la frontera catalana. El avance de Dupont hacia Madrid sembró la alarma definitivamente y la familia real española se marchó a Aranjuez para seguir hacia Andalucía y embarcar para América si las circunstancias lo exigían. En la noche del 17 al 18 de marzo estalló el denominado motín de Aranjuez, que supuso la caída de Godoy y la abdicación de Carlos IV en su hijo, que de esta forma «revolucionaria» se convertía en Fernando VII. El 23 de ese mes entraban los franceses en Madrid y al día siguiente llegaba el nuevo rey en medio de un recibimiento delirante.

No tardó en producirse el enfrentamiento entre Murat y Fernando VII, pues aquel declaró que no le incumbía reconocer a éste y ofreció su protección a los reyes padres y a Godoy. Es el momento en que la crisis interna se conecta con la crisis internacional, pues Napoleón tenía decidido dar el trono español a su hermano José, para lo que tendría que estar fuera de España toda la familia real borbónica, un designio que se vio favorecido cuando Carlos IV declaró nula su abdicación por haberla hecho presionado por las circunstancias y pensó en Napoleón como árbitro de la situación, acudiendo a Bayona, donde se encontraba el emperador de los franceses, para pedirle su intervención; ante el temor a verse desplazado, Fernando se puso también en camino hacia la localidad francesa, donde padre e hijo claudicaron bochorosamente en las denominadas abdicaciones de Bayona, que convertían a José Bonaparte en nuestro José I. La orden de sacar de España al resto de la familia real española que se encontraba en Madrid provocó el motín de la población el 2 de mayo, episodio que se considera el inicio de la Guerra de la Independencia. Para entonces, Moncey había avanzado hasta Aranda de Duero, Merle se apoderó de Pamplona y Duhesme ocupó Barcelona, sin que ninguno de estos movimientos hubiera provocado ningún recelo, como tampoco lo provocó la entrega de Figueras y de San Sebastián. Dupont se había desplazado hasta Segovia y siguió hacia el sur por El Escorial, Aranjuez y Toledo, ocupando los pasos hacia Andalucía.



Carlos IV. (Museo Naval. Madrid).

Desencadenamiento de la guerra. Guerra nacional, guerra de liberación

Así, pues, en el momento del inicio de la guerra nos encontramos con tropas francesas en Portugal, tropas francesas controlando los pasos de los

Pirineos y sus aldeaños y una gran bolsa de soldados galos distribuidos por el interior peninsular ocupando posiciones estratégicas.

Ante semejante distribución podemos concluir que, en realidad, en el origen de la Guerra de la Independencia hemos de ver, ante todo, la sublevación contra una ocupación, algo que confirma la situación de las tropas españolas, repartidas en función de la alianza francesa y los siguientes objetivos:

- Colaborar con las fuerzas francesas de Junot sobre Portugal.
- Participar en las operaciones continentales de Napoleón.
- Vigilar los movimientos enemigos que se produjeran en Gibraltar.
- Proteger las costas mediterráneas.

Con tales objetivos, la fuerza estaba distribuida por la periferia de la monarquía, formando un largo cordón cuyo trozo más grueso era el de la frontera portuguesa y zona meridional, mientras que su menor consistencia la presentaba por el lado de la frontera francesa. Hemos de tener presente también que se enfrentaban dos países hasta ese momento aliados y que la transición de la paz a la guerra se hizo con sorprendente rapidez y de manera directa, sin que las chancillerías o los gobiernos declarasen previamente la guerra.

El verdadero alcance en el plano internacional de la Guerra de la Independencia está en su condición de «guerra de liberación» o «guerra nacional», que junto con las otras dos contiendas de esta naturaleza —la rusa y la alemana— constituyen para algunos el verdadero comienzo del siglo XIX, pues en esas tres guerras encontramos la inserción de una postura nacional en una planificación mundial, una revolución social que encarna la pujante burguesía y una participación de las clases populares que les da su carácter nacional y por ello tienen la doble condición de «guerra» y «revolución».

El planteamiento estratégico por lo que respecta a la española se inició como respuesta —ya lo hemos dicho— a un proyecto a gran escala: el bloqueo económico a Inglaterra, en el que eran piezas claves los puertos y los barcos. Con esta visión tejió Napoleón su estrategia en España, pero los españoles movilizaron un factor inesperado para los franceses que complicará hasta el máximo el proyecto imperial. Tal factor es el paisaje como elemento activo, recurso que sorprendió la estrategia napoleónica y contra el que no pudieron nada los principios de la lógica militar imperante en la época. La guerrilla vino a descomponer planes y proyectos napoleónicos. Así, una campaña precisa y matemática se transformó en una guerra de seis años en la que no cabía la previsión. Por otra parte, la Guerra de la Independencia rompió el proyecto imperial napoleónico al abrir los puertos españoles a los ingleses, y será un factor primordial en el hundimiento del emperador francés tanto directa —por ser réplica armada— como indirectamente —su ejemplo cundió en Europa—, circunstancias que le confieren un significado inigualado

por las otras dos guerras semejantes, que empezaron después que la nuestra y su duración fue bastante menor.

En cuanto al planteamiento político cabe preguntarse si la precipitación de la defensa activa interfirió la normal evolución del país. La verdad es que durante el reinado de Carlos IV no se reformó el Estado y pasó a primer plano el descontento contra el «despotismo ministerial», persistiendo una clara continuidad entre los poderes del antiguo régimen y el gobierno títere de José I, lo que viene a poner de relieve el carácter fundamentalmente revolucionario de las medidas políticas que empiezan a introducirse con la creación de las Juntas Provinciales, la formación de la Junta Suprema Central Gubernativa del Reino, la reunión de Cortes unicamerales y no al modo tradicional y, sobre todo, la promulgación de la Constitución de 1812. A la vista de este proceso y respecto al planteamiento político de la guerra, podemos concluir que el levantamiento precedió a la reforma. El alzamiento y la guerra serán aprovechados por un grupo minoritario bien intencionado y con preparación teórica para acometer una reforma estatal, pero la realizaron tan a fondo que crearon un estado de nuevo cuño articulado en la Constitución de Cádiz. La reforma tuvo un carácter definido por una doble motivación: por el levantamiento nacional que le precedió y por el carácter abstracto (la Constitución) que le dio forma.

El carácter nacional de nuestra Guerra de la Independencia se reduce a tres postulados: el levantamiento espontáneo, propio de los sectores urbanos y de los comienzos de la contienda; la formación de un ejército nacional que da cabida en él a la nación en armas, y la guerrilla, forma específica de los medios rurales para intervenir en la lucha.

El alzamiento espontáneo está oscuramente enraizado con la crisis política del reinado de Carlos IV, aunque lo desencadena la invasión francesa.

El segundo de los postulados, el paso del ejército real tradicional al novel ejército nacional se produce mediante un proceso que consta de las siguientes etapas:

- Constitución de las «milicias honradas» para mantener el orden en las poblaciones (18 de noviembre de 1808).
- Reglamentación de las partidas y guerrillas (28 de diciembre de 1808).
- Autorización del curso terrestre (17 de abril de 1809).
- Conversión de las antiguas milicias provinciales en tropas de línea (1 de mayo de 1810).
- Creación de una milicia nacional que actuaría en caso de emergencia.

Este conjunto de normas legales no hace más que organizar una realidad social previa, pues marca la progresiva incorporación de la población civil a la lucha con la esperanza de regularizar su actuación y que ésta fuera en provecho del ejército regular. Sin embargo, la proyección futura de tal normativa es

escasa, por no decir nula —que sería bastante más preciso—, ya que ninguno de sus componentes queda vigente una vez concluida la guerra y los avatares políticos subsiguientes los sentencian definitivamente.

En cualquier caso, estamos ante el intento de regularizar la actuación incontrolada de grupos populares que practican una guerra de guerrillas altamente perturbadora para los planes de los cuarteles generales y de las autoridades civiles territoriales. Porque la guerrilla no es sólo una táctica militar; constituye también un género de vida. En el guerrillero desaparecen todos los convencionalismos que posibilitan la vida colectiva. La ley es sustituida por la entrega total a unos grandes ideales vividos plenamente y por los cuales se combate; el componente de la guerrilla es un elemento humano con virtudes y defectos, dotado de un sentimiento especial que le une estrechamente al jefe. Pero en la guerrilla, aparte del valor heroico sobre el que no es necesario insistir, hay un germen negativo, ya que el guerrillero se da cuenta de que su acción individual puede prevalecer sobre la ley, además de provocar una falta de adaptación a los tiempos de paz, cayendo en el denominado «bandolerismo de retorno», un fenómeno perceptible en todas las posguerras, y la de la Independencia no iba a ser una excepción. Igualmente, hay que señalar que el prestigio de nuestra Guerra de la Independencia contribuyó de una manera eficaz y en extremo operante a hacer del pueblo español una categoría romántica.

Características y dimensiones de la guerra

Se ha repetido con frecuencia que la Guerra de la Independencia es la «primera empresa auténticamente nacional» de los españoles. Una afirmación que se basa sobre todo en la unanimidad del sentimiento patrio —o de rechazo al invasor—, en la vigencia y operatividad de los sentimientos monárquico y religioso —sentimientos que Napoleón nunca llegó a entender— y en la amenaza generalizada sobre todo el territorio nacional, impulsando a sus habitantes a la colaboración en acciones conjuntas.

Cuando comienza la Guerra de la Independencia tenemos una sociedad a flor de piel en bastantes regiones españolas, una institución monárquica desprestigiada, una clase dirigente contestada y una nación inerte a causa de las derrotas en la guerra de los Pirineos (muestra las grandes deficiencias de las fuerzas armadas españolas) y en Trafalgar (acaba con la escuadra). En estas condiciones, difícilmente un estado y un gobierno pueden afrontar un conflicto armado. España no iba a ser una excepción, pero además tendría que afrontarlo en unas condiciones nada usuales para ella: las derivadas de ser campo de batalla; si en conflictos anteriores la lucha se había mantenido en regiones más o menos cercanas a la frontera, en esta ocasión todo el territorio peninsular sería un gigantesco tablero de operaciones. Y éste es el primer rasgo a destacar en la guerra.

Se ha dicho —en una síntesis matizable, pero expresiva de tendencias historiográficas clásicas— que para los historiadores franceses la guerra de España es una guerra napoleónica más, convertida en guerra de liberación nacional, de independencia por la decisión del pueblo español. Los historiadores ingleses hablan de la guerra peninsular como un episodio del enfrentamiento entre tácticas, técnicas e ideas estratégicas diferentes encarnadas por Wellington y los suyos, por un lado, y los mariscales franceses, por otro; todo lo demás para ellos tiene una importancia secundaria solamente. Por lo que respecta a los historiadores españoles, hablan en conjunto de una guerra entusiasta y tenaz por recobrar la independencia, pero se ha distinguido que los que son profesionales de la milicia prefieren hacer un relato dentro del contexto militar internacional y los historiadores universitarios, sin descuidar los aspectos militares, prefieren la incidencia social e ideológica del conflicto.

Por otro lado, la guerra contiene muchas variantes regionales que le confieren una gran diversidad y complican al máximo los intentos de sintetizarla. No obstante, se pueden establecer unas grandes áreas o zonas aglutinadas por el predominio de determinadas tendencias y realidades:

- La zona comprendida entre los Pirineos y el río Ebro: es donde el dominio napoleónico resulta más sólido, hasta el punto de que el emperador francés pretendió incorporarla a Francia.
- La zona andaluza: hacia la que se desplaza la Junta Central y donde se mantiene firme el último reducto de los sublevados. Ha sido definida como un espacio de «resistencia».
- La zona oeste compuesta por Galicia y Portugal: utilizada como cabeza de puente por las tropas inglesas. Desde allí partirá la ofensiva final que llevará a las tropas aliadas al otro lado de los Pirineos.
- La zona centro: donde José I se esfuerza en desarrollar su labor gubernamental, tropezando con la acción de las guerrillas, la ambición de los mariscales franceses y la escasez de recursos financieros.

Por otro lado, la guerra pasó por unas alternativas que nos permiten intentar una sistematización cronológica de acuerdo con la preponderancia de los combatientes. En consecuencia, podemos hablar de una primera etapa, la de ocupación, que sería la más breve y que hemos de enmarcar en el conjunto de la península Ibérica, consistente en el plan napoleónico de ocupar España y Portugal, por lo que en su sentido más amplio esta etapa podría empezar en el otoño de 1807, con la llegada de los primeros contingentes franceses camino de Portugal, y en su sentido más restrictivo el comienzo podríamos situarlo en las consecuencias del motín de Aranjuez, en marzo y abril de 1808. Tomemos un punto de partida u otro, la fase de ocupación terminaría con las consecuencias de la batalla de Bailén (julio, 1808), en la que los franceses sufrieron una inesperada derrota que les hace replegarse hasta los Pirineos. El periodo que

va desde el otoño de 1808 hasta la batalla de Ocaña a fines de 1809 podemos considerarlo como de control de la sublevación e imposición del dominio francés.

La siguiente etapa discurre entre las batallas de Ocaña (noviembre, 1809) y de los Arapiles (julio, 1812) y es de claro predominio francés, pues encerraron a los españoles en Cádiz y redujeron a los portugueses y británicos a una exigua porción de tierra en las proximidades de la capital lusa. Una tercera etapa sería la que marca el cambio de signo en la guerra; se desarrollaría desde el verano de 1812 a la primavera de 1813, coincidiendo con la dramática campaña de Napoleón en Rusia, traduciéndose en España en el avance aliado sobre Castilla la Vieja y el repliegue francés hacia Valencia. Por último, la etapa final, de claro predominio aliado, se inicia con la gran ofensiva emprendida en mayo de 1813 que empuja a los franceses hacia el norte, obligándoles a repasar los Pirineos penetrando en tierras francesas, concluyendo las operaciones en 1814.

Pues bien, a lo largo de estos años los ejércitos franceses han tenido que enfrentarse a diversos tipos de guerra, con algunos de los cuales no estaban nada familiarizados. En realidad, la superioridad napoleónica radicaba en su capacidad para afrontar lo que podemos llamar la guerra convencional, en la que el emperador francés era un verdadero genio, resolviendo sus campañas en una o varias batallas campales que dejaban al enemigo sin capacidad de reacción. Pero en España, junto a estas batallas, los ejércitos invasores han de afrontar una dura guerra de desgaste, nada convencional, con empresas sin brillantez, como son los asedios (algunos tan emblemáticos como los de Zaragoza y Gerona), que no siempre supieron resolver favorablemente (el mejor y más simbólico fue el de Cádiz, la ciudad «irreductible», la cuna del liberalismo español). Pero aún peor fue la lucha contra la guerrilla, causa de múltiples bajas entre los franceses y alteradora de muchos de sus planes y planteamientos, forma de luchar omnipresente en toda la geografía española, en la que destacaron figuras señeras (El Empecinado, el cura Merino, Julián Sánchez, Espoz y Mina, etc.) de fama perdurable.

Crisis política y revolución

Al mismo tiempo que se desarrollaba la guerra se estaba produciendo una crisis política que discurría por una doble vertiente y que tiene su origen en las abdicaciones de Bayona, dando lugar a la crisis del Antiguo Régimen, tanto por el lado francés, con el establecimiento del régimen josefino (en cierto modo continuador de la España de Carlos IV), como por el lado español, con la implantación de un régimen liberal de corte claramente revolucionario.

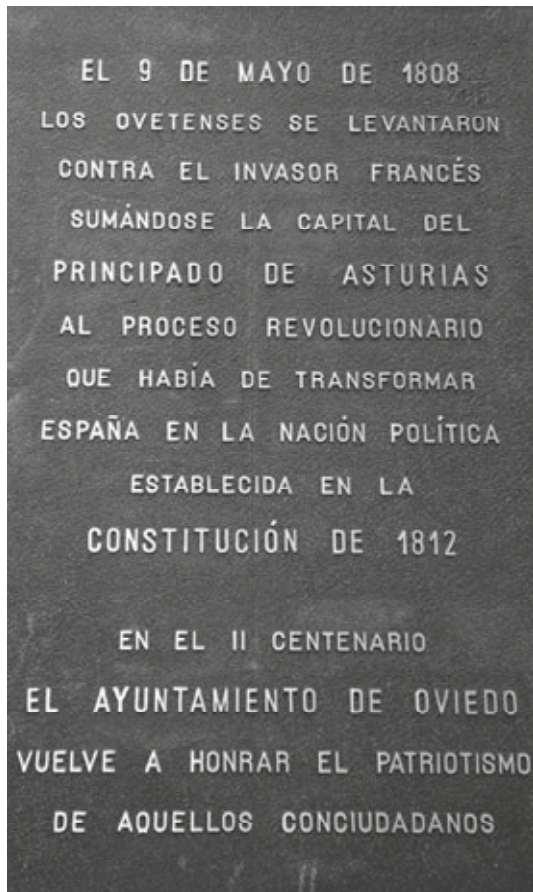
En efecto. Otra gran característica de la crisis bélica es la fragmentación del pensamiento político de los españoles. Fernando VII responsabilizó de los

negocios a una Junta de Gobierno mientras durara su estancia en Bayona. Tras los sucesos del 2 de mayo en Madrid y los fusilamientos de vecinos en la noche del 2 al 3, el ambiente de la capital se había enrarecido sobremanera y el miedo flotaba en el aire. El día 3, el alcalde de Móstoles declaraba la guerra a los franceses, y el 4 de mayo el infante don Antonio abandonaba la Junta de la que era presidente para marchar también a Francia; en esa misma fecha, Carlos IV designaba a Murat como lugarteniente general y gobernador del reino, posición desde la que le fue fácil acceder a la presidencia de la Junta.

El 5 de mayo empiezan las llamadas abdicaciones de Bayona, un juego de cesiones que lleva la corona española a las sienes de Napoleón, primero, y de su hermano, nuestro José I, después. El 8 de mayo, Fernando VII extendía su renuncia a cualquier derecho sucesorio como Príncipe de Asturias, renuncia a la que se sumaron los infantes Carlos y Antonio, y desde Burdeos se emite un manifiesto, firmado también por ambos infantes, recomendando a los españoles obedecer a Napoleón. Cuando las noticias de lo sucedido llegaron a España y se difundieron con las de lo ocurrido en los inicios del mes de mayo en Madrid, empezaron las reacciones contrarias, sin que pudieran impedirlo las tropas napoleónicas: el 9 de mayo empezaron en Oviedo los disturbios que culminarían el 24 en la formación de una Junta Revolucionaria, que declaró la guerra a Francia el día 25; a la Junta de Oviedo siguieron en fechas próximas las de Zaragoza, León, Santander, Sevilla, La Coruña, Valencia, Valladolid, Badajoz, Cataluña, Granada, etc., resultado de los levantamientos producidos en esos núcleos urbanos y representativas de las aspiraciones de los sublevados: son las Juntas Provinciales, cuyos emisarios animaron a otros lugares a sublevarse. Para entonces ya era patente la división ideológica política de los españoles, motivada por las abdicaciones: los que las aceptan son llamados poco después afrancesados; los que no las aceptan son los partidarios del sistema político vigente hasta entonces, es decir, los absolutistas, y los que propugnan una solución nueva diferente, o sea, los de ideología liberal más o menos avanzada.

El 7 de junio llega a Bayona José Bonaparte, procedente de Nápoles —donde su hermano lo había entronizado como rey—, y es reconocido inmediatamente rey de España por los diputados que ya habían empezado a reunirse allí a instancias de Napoleón para formar unas Cortes españolas —cuya preparación se inició en mayo— a fin de legitimar las abdicaciones y trazar las líneas maestras del nuevo Gobierno de España. Bajo la presidencia de Miguel José de Azanza, comienzan sus sesiones el 15 de junio, y el 6 de julio aprueban la denominada Constitución de Bayona, el marco político de la monarquía impuesta por el emperador francés; tres días más tarde José I salía rumbo a España, siendo proclamado solemnemente rey en Madrid y Toledo el 25 de julio.

Por su parte, las Juntas Provinciales no permanecían inactivas, y el 25 de septiembre aúnan sus esfuerzos y constituyen la Junta Suprema Central



Placa conmemorativa del levantamiento ovetense contra el invasor (segundo centenario). (Foto: A. C. O.).

Gubernativa del Reino, cuya presidencia recae en Florida-Blanca, al que se encomienda el objetivo primordial de dirigir la guerra contra el invasor y defender los derechos de Fernando VII.

De esta forma se delimitaban los marcos institucionales y políticos que iban a sustentar a cada uno de los bandos en pugna, ya que José I, apoyándose en el edificio político trazado por la Constitución de Bayona, va a pretender levantar una nueva monarquía con instituciones y órganos nuevos, adecuados a los fines que se esperaba de ellos y que no eran otros que los encaminados al establecimiento y la consolidación del nuevo rey en el trono español, mientras que la Junta Suprema va a encarnar la primera forma institucional nacional de cuantos desean expulsar de España a los franceses y al rey intruso para que vuelva Fernando VII, a quien consideran soberano legítimo. En ambos casos, ya se trate de josefinos o de fernandinos, el gobierno que se pretende instaurar responde

a una concepción de Estado muy diferente de la que hasta entonces imperaba, pues el absolutismo monárquico como tal quedaba arrinconado y se ofrecían dos soluciones nuevas para España y diferentes entre sí, sobre todo por su procedencia. Al margen de lo que esas soluciones puedan significar y de las estimaciones que de ellas se hagan, lo que era claro es que se estaba produciendo la crisis del Antiguo Régimen.

Guerra y revolución, pues, son los elementos dominantes en la España de 1808-1814, la España de la Guerra de la Independencia.

BIBLIOGRAFÍA

- ARTOLA, M.: *Los orígenes de la España Contemporánea*, dos vols., Madrid, 1975.
- BARBASTRO GIL, L.: *Los afrancesados. Primera emigración política del siglo XIX español (1813-1820)*, Madrid, 1993.
- FERNÁNDEZ SAGRADO, F.: *Las constituciones históricas españolas. Un análisis histórico-jurídico*, Madrid, 1982.
- FRASER, R.: *La maldita guerra de España*, Madrid, 2006.
- GARCÍA CARCEL, R.: *El sueño de la nación indomable*, Madrid, 2007.
- JOVER ZAMORA, J. M.^a: *La Guerra de la Independencia española en el marco de las Guerras Europeas de Liberación (1808-1814)*, en *La Guerra de la Independencia española y los sitios de Zaragoza*, Zaragoza, 1958, pp. 41-166.
- MARTÍNEZ RUIZ, E.: *La España de Carlos IV (1788-1808)*, Madrid, 1999.
- MARTÍNEZ RUIZ, E.: *La Guerra de la Independencia (1808-1814). Claves españolas en una crisis europea*, Madrid, 2007.
- MERCADER RIBA, J.: *José Bonaparte, rey de España (1808-1813). Historia externa del reinado*, Madrid, 1971.
- MERCADER RIBA, J.: *José Bonaparte, rey de España (1808-1813). Estructura del Estado bonapartista*, Madrid, 1983.
- MOLINER PRADA, A.: *La guerrilla en la Guerra de la Independencia*, Madrid, 2004.
- MONTERO, J.: *Constituciones y códigos políticos españoles (1808-1978)*, Madrid, 2002.
- PRIEGO LÓPEZ, J. y PRIEGO FERNÁNDEZ DEL CAMPO, J.: *Guerra de la Independencia (1808-1814)*, 8 TS. en 11 Vols., Madrid, 1972-2005.
- TORENO, Conde de: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, Madrid (BAE), 1953.

SUSCRÍBASE A
REVISTA GENERAL DE MARINA
FUNDADA EN 1877

POR 14,88 EUROS (2.475 PESETAS) AL AÑO (DIEZ NÚMEROS)*
(IVA y gastos de envío incluidos)

Recorte o copie este cupón y envíelo a REVISTA GENERAL DE MARINA, Montalbán, 2. 28071 MADRID.

(Puede también suscribirse llamando al teléfono 91 379 51 07, remitiendo un fax al n.º 91 379 50 28, o por correo electrónico: regemar@fn.mde.es)

Sí, deseo suscribirme a la REVISTA GENERAL DE MARINA

Por el periodo de un año, a partir del mes de _____

Indefinidamente (mínimo un año), a partir del mes de _____

Nombre Primer apellido Segundo apellido

Domicilio, calle, plaza Número Piso Cód. Postal

Ciudad Provincia Teléfono

DATOS BANCARIOS

ENTIDAD	OFICINA	DC	N.º CUENTA

FECHA Y FIRMA

* Precio para los residentes en España 14,88 euros.
Unión Europea: 19,56 euros. Otros países: 20,16 euros.

EN VÍSPERAS DE LA GUERRA. EL TRIUNFO DE FERNANDO VII EN EL ESCORIAL Y ARANJUEZ

Emilio LA PARRA LÓPEZ
Universidad de Alicante



PÉREZ Galdós dio el título de «El 19 de marzo y el 2 de mayo» al tercero de sus *Episodios Nacionales* de la primera serie, la dedicada al tiempo de la Guerra de la Independencia. Una vez más, el gran escritor mostraba su habilidad para captar el significado de los acontecimientos que se proponía relatar. A finales de los años setenta del siglo XIX, cuando apareció la novela, el 2 de mayo era fecha señalada y mítica para los lectores de Galdós, pero el escritor no quiso limitarse a este hecho y ya en la cubierta de su libro llamó la atención sobre la relevancia del 19 de marzo precedente. Sin dar cuenta de lo ocurrido ese día no era posible ofrecer una interpretación de la actuación de los españoles en esa coyuntura, que el novelista consideró esencial en el proceso de construcción de la España contemporánea. Galdós pretendió, en suma, establecer una relación directa y patente entre el 19 de marzo (fecha del acceso al trono de Fernando VII, en medio de la conmoción del motín de Aranjuez) y la actuación de los madrileños el 2 de mayo de 1808.

Pérez Galdós estaba en lo cierto. Sin «la revolución de Aranjuez», como la denominaron muchos de los contemporáneos, no se puede ofrecer una explicación sólida de la reacción de los españoles contra Napoleón dos meses más tarde, la cual condujo, a su vez, a una auténtica revolución política, desarrollada por las Cortes de Cádiz. Ahora bien, el motín de Aranjuez, por muy llamativo que fuera su resultado, no debe considerarse un acontecimiento aislado. A mi juicio, el motín vino a ser el último acto de una amplia operación política destinada a cambiar la orientación de la monarquía española, puesta en marcha años antes, en torno a 1802, tras el matrimonio del príncipe de Asturias, Fernando, con María Antonia de Nápoles.



El motín de Aranjuez. (Patrimonio Nacional).

En esas fechas se acababa de producir un cambio importante en la organización de la monarquía española. En octubre de 1801, Carlos IV había nombrado a Manuel Godoy generalísimo de sus ejércitos. Las funciones del nuevo cargo quedaron expuestas en un Real Decreto de 12 de noviembre siguiente, el cual se limitaba a reproducir las palabras que el propio Godoy había elevado al monarca: «Mi empleo —escribió Godoy— es el superior de la Milicia, y mis facultades las más amplias: ninguno puede dejar de obedecerme, sea cual fuese su clase, pues mi orden será como si V. M. en persona la diese; mi ocupación está prescrita a reglamentos, innovación y reformas...». De acuerdo con esto, el generalísimo disponía del máximo poder, después del rey, en cuyo nombre actuaba, y no quedaba sujeto a ninguna otra autoridad, ni al Gobierno, ni a los consejos reales. Este poder lo debía ejercer para proceder a «innovación y reformas» en la monarquía en todos los asuntos, no sólo en los militares, lo cual realizaría mediante reglamentos, cuya redacción, por lo demás, era uno de los cometidos específicos del generalísimo.

Evidentemente no era poca la novedad, y en opinión de muchos, sobre todo de quienes se consideraban sustentadores de la monarquía del Antiguo

Régimen, entrañaba un grave riesgo: un advenedizo se había apoderado de la voluntad del rey y se había dotado de todo el poder para dirigir el reino a su gusto, alterando (innovando, reformando) cuanto estimara conveniente. La aristocracia vio su estatus en peligro y, sobre todo, se sintió relegada a un segundo lugar en el nuevo sistema de gobierno. El clero, contrario a la política regalista practicada durante el siglo XVIII y sumamente descontento por las medidas fiscales decretadas en los últimos años, temió que la pérdida de poder y de influencia fuera todavía más acusada. En esta tesitura, la llegada a la corte de María Antonia fue muy útil para unos y otros.

La princesa de Asturias estaba dispuesta a actuar como una especie de correa de transmisión de su madre, la reina María Carolina de Nápoles, quien desde años antes mantenía una durísima oposición con Godoy, a quien acusaba de haber traicionado la causa monárquica en Europa al sellar en 1796 la alianza con la Francia revolucionaria. María Carolina, en estrecha relación con Inglaterra, hizo lo posible por desprestigiar a Godoy ante las cortes europeas y aprovechó la presencia de su hija en España para recrudecer la campaña contra él desde el interior. Poco a poco se fue configurando un foco de oposición contra Godoy, con centro en el cuarto del príncipe de Asturias, y al mismo tiempo se fortalecieron otros grupos disconformes con la orientación política y, en especial, con el mantenimiento de la alianza con Francia. El fallecimiento de la princesa de Asturias en mayo de 1806 desactivó un tanto este movimiento, pero ese mismo año se agriaron las relaciones entre Godoy y Napoleón. El debilitamiento político que esto último significó para Godoy fue aprovechado por sus enemigos, quienes a finales de año reemprendieron la lucha política con renovado empeño. Inicialmente se limitaron a impulsar una intensa labor propagandística, destinada a denigrar a su persona. La empresa tuvo éxito. En 1807 se distribuyeron por toda España estampas, décimas y textos manuscritos (imprimir era tarea casi imposible, debido a la vigilancia de los agentes del generalísimo), se difundieron rumores y se propagaron chismes sumamente críticos hacia Godoy y su obra de gobierno.

No fue ajeno a esta actividad el propio príncipe de Asturias, pero como principal agente ejecutor actuó el canónigo Juan Escoiquiz, su antiguo preceptor. Escoiquiz contactó con el duque del Infantado (a la sazón el aristócrata con más prestigio en su clase) y con otros nobles, sobre todo los de la servidumbre del príncipe Fernando, y decidió ir más allá de la actividad propagandística. En secreto, mediante artificios realmente novelescos, Escoiquiz orquestó una operación destinada a convencer a Carlos IV de la necesidad de destituir a Godoy y abrirle causa judicial. El príncipe de Asturias sería el encargado de ejecutar el acto principal, consistente en la presentación al monarca de una denuncia de la actuación del Godoy muy detallada y sumamente dura en sus términos. Pero los conspiradores no lo cifraron todo en la capacidad de persuasión de Fernando. Tomaron asimismo otras precauciones,



María Antonia, princesa de Asturias.

que marcan un cambio en la estrategia de la oposición política de este tiempo. Si los contrarios a Godoy habían colocado hasta ahora en el centro de sus críticas la alianza con Francia y habían buscado el acercamiento a Inglaterra, en 1807 Escoiquiz y su grupo, al que se puede denominar «partido fernandino», cambian de táctica, abandonan la aproximación a Inglaterra y buscan la complicidad de Francia.

Este giro de la oposición a Godoy reviste gran importancia porque es uno de los principales elementos explicativos de la actitud de los españoles ante Napoleón antes de mayo de 1808. En lo relativo a las relaciones exteriores, los «fernandinos» se sitúan ahora

en el mismo campo que Godoy: la búsqueda de la protección de Napoleón. Unos y otros están convencidos de que el emperador es el único capaz de garantizar la continuidad de la monarquía española. No es que piensen en el fin del sistema monárquico en España. En este momento nadie aboga por la solución republicana, pero en el ánimo de todos planea la amenaza sobre la independencia de España. O se está con el emperador o se corre el riesgo de sufrir la suerte de otras monarquías europeas, como había sucedido en Nápoles, donde Napoleón había expulsado a Fernando IV, hermano del rey de España, y colocado como rey al suyo, José Bonaparte.

En 1807, tras sus victorias en el centro de Europa y la firma de la Paz de Tilsit con el zar Alejandro I, Napoleón está en su apogeo. Es el dueño de Europa y las dos facciones españolas enfrentadas han llegado al convencimiento de que sólo él puede garantizar la continuidad de la Casa de Borbón en España. Unos, Carlos IV y su fiel Godoy, aspiran a proseguir la alianza y, a pesar de los enfrentamientos de los últimos meses, confían en la benevolencia del emperador, pero saben que para garantizarla deben someterse a sus exigencias, que incluyen la petición de hombres para luchar en el norte de Europa, la disponibilidad de plata americana para la acuñación de monedas en Francia, la demanda de ventajas comerciales en América, etc. Carlos IV

confía en mantener de esta manera su corona, y Godoy en resolver su situación personal —maneja la posibilidad de gobernar, como príncipe, el sur de Portugal— en caso de que el achacoso Carlos IV falleciera y accediera al trono su enemigo Fernando. Los «fernandinos», a su vez, se declaran dispuestos a mantener las mejores relaciones con Napoleón y aun a consolidar la alianza mediante el matrimonio del príncipe de Asturias con una dama francesa ligada a la familia imperial. Este último extremo va mucho más allá de la concertación de un simple matrimonio. Napoleón había dejado bien sentado en los distintos textos legales que configuran el sistema constitucional imperial su propósito de perpetuar su propia dinastía. Entrar en la familia Napoleón, en consecuencia, era en esa coyuntura para cualquier príncipe un seguro, el más valioso, de supervivencia. De ahí el empeño de los consejeros de Fernando en casarlo con una pariente del emperador.

En función de estas consideraciones prepara el «partido fernandino» su actuación en 1807, que se resuelve en los siguientes planos: creación de una opinión pública contraria a Godoy mediante la mencionada campaña propagandística, denuncia ante Carlos IV de los crímenes y errores del generalísimo, obtención del apoyo del embajador de Francia y boda de Fernando con una dama de la familia de Napoleón. En la parte contraria, Carlos IV y Godoy aceptan las exigencias del emperador, entre ellas la formalización de un tratado, el de Fontainebleau, mediante el cual España se compromete a permitir la entrada de tropas francesas en su territorio para hacer conjuntamente la guerra a Portugal. Este tratado se firmó el 27 de octubre de 1807. El mismo día, por la tarde, en el palacio de El Escorial, se descubrió la operación orquestada por el príncipe de Asturias y sus allegados.

Los documentos aprehendidos ese día al príncipe Fernando, su confesión y las declaraciones de las personas que él mismo señaló como cómplices forman un abultado expediente, conservado en el archivo del Palacio Real de Madrid en los tomos 1 y 2 de la sección denominada «Papeles Reservados de Fernando VII». No hay duda alguna sobre la existencia de esta maniobra, que los historiadores conocen como la «Conspiración de El Escorial». Sin embargo, en aquel momento los españoles no supieron bien qué sucedió, pues sólo dispusieron de noticias fragmentarias y sumamente confusas. La primera les llegó por un Real Decreto aparecido el 30 de octubre en la *Gazeta de Madrid*, en el que, sin relato alguno de los hechos, el rey hablaba de la existencia de un plan para destronarle y aludía expresamente a la implicación del príncipe de Asturias. La información llegó de sopetón y no fue seguida de más noticias oficiales hasta el 5 de noviembre siguiente, cuando el mismo periódico publicó otro real decreto mediante el cual Carlos IV perdonaba a su hijo y ordenaba seguir la causa contra el resto de los comprometidos en la conspiración. El real decreto incluía dos cartas del príncipe Fernando, una dirigida a su padre, en la que imploraba su perdón tras reconocer que «había delinquido»; la otra a su madre, en la que escribió esta

frase: «estoy muy arrepentido del gravísimo delito que he cometido contra mis padres y Reyes».

Los dos decretos mencionados y, más aún, las cartas del príncipe de Asturias eran desconcertantes. ¿A qué gravísimo delito se refería el príncipe? ¿Por qué reconocía que había delinquido? Tales interrogantes no recibieron respuesta de las autoridades, de manera que los españoles quedaron sin información fehaciente sobre lo que a todas luces presentaba el aspecto de un delito de alta traición contra la persona del monarca. El asunto era de tal gravedad que resultaba increíble y, además, parecía imposible la implicación del heredero de la corona. Nadie podía imaginar tal cosa, de manera que la conclusión fue evidente: todo debía ser producto de una mente criminal que perseguía el descrédito del príncipe de Asturias para impedir su acceso al trono cuando llegara el momento. Tras la campaña publicitaria en contra de Godoy, no era difícil concretar quién era esa «mente criminal». Así pues, comenzó a esparcirse la idea de que Godoy había urdido toda la trama para apartar al príncipe



Manuel Godoy retratado por Francisco de Goya. (Real Academia de San Fernando, Madrid).

Fernando de la sucesión al trono y allanarse el camino para ocuparlo él mismo. Rumores, informaciones confusas, papeles y chismes en torno a esta suposición se cruzaron por todo Madrid en salones de la aristocracia, en reuniones y tertulias de todo tipo, en cafés y tabernas, en conversaciones callejeras. La policía e informantes secretos de Godoy han dejado constancia de todo ello.

Así pues, la conspiración de El Escorial, que a primera vista pareció un triunfo de Godoy, se tornó en estrepitoso fracaso para él. Por el contrario, la persona del príncipe Fernando se engrandeció ante la opinión pública y sus cómplices en la conspiración (el duque del Infantado, Escoiquiz, el marqués de Ayerbe, el conde de Orgaz y un reducido grupo de militares) aparecieron como víctimas del déspota Godoy. Los fernandinos habían ganado una primera batalla de gran importancia: la de la opinión pública. A partir de ahora, la imagen del «príncipe inocente», Fernando, se impuso con toda claridad sobre la de su oponente Godoy, «malvado y corrupto».

Además, el «partido fernandino» creyó haber obtenido otra victoria no menos decisiva: haberse ganado la protección de Napoleón. Escoiquiz había mantenido varias conversaciones con el embajador francés en España, François de Beauharnais, y éste le había asegurado la buena disposición del emperador a acceder al matrimonio de Fernando con una princesa francesa. Tan lejos se había llegado en este punto, que el 11 de octubre de 1807, por insinuación del embajador francés, Fernando había escrito una extensa carta al emperador denunciando el pésimo estado de la monarquía española, asegurando su disposición personal a actuar como fiel aliado y solicitando la mano de una dama de su familia para consolidar los lazos de amistad. Esta carta, por sí misma, era otro acto irregular y de suma gravedad, pues el heredero de una corona no podía actuar ante un soberano extranjero sin el consentimiento de su rey. Más tarde el propio Napoleón se lo reprochará a Fernando en términos durísimos. Pero por lo pronto la carta reportó un beneficio pasajero al «partido fernandino», pues una vez se descubrió la conspiración de El Escorial, Napoleón mostró el más decidido empeño en que no se dijera una palabra de las conversaciones entre su embajador y los implicados en ella y, por supuesto, ocultó la existencia de la carta. Nadie, por tanto, tuvo conocimiento del inicuo proceder del príncipe de Asturias.

La confusión en torno a los hechos aludidos hizo suponer a los fernandinos que contaban con el doble espaldarazo de Napoleón y el de la población española. Su posición, en consecuencia, era inmejorable para atacar con éxito a Godoy. La ocasión se la deparó el propio Godoy, cuando en marzo de 1808 ordenó la concentración de fuerzas militares en Aranjuez para proteger el traslado de la corte a un punto del sur de España. Como es conocido, el viaje no se realizó. En la noche del 17 de marzo, la población de Aranjuez, amotinada, asaltó la residencia de Godoy con ánimo de acabar con su vida e impidió la salida de los reyes. Godoy, por el momento, se ocultó en su propio palacio,

pero en la mañana del 19, agobiado por el hambre y la sed, abandonó su escondrijo y fue conducido preso al cuartel de Guardias de Corps. Al comienzo de la tarde de ese día, Carlos IV abdicó en favor del príncipe Fernando. Godoy, destituido de todos sus cargos, desapareció para siempre de la escena política española y Carlos IV dejó el trono, asimismo de forma definitiva.

No es posible detenerse ahora en la descripción de este novelesco episodio, conocido como el motín de Aranjuez. Pero me interesa hacer una observación. Los primeros relatos sobre el motín fueron escritos durante el reinado de Fernando VII y procuraron dos objetivos: ofrecer una imagen favorable de Fernando (y lo contrario, en consecuencia, de Godoy) y relacionar este acontecimiento con la sublevación antifrancesa ocurrida en mayo de ese mismo año. Naturalmente, todos los fernandinos insistieron en estos extremos, pero también lo hicieron poco después los historiadores y escritores liberales. Era fundamental para estos últimos resaltar el protagonismo del pueblo en el derrocamiento de Godoy, a quien se presentó como paradigma del absolutismo. De esta manera, quedaba justificado no sólo el rechazo de José I, sino también la legitimidad del nuevo régimen establecido por las Cortes de Cádiz, fundado en el principio de la soberanía nacional. El mensaje era claro: el pueblo, sin entrar en matices sobre el concepto, había proclamado rey a Fernando VII, no reconocía a José I y, en definitiva, había asumido la soberanía en un momento crítico en que la monarquía estaba en la más profunda decadencia como resultado del mal gobierno de Godoy. Por razones radicalmente diferentes, tanto a los partidarios del sistema absoluto (los fernandinos), como a los de la monarquía constitucional (los liberales) les convenía cargar las tintas sobre Godoy.

Esta interpretación del motín de Aranjuez ha tenido éxito y todavía se mantiene en obras recientes dedicadas a explicar el comienzo de la Guerra de la Independencia. Creo, sin embargo, que conviene introducir algunos matices, para lo cual quizá sea conveniente examinar los objetivos y protagonistas del motín y hacer alguna alusión a sus consecuencias.

La finalidad inmediata de los participantes en el motín consistió en evitar el viaje de los reyes al sur de España, idea propiciada de Godoy. Desde octubre de 1807, tropas francesas habían atravesado los Pirineos para hacer la guerra a Portugal. En la operación estaba de acuerdo la corte española, comprometida por el Tratado de Fontainebleau. Pero a medida que pasaron las semanas, Godoy comenzó a inquietarse sobre las auténticas intenciones de Napoleón y a mediados de febrero de 1808 saltaron todas las alarmas: el 16 ocupaban los franceses, a traición, la ciudadela de Pamplona y el 5 de marzo hacían lo propio en la de Barcelona. En este momento, además, llegó a Madrid el enviado especial de Godoy a París, Eugenio Izquierdo, con propuestas del emperador realmente preocupantes, en particular una de ellas: la pretensión de incorporar a Francia el territorio situado al norte del Ebro. Inspirado en la actuación de la familia real portuguesa, que el 27 de noviembre

de 1807 se había embarcado hacia Brasil, Godoy calculó que si se trasladaba la corte al sur de España se podrían concentrar allí los ejércitos disponibles y la flota de guerra española, al tiempo que con toda seguridad se podría contar con la británica surta en Gibraltar. Este dispositivo permitiría organizar la lucha en caso de que Napoleón pretendiera ocupar militarmente España. El plan, aunque adoptado demasiado tarde, no era descabellado —la Junta Central lo puso en práctica meses después— y preocupó a los franceses, a cuyo entender podía ser el inicio de la resistencia a Napoleón. El gran duque de Berg, Joaquín Murat, ya en territorio español al mando de los ejércitos franceses, informó a Napoleón el día 16 de que el viaje proyectado por Godoy tenía la finalidad de «sublevar las provincias», cosa que horrorizaba a Napoleón, nada inclinado entonces a emprender una guerra en España.

Así pues, la razón de ese viaje que actuó como detonante del motín de Aranjuez fue la organización de la resistencia ante una eventual ocupación militar de España por Napoleón. No pretendo decir con esto que Godoy hubiera elaborado un plan al respecto, pero es evidente que, al menos, intentó tomar algunas precauciones. Pero contra la idea del viaje se pronunciaron muchos. En primer lugar, el príncipe de Asturias y sus partidarios. Estaban convencidos (entre otros motivos porque se lo había asegurado el embajador de Francia) que las tropas de Napoleón entraban en España para proteger al príncipe Fernando contra la pretensión de Godoy de obstaculizar su sucesión al trono. Esta opinión la compartieron los miembros del Gobierno, el Consejo de Estado y algunos aristócratas. Todos se opusieron desde el primer instante a los proyectos de Godoy, pero cuando se manifestaron de forma más patente fue el 16 de marzo de 1808. Ese día, el Consejo de Estado, en sesión extraordinaria, se pronunció sin ambages en contra del traslado de la corte al sur. Inmediatamente, el conde de Montijo reunió en Madrid a 19 grandes de España y los comprometió a hacer lo posible para impedir la salida de los reyes. Acto seguido, el marqués de Castelar se trasladó a Aranjuez para disuadir a Carlos IV de abandonar el Real Sitio. Al mismo tiempo, el gobierno forzó al monarca a publicar un real decreto en el que se anunciaba que no se haría viaje alguno y que los franceses estaban en España como aliados. Estos hechos pusieron de manifiesto que Godoy había perdido su influencia sobre el rey (de ello se lamenta el propio Godoy en sus *Memorias*) y que ya no le obedecían ni el ejército ni el Consejo de Estado. La nobleza española acababa de protagonizar una rebelión institucional, pues Godoy tenía autoridad sobre el Consejo de Estado (era su decano) y sobre el Ejército (era el generalísimo).

Al menos desde tres días antes de estallar el motín se registró una actividad febril en Aranjuez y alrededores. Está documentado que miembros de la familia real (sobre todo el infante don Antonio, hermano de Carlos IV) entregaron dinero a sus servidores para repartir entre la población de Aranjuez. De la misma fuente salieron instrucciones para que los habitantes del Real Sitio

estuvieran atentos a las indicaciones, que fundamentalmente consistían en vigilar para que ningún miembro de la familia real, y tampoco Godoy, abandonara Aranjuez. Criados de algunos nobles (en particular del duque del Infantado y del de Altamira, señores de amplios territorios en los pueblos cercanos a Aranjuez) advirtieron a los habitantes de esos lugares que estuvieran dispuestos a acudir al Real Sitio cuando se les avisara. Otros nobles, al mando de los cuerpos militares destinados en Madrid y en Aranjuez, tomaron medidas para evitar que sus tropas obedecieran las órdenes de Godoy o las de los oficiales de su confianza.

Todo se organiza en el Real Sitio para preparar los ánimos a favor del príncipe Fernando y en contra de Godoy. El 17 de marzo, al anochecer, aparecen pasquines con la leyenda «Viva el Rey, viva el príncipe de Asturias, muera el perro de Godoy». Algunos anónimos y los espías de Godoy —que son numerosos— le avisan de que se está preparando una acción contra él, pero incomprensiblemente éste no hace nada (quizá porque se lo ordena el rey; es una de las incógnitas que todavía penden sobre este acontecimiento). Esa noche del 17 de marzo —afirma un testigo de los hechos, que a las 2300 horas del 18 de marzo escribió el folleto titulado *Revolución de la Corte de Madrid*— se reúne en Aranjuez «un inmenso gentío de Ocaña, de Madrid y otros pueblos, dicen que llamados y gratificados por los criados de los Grandes». Cuando se da la señal convenida, cualquiera que fuera (tampoco este detalle está despejado), todo se pone en movimiento. Pero llama la atención una circunstancia: la multitud parecía obedecer las órdenes de una persona (según unos, se hacía llamar Tío Pedro, según otros El Manchego o El Aragonés). El testigo antes citado escribió: «contra lo que se observa en los motines, había entre éste una voz que dirigía, y hablaba desde la calle con el príncipe de Asturias, y lo que esta voz decía, confirmaban todos con griterío». El Tío Pedro, o como dijera llamarse, fue —parece que con toda seguridad— el conde de Montijo.

Una vez desencadenado el tumulto, el gentío busca a la persona de Godoy y no hay desórdenes especiales, salvo en su palacio, lo cual denota cierto grado de preparación y alguna dirección. Los soldados, concentrados en gran número en el Real Sitio, permanecen como meros espectadores, a pesar de la alteración del orden público, del griterío y de la presencia del rey en el lugar.

De la enumeración de estos datos creo que se desprende con toda claridad quiénes fueron los protagonistas. En primer lugar, la nobleza, en estrecha conexión con Fernando VII y el infante don Antonio (ambas personas reales forman un todo con la nobleza). Su actuación fue amplia y, sin duda, determinante: obstaculizaron el viaje desde dentro del Palacio Real y desde las instituciones (Gobierno, Consejo de Estado y Consejo de Castilla), distribuyeron dinero para organizar al pueblo, controlaron las tropas, lanzaron los rumores pertinentes, elaboraron pasquines y dirigieron el tumulto.

En segundo plano aparece el embajador francés, F. de Beauharnais, presente en Aranjuez durante los hechos. Su papel, desempeñado con cierta discreción, consistió, fundamentalmente, en prometer al entorno de Fernando VII el apoyo del emperador, lo cual resultaba vital en aquella coyuntura.

En tercer lugar podríamos situar a los servidores y criados del infante don Antonio, del duque del Infantado y de otros grandes. Se encargaron de distribuir dinero y de organizar a la población.

Por último, está el pueblo en general, no sólo los habitantes de Aranjuez, sino también gentes de Ocaña, Madrid y otros lugares próximos, llegados expresamente en estas fechas al Real Sitio.

Cada uno de los protagonistas señalados actuaba en función de sus objetivos o, si se prefiere, de acuerdo con su propio interés, no coincidente necesariamente con el del resto de los participantes en el motín.

El príncipe Fernando deseaba ansiosamente acabar con Godoy, por odio personal y porque creía que le disputaba el trono.

Los militares se movieron por cuestiones profesionales muy concretas. En particular, rechazaban el nombramiento de Godoy como generalísimo y, asimismo, ciertas medidas recientes, de forma muy especial la reforma del Cuerpo de Guardias de Corps (los seis batallones existentes habían quedado reducidos a tres, lo cual conllevó la pérdida de grado de algunos altos mandos y dificultades en el ascenso para cadetes y grados intermedios).

Desde la llegada de Godoy al primer plano de la política, en 1792, la alta nobleza mantenía una durísima oposición, pues lo consideraba un intruso sin méritos. Pero había una razón más importante: Godoy encarnaba la línea política de nombramientos característica de los Borbones, línea que no



Fernando VII. (Museo Naval. Madrid).

compartía la alta nobleza, porque tuvo como consecuencia el alejamiento de este sector de los puestos importantes de gobierno, ocupados por burócratas (los «golillas»), la mediana nobleza y los hidalgos (Godoy pertenecía a este último grupo). La alta nobleza, por tanto, se sentía pretérita, relegada a ser una clase de adorno (se le reservan las embajadas y algunos otros cargos de representación, aunque mantuvo la exclusividad en el mando del ejército, aspecto éste que, como estamos constatando, resulta fundamental). Precisamente uno de los aristócratas más activos en las jornadas del motín de Aranjuez, el conde de Montijo, había protagonizado en 1793 un sonoro escándalo con la publicación de un opúsculo de crítica hacia los Borbones, con título muy expresivo: *Discurso sobre la autoridad de los ricos hombres sobre el Rey y cómo la fueron perdiendo hasta llegar al punto de opresión en que se halla hoy*. En la dirección expuesta en este texto, muchos aristócratas lucharon durante el reinado de Carlos IV por recuperar el poder perdido, con la pretensión de actuar como una especie de cuerpo intermedio entre el rey y el pueblo. Era, en definitiva, una manera de salvaguardar unos privilegios que creían amenazados por la política del despotismo ilustrado.

También el clero rechazaba la política ilustrada de los Borbones por su marcado carácter regalista. Como en el caso anterior, estamos ante la defensa de un conjunto de privilegios, entre ellos los de carácter económico, puestos en peligro por las medidas desamortizadoras de 1798 y la política fiscal.

Por último, hay que considerar los intereses del pueblo, el aspecto menos estudiado y, quizá, más controvertido. Como ha demostrado Ángel Ortiz Córdoba, la ausencia de la corte de Aranjuez suponía la ruina para comerciantes y artesanos residentes en el Real Sitio, así como para los mejores mercaderes de Madrid, que acudían a Aranjuez durante la estancia de los monarcas. Cuando la corte estaba en Aranjuez, los labradores vendían mejor sus productos y a precio más ventajoso, por el ahorro en transporte y eliminación de la competencia. En cuanto a los servidores de palacio, la salida de la corte implicaba el paro: empleados de la yeguada, de la casa de vacas, de los jardines, de la cocina real, cocheros de la familia real, lavanderas, costureras, todo el aparato auxiliar administrativo de las secretarías de Estado..., en suma, más de medio millar de servidores de palacio vieron sus puestos de trabajo en precario. Lo mismo ocurrió con servidores y criados de los nobles y ministros que acompañaban en las jornadas a los reyes.

Las razones para oponerse al viaje de los reyes, como se acaba de indicar, fueron múltiples y podría decirse que fundadas, según el punto de vista que se adopte. En cualquier caso, y al margen de esta circunstancia, el pueblo protagonizó el motín, pero quienes lo organizaron fueron el príncipe Fernando, la alta nobleza y ciertas instituciones, por influencia de ambos. El motín tuvo éxito porque el odio a Godoy era inmenso. Pero ese odio no era espontáneo, sino que había sido alimentado por una propaganda intensa y hábil, desarrollada desde el entorno de Fernando VII durante varios años. Esa propaganda

tuvo como objetivo básico el rechazo de una determinada política, que es la ilustrada, y esto quedó claramente demostrado en cuanto comenzó a reinar Fernando VII. Entre el 19 de marzo y el 10 de abril de 1808, es decir, desde la proclamación de Fernando como rey de España hasta su salida camino de Bayona, se adoptaron pocas decisiones políticas, pero todas ellas estuvieron encaminadas al abandono del reformismo ilustrado y a la protección de los privilegios de la nobleza y del clero.

El triunfo del «partido fernandino», primero ante la opinión pública con motivo de la conspiración de El Escorial y poco después en el motín de Aranjuez, propició el acceso al trono de Fernando VII, lo cual supuso el fin de la política ilustrada del tiempo de su padre. Pero, como se ha intentado mostrar en estas páginas, los fernandinos actuaron en clara connivencia con el embajador de Francia, convencidos de que contaban con la protección de Napoleón. Esto implicó el abandono de todo plan de resistencia y la concesión de las máximas facilidades al ejército francés para que fuera ocupando posiciones en la Península. Es significativo que Murat, jefe del ejército francés (ya ejército de ocupación) se hubiera instalado en Madrid el 23 de marzo, un día antes de que Fernando VII hiciera su entrada triunfal en la capital de su reino. Evidentemente, Fernando VII se había comprometido demasiado con el enemigo (que él consideraba «amigo y aliado», como no cesó de repetir hasta principios de mayo) como para emprender cualquier iniciativa de resistencia. Tendrán que ser otros quienes la emprendan, aunque más tarde, una vez hubo renunciado a la corona el flamante rey.



BIBLIOGRAFÍA

- ARTOLA, Miguel: *La Guerra de la Independencia*, Madrid, Espasa-Calpe, 2007.
- DE DIEGO, Emilio: *De Fontainebleau al 2 de Mayo*, en ENCISO RECIO, Luis Miguel (coord.): *Actas del Congreso Internacional. El Dos de Mayo y sus Precedentes*, Madrid, 1992, pp. 243-268.
- ESCOIQUIZ, Juan: *Memorias*, en *Memorias del tiempo de Fernando VII*, T. I, Madrid, Atlas, BAE, 1957.
- FUGIER, André: *Napoléon et l'Espagne, 1799-1808*, T. II, Paris, Felix Alcan, 1930.
- IZQUIERDO HERNÁNDEZ, Manuel: *Antecedentes y comienzos del reinado de Fernando VII*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1963.
- LA PARRA, Emilio: *Manuel Godoy. La aventura del poder*, Barcelona, Tusquets, 2002.
- MORANGE, Claude: *Siete caras en la crisis del Antiguo Régimen*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1990.
- MURAT: *Comte. Murat, lieutenant de l'empereur en Espagne, 1808, d'après sa correspondance inédite et des documents originaux*, París, Plon, 1897.
- PRÍNCIPE DE LA PAZ (MANUEL GODOY): *Memorias*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2008 (ed. de Emilio La Parra y Elisabel Larriba)
- ORTIZ CÓRDOBA, Ángel: *Aldea, Sitio, Pueblo. Aranjuez, 1750-1841*, Aranjuez, Doce Calles, 1992.

LA CRISIS POLÍTICA EN LA ESPAÑA DE 1808. EL SURGIMIENTO DEL NUEVO RÉGIMEN

Emilio DE DIEGO GARCÍA
Universidad Complutense de Madrid



EN 1808 la monarquía española llegaba al fondo del callejón sin salida en el que venía moviéndose desde 1793. El punto álgido de la Revolución francesa, con la ejecución de Luis XVI, y la permanente hostilidad inglesa contra la Francia revolucionaria habían colocado a España ante el desafío de una neutralidad imposible. La condición euroamericana de la monarquía española, con una parte de sus dominios en el Viejo Continente y la otra más allá del Atlántico, junto con su incapacidad para asegurar ambas frente a las asechanzas de las grandes potencias, obligaron a Carlos IV a una peligrosa y costosa política exterior. La corte de Madrid buscó primero la alianza de Inglaterra contra la amenaza de nuestros vecinos del norte (una experiencia saldada con la desastrosa Paz de Basilea); después se unió a Francia para conjugar el peligro británico, y por último, en 1808, volvería a la órbita inglesa para rechazar la invasión napoleónica. Estos «factores externos», junto con la pugna en el seno de la familia real española, resultarían decisivos a la hora de entender tanto la «tragicomedia» cortesana como el drama que empezaría a sacudir nuestro país entre marzo y junio de 1808, para prolongarse después durante seis largos años.

El 19 de marzo de 1808 venía a culminar un largo proceso conspiratorio, que se saldaba con el destronamiento de Carlos IV, después de dos intentos de golpe de estado; fallido uno, el de El Escorial, en octubre de 1807, y triunfante otro, el ahora escenificado en el Real Sitio a orillas del Tajo. Pero aquella batalla aún no había concluido definitivamente, pues los asuntos de España hacía tiempo que no dependían, al menos en buena medida, de la voluntad de nuestros gobernantes.

En puridad, el príncipe de Asturias, al encabezar el golpe de estado con el que arrebató la Corona a su padre, fue el primer y más importante motor

de la revolución que sacudió España desde la primavera de 1808. El componente providencial de la teoría del poder, en la tradición del Antiguo Régimen, quedaba suplantado por la actuación de una turba pagada, salvo que hiciéramos una sospechosa interpretación *ad hoc* de los designios divinos (1).

Lo ocurrido en Aranjuez provocó una auténtica conmoción en la capital. Pero las noticias de los sucesos que allí tuvieron lugar no sólo llegaron a Madrid, sino que rápidamente se extendieron por toda España, aunque no exentas de algunos errores interesados. La abdicación de Carlos IV trató de presentarse como algo poco menos que natural e inevitable, sin atender a las violencias que la habían forzado. El texto oficial en el que se relataba lo sucedido, dirigido a don Pedro Cevallos, parecía no dejar ninguna duda al respecto. «Como los achaques de que adolezco no me permiten soportar por más tiempo el grave peso del gobierno de mis reinos...(exponía Carlos IV) ...he determinado... abdicar mi corona en mi heredero y muy caro hijo el Príncipe de Asturias... Y para que este mi real decreto de libre y espontánea abdicación tenga su éxito y debido cumplimiento lo comunicareis al Consejo y demás a quien corresponde: Dado en Aranjuez a 19 de marzo de 1808. Yo el Rey» (2). Fernando VII y sus secuaces intentaron dar a aquel hecho visos de la mayor normalidad. Para afianzar esta impresión se hizo circular la especie de que Carlos IV y María Luisa continuarían viaje, por deseo propio, hacia Badajoz. Pero el engaño no podría mantenerse mucho tiempo. En cualquier caso, el estallido de la crisis institucional aceleró y facilitó la entrada de las fuerzas imperiales en Madrid.

El duque de Berg se apresuró a entrar en la capital, al mando de los soldados franceses, el 23 de marzo de 1808, un día antes de que lo hiciera Fernando VII.

Aunque el nuevo monarca proclamado en Aranjuez contaba con general aplauso gracias en buena parte a la propaganda orquestada por sus afines, en especial del pueblo de Madrid, necesitaba un reconocimiento externo que inclinara en su favor, definitivamente, la pugna mantenida contra Carlos IV y Godoy. La presencia de Murat en la villa y corte se había convertido en un factor clave para el futuro devenir de la situación. Sólo Napoleón, desde su posición dominante en Europa, y la de sus tropas en la capital española, podía asegurar el triunfo del hasta entonces príncipe de Asturias o reponer al viejo rey. Se imponía por tanto buscar el apoyo imperial a cualquier precio, pues tanto Carlos IV como Fernando VII eran conscientes de la debilidad de su posición.

(1) Actas de las Sesiones de la Junta Central, 27 de septiembre de 1808. Un tal Diego Ángel Moraleja, vecino de los Hinojosos, presentó un memorial a la Junta, aduciendo el mérito de haber descubierto y preso a don Manuel Godoy, para solicitar un empleo público.

(2) *Gaceta de Madrid*, 25 de marzo de 1808.

A partir de ahí surgirían nuevos y más graves problemas. El paso de los días y la presión del representante imperial, Savary, convencieron al nuevo rey de la necesidad de salir al encuentro de Napoleón, que no había aparecido en las calles madrileñas ni en sus proximidades, a pesar de las noticias que anunciaban el propósito del emperador de acudir a la capital española. El domingo de Ramos, 10 de abril de 1808, Fernando VII salía de la ciudad y dejaba instituida una Junta Suprema de Gobierno que actuaría en su nombre hasta el que se esperaba pronto regreso del monarca (3). El día 14 ya estaba en Vitoria y, a partir de aquí, se planteaban serias dudas acerca de si convenía seguir avanzando, pero cualquier otra alternativa resultaba igualmente muy peligrosa.

Aunque el primer balance de la pugna paternofilial en el seno de la familia reinante fuese deplorable, hasta el 19 de marzo la crisis política en España estuvo marcada por una cuestión, esencialmente interna, caracterizada por la degradación moral de sus protagonistas que, aun agrietando de manera muy grave las estructuras institucionales, no había llegado a provocar su paraliza-



Joaquín Murat, duque de Berg.

(3) DIEGO GARCÍA, E.: «España 1808-1810: Entre el viejo y el nuevo orden político». En *Respuestas ante una invasión*, número extraordinario de la *Revista de Historia Militar*, Madrid, (2006), pp. 18. En cierto sentido un precedente de esta institución sería la Junta Suprema de Estado creada por el conde de Floridablanca el 8 de julio de 1787.

ción. En un intento por evitarlo Fernando VII, apenas adueñado de la Corona, se apresuró a confirmar la planta de los órganos fundamentales del poder. Algunos de ellos, como el Consejo de Castilla, la mayoría de cuyos miembros eran afines al partido fernandino, salió reforzado incluso con el cambio de rey. Su presidencia le fue otorgada al duque del Infantado, hombre clave en la nueva situación. En general no iban a ser muchas las modificaciones introducidas, inmediatamente, salvo en la gestión de Marina (que volvía a la situación anterior a la creación del Almirantazgo por Godoy), la supresión de la Superintendencia General de Policía y la de la Junta de Consolidación de Vales.

A medida que Fernando VII iba alejándose de su capital, las cosas se le complicaban. «La situación de los negocios políticos empeora y no veo más que males», escribía al conde de Montijo el 18 de abril de 1808. «Bonaparte no parece que viene y pide a D. Manuel Godoy», añadía sin ocultar sus preocupaciones. En efecto, a la cada vez más sospechosa insistencia de Napoleón para que el nuevo rey de España llegara hasta Bayona se unía el hecho de que Carlos IV había acudido al duque de Berg y al propio emperador en solicitud de auxilio, a la par que denunciaba ante la Junta de Gobierno —a cuyos miembros confirmaba en sus cargos— y el Consejo de Castilla el atropello a que se había visto sometido en Aranjuez. Murat atendió, en parte al menos, las demandas de Carlos IV, apoyando algunas de sus pretensiones y liberando a Godoy. El rey se apresuró a declarar solemnemente la nulidad de lo acontecido en el Real Sitio y a manifestar su intención de seguir reinando para buscar la dicha de sus vasallos. Napoleón mostró gran interés en que se conocieran públicamente las mencionadas protestas y las disposiciones consiguientes de Carlos IV.

La mayoría de los súbditos a que aludía el monarca no mostró el menor entusiasmo ante la noticia. La Junta Suprema de Gobierno intentó dar largas al asunto. Tampoco se dio prisa en pronunciarse el Consejo de Castilla, aunque después ambas instancias intentarían justificarse cuando, por un momento, pareció que la situación volvía a su estado inicial (4).

Pero lo más significativo es que las protestas de Carlos IV ponían definitivamente en manos francesas la decisión del pleito entre padre e hijo. Los medios empleados por el príncipe de Asturias para llegar al trono, a pesar de

(4) Archivo del Senado (A. S.). Caja 289-2. Un consejo manifestaría al cabo de unas fechas que «Si hemos publicado la exaltación (de Fernando VII) fue únicamente por obedecer sus soberanos preceptos (los de Carlos IV). (Como si el consejo hubiera aceptado que la transmisión de la Corona se hubiera hecho de modo pacífico). Pero, desde que el señor D. Carlos —añadía ahora— dio a conocer que esta abdicación había sido violenta y que se le consideraba con la plenitud de su derecho para reasumir la Corona, la Junta de Gobierno, el Consejo de Castilla y la Nación entera quedaron pendientes de la decisión de un asunto de tanta gravedad».

sus esfuerzos por ocultarlo, arrastraban la nulidad de la concesión de la Corona, arrancada a su padre por la fuerza. Tampoco se habían respetado las normas procesales para la publicación del documento (al que nos hemos referido) por el que Carlos IV cedía el poder a su hijo, aparentemente por voluntad propia. Ciertamente no fue enviado a los fiscales del Consejo de Castilla, como era preceptivo, para que emitieran el informe previo a su promulgación.

El segundo acto de la pugna por la Corona de España

Durante la segunda quincena de abril fueron llegando a Bayona los principales miembros de la familia real española. Primero el infante don Carlos, después el propio Fernando VII; Carlos IV y María Luisa; e incluso don Manuel Godoy. Más tarde, ya en mayo, lo haría el infante don Antonio. Lo sucedido en esta ciudad del suroeste francés es bien conocido. A partir del 1 de mayo, Fernando VII, bajo la presión del emperador, se vio obligado a devolver la Corona a su padre. Curiosamente, ahora sí, aducía que una medida de tal naturaleza no podía adoptarse sin cumplir determinados requisitos, lo cual sería aplicable a su irregular forma de acceso al trono. Sin embargo, esta circunstancia le favorecía en esos momentos, y trató de aprovecharla. Pero aunque intentó aplazar la cuestión exigiendo la previa reunión de Cortes y demás instituciones del reino para que sancionaran la retrocesión, no estaba en condiciones de imponer nada. Carlos IV contestó a la maniobra dilatoria de su hijo con una rotunda formulación de despotismo (¿ilustrado?). Según su criterio no era precisa ninguna convocatoria de la representación popular, pues «todo debía hacerse para el pueblo y nada habría de ser hecho por él».

Mientras, la situación en Madrid era cada día más grave. La noticia de la liberación de Godoy por Murat, conocida el 22 de abril, añadió nuevos temores e incrementó la tensión contra los franceses. El miedo por la presencia de Fernando VII en Bayona añadió más presión al ambiente. En vano recomendó el emperador a Murat que no permitiera que en Madrid se imprimiese nada respecto al nuevo rey (5). El pueblo, al borde del motín, se presentaba en grupos amenazantes ante los edificios ocupados por los franceses. El estallido de un levantamiento sólo era cuestión de días. El Dos de Mayo los madrileños iniciaron lo que acabaría siendo una insurrección general contra Napoleón y, a la vez, en no pocos lugares, contra las autoridades godoyistas que aún se mantenían en sus cargos.

A muchos kilómetros de la capital de su reino Carlos IV recuperó la Corona, gracias a Bonaparte, y nombró al duque de Berg lugarteniente general del

(5) Correspondencia de Napoleón I. Tomo XVII.

Reyno (*sic*) y presidente de la Junta de Gobierno, que había instituido Fernando VII (6). Tanto la Junta como el Consejo de Castilla se plegaron de momento a las instrucciones de Carlos IV y se dispusieron a obedecer a Murat (7). Pero el viejo rey, apenas restaurado, cedió el trono de España a Napoleón, según acuerdo previo entre Duroc y Godoy, y la Junta quedó prácticamente liquidada, puesto que ya no representaba ni a Fernando VII ni a Carlos IV (8). El Consejo de Castilla trató de mantenerse, intentando frenar algunas de las iniciativas del duque de Berg, aunque su capacidad de actuación era muy reducida y se encontraba atrapado entre las presiones francesas y su pérdida de credibilidad en la opinión pública (9).

La Corona de España había pasado de mano en mano hasta las de Bonaparte, tras una serie de violencias, sin la menor intervención de las Cortes. En un intento por encubrir la ilegalidad de lo acontecido en Bayona, el emperador consultó a la «fantasmagórica» Junta Suprema de Gobierno y al Consejo de Castilla para que indicaran la persona de la familia Bonaparte que podría ser proclamada rey. Aquello no pasaba de ser otra de las burdas maniobras de Napoleón. La Junta se hallaba paralizada y al borde de la extinción, y aunque el Consejo reaccionó dignamente, declarando el 12 de mayo de 1808 que, siendo nulas las cesiones hechas en Francia por los Borbones españoles, no podía pronunciarse sobre la cuestión que se le consultaba, su actitud no podía ir mucho más allá. Fue una especie de «canto del cisne». Murat no aceptó aquella respuesta y presionó a los miembros del Consejo para que respondieran a la pregunta planteada. Ante el cariz que tomaban los acontecimientos, el 13 de mayo, apenas un día después de su anterior resolución, se pronunciaron a favor de José Bonaparte; eso sí, advirtieron que con ello no sancionaban lo ocurrido en Bayona. En la misma línea se manifestaron la Junta y los regidores de la villa y corte.

A aquellas alturas había culminado un proceso, en tres actos, cuya nulidad era evidente en función de la ausencia de libertad en que se habían producido todos ellos y de la inexistencia de un requisito fundamental: el consentimiento del reino expresado en Cortes (10). El mismo Fernando VII había insistido, el

(6) A. S. Caja 289-2. «Nombramiento del Teniente General del Reyno al Serenísimo Señor Gran Duque de Berg. Dado en Bayona, en el Palacio Imperial llamado al Gobierno a quatro de mayo de 1808. YO EL REY».

(7) *Ibidem*. El 8 de mayo de 1808 publicaron un manifiesto en este sentido bajo el título «Fidelísimos españoles».

(8) DIEGO GARCÍA, E.: *o. cit.*, p. 23. «El 10 de mayo de 1808, Carlos IV, su esposa María Luisa y Godoy salieron hacia Compiègne. En esa misma fecha Fernando renunciaba a su condición de Príncipe de Asturias y al día siguiente marchó, junto con su hermano Carlos y su tío Antonio, hacia Valençay. El 12 de mayo se hizo pública esta renuncia».

(9) Archivo Histórico Nacional. Consejos Suprimidos. Invasión francesa. Leg. 5511.

(10) *Gaceta de Madrid*, 20-V-1808. En esta fecha se publicaron las renunciaciones de los Borbones al trono de España.

4 de mayo en que excluir para siempre del trono de España a su dinastía (como había decidido su padre) no podía hacerse sin el expreso consentimiento de todos los individuos que tenían o podían tener derecho a la Corona de España, ni tampoco sin el mismo expreso consentimiento de la nación española, reunida en cortes y en lugar seguro (11). Como resultado de la pugna entre padre e hijo y de sus concesiones hechas a Bonaparte, las instituciones del Antiguo Régimen español se hallaban prácticamente paralizadas. El Consejo de Castilla, las capitanías generales, las audiencias provinciales y las instancias del poder local se encontraban desde el momento en que Carlos IV entregó la Corona a Napoleón en una difícil encrucijada. En cuanto al emperador, debía seguir en su empeño de «legitimar» el acceso de su hermano José al trono de España a través de la aceptación de los españoles. Sin embargo, ni las autoridades del Antiguo Régimen —la inmensa mayoría de las cuales, como dijimos, había sido nombrada por Carlos IV, o lo que venía a ser lo mismo, por Godoy— ni el rey Bonaparte contaban con el respaldo popular.

En un intento por atraerse a los españoles el 24 de mayo de 1808 se anunciaba la reunión de una asamblea, convocada por el emperador, que se celebraría en Bayona (12). Bajo la presidencia de Azanza, aquella especie de diputación general, a manera de cortes, debía reconocer a José Bonaparte como rey de España y aprobar un nuevo marco jurídico-político para nuestro país. En efecto, la llamada Asamblea de Bayona aceptó a José I, y entre el 15 y el 30 de junio hubo de adoptar una «constitución», o más bien «estatuto», que contenía el diseño y el proyecto de reformas de la nueva monarquía. Los planes napoleónicos parecían caminar por una senda favorable, pero en realidad no pocos de los representantes requeridos no acudieron a la ciudad francesa (don Antonio Valdés, el marqués de Astorga, don Pedro Quintano, el obispo de Orense y otros). Se expresaba así un espíritu de resistencia que tomaba cuerpo en los nuevos órganos llamados a detentar el poder en la España «patriota».

Las juntas

La oposición a Napoleón se canalizó a través de unas juntas, que ni habían existido antes ni obedecían a ninguna previsión que se contemplara en norma alguna. Se autolegitimaban en el derecho natural que propugnaría que el poder lo confería el pueblo al rey y, ausente éste, a las juntas que se constituían en su nombre. Este planteamiento podía interpretarse en conformidad con el jusnaturalismo racionalista, pero también con el pensamiento tradicional español.

(11) TORENO, conde de: *o. cit.*, libro segundo, p. 49.

(12) *Gaceta de Madrid*, 24-V-1808.

Al recibir la soberanía popular se consideraban soberanas y supremas, en sus respectivos ámbitos territoriales. Las juntas significaban el rechazo a los proyectos bonapartistas y a las autoridades españolas que, herederas del Antiguo Régimen, se plegaban a los franceses (13).

En la Castilla meridional se formó la Junta de Toledo el 18 de junio; en Ciudad Real, la denominada de La Mancha se estableció en Ciudad Real, y otras Juntas tuvieron asiento en Guadalajara y Sigüenza, aparte de la ya citada de Molina de Aragón.

También en otras regiones la abundancia de juntas locales y corregimentales resultó espectacular. A este respecto el caso de Cataluña resulta especialmente revelador (Lérida, Tortosa, Vic, Mataró, Gerona, Manresa, Cervera, Solsona, Tarragona, Seo de Urgel, Puigcerdá, Granollers, Villafranca del Penedés...), aunque todas ellas confluirían en la Junta Suprema de Cataluña, constituida en Lérida el 28 de junio de 1808 (14).

Como es lógico, tanto el calendario, más o menos temprano, como el área geográfica de implantación se vieron adelantados o retrasados, en el primer caso, y favorecida o dificultada por la mayor o menor presencia, o incluso ausencia, de tropas francesas de cada lugar. Así, entre las últimas en sumarse aparecían las de Tenerife, a principios de julio de 1808, radicada en La Laguna y el Cabildo permanente de Gran Canaria, que mantendrían muy tensas relaciones.

Más tardío aún fue el levantamiento y la constitución de una junta en Vizcaya, el 6 de agosto de 1808, pero en este caso no fueron la distancia o la falta de entusiasmo patriótico el motivo del retraso, sino la presencia de las fuerzas napoleónicas.

Una fuerza semejante a la de la parte europea de la monarquía hispana sacudió a las gentes y las tierras de la América española y el fenómeno juntero tuvo allí un discurrir no demasiado diferente. En principio, ante las noticias de lo ocurrido en la metrópoli, se alzaron juntas en nombre de Fernando VII.

Las viejas instituciones frente a la nueva situación

En paralelo al proceso que acabamos de indicar, las instituciones del viejo orden, en particular el emblemático y otrora poderoso Consejo de Castilla, vivían también una accidentada peripecia (15). El objetivo de aquellas que no

(13) MOLINER PRADA, A.: «Las Juntas como respuesta a la invasión francesa», en *Respuestas a una invasión*, *Revista de Historia Militar*, número extraordinario, Madrid, (2006), pp. 37-70.

(14) MOLINER PRADA, A.: *Las Juntas a la Guerra del francés*, en *L'Avenc*, núm. 225, (mayo 1998).

(15) Para el seguimiento de alguna de tales instituciones de las que no podemos ocuparnos aquí, ver A. H. N: «Libro de Gobierno de la Sala de Alcaldes». Núm. 1.399.

claudicaron simplemente ante los franceses fue el de tratar de salvaguardar su independencia, hasta donde resultara posible, pagando inevitablemente algún tributo a las imposiciones del invasor.

Como apuntábamos en otro lugar, el Consejo, entre mayo y comienzos de agosto de 1808, se vio obligado a alternar sus gestos de oposición formal a los deseos napoleónicos con otros de aparente sometimiento. Entre otras acciones de aquellos días destacaría el escrito enviado al emperador sobre el *Estatuto Constitucional para España* que se iba a sustanciar en Bayona, solicitando que se mantuviera el derecho tradicional y los privilegios del estamento nobiliario. Pero a renglón seguido, al comprobar la inutilidad de sus esfuerzos, se resistía a la publicación de una nueva constitución, alegando que la nación no había sido consultada, que las abdicaciones previas fueron ilegales y que España no necesitaba ningún texto constitucional. Pero al fin hubo que publicar la Constitución el 25 de junio, si bien el Consejo no la juró, ni la Sala de Alcaldes, aun cuando obraran de este modo al conocer los rumores de lo ocurrido en Bailén. Visto su comportamiento con equidad podríamos convenir que el Consejo no se enfrentó con las armas en la mano a las tropas imperiales, ni se puso a la cabeza de ningún levantamiento contra ellas, pero en modo alguno podría tildársele, sin más, de «colaboracionista» (16). Celoso siempre de preservar sus competencias, se mostró no menos preocupado por mantener una buena imagen ante la población, y algunos de sus actos molestaron bastante a las autoridades francesas y al mismo José I a su llegada a Madrid.

La derrota de Dupont y la retirada de la corte josefina, cuyos primeros movimientos comenzaron el 29 de julio, devolvieron al Consejo de Castilla al primer plano. La situación la describiría perfectamente Jovellanos: «Dividido —todavía a aquellas alturas— el ejercicio de la soberanía, el Consejo la vio venir a sus manos, en medio de la ilustre Capital del Reino; entró a ejercerla con el celo más loable; y que por entonces usó de este poder con toda la actividad y la prudencia que requerían las circunstancias... esto es una verdad que sólo puede desconocer la envidia...» (17).

Uno de los primeros problemas a los que hubo de enfrentarse fue el del mantenimiento del orden público y la represión de los afrancesados. Sin embargo, había otros muchos temas que lidiar. Para atender no sólo a los asuntos de la corte, el Consejo auspició la creación de una junta presidida por el duque del Infantado y compuesta por varios generales y oficiales, dos ministros del Consejo, el gobernador de la plaza y el corregidor de la villa.

(16) Aunque, aparte de la simpatía de alguno de sus miembros, ya citados, por la causa josefina, otros, llegado el momento, siguieron a José I en su retirada, como fue el caso de Durán y Marquina.

(17) GÓMEZ DE ARTECHE, J.: *Guerra de la Independencia. Historia Militar de España, (1808-1814)*, Madrid, 1868. Tomo I, p. 222.



Gaspar Melchor de Jovellanos. Francisco de Goya.
(Museo del Prado. Madrid).

Sin embargo, al retomar la soberanía entraba en pugna con los nuevos y aún atomizados órganos que pretendían detentarlo, es decir, las juntas provinciales. Varias de ellas reaccionaron muy desabridamente (Cáceres, Cádiz, etc.), tachando al Consejo de «traidor» (18). Era la plasmación rotunda de la guerra entre el viejo y el nuevo orden político. A propósito del enfrentamiento, planeaba la sombra de la división y el consiguiente debilitamiento de la causa española. Para algunos la cuestión estribaba en la arrogancia recobrada de las viejas instituciones. Lo comprendemos volviendo a Jovellanos quien, en otro apartado de su escrito anterior, después de reconocer los méritos del Consejo, entraba a criticarle, si bien moderadamente, por su actitud. Para el polígrafo gijonés aquella institución intentó «dar a este ejercicio —el de la soberanía— una extensión tan

dilatada que merecería la nota de ambiciosa, si la rectitud de su intención y la grandeza del peligro no la disculparan...» (19).

Desde luego, el Consejo de Castilla adoptó una serie de medidas que dejaban bien a las claras su aspiración de mantener el control del poder. El 4 de agosto Arias Mon, en nombre del Consejo, remitió una carta a todos los presidentes de las juntas provinciales y a los generales del Ejército (20). Prometía

(18) A tal extremo llegaron las acusaciones que el Consejo publicó el 24 de agosto de 1808 un Manifiesto Exculpatorio.

(19) *Ibidem*.

(20) Alguno de ellos, como Castaños, se tomaron cumplido tiempo antes de responder pidiendo dinero y la creación de una Junta Central de Suministros de Víveres al Ejército.

aplicar un plan para fijar la representación de la nación, cuyos extremos se debatirían en una reunión a celebrar en Madrid, a la que cada junta provincial habría de enviar un diputado. Simultáneamente solicitaba tropas para garantizar la seguridad de la capital y demandaba a los intendentes de Madrid, La Mancha, Toledo, Cuenca, Guadalajara y Ávila la recluta



Placa dedicada a Jovellanos en Puerto de Vega (Asturias).
(Foto: A. C. O.).

de hombres y el acopio de armas. En la misma fecha llegaba a ordenar el reclutamiento general de todos los varones de entre 16 y 40 años, además de pedir armamento al gobernador de Gibraltar.

Pero no paraban ahí las medidas con las que el Consejo de Castilla intentaba afirmar su protagonismo. Sin afán de exhaustividad digamos, a manera de ejemplo, que el 9 de agosto creó una Junta de Hacienda para obtener los caudales precisos para la defensa de Madrid. El 11 declaró nulo solemnemente todo lo actuado en Bayona, así como lo dispuesto y ordenado entre el 2 de mayo y el 1 de agosto. El 12 señaló la conveniencia de que todas las fuerzas del país quedaran bajo un solo mando, proponiendo, además, un plan general de defensa contra los franceses, el traslado de la Junta de Sevilla a Madrid, la convocatoria de Cortes y el establecimiento de un Consejo de Regencia. El 17 de agosto, en calidad de órgano supremo, escribió a los soberanos de Austria, Rusia y Sajonia, y además enviaba aviso al marqués de la Romana para que regresara a España. Por otro lado, fijó el día 24 de agosto para la proclamación de Fernando VII como rey.

Las juntas, que de forma espontánea asumieron el poder en sus respectivos territorios, al margen de los procedimientos legales y de cualquier regulación específica de carácter jurídico, como dijimos, pondrían a su vez todo el empeño en conservar sus atribuciones. Las de La Coruña, Valencia, Oviedo, Murcia, Granada, Sevilla..., la inmensa mayoría de ellas, se negaron a someterse a un Consejo de Castilla que las consideraba la expresión de la anarquía (21). Para algunos autores, la oposición de las juntas se extendía a todas las instituciones del Antiguo Régimen; para otros, esta actitud se

(21) Ver A. H. N. Consejos suprimidos. Invasión francesa. Legs. 5111, 5116 y 5527.

circunscribía contra el Consejo de Castilla. En realidad, dadas las circunstancias, venía a ser casi lo mismo.

A la vista de las divergencias, el mismo Arias Mon propuso nombrar una Junta Suprema Central compuesta por algunos vocales de las juntas provinciales, el gobernador del Consejo y varios de sus ministros. Tendría funciones militares y convocaría cortes formadas por los procuradores de las ciudades y villas con derecho a voto. Estas cortes designarían un Consejo de Regencia compuesto por veinte o más miembros.

Como venimos diciendo, la necesidad obligaba, y las disensiones minaban las posibilidades de victoria contra los franceses. Varias juntas y no pocos pueblos se fueron sumando a las iniciativas del Consejo. A nadie se le escapaba que era ineludible crear un gobierno central, pero las diferencias en cuanto a la forma que debía adoptar parecían insalvables. El Consejo de Castilla era la legalidad vigente, pero no debía tener funciones de gobierno supremo (salvo de manera transitoria). El Consejo juró a la Central, no sin recelos, y mantuvo con ella un continuo pugilato, sobre todo porque la Junta pasó de ser una posible institución representativa a convertirse en un órgano ejecutivo.

El 8 de octubre el Consejo remitió un escrito a la Junta Central pidiendo que redujese a cinco el número de sus miembros, acomodándose en cierto sentido a la Ley de Partidas, la extinción de las Juntas provinciales e insistiendo en la convocatoria a Cortes, para lo cual invocaba ahora el decreto de Fernando VII dado en Bayona. Estas y otras actuaciones merecieron la censura de Jovellanos (*Memoria en defensa de la Junta Central*), que afirmaba que «la generosidad que las Juntas tuvieron para crearla (se refería a la Central) no la tuvo el Consejo para sufrirla».

Pero, como sucede casi siempre, las hostilidades no provenían sólo de una parte. La Junta Suprema Central, con el título de Majestad, como para que no quedara duda de su soberanía, creó un Tribunal extraordinario y temporal de vigilancia, cuyas funciones reglamentó por Decreto de 31 de octubre de 1808, y el 6 de noviembre ordenó que el Consejo cesara en las competencias que desempeñaba en cuestiones de armamento, víveres y vestuario. Éste se resistió a la orden, y sólo el giro de la guerra, con la presencia de Napoleón en España, propiciaría un nuevo escenario. Pero volvamos atrás para seguir otros ejes del proceso vivido en la España de 1808.

Entre las iniciativas más tempranas conseguidas con el fin de unificar las acciones frente al enemigo común figurarían las de las Juntas de Murcia (22-VI-1808) y Valencia (16-VII-1808). Aunque para esta última fecha aquel sentimiento era ya casi general. Así, por ejemplo, unos días antes, el 11 de julio, la Junta de Extremadura escribía a la de Galicia exponiendo la necesidad de reunir un Congreso de Diputados «...para fixar (*sic*) con mayor unión y vigor el plan general de defensa, pronto exterminio de los enemigos e irresistible oposición a que entren otros». Pero lo más importante es el argumento último de aquella propuesta: «el poder soberano debe pues estar en la N a c i ó n

entera, representada por una Junta compuesta al menos de cuatro individuos de cada provincia, nombrados por las que hoy son las Juntas Supremas». La soberanía no podía residir en diferentes partes del cuerpo nacional, salvo que fuese parcial y, en ningún caso, suprema.

Se hablaba del posible lugar de reunión y del número de representantes de cada junta para formar el cónclave general, extremos éstos que acabarían suscitando algunas controversias. Finalmente, no iban a ser cuatro los delegados de cada junta, ni Ciudad Real, Madrid o Ávila, como se apuntaba en un principio, ni tampoco Ocaña, la sede de la Junta Central, pero la idea terminaría tomando cuerpo por encima de todo. Nada de divisiones, «...la nación al fin, esta nación grande y la más generosa, nos pediría cuentas —proseguía el escrito de los extremeños— de nuestra conducta, del desempeño de la confianza que ha puesto en nosotros, de lo mal que habíamos cumplido con ella y buscaría otros medios para lograrlo». La voluntad de las gentes parecía decidida a superar todos los obstáculos. Una abundante literatura panfletaria, supuestamente de inspiración popular, lo corroboraba (22). No cabían dudas ante los desafíos a los que se veía enfrentada la «madre común», la «patria», España. «Ni sombra de división —exigía la Junta de Extremadura—, todo debe sacrificarse —concluía— al bien más grande de nuestra “común madre”».

La victoria española en Bailén, aparte de su enorme significado militar y de las repercusiones allende nuestras fronteras, permitió el impulso definitivo hacia la constitución de un órgano de gobierno común. Una oleada de entusiasmo y un optimismo desmesurado recorrían la España «patriota». Tras la retirada de José I y la entrada de las tropas españolas en Madrid, muchos pensaban que la guerra terminaría de inmediato. Para concluirla prontamente se debía proceder a una reorganización de nuestros ejércitos, y esto sólo podría hacerse desde un poder político unificado.

Un paso decisivo en este proceso se produjo el 3 de agosto de 1808, cuando la Junta de Sevilla hizo público un manifiesto sobre la «Necesidad de un Gobierno Supremo». Una de las últimas juntas en sublevarse contra Napoleón, la de Vizcaya, incidía en la misma propuesta. El 6 de agosto, en su proclama «Los vascongados a los demás españoles», podía leerse: «Españoles: somos hermanos, un mismo espíritu nos anima a todos (...) Esto no obstante hemos sabido, con dolor que el astuto y pérfido enemigo ha pretendido sembrar entre vosotros la desconfianza, él es quien (...) ha propalado, enfáticamente, que las tres provincias vascongadas y el reyno (*sic*) de Navarra son

(22) Ver *Colección de documentos interesantes que pueden servir de apuntes para la historia de la revolución española, por un amante de las glorias nacionales*. Madrid, 1808. Con posterioridad a esa fecha que nos ocupa, 1-XII-1808, Mauricio José Galindo (capitán retirado) dirigió la Junta Central un curioso panfleto titulado: *Plan político y constitucional para el Imperio español, libertado (sic), y defendido por el valiente pueblo*.

partidarios de los franceses (...) Aragoneses, valencianos, andaluces, gallegos, leoneses, castellanos (...) olvidad por un momento estos mismos nombres de eterna memoria y no os llaméis sino españoles ...» (23).

Los testimonios sobre la idea de España, realidad y necesidad, que se impone al «taifismo» amenazante en el verano de 1808, serían interminables. Un ejemplo rotundo lo volvemos a encontrar en la correspondencia de Martín de Garay. «Consideraré ser un mal —escribía el aragonés destinado en Extremadura— que nos acostumbráramos a llamar con premura nuestra Patria a esta o aquella Provincia, debiendo considerarse Patria la España entera que, sacudiendo el yugo extranjero, pelea por su Religión y por su Rey» (24). A partir de agosto de 1808 la deriva del proceso político en que se encontraba inmerso nuestro país, desde la última decena del mes de mayo anterior, estaba decidida. La presión exterior, que en este caso sería tanto como decir británica, contribuyó al empeño.

Las desconfianzas fueron cediendo. A finales de agosto, en Lugo, la Junta soberana de los tres reinos, de Castilla, León y Galicia, «convencida de la necesidad del establecimiento de la Junta Central de los reinos de España», acordó adherirse a las propuestas de la Junta de Sevilla. Los representantes de ambas juntas, así como los de Murcia, Valencia, Zaragoza y Extremadura deberían reunirse en Ocaña y allí decidir dónde establecerse, siempre que no fuese en Madrid, pues en la capital residían las viejas instituciones que habían logrado sobrevivir, principalmente el Consejo de Castilla.

La mayoría de los diputados se congregaron, finalmente, en Aranjuez, sin que la petición del Príncipe Pío para establecer la Junta Central en la Villa y Corte tuviera éxito (25). Los últimos en incorporarse fueron, precisamente, los representantes de Madrid (el marqués de Astorga y don Pedro de Silva) y los de Navarra (don José Balanzas y don Carlos de Amatria). Así, el 15 de septiembre, en el Real Sitio a orillas del Tajo se reunía la Junta Central Suprema Gubernativa del Reino «en nombre del rey nuestro Señor D. Fernando VII, que Dios guarde». La componían, inicialmente, 24 individuos, pero pronto el número de sus miembros llegó a ser de 35, bajo la presidencia del conde de Floridablanca, aunque sólo llegaron a reunirse 34 (26). En el capítulo tercero,

(23) DELGADO, J.: (Ed.) *Guerra de la Independencia. Proclamas. Bandos y otros documentos*. Madrid, 1974, pp. 174.

(24) Martín de Garay a Palafox. Badajoz, 24-VIII-1808.

(25) Actas de las sesiones de la Junta Central. Aunque en principio los diputados se decidieron por Aranjuez, más tarde aprobaron el traslado de la Junta a Madrid (1-X-1808). Después se acordó que el desplazamiento se efectuara entre el 15 y el 20, aunque nunca llegaría a efectuarse.

(26) TORENO, conde de: *o. cit.*, p. 172-173. La representación resultó un tanto aleatoria. Hubo dos diputados por Aragón, Asturias, Castilla la Vieja, Cataluña, Córdoba, Extremadura, Galicia, Granada, Jaén, León, Madrid, Murcia, Navarra, Sevilla, Toledo y Valencia. Acudió uno de Canarias y otro de Mallorca.

artículo primero de su Reglamento se establecía que «Los vocales que componen la Junta Suprema del Reino, reunidos en cuerpo, representan a la Nación entera y no individualmente a la provincia de que son diputados» (27). Por primera vez se hablaba de un ente nacional en sentido territorial y a la vez social, pues aquellos diputados lo eran en nombre, no de tal o cual estamento, sino de la nación entera.

Algunas de las disposiciones adoptadas aquellos días parecían enterrar cualquier atisbo de cambio. Sin embargo, en otro orden de cosas, pronto se nombró nuevo inquisidor general al obispo de Orense, y no mucho después se aprobó el regreso de los jesuitas. Otras medidas acordadas por aquel «Gobierno de la Nación» tuvieron escasa eficacia. Habrían de transcurrir dos años para que las Cortes reunidas en la Isla de León impulsaran la elaboración del marco jurídico político constitucional, que se publicaría en 1812. Sin embargo, ya en 1808 se habría definido la nación que se daría a sí misma la Constitución que establecía el estado liberal, unitario y centralista.

De la confianza a la frustración

En el otoño de 1808 la suerte de las armas dio un giro espectacular. La guerra cambió de signo con la llegada de Napoleón a España. El emperador, al frente de su gran ejército, derrotó a los patriotas en Gamonal, Espinosa de los Monteros, Tudela y Somosierra, y avanzó rápidamente hacia Madrid. Al conocer esta última derrota, la Junta Central Suprema Gubernativa del Reino decidió abandonar Aranjuez el 1 de diciembre de 1808 y retirarse hacia Badajoz. Debían seguirle otras instituciones y el general Cuesta. «A fin de activar la reunión de fuerzas e inflamar las Provincias, para defender y organizar los alistados, acordó igualmente nombrar algunos de sus vocales que, con toda plenitud de facultades fuesen a las Provincias...» (28).

Inmediatamente la máxima representación política de la España fernandina se puso en camino. El 2 de diciembre estaba en Toledo, el 3 en Torrijos, el 4 en Talavera, el 6 en Almaraz y el 8 en Trujillo, donde permaneció hasta el 11. Al día siguiente se trasladó a Miajadas y el 13 alcanzó Mérida. Desde aquí, en lugar de seguir a Badajoz, se dirigió a los Santos de Maimona, donde llegó el 14 y continuó por Monesterio y el Ronquillo hasta alcanzar Sevilla. En la capital andaluza estableció su sede y celebró la primera sesión el 18 de diciembre de 1808.

(27) *Reglamento para el gobierno de la Junta Central Suprema y Gubernativa del Reino*. Aranjuez, octubre, 1808.

(28) Cuadernos de don Martín de Garay de acuerdos tomados en las sesiones de la Junta Central. Cuaderno núm. 5. Sesión de 1 de diciembre de 1808.

Pero a pesar de sus esfuerzos por reconducir favorablemente el curso de la guerra, con la fallida ofensiva sobre Madrid de julio de 1809 (victoria insuficiente en Talavera) la iniciativa militar continuó en manos de los franceses. El desastre de Ocaña, en noviembre de ese año, acabó con el crédito de la Junta Central Suprema Gubernativa del Reino y permitió la invasión de Andalucía por las tropas napoleónicas. Había convocado una reunión de Cortes que debería celebrarse en la Isla de León en marzo de 1810, pero los acontecimientos se precipitaron y la Junta hubo de dar paso a una Regencia de cinco miembros, designados el 29 de febrero de 1810 (29). Esta sería la encargada de llevar a cabo la reunión de las Cortes, en la citada Isla de León, primero, y luego en Cádiz, pero las sesiones de la representación nacional no comenzarían hasta el 24 de septiembre de 1810.

De nuevo la esperanza

Contra todo pronóstico, la España política resistió en un Cádiz protegido y abastecido gracias principalmente a los ingleses. La capital gaditana mantuvo la fe en el triunfo y acabó consiguiéndolo. La obra política de la Guerra de la Independencia pudo culminar en un texto que abría la historia del liberalismo en nuestro país. Pero no son tema de este artículo los avatares para la elaboración y promulgación de «la Pepa».



(29) GARCÍA, DIEGO, E.: *España el infierno de Napoleón. 1808-1814. Una historia de la Guerra de la Independencia*. Madrid, 2008. pp. 338-340.

EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Andrés CASSINELLO PÉREZ
Teniente general del Ejército de Tierra



QUELLA guerra duró seis años, cuando las guerras de Napoleón contra las coaliciones que se le oponían en Europa apenas llegaban a los dos y se resolvían tras una batalla con la capitulación de los Estados. En la nuestra hubo tres actores diferenciados: los ingleses, los guerrilleros y el Ejército Regular español. Los primeros se movieron siempre en función de los intereses de su Gobierno: la defensa de Portugal y la consigna de no arriesgarse en el interior de nuestro territorio si las posibilidades de victoria no aparecían claras. Los segundos, de nacimiento espontáneo y creciente regularización, negaron al enemigo la seguridad de su retaguardia, le forzaron a emplear una parte importante de sus efectivos en la protección de sus convoyes y comunicaciones y dificultaron el funcionamiento de la Administración josefina en los territorios perdidos, a la vez que mantenían la moral combativa de su población. El tercer actor es el Ejército Regular, casi siempre derrotado en sus batallas y forzado a capitular tras heroicas defensas de nuestras plazas fuertes. Pero nunca perdió su voluntad de vencer en un continuo «no importa», inexplicable desde el análisis de los medios con que contaba y de la situación de inferioridad en la que combatía.

Ese actor, tan desgraciado como heroico, renació cuando todo parecía perdido, cuando sólo nos restaban Cádiz, Murcia, Alicante, la parte más montañosa de Cataluña y Galicia. Renace, se recupera y, después de encuadrar en sus filas a los antiguos guerrilleros, llega con los anglo-lusitanos hasta la frontera de los Pirineos, coincidiendo con el debilitamiento de las fuerzas francesas, mermadas por las necesidades de Napoleón tras su desastre en Rusia.

Aquella guerra la debíamos haber perdido después de la entrada de Napoleón en Madrid y el reembarque de las tropas inglesas de Moore; la perdimos otra vez tras el desastre de Ocaña y la volvimos a perder tras la caída de

Valencia y la capitulación del ejército que mandaba Blake. Pero no nos rendimos nunca, como habían hecho tantas veces las naciones europeas. Prevalció siempre la inexplicable voluntad de vencer que antes hemos señalado.

El Ejército al empezar la guerra

Los datos generales sobre su composición son confusos. Para el historiador y general Gómez de Arce sus efectivos totales eran de 144.436 hombres, que unos *Estados de Organización y Fuerza*, redactados por la Sección de Historia Militar en 1818, reducen a 134.776, y que O'Farril, secretario de Estado de la Guerra, rebaja a sólo 100.000.

Ese ejército contaba con 35 regimientos de Infantería de Línea, españoles, a tres batallones; cinco regimientos de Infantería suiza a dos batallones; tres regimientos de Infantería irlandesa a tres batallones y dos de Infantería italiana con la misma composición, más 12 regimientos de Infantería Ligera a un batallón cada uno. Las milicias provinciales se componían de 38 regimientos de un solo batallón y cuatro divisiones de granaderos provinciales a dos batallones.

La Caballería española contaba con 12 regimientos de línea, dos de húsares, dos de cazadores y seis de dragones, todos con cinco escuadrones a dos compañías cada uno, con unos efectivos nominales de 600 hombres por regimiento, pero con sólo 2/3 de caballos. La proporción entre Infantería y Caballería no alcanzaba los valores normales en Europa, donde llegaba a 1/5, mientras entre nosotros, atendiendo al número de caballos, apenas llegaba a 1/8.

Había cuatro regimientos de Artillería, tres de ellos con cuatro compañías a pie y una a caballo, y el otro con cinco compañías a pie; tres brigadas de dos compañías en Ceuta, Mallorca y Canarias, más 15 compañías fijas en las plazas fuertes. Estaban escasamente dotadas de medios de transporte, pero tenían una alta preparación técnica.

Los ingenieros contaban con un regimiento con dos batallones de zapadores-minadores.

Por último, la Guardia Real estaba constituida por un regimiento de la guardia walona y otro de la guardia española, cada uno con tres batallones a seis compañías, más seis escuadrones de carabineros reales, una compañía de alabarderos y los Guardias de Corps, con unos efectivos totales de 7.000 hombres y 1.000 caballos.

El Ejército se nutría de unos pocos voluntarios, de levas de «vagos y maleantes» y de quintos para completar las plantillas de paz de las unidades. El servicio militar duraba ocho años en el Ejército y diez en las Milicias. El número de quintos incorporados anualmente al Ejército, por sorteo entre solteros y viudos sin hijos de los 18 y los 36 años, era de unos 10.000.

No había servicios logísticos. El soldado comía de la olla de su escuadra

dos veces al día, con una composición similar de ambas: 100 gramos de arroz por plaza o cualquier otra semilla, 50 gramos de tocino o 100 de bacalao. La ración diaria de pan era de libra y media. Pero no había almacenes o depósitos, los víveres los obtenía el soldado del mercado que formaban trajinantes y vivanderos en las proximidades de las tropas. Para el transporte se alquilaban mulos con sus acemileros para formar brigadas de acémilas, y carros que se alquilaban con su animal de tracción y su carretero para formar brigadas de carros. Como hospitales se utilizaban conventos y se estimaba que un 10 por 100 de los efectivos estaba de baja por enfermedad. Se comprende que cuando se transitaba por un territorio empobrecido por el paso continuo de los ejércitos las posibilidades de su alimentación, o de encontrar medios de transporte, eran escasas, aunque el intendente de ese ejército fuera también cabeza de la administración civil del territorio.

Las armas

La Infantería disponía de un fusil de chispa y ánima lisa de 19 milímetros de calibre. Con ese arma, el soldado podía hacer cuatro disparos cada tres minutos, pero no más de veinte seguidos por la elevada temperatura que alcanzaba el cañón. El tiro no se estimaba bueno a más distancia de cien metros. A ese fusil se adaptaba una bayoneta.

La caballería contaba con el sable como arma principal, además de pistolas de arzón y algunas carabinas. Los dragones, llamados a combatir también pie a tierra como infantes, además del sable disponían de fusil.

La Artillería había adoptado el sistema francés Gribeauval en 1783. Disponía de cañones de ocho y doce libras (109 y 124 milímetros de calibre) capaces de moverse en el campo de batalla, y otros de cuatro libras para el acompañamiento de la Infantería. El peso de los de cuatro libras era de 300 kilos, 600 los de 8 y 900 los de 12. Las piezas de «a 4» podían hacer tres disparos por minuto y uno o dos los de los otros calibres. Sus alcances eran de 600 a 1.800 metros según calibre y de 150 a 600 si disparaban metralla, pero el desvío de sus tiros podía llegar a un sexto de su alcance.

La instrucción del soldado

Los reglamentos tácticos vigentes eran copia de los franceses. La formación defensiva básica de la Infantería era la línea de tres filas, con los hombres en contacto de codos y la distancia entre filas de un brazo. Para el ataque existía la columna de ataque, en la que las compañías de un batallón formaban en línea de «a tres filas», una detrás de otra. El paso de una formación a otra estaba reglado con minuciosidad y constaba de complejos movimientos.

La Caballería cargaba en frente amplio y en dos filas sucesivas, con los hombres en contacto rodilla con rodilla, y seguidos por una reserva. Las dos compañías de cada escuadrón desplegaban en una fila. En el Regimiento, dos escuadrones componían esa primera fila y otros dos la segunda. El quinto escuadrón se dividía en dos medias compañías que seguían en columna a la formación anterior. Se marchaba al trote hasta unos 150 pasos del enemigo, para llegar al galope a unos 50, momento en el que los trompetas iniciaban el toque de «a degüello».

Para la instrucción de tiro cada soldado recibía anualmente 40 onzas de pólvora, 10 balas y cuatro piedras de chispa. Los reclutas recibían 12 onzas, cinco balas y dos piedras durante su primer año. Con esa munición, cada soldado podía hacer 70 disparos de fogeo y 10 completos, y los reclutas 19 y cinco respectivamente. Se comprende que esa instrucción era muy deficiente, agravada por el sistema de fuego por descargas a la voz de mando. Señalemos que la operación de cargar el arma llevaba consigo 11 movimientos distintos, todos ejecutados a la voz de mando.

Por último, los regimientos de Milicias Provinciales se reunían en asamblea durante trece días una vez al año para instruirse, permaneciendo en sus domicilios el resto del tiempo. Cobraban, como los componentes del Ejército, sólo desde el momento en que abandonaban sus poblaciones hasta que volvían a ella.

La organización del mando

Las capitanías generales (11) y comandancias generales (4) eran meros depósitos de regimientos. No había una organización superior estable en tiempo de paz. Un intento de Morla en 1802 por constituir divisiones en cada capitanía, compuestas por dos brigadas a seis batallones de Infantería de Línea y uno de Infantería Ligera, fracasaron. Las guerras hasta entonces se hacían con cuerpos expedicionarios. El rey nombraba un general en jefe, que elegía a su Estado Mayor, y a este núcleo se iban agregando regimientos de acá y allá, que se ligaban a través de mandos intermedios también elegidos para esa ocasión. Así se había hecho durante las últimas campañas en Italia, Argel, Menorca, Gibraltar, Luisiana o en la última guerra contra la Convención Francesa.

Los mandos del ejército español tenían una experiencia de guerra limitada. En todo caso habían participado en guerras pequeñas en las que ni habían movido en el campo de batalla grandes unidades ni posiblemente las habían visto. Demasiados generales y escasos oficiales llenaban el escalafón, predominando entre los primeros aristócratas y miembros de la Guardia Real. Había academias militares, entre las que destacaban por su excelente preparación la de Artillería de Segovia y la de Ingenieros en Alcalá. Otras academias para

las armas de Infantería y Caballería, pero con escasos alumnos, fueron las de Orán, Ceuta, El Puerto de Santa María, Ocaña, Barcelona y Zamora, que en 1800 se redujeron a sólo la de Zamora. Durante la guerra funcionarían otras en Tarragona, Santiago, Potes, Mallorca y Cádiz, esta última la más importante.

El despliegue del Ejército antes de la guerra

Hemos visto lo que era ese Ejército, su entidad total, pero tan importante como ella era su situación dentro del territorio español, de la que se derivarían sus posibilidades. Era un Ejército disperso porque, como consecuencia del Tratado de Fontenailleau, 14.905 hombres se encontraban en Dinamarca, mientras en Portugal entraron tres expediciones: al norte, Taranco, con 6.556 infantes y 15 piezas de artillería. Por Alcántara entró Garrafa, con 7.593 infantes, 2.164 jinetes y 20 piezas de artillería, y por Badajoz lo haría Solano, con 9.174 infantes y 150 jinetes. Sumando las tres expediciones, 38.201 hombres y 5.329 caballos estaban fuera de España; un tercio de la Infantería y la mitad de la Caballería montada estaban ausentes.

Pero la guerra con Inglaterra nos obligaba a proteger los puntos susceptibles de ser atacados por nuestros enemigos: frente a Gibraltar había 10.000 hombres; 15.000 guarnecían las plazas de África, Canarias y Baleares, y otros 10.000 Galicia. Esos 35.000 hombres suponían un despliegue periférico disperso, cuando los franceses se encontraban en situación central con Murat al frente, que mandaba unos 120.000 hombres, integrados en cinco cuerpos de Ejército. Ya vemos: los españoles dispersos, sin una organización del Mando que permitiera la coordinación de esfuerzos y con las plantillas de paz. La inferioridad era manifiesta.

El levantamiento inicial

Los conatos de levantamiento que siguieron al Dos de Mayo fueron sometidos por las autoridades provinciales siguiendo las órdenes del Consejo de Castilla a las audiencias y chancillerías, cuyos presidentes eran los capitanes generales. La insurrección se generalizó en fechas próximas al 30 de mayo, coincidiendo con el conocimiento de las abdicaciones de Bayona, que ponían el trono de España en manos de Napoleón y, a través de él, en las de José. Todas esas insurrecciones siguieron un mismo modelo: el amotinamiento del pueblo llano, que depone o asesina al capitán o comandante general, y la designación por ese pueblo de una nueva autoridad militar que va a encabezar un ejército. Ni los mandos subordinados ni las tropas participaron en el motín, aunque es verdad que su pasividad ante estos hechos hizo posible su culminación.

En los antiguos reinos, principados y provincias se formaron juntas que se autoproclamaron soberanas, sustituyendo a la autoridad de los reyes, y cada una de ellas formó su propio ejército para la defensa de su territorio, eligiendo a quien debía de mandarlo, sin poder asegurar que el elegido fuera el más competente y sin coordinación entre unas y otras acciones. En Madrid, O'Farril, secretario de Estado de la Guerra, y Negrete, capitán general de Castilla la Nueva, tomaron partido por los franceses, que dominaron el centro de España, Navarra, Barcelona y el eje por el que discurre la carretera nacional número uno. Sólo Castaños, al frente de las tropas que bloqueaban Gibraltar, y Cuesta, capitán general de Castilla la Vieja, subsistieron al frente de sus unidades.

Las primeras acciones

Desde el principio la improvisación de los ejércitos va a caracterizar el desarrollo de esta guerra. El más impetuoso será Cuesta. El alzamiento en Valladolid se produjo el 31 de mayo, y para el 12 de junio, contando sólo con 200 soldados desmontados del Regimiento de Caballería de la Reina y un centenar de carabineros reales y guardias de Corps escapados de la escolta de Fernando VII, encuadra a 5.000 paisanos armados, se lanza contra los franceses en Cabezón y sufre una gran derrota.

Pero Zaragoza, Gerona y Valencia resisten los ataques franceses y en el Bruch los somatenes catalanes logran alzarse con la victoria el 6 y el 14 de junio. Más tarde, el 14 de julio, las fuerzas unidas de Galicia y Castilla, mandadas respectivamente por Blake y Cuesta, fueron derrotadas en Medina de Río Seco. No hubo coordinación ni unidad de mando entre ambos ejércitos. La Junta de Galicia hizo valer su desconfianza y las tropas de uno y otro combatieron rehuyendo el apoyo mutuo. Eran 21.913 españoles contra 13.430 franceses, pero la superioridad numérica no compensó la inferioridad en disciplina e instrucción de nuestros soldados.

Mientras, el general Dupont marchaba desde Toledo hacia Andalucía con un objetivo lejano, Cádiz, donde se encontraban los restos de las escuadras españolas y francesas batidas en Trafalgar. Al mismo tiempo, Castaños, con las tropas del Campo de Gibraltar, reforzadas con nuevos voluntarios y otras unidades andaluzas, se movía hacia el norte. Ambos ejércitos se encontraron en Bailén el 19 de julio, donde sólo combatieron dos de las divisiones de Dupont contra otras dos de Castaños. Los impetuosos ataques de Dupont a las líneas españolas fueron rechazados y éste se vio obligado a capitular.

Esa victoria tuvo un gran impacto psicológico en España y en Europa entera, incrementado por las victorias inglesas en Rollica el 17 de julio y en Vimeiro el 20 de agosto. José abandonó la capital de España y los franceses levantaron el sitio de Zaragoza.

Entre Bailén y los combates en la línea del Ebro

Las juntas provinciales hicieron un gran esfuerzo de movilización. De mayo a octubre de 1808 se crearon 156 regimientos de Infantería de Línea con 148.219 hombres, más 37 de Infantería Ligera con 40.738 y 12 regimientos de Caballería con 8.500 hombres y caballos. Pero esas juntas fueron más partidarias de la creación de nuevas unidades, deficientemente encuadradas, disciplinadas e instruidas, que de completar las plantillas de guerra de las existentes.

Después de Bailén, las tropas españolas avanzaron sobre Madrid, abandonada por el rey José. Pero calmosamente, entre *tedeums* y festejos populares, la división valenciana de González Llamas llegó el 13 de agosto, dos semanas después de la salida de José; el ejército de Castaños lo haría el 23 y el de Cuesta el 2 de septiembre, mientras Blake seguiría en La Bañeza hasta el 18 de agosto. El 25 de septiembre se formó la Junta Suprema. Los tres ejércitos que han confluído en Madrid no tienen un jefe que mande el conjunto. No se nombró ninguno ante el estupor de Lord Bentnik, enviado por el Gobierno inglés para seguir los acontecimientos. En lugar de un jefe, la Central creó el



Rendición de Bailén. José Casado del Alisal. (Museo del Prado. Madrid).

30 de septiembre una Junta Militar que debía presentar al pleno de la Central los planes para atacar al enemigo.

Se formaron tres ejércitos y uno de reserva: el del centro, al mando de Castaños, con parte de las tropas que vencieron en Bailén, las valencianas y las de Castilla; el de la Izquierda, al mando de Blake hasta que llegara a España el marqués de la Romana procedente de Dinamarca, con las tropas gallegas, las de la cornisa cantábrica y las procedentes de Dinamarca; el de la Derecha, mandado por Vives, con las catalanas, las de Baleares y una división al mando de Reding, compuesta por nuevas unidades y algunas de las que combatieron en Bailén. Por último, el de reserva, al mando de Palafox, con las tropas aragonesas y valencianas que habían acudido a Zaragoza.

Las tropas marcharon lentamente hacia el valle del Ebro y hasta el 17 de octubre no tomó el mando Castaños de las suyas, que cubrían el sector entre Logroño y Tudela. Para complicar más las cosas, la Central envió sus comisionados a ese ejército, que impusieron al general su disparatado plan: sin considerar que ya enfrente no estaba sólo José con 60.000 hombres, sino el mismo Napoleón con 300.000, idearon un doble envolvimiento de los franceses, avanzando por el valle del Iratí hasta Roncesvalles y por la cordillera Cantábrica hasta Tolosa. Napoleón no esperó tan disparatado plan. Los imperiales rompieron por el centro en Gamonal, se volvieron sobre la derecha derrotando a Blake en Espinosa y a las tropas del centro y reserva en Tudela. La Junta improvisó un Ejército para la defensa inmediata de Madrid, pero Napoleón arrolló las defensas de Somosierra y entró en Madrid el 5 de diciembre. Como hemos dicho, técnicamente hablando, habíamos perdido la guerra. A la vez, el Cuerpo de Saint Cyr entraba en Cataluña, derrotaba a las tropas españolas y libraba Barcelona del acoso al que estaba sometida.

La batalla de Talavera

No nos rendimos. La Junta marchó a Sevilla y los ejércitos se recompusieron como se pudo. Nuevos reclutas, deficientemente encuadrados, apenas instruidos o disciplinados, cubrieron las bajas. En enero perdimos la batalla de Uclés. En febrero Zaragoza, con sus 30.000 defensores, y la batalla de Vals en Cataluña. En marzo nos vencieron los franceses en Ciudad Real y en Medellín y, por fin, parecía haberse logrado una especie de acuerdo con los ingleses para que Wellesley (luego Lord Wellington) entrara en España al frente de 21.000 de su ejército, compuesto por soldados ingleses y portugueses, a reunirse con los 26.000 de Cuesta. Ambos ejércitos se desplegaron uno al lado del otro sobre el arroyo Portiña, entre la ciudad de Talavera y el cerro de Medellín. El 27 de julio comenzó la batalla, que se extendió al siguiente día. Los impetuosos ataques franceses se dirigieron contra los ingleses, que ocupaban el ala izquierda del despliegue. No hubo un jefe del conjunto, ni se persi-

guió al enemigo después de la batalla. Talavera fue un éxito táctico de los ingleses, un fracaso estratégico y un desastre logístico. Acabada la batalla, la irrupción por la Ruta de la Plata de los ejércitos de Soult, Ney y Mortier, intentando envolver a los aliados, hizo que Wellington se retirara primero a Badajoz y después a Portugal, mientras Cuesta lo hacía a los límites de Extremadura y Sevilla.

En el plano de nuestras relaciones con los ingleses, las consecuencias de la batalla fueron desastrosas. La escasez de medios logísticos enfureció a nuestros aliados, y esa situación se agravó con la captura por los franceses de los heridos ingleses que quedaron en los hospitales de Talavera cuando se retiró también Castaños. Queda añadir que la escasez de alimentos y de medios de transporte la sufrieron también los españoles, y que quienes primero se retiraron de Talavera fueron los ingleses.

Lo previsto era que Venegas, con las tropas del ejército del centro, atacara el despliegue francés por Aranjuez o Fuentidueña al mismo tiempo que tenía lugar la batalla de Talavera. Pero Venegas esperó, sujeto por las órdenes de la Junta Central que le recomendaban prudencia. Al final se decidió a cruzar el Tajo para ser derrotado en Almonacid el 11 de agosto.

Ocaña y Gerona

La campaña de Talavera arrancaba de la idea de la marcha de Napoleón contra Austria. Pero el 6 de junio el emperador de los franceses derrotaba al archiduque Carlos en Wagram y el 12 se firmaba el armisticio de Znaim. Todo antes de la batalla de Talavera.

Los españoles tienen prisa y los ingleses cautela. Los primeros piensan que se puede liberar Madrid, mientras los segundos fortifican Torres Vedras para cubrir Lisboa. No hay acuerdo aliado. La Junta prevé un ataque en fuerza sur-norte con el ejército del centro, mientras el de Extremadura amagaría por el corredor del Tajo y el de la izquierda fijaría al enemigo en León.

El ejército de la izquierda venció a los franceses en Tamames, mientras el del centro se reforzaba con nuevos reclutas y otras unidades del de Extremadura hasta alcanzar más de 50.000 hombres. Su general, Areizaga, avanzó desde Sierra Morena hasta el Tajo. Marchó hacia el este y cruzó el río por Villamanrique, para volverse seguidamente atrás y desplegar en Ocaña, donde el 19 de noviembre fuimos derrotados, dejando 4.000 hombres sobre el campo, entre muertos y heridos, y 14.000 prisioneros. Después fue imposible detener a los franceses en Sierra Morena; rompieron por sus puertos y ocuparon Andalucía, con la excepción de Cádiz. Poco más tarde, el 28 de noviembre, el ejército de la izquierda era derrotado en Alba de Tormes, y el 10 de diciembre sucumbía Gerona después de una defensa heroica y siete meses de sitio.



Beresford desarmando a un lancero polaco en la batalla de La Albuera.

Después de Ocaña

¿Qué hacer? Habíamos vuelto a perder la guerra pero, inexplicablemente, no la voluntad de vencer. Vuelta otra vez a organizar nuevos ejércitos para seguir la lucha. Despareció la Junta Central y se formó la Regencia en Cádiz, mientras en nuestro Ejército se creaba el Estado Mayor General. Estamos en 1810. En Cataluña caerá Lérida el 14 de mayo, se ganaría la acción de La Bisbal el 14 de septiembre y el 1 de enero de 1811 caería Tortosa. Mientras, el ejército de Massena invade Portugal tras conquistar Ciudad Rodrigo el 10 de julio; combatió contra los ingleses en Bussaco y llegó ante Torres Vedras el 11 de octubre, para replegarse a Santarem el 14 de noviembre sin haber intentado el asalto a la fuerte posición inglesa.

Para entonces, el Ejército español debía contar con unos 100.000 hombres, lo que revela el esfuerzo tras tanto desastre sufrido. El 28 de junio de 1811 caería Tarragona, quedando así todas las capitales de Cataluña en manos enemigas, aunque su ejército seguiría combatiendo en la parte más montañosa del Principado. En el sur, Soult partió de Sevilla el último día de diciembre. El 19 de febrero atacó y derrotó en Gévora al general Mendizábal, que se había hecho cargo del mando del ejército de la izquierda por fallecimiento del

marqués de la Romana, y el 10 de marzo capitulaba Badajoz tras otra heroica defensa.

La campaña anglo-lusitana

Wellington, desde Portugal, contempla la doble amenaza de Massena al norte y de Soult al sur. El 15 de marzo, las tropas del Ejército francés que mandaba Massena se retiran a España. Pero Massena volvió a Portugal y entre los días 3 y 5 de mayo tuvo lugar la batalla de Fuentes de Oñoro que ganaron los anglo-lusitanos. Por el sur Soult atacó en La Albuera a las tropas anglo-lusitanas que mandaba Beresford frente a Badajoz, reforzadas por el Cuerpo Expedicionario mandado por Blake y las tropas del ejército de la izquierda que mandaba Castaños. Los franceses eran 19.000 infantes, 4.000 jinetes y 1.200 artilleros, y los aliados se componían de 18.000 anglo-portugueses y casi otros tantos españoles. Soult no atacó de frente a la línea aliada formada ante La Albuera, sino a su flanco derecho, ocupado por los españoles, que resistió con éxito el embate hasta que los ingleses contraatacaron. Fue la batalla más cruenta de aquella guerra.

Valencia

Valencia supone la culminación de las desgracias de nuestro Ejército. Blake marchó allí para hacerse cargo del mando de los ejércitos II y III, reforzados por el Cuerpo Expedicionario que había mandado en La Albuera. En total, Blake disponía de 24.400 infantes, 2.842 jinetes y 667 artilleros al servicio de 20 piezas de campaña. Frente a él desplegó Suchet unos 20.000 hombres. Los dos ejércitos chocaron en Sagunto. El ala izquierda española, formada por tropas murcianas y valencianas, fue ahuyentada por fuerzas francesas netamente inferiores en número, mientras el ala derecha, formada por el Cuerpo Expedicionario, se estrellaba contra las líneas francesas. Los españoles tuvimos 800 muertos o heridos y 4.600 prisioneros. Blake ordenó el repliegue. Aún contaba con 23.000 hombres frente a 15.000 infantes y 1.200 jinetes franceses, que el 25 de diciembre se reforzaron hasta alcanzar los 29.500 infantes y 2.500 jinetes. Los españoles disponían de una primera línea defensiva sobre el Turia y otra segunda formada por un campo atrincherado. Los franceses cruzaron el Turia y los españoles se replegaron sucesivamente a ese campo atrincherado y a las murallas de la ciudad. El 26 de diciembre Valencia estaba cercada y el 9 de enero capituló. Dejamos 16.270 prisioneros, de ellos 850 oficiales, un capitán general, siete mariscales de campo y 15 brigadieres, con un inmenso parque de artillería.

Hasta el final de la guerra

Otra vez habíamos perdido la guerra, pero continuamos con esa inexplicable voluntad de vencer que salta de lo racional para asentarse en valores morales. Wellington vencería en Arapiles y José se retiraría a Valencia arrasando a Soult con sus tropas de Andalucía y Extremadura. Los ingleses habían recuperado Ciudad Rodrigo y Badajoz tras inauditos saqueos de su población, a las que trataron como si fueran ciudades enemigas. Las Cortes nombraron a Wellington generalísimo de los ejércitos españoles, cargo necesario que no había existido en toda la guerra. Nuestros ejércitos se fueron recuperando y alcanzaron con los anglo-lusitanos la frontera francesa. Los 130.000 de mayo de 1808 se habían convertido en 140.000 en 1814. Si pensamos que sus bajas debieron ser superiores a las 250.000, porque en la defensa de las 12 plazas fuertes perdimos 106.270 y 79.278 en las 20 principales batallas, podemos ver que pese a desertores y prófugos, que también los hubo, la incorporación a los ejércitos de nuevas levass fue muy importante.

Nuestro Ejército combatió siempre en condiciones de inferioridad contra el mejor ejército del momento, que se había cubierto de gloria en sus campañas en Europa. Estaba poco instruido, apenas disciplinado, con cuadros de mando improvisados y con generales inexpertos en la dirección de las batallas. Tampoco hubo un mando supremo militar que coordinara las operaciones de unos y otros. Predominó lo que el marqués de la Romana llamaría «la manía de dar batallas», empujados los generales a ellas por unas autoridades superiores que desconocían las posibilidades reales de nuestras fuerzas. Posiblemente se equivocaron sus jefes muchas veces, se pasó hambre, desnudez, fatigas sin cuenta, pero se siguió combatiendo. Es hermosa esa inexplicable tenacidad.

BIBLIOGRAFÍA

- CLONARD, conde de: *Historia Orgánica de las Armas de Infantería y Caballería*. Madrid 1851.
GÓMEZ DE ARTECHE, José: *Guerra de la Independencia*. Madrid 1868-1903.
GÓMEZ RUIZ y ALONSO JUANOLA: *El Ejército de los Borbones*. Madrid 1989-2007.
MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *Historia de España*. Tomo XXVI. *La España de Fernando VII*. Madrid 1968.
PRIEGO LÓPEZ, Juan: *Guerra de la Independencia*. Madrid 1972-2007.

LA GUERRILLA ESPAÑOLA DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

José CEPEDA GÓMEZ
Universidad Complutense de Madrid



COMO consecuencia de la victoria del Ejército de Castaños en Bailén (julio 1808), los franceses —y entre ellos el propio rey José Bonaparte— se replegaron hacia el norte, cerca de la frontera. Pero el sueño español no duró muchos meses; el emperador en persona, al mando de sus mejores tropas, entró en España a comienzos de noviembre de 1808 para irse en los primeros días del mes de enero siguiente, tras dejar encauzada la victoria sobre el ejército expedicionario inglés y preocupado por las noticias que llegaban de París, Viena y Moscú. Pues bien, desde esas iniciales semanas de 1809, una vez que Napoleón ha restaurado a su hermano José Bonaparte en el trono de Madrid tras su fulgurante entrada en la Península y sus victorias sobre los ejércitos regulares españoles y británicos, comienzan a proliferar por las tierras hispanas grupos de combatientes irregulares que acosan a las tropas bonapartistas (1). Pequeños propietarios, campesinos, jueces, alcaldes, estudiantes, soldados, artesanos, pastores, clérigos, oficiales del Ejército o la Marina, abogados, bandidos, contrabandistas, etc, son algunas de las muchas

(1) Algunos autores creen que puede hablarse de guerrillas y guerrilleros desde el mismo verano de 1808. Incluso citan textos en los que aparece la palabra «guerrilla» en los meses inmediatamente posteriores al levantamiento de mayo. Por el contrario, para ARTOLA, Miguel, uno de los primeros historiadores que se interesó por el tema y comenzó la revisión del fenómeno con criterios historiográficos modernos, «la aparición de las guerrillas como fenómeno bélico no se produce, en contra de una generalizada opinión, hasta los primeros meses de 1809. Antes de esa fecha existen casos aislados que no constituyen sino excepciones incapaces de caracterizar un hecho como la guerra revolucionaria». «La España de Fernando VII», p. 247. Tomo XXVI de la *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal, Madrid, Espasa-Calpe, 1968.

actividades y profesiones ejercidas antes de la guerra por los futuros guerrilleros, que alcanzaron varias decenas de miles de hombres agrupados en cientos de partidas (dieciséis de las cuales concentraron, en torno a 1812, al 80 por 100 del total) y que se extendieron por todas las regiones españolas, destacando por su mayor intensidad y constancia las de Cataluña, Navarra, Castilla la Vieja, Sistema Central (Segovia y Guadalajara), Aragón, Galicia, Asturias, País Vasco y La Rioja, pero sin olvidar las guerrillas de Castilla la Nueva, Valencia y Andalucía. Muchos son paisanos (principalmente campesinos y con un importante número de mujeres entre ellos), pero también hay ex soldados y mandos militares que, dislocadas sus unidades tras la derrota en el campo de batalla, pasan a engrosar esas «partidas» o «guerrillas». No faltan, tampoco, los desertores, algunos procedentes del «multinacional» Ejército napoleónico.

Como recoge el coronel Nicolás Horta Rodríguez en su estudio: «...no tratamos ni de la guerrilla como línea de tiradores ni de la tropa que hace la descubierta y rompe las primeras escaramuzas, sino que nos referimos a la tercera acepción del *Diccionario de la Lengua Española*, “partida de paisanos, por lo común no muy numerosa, que al mando de un jefe particular y con poca o ninguna dependencia de los del ejército, acosa y molesta al enemigo”» (2).

Un conflicto diferente en el marco de las guerras de liberación contra el imperio napoleónico

Desde aquel invierno de 1808-1809 hasta la victoriosa conclusión de la guerra contra el francés, los españoles patriotas se enfrentarán en una durísima y feroz contienda contra los bonapartistas —franceses y españoles afrancesados— que no se circunscribe a los combates «tradicionales» en los que dos grandes ejércitos dilucidan en los campos de batalla el futuro de sus estados, según se estipula en el correspondiente tratado de paz. En la *Guerre de l'Espagne* (nombre con el que es denominada por los franceses) no hubo ni una batalla de Austerlitz o Jena, ni un tratado como Tilsit. Recuérdese que la victoria del Gran Corso en Austerlitz (diciembre de 1805) significó, entre otras cosas, el dominio francés sobre Alemania (creación de la Confederación del Rin, con 16 Estados aliados y «protegidos» por Napoleón y disolución del vetusto Sacro Imperio Germánico) a costa de Austria. Por su parte, el resultado de Jena es claro: los prusianos se someten a Napoleón. En Tilsit (julio de

(2) HORTA RODRÍGUEZ, Nicolás: «Sociología del movimiento guerrillero», en el tomo II de *Las Fuerzas Armadas Españolas. Historia Institucional y Social*, Madrid, Editorial Alhambra, 1986, p. 274.

1807) el derrotado zar de Rusia hubo de ceder ante el emperador Napoleón el dominio fáctico de gran parte de Europa centro-oriental (Polonia pasa ser un protectorado francés). En Austria, en Prusia, en Rusia, los pueblos aceptaban lo firmado por sus respectivas autoridades, que no era sino consecuencia de la derrota de sus correspondientes ejércitos. Otra batalla «definitiva», la victoria aliada en Leipzig (octubre de 1813), provocó el derrumbamiento del poder francés en casi toda Europa.

La pugna de Napoleón con austríacos, prusianos y rusos nos sirve de referencia para comparar con lo sucedido en la 'península Ibérica. En el enfrentamiento de París con Viena, Berlín y Moscú, fueron unas pocas batallas las que decidieron el curso de los acontecimientos; victoriosas para Napoleón hasta 1812, derrotas de sus ejércitos a partir de ese crucial año. Pero fueron, repito, contadas batallas. Un ejemplo más: entre diciembre de 1805 (batalla de



Tumba de Jerónimo Merino Cob (el cura Merino) en Lerma.

Austerlitz) y abril de 1809 (declaración de guerra de Viena contra Francia), los austríacos y los franceses no sólo no combatieron, sino que fueron aliados. En la guerra que siguió a la ruptura de la primavera de 1809, otra batalla, la de Wagram (julio 1809) dejó a los austríacos postrados para los cinco años siguientes. Y tampoco hubo levantamientos antifranceses. Tras las batallas campales de los respectivos ejércitos, cesaba la violencia. Por el contrario, en los campos de España no fueron decisivas las batallas ni en Ocaña, ni en Espinosa de los Monteros, ni en Sagunto, ni en Tudela, ni en Vich, ni en Tortosa, ni en Valencia. No dejó de combatirse desde mayo-junio de 1808 hasta la primavera de 1814. En algún lugar de España un ejército regular español o unos guerrilleros atacaban a los hombres de Napoleón o de José Bonaparte.

Aquí cabe decir que la campaña de los británicos en las tierras de Portugal y España tiene un propósito, unos objetivos, muy distintos a los que pretendían nuestros ejércitos. Londres exige a Wellington que proteja Portugal, su cabeza de playa en el continente. España fue, para los ingleses, un mero campo de batalla en la guerra contra Napoleón. A nuestros generales —más o menos brillantes en sus decisiones y con mayor o menor capacidad militar— se les exige desde Cádiz que «liberen» territorios españoles, que recuperen para la Nación sus pueblos, sus ciudades, sus tierras. Vencer a los enemigos en los campos de batalla españoles no era solamente un paso hacia la derrota de Napoleón, sino reconquistar parte de España. Al cuerpo expedicionario británico y a su comandante supremo no les preocupa volver una y otra vez a sus posiciones fortificadas en Portugal.

Es, pues, la sostenida por los españoles una contienda que se encuadra dentro de las guerras europeas de liberación contra el imperio napoleónico, pero tiene una características muy especiales. En primer lugar, para comprender la diferente reacción del pueblo español ante los victoriosos ejércitos franceses a la que manifestaron otros pueblos de Europa, es imprescindible recordar que Napoleón destronó a la dinastía reinante en España —cosa que no hizo, por ejemplo, con los Habsburgo de Viena o los Romanov de Moscú—, lo que exacerbó los ánimos de muchos españoles identificados con sus reyes, por mucho que hoy nos cueste entender la pasión sentida por nuestros compatriotas de aquellos momentos hacia los Borbones que les tocaron en suerte. Las buenas relaciones diplomáticas entre Francia y España durante el siglo XVIII sólo habían sufrido una interrupción entre 1793 y 1795 (Guerra contra la Convención). Tras este paréntesis bélico, volvieron a establecerse esas alianzas entre París y Madrid. De hecho, el rey de España, Carlos IV, fue aliado de todos los gobiernos de la Francia revolucionaria desde el verano de 1789 hasta mayo de 1808, con la excepción del bienio 1793-1795. (Se ha llamado al Tratado de San Ildefonso de 1796 «el Pacto de Familia sin familia»). Destronar a los reyes de España, especialmente al «Deseado» Fernando VII, acabó siendo el principal error de Napoleón con respecto a los

españoles (3). Porque, ¿qué más podía desear el emperador del gobierno de Madrid? A veces se olvida que los soldados franceses comenzaron a entrar a finales de 1807 en España como aliados y con la intención de ocupar Portugal. O que una parte de las mejores tropas de Carlos IV estaban en Dinamarca y la zona de Hamburgo al servicio de Napoleón. O que la Real Marina borbónica española combatía junto a los barcos franceses y compartía bases y apostaderos.

El ingrediente religioso es, asimismo, muy fuerte, mucho más que en otras campañas antinapoleónicas. El clero, alto o bajo, obispos o curas de aldea, estuvo presente desde el principio del levantamiento, desde la formación de las primeras juntas, ejerciendo el papel conductor y de adoctrinamiento que llevaba siglos practicando, y con gran parte de su prestigio ante el pueblo aún intacto (4). Y por encima de cualquier duda, la mayoría de los españoles se implicó en una guerra amarga, cruel, larga, destructora, en la que no cabían neutrales. Todos se sentían concernidos y no se delegaba la defensa de la Monarquía en los que servían en los ejércitos, en los soldados, como había venido sucediendo en el Antiguo Régimen. Si los diputados de Cádiz acabaron por declarar en marzo de 1812 que «está asimismo obligado todo español a defender la patria con las armas, cuando sea llamado por la ley» (artículo 9.º de la Constitución) y que «ningún español podrá excusarse del servicio militar cuando y en la forma que fuere llamado por la ley» (artículo 361), y crearon el nuevo Ejército de la nación y no del soberano (5), ya antes muchos españoles de a pie se habían echado a las calles de las ciudades o al monte a combatir con sus escasas armas a los soldados del, por entonces, mejor ejército del mundo. ¿A defender la patria con las armas? En muchos casos puede decirse

(3) Las razones que motivaron a los gobiernos de ambos Estados a estrechar sus lazos militares y diplomáticos desde el Primer Pacto de Familia (1733) hasta el Tratado de Fontainebleau (1807) no se basaban en motivos sentimentales-familiares, sino en imperativos pragmáticos, estratégicos. Agradasen en Madrid más o menos los gobernantes de turno que hubiese en París, la Corte española accedió a todo lo que pedían los franceses. Incluso, por supuesto, en el plano militar. Y esto es válido en 1807, como lo había sido en 1735, en 1744 o en 1761... Pese al nombre de Pactos de Familia, la política internacional española tuvo mucho de *realpolitik*. Los ministros de los Borbones españoles sabían del desdén con que los franceses nos miraban... pero el verdadero enemigo era Gran Bretaña, su Marina de guerra y sus apetencias coloniales. Mal que bien, de Francia podíamos obtener algo; de los ingleses, nada.

(4) Es suficientemente conocido que no pocos religiosos se convirtieron en jefes de grupos guerrilleros. El cura Merino es el más famoso. Incluso hubo partidas compuestas principalmente de seminaristas y clérigos que se llamaron «Cruzadas». Otra muestra de la importancia y el papel del clero en la España de comienzos del siglo XIX la tenemos en el elevado número de diputados de las Cortes de Cádiz que eran eclesiásticos. Y en los dos grupos ideológicos, tanto entre los «serviles» como entre los liberales.

(5) «Habrà una fuerza militar nacional permanente de tierra y de mar, para la defensa exterior del Estado y la conservación del orden interior» (artículo 356). En los siguientes artículos se establecía que las Cortes (no el rey) fijarían anualmente el número de tropas que fueren necesarias y el de buques de la Marina militar que hubieran de armarse o conservarse armados.

que existió, sí, ese sentimiento patriótico. Pero no en todos. Porque hubo diferentes guerrilleros, como hubo diferentes guerrillas.

Y evolucionaron desde 1809 hasta 1814, ya que pueden advertirse tres grandes etapas en el desarrollo del movimiento guerrillero:

- Desde primeros de 1809 hasta noviembre de ese mismo año.
- Desde noviembre de 1809 hasta enero de 1812.
- Desde este invierno de 1812 hasta la primavera triunfal de 1814.

A lo largo del año 1809 van constituyéndose partidas que se nutren con paisanos y con no pocos desertores y oficiales o ex soldados que han sido derrotados en las batallas «formales». Tienen cierta relación con el ejército aliado, al que aportan información y ayudan en determinadas circunstancias, a cambio de armas. Entre la derrota de Ocaña (noviembre del año 1809) y la rendición de Blake en Valencia (enero de 1812) se sitúa el bienio de predominio militar francés en grandes áreas de la Península, y es en esos años centrales cuando la guerrilla tiene mayores dificultades para subsistir y cuando alcanza su momento de auge como «resistencia» autónoma. Porque a partir de la primavera de 1812 es muy notable la coordinación entre las unidades del ejército regular aliado (británico y español) con unas partidas guerrilleras en claro proceso de militarización.

Interpretación actual de la guerrilla y su aportación al triunfo sobre los bonapartistas

¿Qué movió a tantos españoles a desafiar el peligro, a jugarse la vida, en lugar de quedarse en sus casas y aceptar sin más la nueva legalidad que se había fijado en Bayona con las renunciaciones de Fernando VII y de Carlos IV? La respuesta a esta pregunta es, posiblemente, la que ha hecho variar más la interpretación que los historiadores hacen hoy del fenómeno guerrillero frente a la visión tradicional, «romántica», de esa guerra irregular que tuvo lugar entre 1808 y 1814. Sin negar los factores religiosos, políticos, patrióticos, que pudieron animar a muchos a «echarse al monte», la revisión actual que investigadores ingleses, italianos, franceses y españoles vienen haciendo, trata de profundizar en las causas socioeconómicas. Es significativo, por ejemplo, que los años 1811 y 1812 fueron dramáticos en España por las crisis de subsistencias que provocaron las paupérrimas cosechas. En muchas ciudades hubo hambrunas (6) —que

(6) El consumo humano de la patata se generalizó en España durante esos años de la Guerra de la Independencia. En Madrid, por ejemplo, casi no se comía patata antes de 1810. Se despreciaba y consideraba alimento de animales.

algún autor considera que fueron las más graves en los siglos modernos para ciertas zonas, como el centro peninsular— y esas calamidades deterioraban el clima social y propiciaban la aparición de «descontentos», alguno de los cuales podía pasar la línea hacia la marginalidad, como ha venido sucediendo en los siglos anteriores. El campo ha sido, secularmente, refugio de marginados y de huidos. En *Historia Social* sabemos que pícaro era, normalmente, el campesino que huía hacia la ciudad, en tanto que bandolero era el hombre de ciudad que huía al campo, para, en ambos casos, escapar de la miseria y la injusticia social. No se trata, desde luego, de calificar a los guerrilleros de meros delincuentes sociales, aunque alguno sí lo fuera; pero es evidente que la vida en las partidas—incluso desde un punto de vista estrictamente militar— no está sujeta a normas, deberes, ordenanzas. Y eso atraía a ciertos españoles. Como a los que sentían el miedo a ser reclutados por alguno de los ejércitos regulares que había en la Península en esos años y preferían acogerse a una vida menos disciplinada. (El guerrillero podía, fácilmente, alternar sus dos «trabajos», acudiendo a hacer las tareas agrícolas en su momento, para reincorporarse oportunamente a combatir a los franceses. Estaba, las más de las veces, cerca de su hogar, de su familia, de sus intereses. Y eso no le era posible al soldado regular). Tampoco puede desdeñarse como acicate para engrosar las partidas el mero resentimiento personal por una ofensa sufrida a manos de los soldados franceses que vivían de lo que obtenían en los lugares por donde pasaban (7). Hubo, en fin, casos en que las partidas incorporaban, a la fuerza, a algún individuo que se cruzaba por su camino.

La valoración «militar» de la guerrilla también ha sido revisada en los últimos años. Desde la inmediata posguerra hasta los años cincuenta del siglo xx han venido enfrentándose dos interpretaciones. Para muchos testigos e historiadores británicos y franceses los guerrilleros fueron o bien un grupo de indisciplinados e ineficaces estorbos o un atajo de salvajes y fanáticos reaccionarios que, en cualquier caso, apenas incidieron en el resultado final de la guerra (8). Tan sólo las tropas regulares del ejército aliado anglohispanoportugués, bajo la suprema dirección de Lord Wellington, consiguieron derrotar a los generales napoleónicos. Alguno de aquéllos destacaba el heroísmo y la

(7) La logística de los ejércitos napoleónicos en España nunca funcionó bien y sus unidades vivieron siempre sobre el terreno, lo que les enemistó, lógicamente, con los campesinos, víctimas de sus requisas y saqueos.

(8) El historiador militar Geoffrey Best escribe lo siguiente: «A Wellington no le gustaban las guerrillas por la misma razón que a cualquier otro oficial de carrera y aristócrata. Y el desagrado era recíproco. La guerra en la península fue un laboratorio de actitudes militares y de tipos de guerra. La profesionalidad internacional que se venía desarrollando ininterrumpidamente desde el siglo xviii nunca mostró su carácter mejor que en la manera en que “enemigos” franceses y británicos se respetaban y agradaban más de lo que lo hacían con los españoles. No podía esperarse que a los franceses les gustasen, aunque sí de los británicos, ya que se suponía



Francisco Espoz y Mina.

bravura de los guerrilleros, pero todos quitaban importancia al efecto que la participación de las partidas y guerrillas pudo haber tenido en el resultado final de la guerra. Frente a ellos, la otra visión, básicamente escrita por autores españoles, y con una destacada aportación de novelistas y biógrafos de alguno de los más conocidos caudillos populares de la guerra, casi afirmaba que a Napoleón y a sus mariscales les vencieron los guerrilleros y los heroicos defensores de Zaragoza y Gerona. Concedían, eso sí, algún mérito a Wellington... En el imaginario colectivo de muchas generaciones españolas esta última ha sido la imagen dominante.

Hoy en día, sin embargo, hay coincidencia en la mayoría de los estudiosos de

aquella Guerra de la Independencia en valorar como muy destacada la participación de los guerrilleros como eficaces colaboradores de los ejércitos regulares aliados. El general Miguel Alonso Baquer resume así esta idea: «Empezaron haciendo imposible que José Bonaparte ganara la guerra de España y terminaron haciendo posible que Wellington venciera en la guerra peninsular, nutriendo parte de sus divisiones y engendrando en torno al enemigo amenazado por Wellington una atmósfera de inseguridad» (9). Por su parte, el citado Geoffrey Best, en su capítulo titulado «La guerra popular: algo muy español», tras comentar la tendencia a adoptar posturas mutuamente excluyentes de

que estaban en España luchando por una causa común...». BEST, Geoffrey: *Guerra y Sociedad en la Europa Revolucionaria. 1770-1870*, Madrid, Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, 1990. Remito al lector a una nota posterior para conocer la opinión que nos profesaba Napoleón...

(9) ALONSO BAQUER, Miguel: «Las ideas estratégicas en la Guerra de la Independencia», en el tomo II de *Las Fuerzas Armadas Españolas. Historia Institucional y Social*, Madrid, Ed. Alhambra, 1986, p. 261.

británicos y españoles a la hora de valorar el papel de guerrilleros o británicos en la *Peninsular War*; acaba por escribir que «para un historiador que aspire a contemplar toda la escena desde una cumbre trasnacional, la conclusión es evidente: que cada grupo fue indispensablemente complementado por el otro, y que ningún bando hubiese podido ganar la guerra por sí mismo» (10). Ésta es la valoración actual más aceptada entre los historiadores.

Las misiones de la guerrilla

¿Cuáles fueron sus principales cometidos en el plano castrense? En verdad hay que comenzar por decir que hubo varios tipos de guerrillas. Algunas no tenían entre sus miembros a nadie con experiencia militar. Conocían, eso sí, la vida en el campo, cazaban desde niños, o se desplazaban por los montes como arrieros, o como contrabandistas. En esos grupos de «resistentes» la forma de ejercer la violencia contra los soldados franceses era la típica que se desarrollaba, en pequeña escala, en todos los montes del sur de la Europa mediterránea ancestralmente. Una forma primitiva, cruel, de emboscadas, sin más regla que la de aprovecharse del conocimiento del paisaje y del momento escogido para pillar por sorpresa al rival. Pero también sabemos hoy que otros guerrilleros tenían una previa formación militar como antiguos soldados (alguno, incluso, había sido oficial de los Reales Ejércitos o de la Marina) y que hubo colaboración directa entre las partidas y los ejércitos, con mucha mayor eficacia desde 1812 hasta el final de la guerra, etapa en la que llegaron a incorporarse grandes unidades guerrilleras al esfuerzo del ejército regular aliado. En el transcurso del conflicto, alguno de aquellos grupos de combatientes irregulares se fueron «regularizando» y adoptando empleos propios del Ejército, que muchas veces sus jefes exigían con vehemencia a la Regencia y a las Cortes. El caso de Francisco Espoz y Mina es el más representativo: habiendo empujado la guerra como uno más de los hombres de la guerrilla mandada por su sobrino Mina «el Mozo», la terminó en 1814 con el nombramiento de general (otorgado por las Cortes) y mandando una división de más de 11.000 hombres. Esta gran unidad incluía caballería y varias piezas de artillería con sus servidores, que el propio Wellington le había hecho llegar por mar a la vez que le incluía en sus planes estratégicos como una división más de entre sus fuerzas.

La actividad guerrillera comprendía muchos aspectos. Obtenían información sobre los movimientos y recursos de las unidades francesas; capturaban correos enemigos dificultando al mando francés la toma de decisiones basadas en información adecuada; atacaban pequeños destacamentos; se apoderaban

(10) BEST, G.: *Idem*, p. 166.

de los pertrechos y víveres transportados por pequeñas columnas enemigas; obligaban a proteger con nutridas escoltas cualquier convoy por pequeño que fuera; aterrorizaban a los soldados galos, con lo que, inconsciente o conscientemente, provocaban su venganza y el efecto acción-represión-acción, que acentuaba entre los paisanos el odio contra los soldados «invasores»; mantenían viva la llama de la insurrección, castigando, si llegaba el caso, a los colaboracionistas —los afrancesados— o a los tibios; forzaban al invasor a permanecer en constante vigilia y, sobre todo, le obligaban a dispersar sus fuerzas para proteger muchos puntos fijos, nudos de comunicaciones y depósitos, y para perseguir a los *brigands* (bandidos) (11).

Los franceses se vieron en la necesidad de llevar a cabo una dura y compleja guerra de contrainsurgencia. De este modo, los mariscales napoleónicos en España nunca pudieron disponer de superioridad en el campo de batalla frente al ejército mandado por Wellington. La cifra de los soldados franceses en la Península en algún momento llegó a ser superior a los 300.000 hombres, pero en ninguna de las grandes batallas —Talavera, Busaco, Ciudad Rodrigo, La Albuera, Salamanca, Arapiles, Vitoria, San Marcial— sumaron más de 65.000 los efectivos de los que pudieron disponer Marmont, Soult, Suchet y los demás comandantes bonapartistas (12). En la concepción que Napoleón tenía de la guerra uno de sus postulados básicos se basaba en la concentración de efectivos en el preciso momento de la batalla, en disponer del grueso de sus tropas a la hora y el día del encuentro con el enemigo. En la *Guerre de l'Espagne* sus generales no pudieron seguir nunca sus enseñanzas. Los soldados franceses estaban dispersos en guarniciones por toda la Península, «fijados» por los guerrilleros y aterrorizados por ellos. Las cifras de muertos y heridos provocados por las guerrillas son hoy discutidas; se ha venido afirmando que podían haber llegado a las 100 víctimas diarias, lo que supondría un total de 180.000. Tal vez estén infladas, pero fueron muy altas; y los testi-

(11) Los franceses, además de negarles el estatus de combatientes, descalificaban a los guerrilleros. No es de extrañar; Napoleón dijo alguna vez de los españoles que éramos una «chusma de ignorantes mandados por una chusma de curas...». Y a los soldados españoles los comparó con «la canalla de El Cairo». Tras su derrota final, en Santa Helena, nos dedicó alguna frase más amable.

(12) MARTÍNEZ RUIZ, Enrique: en el cuadro de la página 147 de su reciente obra *La Guerra de la Independencia (1808-1814). Claves españolas en una crisis europea*, Madrid, Silex ediciones, 2007, anota estos datos: En Talavera, el mariscal Victor pudo disponer de 46.138 soldados del total de 288.552 tropas francesas en España; en Busaco, Victor mandaba 59.000 de los 324.996 totales; en Albuera, Soult no dispuso más que de 23.000 de los 354.461 existentes; en los Arapiles, Marmont contó con 42.000 de un total de 258.898; en Vitoria, José Bonaparte concentró 65.000 soldados, cuando aún quedaban en la Península 98.970 franceses...

monios que tenemos de los soldados franceses no dejan lugar a dudas; sentían venir al infierno (13).

Precisamente sobre la dispersión de las tropas napoleónicas en España, algunos autores han llegado a afirmar que las victorias de los ejércitos bonapartistas les debilitaban, «pues la capacidad operativa de los franceses disminuía en la misma medida en que se veían forzados a detraer parte de sus efectivos para otros muchos menesteres» (14). Liddell Hart escribió en *La estrategia de la aproximación indirecta* que los franceses «a la vez que los dispersaban (a los soldados españoles) dispersaban igualmente sus propios recursos y el veneno se esparcía cada vez más» (15).

Podemos deducir de lo anterior que los ejércitos regulares se beneficiaron de la actividad de los guerrilleros, constante aguijón en la retaguardia francesa y con una presión que acababa por desmoralizar a los soldados napoleónicos. Pero también se hace evidente que las guerrillas pudieron subsistir porque el ejército regular español nunca dejó de combatir, pese a las derrotas. Los generales franceses sabían cómo actuar en una guerra de contrainsurgencia: persiguiendo a los guerrilleros con columnas móviles para acorralarles en sus escondrijos y acantonar fuerzas numerosas en los pueblos e impedirles conseguir alimentos, pero no tenían los efectivos que se requerían para ello porque debían enfrentarse a las unidades regulares que, sin perder nunca la voluntad de vencer, volvían una y otra vez al combate. En resumen, se compenetraron mucho más de lo que parece deducirse de las críticas que, con frecuencia, dirigían los militares de carrera contra la indisciplina y el desorden de los guerrilleros.

Hubo desde muy pronto un claro deseo por parte de las autoridades de Cádiz y de los mandos del Ejército, no siempre conseguido: regularizar, organizar, reglamentar, controlar a los guerrilleros. La Junta Central publicó el primer *Reglamento de Partidas y Cuadrillas* el 28 de diciembre de 1808. Es notable este documento porque aún no se habían constituido grupos de resistentes en los campos con suficiente entidad. Las derrotas ante Napoleón de esos días hicieron ver a los máximos representantes del Estado, de la España patriota, que no bastaban los ejércitos de Cuesta, Castaños y los demás generales, sino que había que movilizar a toda la nación.

Creo que en la dramática crisis nacional de 1808-1814, los diputados de Cádiz, los soldados del ejército regular y los guerrilleros fueron los verdaderos pilares del Estado español. Y utilizo intencionadamente la palabra Estado

(13) DE DIEGO, Emilio: recoge y discute alguna de las cifras que diversos autores han dado para calcular el número de bajas provocadas por los guerrilleros y el porcentaje de soldados dedicados a «la lucha contra la insurgencia». *España, el infierno de Napoleón. 1808-1814. Una historia de la Guerra de la Independencia*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2008, pp. 127-128.

(14) Ídem, p. 129.

(15) Tomo la referencia en la citada obra de ALONSO BAQUER, Miguel, p. 237.

porque quiero recalcar que unos y otros, uniformados o no, desde los bancos de las Cortes gaditanas, desde las formaciones en línea de combate (o en los barcos de guerra que aprovisionaron a todos desde el mar, ese gran olvidado en las historias de la Guerra de la Independencia), o desde las serranías, mantuvieron viva a la España patriota, que no claudicó pese a las numerosas derrotas sufridas. Precisamente es aquí donde hay que poner el acento en la importancia del ejército regular durante la Guerra de la Independencia y en el empeño de las autoridades de Cádiz por «regularizar» las partidas y guerrillas, concediéndoles a sus integrantes la condición de soldados sin uniforme. Es un lugar común preguntarse para qué sirvió nuestro Ejército si, tras la victoria de Bailén en julio de 1808, no volvió, prácticamente, a ganar una sola batalla. Pues bien, ese Ejército que nunca se dio por vencido, que volvía al combate día tras día, que se reorganizaba una y otra vez, representaba la legalidad de la España de Cádiz, del Estado español. Mientras hubiese un Ejército que obedeciese las órdenes y directrices de las Cortes —auténtico poder ejecutivo, en la práctica, de la España patriota— seguiría existiendo ese Estado (16). La España de Fernando VII subsistió porque esas instituciones resistieron: las Cortes en Cádiz y los ejércitos en los campos y ciudades de la Península. Con penurias y calamidades, pero resistieron, no perdieron la confianza en la victoria final (17). Y a unos y a otros ayudaron los guerrilleros, ese «curso terrestre» que mantuvo en jaque a los ejércitos franceses y sus aliados, a la vez que comprometía —por convicción o por coacción— a todos los paisanos en la oposición a los bonapartistas, a la legalidad que pretendían imponer los partidarios de José I Bonaparte, el «rey intruso».

¿Fue original la guerrilla española?

Siempre ha habido grupos más o menos numerosos de hombres que atacan a soldados invasores de un territorio sentido como propio, y que no siguen los cánones militares de cada época. Peor armados que los ejércitos enemigos,

(16) Durante la Guerra de Independencia de los Estados Unidos ya se había dado una situación muy semejante. El *Continental Army*, mandado por George Washington, llegó a tener poco más de quinientos combatientes en un trágico invierno. Muchos querían disolverlo pero Washington se opuso. Replicó que mientras hubiese «soldados continentales» (soldados regulares norteamericanos, diríamos hoy) existiría un Estado, tendría respetabilidad ante el exterior. En cierto modo, fueron esos cientos de soldados, junto con los representantes de las colonias reunidos en el Congreso Continental de Filadelfia, los que mantuvieron viva a la nueva nación.

(17) En el sitiado Cádiz la vida nunca fue tan dura como la de los soldados que combatían en las tierras de Valencia, Cataluña, Extremadura o Castilla, porque el dominio del mar lo mantuvieron siempre los antibonapartistas y el trasiego de barcos fue constante durante toda la guerra, llevando alimentos, noticias, órdenes y pertrechos. Y propaganda.

buscan la sorpresa y el momento de debilidad momentánea de los contrarios, se aprovechan del mejor conocimiento del terreno (son lugareños) y evitan los espacios abiertos generalmente. Sus acciones son rápidas y contundentes, pero no pueden permitirse el lujo de explotar el éxito ocupando el terreno pues deben huir a sus campamentos ocultos en la fragosidad del monte, o al anonimato de sus casas. Actúan, claro, en la retaguardia del enemigo y usan una extremada violencia en sus golpes. Su objetivo es expulsar al invasor de sus tierras y para ello, puesto que no tiene suficiente fuerza como para aniquilarle, tratan de procurarle miedo, desmoralizarle, hacerle desistir de su empeño por ocupar «sus» tierras. Uno de sus objetivos se centra en privarle de recursos, alimentos, armas y pertrechos.

Pero ese tipo de guerra defensiva, no reglada, típicamente campesina y no de soldados profesionales, no es nueva. Los escitas se enfrentaron al emperador Darío con tácticas guerrilleras 500 años antes de Cristo; los hombres de Judas Macabeo lucharon así contra los sirios 150 años después; los galeses resistieron durante los intentos de ocupación de los ingleses en los siglos XII y XIII de nuestra era. Tampoco hace falta remontarse a los diversos «resistentes» que desde Viriato han combatido a tropas regulares en la península Ibérica para hablar de guerrilleros hispanos. En el levantamiento de los moriscos granadinos de 1568 y la subsiguiente Guerra de las Alpujarras se dieron todos los ingredientes de una guerra de este tipo. Y en la Guerra de Sucesión (1700-1714) y en los años posteriores hubo, por ejemplo, importantes partidas de guerrilleros austracistas en los campos de Valencia y Cataluña. No hace falta retroceder tantos años. En la segunda mitad del siglo XVIII tenemos algunos ejemplos de guerra de guerrillas; en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos (1776-1783), en la *Vendée* contrarrevolucionaria (1793-1796), en la rebelión de los negros de Haití contra Napoleón (1800-1802) o, mucho más cerca en el espacio, durante la Guerra contra la Convención (1793-1795), en la que se dieron claros precedentes de movilización de paisanos catalanes contra los soldados franceses y en la que tuvieron su bautismo de fuego algunos de los futuros guerrilleros de la Guerra de la Independencia. Como resume un teórico norteamericano de nuestros días, «la guerra de guerrillas no es una seña de identidad de ninguna ideología particular, de ningún siglo o de ninguna cultura. Lo que define a los guerrilleros no es por qué, ni cuándo, ni dónde, sino cómo luchan. La guerra de guerrillas es un conjunto de tácticas. Las tácticas de la guerrilla son un esfuerzo para contestar a la pregunta: ¿Cómo puede el débil hacer la guerra contra el fuerte?» (18).

En cuanto a la palabra (hoy préstamo lingüístico del español a muchos idiomas que no traducen el término) no es desconocida en España porque ya

(18) JOES, Anthony James: *Guerrilla Warfare. A Historical, Biographical, and Bibliographical Sourcebook*, Westport, Connecticut-London, Greenwood Press, 1996, p. 4.

en el siglo XVI se utilizaba con el significado de «guerra interna o acción punitiva emprendida contra rebeldes del interior». Covarrubias, en su *Diccionario* (1611), dice: «Guerrilla: quando entre particulares ay pendencia y enemistad formada». En el siglo XVIII se utiliza el término en España con el significado de «encuentro ligero de armas». En Francia se utilizó el término *petite guerre* (19), y precisamente en 1780 se traduce la obra del francés Geoffroy de Grandmaison, *La Petite Guerre*, con el título español de «La guerrilla o tratado del servicio de las tropas ligeras en campaña» (20).

Lo que marcó la Guerra de la Independencia española como «la guerra de guerrillas» por antonomasia en el imaginario colectivo de la gran mayoría de la opinión pública y en la obra de todos los autores que han escrito sobre ella, empezando por sus testigos presenciales, es la enorme amplitud, duración y extensión del fenómeno. Como acabamos de ver, ese tipo de guerra ni era nuevo ni se «inventó» en España. Pero las magnitudes que alcanzó durante los seis años que duró ese conflicto y la expansión por todas las comarcas españolas, desde el Cantábrico hasta Andalucía y desde Portugal hasta Cataluña, fue mayor que en ningún conflicto anterior. También ayudó a esa mitificación de la figura del guerrillero el periodo histórico/literario que se abre precisamente en la Europa de la inmediata posguerra: el Romanticismo y su exaltación del individualismo rebelde. La imagen del héroe que se enfrenta valeroso contra el destino, despreciando su propia vida en aras de unos ideales que parecen inconquistables, le va perfectamente al orgulloso español que vive bajo las estrellas y se lanza contra un pelotón de franceses con una hoz como única arma... A esos autores románticos, que fueron los primeros que novelaron, historiaron o pintaron la Guerra de la Independencia, les gustaban mucho más los grupos de desarrapados con cuchillos que las columnas de hombres uniformados con sables. Y esa idea ha quedado en el acervo colectivo, aunque no sea toda la verdad porque sólo centra su mirada en una parte, no en el todo. Hubo muchos otros españoles patriotas que no estuvieron en la guerrillas y que se enfrentaron, también con las armas, contra los soldados napoleónicos. Pero eran mucho más atractivos esos guerrilleros. Por cierto, no es la única guerra en que se distorsionan las imágenes de los combatientes, primando a los resistentes frente a los soldados.

(19) GARCÍA CARCEL, Ricardo: *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la Guerra de La Independencia*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2007, pp. 136-137.

(20) Recojo la referencia de la obra *La Guerra de la Independencia de España (1808-1814)*, Alella-Barcelona, Ediciones Nabra, 2007, p. 123. El editor del libro es MOLINER PRADA, Antonio, uno de los mejores conocedores hoy en día de *La Guerrilla en la Guerra de la Independencia*, como reza el título de su libro, premiado y publicado en 2004 por el Ministerio de Defensa.

LA MARINA EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Hermenegildo FRANCO CASTAÑÓN



ONTRASTA la numerosa bibliografía existente sobre las operaciones de las fuerzas terrestres durante la Guerra de la Independencia con el reducido número de estudios sobre las operaciones llevadas a cabo por la Armada durante la contienda. Muchos historiadores olvidan el importante papel jugado por la Marina. Quizá el poco conocimiento de la importancia de la guerra naval y el haber sido un conflicto básicamente terrestre sean los

motivos de la ignorancia que la gran mayoría tiene sobre la participación de la Armada en aquellos años.

En 1808, como en la actualidad, el cometido fundamental de la fuerza naval era el mismo: «asegurarse el dominio del mar», o impedírselo al enemigo, consiguiendo así el control de las comunicaciones propias e interceptando las del oponente. Este ejercicio del control del mar fue llevado a efecto por España a partir de la rendición de la escuadra francesa de Rosily en Cádiz en junio de 1808, lo que abrió las puertas del bloqueo y la alianza con Inglaterra, suceso que, aparte de salvaguardar las comunicaciones marítimas con América, fue determinante en el resultado de Bailén y ,por tanto, en el devenir posterior de la guerra.

Puede decirse que en el transcurso de las guerras napoleónicas Gran Bretaña fijó sus fronteras en las costas del enemigo, con bloqueos cerrados de los puertos que prácticamente convirtieron el mar en inglés. Disponer del dominio del mar supuso para Inglaterra ejercer un férreo control logístico sobre el ejército francés, lo que sin duda favorecía notablemente la causa española, cuyas fuerzas navales compartirían posteriormente dicho dominio del mar con los británicos.

La Marina en los prolegómenos de la guerra

Tres sucesos fueron determinantes en el desarrollo del conflicto. En ellos jugó un papel primordial la Armada, y pienso que sin su actuación y la de sus hombres nuestra historia habría seguido derroteros muy distintos: Primero, la negativa de Valdés de llevar la escuadra de Cartagena a Tolón, en marzo de 1808; segundo, la negativa de Escaño de dirigirse a Ferrol para hacerse cargo de una escuadra con destino al Río de la Plata, a finales de 1808, y tercero, la nueva negativa de Valdés, una vez repuesto en el mando de la escuadra cartagenera, de dirigirse a Cádiz para armar una tercera escuadra que, junto a la de Rosily, iniciara el plan que Napoleón tenía previsto para el Mediterráneo, en concreto sobre Gibraltar, una vez sometida la capital gaditana y roto el bloqueo de las fuerzas navales del almirante inglés Collingwood.

Por otra parte, los hechos del 2 de mayo de Madrid, que tuvieron como protagonistas destacados a dos jóvenes alféreces de fragata, José Hezeta y Juan Van Halen, y que fueron el detonante de lo ocurrido en el Parque de Montealeón, no han pasado a la historia como debieran, quizá porque aquéllos no perdieron la vida aquel día. Por último, la decisiva intervención del fiscal del Almirantazgo, Juan Pérez Villamil, redactor del manifiesto de los alcaldes de Móstoles, verdadero iniciador de la Guerra de la Independencia, como así se le reconoció por la Junta revolucionaria en 1868. Con estos ligeros apuntes quiero dejar bien claro el papel importantísimo de la Armada en los prolegómenos de la guerra. Después vendrá la participación decisiva en ella, con sus barcos y fuerzas en tierra, que durante seis largos años sostendrán enhiesto el pabellón de España.

La guerra se inicia con un enfrentamiento naval que va a ser decisivo en el devenir posterior de la campaña. Muy poco ha sido valorada esta incidencia por la mayor parte de los historiadores, aparentemente desconocedora de la importancia de la guerra naval en este conflicto. Esta primera victoria de las armas españolas fue decisiva y abrió las puertas del bloqueo a que estaban sometidos los puertos peninsulares, con consecuencias en las operaciones terrestres cuyo resultado más inmediato fue Bailén.

La Armada en 1808

La Armada disponía de una gran cantidad de buques armados de gran porte, navíos y fragatas, que fue disminuyendo gradualmente a lo largo de la guerra al estar detenida toda construcción naval, darse de baja algunos de ellos (21 navíos desde 1808 a 1814) y no estar debidamente atendidos en su mantenimiento, así como por el estado de vejez y los naufragios acaecidos.

La denominación de «peninsular» dada por los ingleses a esta guerra expresa claramente, por su matiz geográfico, la estrategia general de la

contienda y la importancia del dominio del mar a que anteriormente nos hemos referido, ya que se desarrolla en una tierra casi rodeada por aquél. El dominio del mar y su explotación serán determinantes en la estrategia marítima y factores fundamentales en el desarrollo de la guerra. Vamos por tanto a considerar esta importancia, así como la acción desarrollada por las fuerzas navales españolas al lado de las inglesas. Pero empezaremos por ver la intervención de la Real Armada en la lucha desde el principio, cuando al tener pocos barcos en servicio y no existir aún la urgente necesidad de su empleo, ante la necesidad de defender a la patria invadida, sus oficiales y soldados se lanzan a batirse contra los franceses junto con los del Ejército de Tierra.



Antonio de Escaño, teniente general de la Armada.

El mismo día que Napoleón decretó el nombramiento de su hermano José Bonaparte como rey de España, Murat ofreció el mando de la escuadra de Ferrol a Escaño con la misión de salir con tropas para el Río de la Plata por estar amenazado el virreinato por una expedición inglesa. Escaño, que formaba parte de la junta secreta que se había organizado para encargarse del gobierno de la Monarquía en cuanto se supiese que los miembros del Consejo eran depuestos o prisioneros, objetó dificultades y le manifestó que, conociendo la llegada de Mazarredo a la Corte, quería tratar dicho asunto con él.

En el mes de julio llegó José Bonaparte a Madrid, y cuando los miembros del Consejo de Marina trataban de salir de la capital «... cada uno por su lado y en disfraz para evitar un atropellamiento», según dice Escaño, llegó la noticia de la victoria de Bailén. Por este motivo se suspendió la marcha, pues los franceses sólo se preocupaban de evacuar Madrid y retirarse al Ebro.

Anteriormente, de acuerdo con las exigencias de Napoleón, la escuadra de Cartagena, al mando de Cayetano Valdés, dio la vela el 10 de febrero y entró en Mahón el 2 de mayo, previa escala en Palma, en lugar de dirigirse a Tolón

como tenía ordenado. Valdés fue depuesto del mando por no cumplimentar las órdenes recibidas mas, absuelto de los cargos que se le imputaban, se le repuso en él. El 19 de mayo recibió Valdés otra orden del duque de Berg, en la que se le comunicaba que pasase a Cádiz «...para activar el armamento de una escuadra, cuyo mando se le ha conferido a V. I.». En la misma orden se le comunicaba que entregase la de Cartagena al teniente general José Justo Salcedo. Pero Valdés tampoco cumplimentó la orden de ir a Cádiz y se trasladó a Asturias, donde tomó el mando de una división del ejército de dicha región. Salcedo tampoco tomó el mando de la escuadra de Cartagena, la cual permaneció en el puerto menorquín hasta agosto al mando del brigadier Juan José Martínez. Volvió entonces a Cartagena, después de producirse un motín el 29 de julio en el navío insignia *Reina Luisa*.

Juntas de Gobierno, Armamento y Defensa

Desde que se tuvo conocimiento del levantamiento de Madrid se formaron juntas para resistir a los franceses. Una vez formadas, se organizaron regimientos de Infantería y Caballería con las tropas existentes en sus demarcaciones. En todas las capitales de provincia y ciudades importantes se empezó a gobernar en nombre de Fernando VII, se organizó el Gobierno, se formó una Junta Militar para asuntos de la guerra y se nombró un secretario general para entenderse con las juntas provinciales. El 15 de octubre Antonio de Escaño fue nombrado, por la Junta Central, secretario de Estado y del Despacho Universal de Marina. Como los franceses habían batido a las tropas españolas en el Ebro e invadido Castilla, resolvió la Junta retirarse a Andalucía, saliendo el 24 de diciembre de Aranjuez para Sevilla, en donde se encontraba a finales de 1808.

Acaecimientos y operaciones navales (1808-1814)

Las comunicaciones marítimas se hacen necesarias desde el primer momento de la contienda, incluso antes de crearse el poder coordinador de la Junta Central. La Junta de Asturias se pronuncia, declarándose soberana el 22 de mayo de 1808, tratando de entablar comunicaciones con Inglaterra. El día 30 se levanta Galicia, que manda a Inglaterra a los tenientes de navío Losada y Freire con la noticia del levantamiento general de España. Pronto, en julio, por mar, llegan a Gijón y a La Coruña municiones y otros pertrechos traídos desde Inglaterra en unos bergantines. Cartagena se pronuncia el 22 de mayo, y ello provoca que también se alce Murcia. Ferrol se gana para la causa nacional a principios de junio.

Ocurre lo mismo en Cádiz y en la Isla de León, y será la Marina, en el teatro de operaciones de la bahía gaditana, la que inicie los combates contra los fran-

ceses por medio de las fuerzas mandadas por el jefe de escuadra Juan Ruiz de Apodaca, que conducirán a la rendición de la escuadra del vicealmirante Rosily, que permanecía en Cádiz desde el combate de Trafalgar. Se empezó el ataque el día 9 de junio, después de rechazar con toda cortesía el ofrecimiento de ayuda de la escuadra británica del almirante Collingwood, que bloqueaba el puerto. El día 14 se rindió Rosily a Apodaca. La escuadra apresada, compuesta de cinco navíos y una fragata, palió en buena parte las pérdidas habidas en Trafalgar. El ejército invasor del general Dupont se quedó sin el apoyo de esa escuadra fondeada en Cádiz y lista para operar. La victoria, la primera de la guerra entre fuerzas regulares, supuso cuantioso material de artillería, pertrechos y víveres, de inmenso valor para la defensa de la «fortaleza gaditana».

Este hecho de armas, que dio una gran fuerza moral a los españoles, fue determinante para el éxito en Bailén, al verse Dupont privado de la ayuda de su escuadra. Los imperiales habían perdido no sólo los seis navíos de Cartagena, que habían supuesto que llegarían a su poder, sino también estos otros cinco de Rosily. Pocos días después aún perdieron otro más, pues entró en Vigo el navío *Atlas*, de 74 cañones, sin saber que la plaza estaba alzada contra Bonaparte, siendo rendido por embarcaciones con fuerza armada. También en junio de este año de 1808 tiene lugar la defensa de Santander con el apoyo de las fragatas *Magdalena* y *Venganza*. El 20 del mismo mes sale de Menorca para Cataluña una expedición con la guarnición de Mahón, con abundantes armas, pertrechos y víveres. En octubre llegan por mar a España, desde Dinamarca, las tropas del marqués de la Romana, antiguo capitán de fragata, que desembarca el 9 en Santander parte de sus tropas. El grueso de su ejército, formado por unos 10.000 hombres, desembarca días más tarde en La Coruña.

En enero de 1809, gracias a la flexibilidad que permite el dominio del mar a la potencia marítima frente a la terrestre, había podido retirar Inglaterra el ejército de Sir John Moore, seriamente comprometido después de su «huida vergonzosa», como apunta el marqués de la Romana, y de su derrota en los campos de Elviña. Como consecuencia inmediata de la toma de La Coruña por los franceses tiene lugar la de Ferrol, su arsenal y un considerable número de buques. Pronto empiezan en Asturias los desembarcos para atacar por retaguardia al enemigo en sus operaciones sobre Vivero y Mondoñedo. Las lanchas cañoneras españolas intervienen en cuantas ocasiones pueden apoyar al Ejército, y en concreto en la defensa de Puente Sampayo en 1809, primero en el mes de marzo y después entre los días 7 y 9 de junio contra las tropas del mariscal Ney, en acciones de las lanchas dirigidas por el capitán de navío Carranza, comandante de la fragata *Efigenia*. Ese mismo mes se recupera Ferrol. Con anterioridad (22 de abril) se decreta el bloqueo de la costa norte de España entre el extremo oriental de Asturias y Fuenterrabía; y también en el Mediterráneo, en la porción de costa comprendida entre Cerberé y la desembocadura del río Llobregat. A principios de septiembre llegan socorros

para Tortosa desde Cartagena en la polacra *Carmen*, desembarcándolos en los Alfaques. En diciembre fondea en Tarragona la fragata *Venganza*, con tres millones de reales, y el místico *Águila*, con otro millón para atender a Gerona. La Armada mantiene una tensa vigilancia sobre la costa, así como constante amenaza a los puestos franceses situados en ella.

La falta de medios de la Marina es grande y hace difícil el armamento de buques de mayor porte, como había sido dispuesto por el Gobierno. El cuadro general de la actividad naval española en los dos primeros años de guerra lo pinta Escaño en su exposición sobre las providencias que tomó siendo ministro de Marina, de 15 de octubre de 1808 a 29 de enero de 1810, y lo expresa de este modo:

«...debían salir por caudales los navíos *San Fulgencio* para Lima; *San Justo* y *Paula* para Veracruz; las fragatas *Prueba* y *Flora* para Buenos Aires. La *Magdalena* y *Venganza* tenían órdenes de cruzar en la costa de Cantabria, y otras embarcaciones menores en varios puntos, con distintas comisiones. Mandé acelerar estos armamentos y su salida... se dispuso el armamento de los navíos *San Leandro*, *San Ramón* y *San Julián* para llevar Azogues a Veracruz... el navío *San Pedro* fue destinado a Lima. Se armó la fragata *Atocha* y se la envió a las costas de Cataluña... la *Lucía* fue de crucero sobre Mallorca; la *Soledad* a Constantinopla; la *Paz* a Trieste por armamento para nuestras tropas, y la *Efigenia* a Vigo con auxilios para los ejércitos... se armaron también en Cádiz los navíos *Santa Ana*, *Montañés*, *Neptuno* y *Plutón* y la fragata *Cornelia*. El navío *Montañés* condujo prisioneros a Canarias; el *San Lorenzo*, llegado de La Habana, desempeñó igual misión, y luego en unión del *Montañés* fueron a Ferrol con caudales y víveres.

Se armó igualmente el *Héroe* para llevar auxilios a Galicia, guardar la ría de Vigo como ciudadela flotante y auxiliar a las obras de las islas Bayonas. El navío *Algeciras* que estaba armado fue a Inglaterra a por auxilios y varios efectos para los ejércitos; luego pasó a Veracruz.

Al retirarse de Ferrol los franceses, se armaron las fragatas *Venganza*, *Esmeralda* y *Diana*, y pasaron a reemplazar a la *Atocha*, que estaba en las costas de Cataluña, y los navíos *Concepción*, *Príncipe*, *San Telmo*, *San Julián* y *América*, pasaron de Ferrol a Cádiz. En Cartagena se arman los navíos *Fernando VII* (ex *Reina Luisa*), *San Carlos* y *San Pablo* que no pueden salir para Cádiz por falta de dotación; en este puerto el *Glorioso* y el *Miño*, también faltos de gente, y quedan armados los navíos *San Fulgencio*, *San Justo* y *Paula* y la fragata *Prueba* llegados de América, así como la *Sabina* y la urca *Brújula*, procedentes de Ferrol...».

Continúa Escaño diciendo que el armamento de los barcos era incompleto y que en muchos de ellos la dotación estaba reducida a la mitad. De esta exposición puede deducirse el impresionante esfuerzo que hizo la Armada en esta

guerra. Esfuerzo poco lucido y menos reconocido... como si no hubiese existido. Los años siguientes continúan siendo de una intensa actividad naval, destacando la defensa de la fortaleza gaditana, Isla de León-Cádiz, llevada a cabo por las fuerzas sutiles al mando del jefe de escuadra Juan de Dios Topete y del teniente general Cayetano Valdés, dirigidas por el teniente general, jefe de la Escuadra, Juan de Villavicencio.

Otras operaciones fueron llevadas a cabo desde la bahía gaditana, transportando tropas a Tarifa y a Algeciras para la batalla de Chiclana, que hizo retirarse al mariscal Victor de las proximidades de dicha ciudad. Desde el mismo lugar se operó contra los franceses mediante desembarcos en las

costas de Huelva en apoyo del condado de Niebla, que originaron el desplome estratégico francés tras la victoria de La Albuera. En el Mediterráneo y en el Cantábrico las fuerzas navales españolas e inglesas actúan con gran efectividad sobre Peñíscola, Málaga, Cataluña, Valencia y Alicante; y en el norte, apoyando a las guerrillas de Porlier y al ejército de Wellington en la ofensiva final. En estas operaciones destaca la pérdida de la fragata *Magdalena* y del bergantín *Palomo*, hundidos tras un fuerte temporal en la ría lucense de Viveiro en noviembre de 1810, cuando venían de atacar a Santoña. Finalmente, se produce el bloqueo de San Sebastián, en el que participan fuerzas del 6.º Regimiento Real de Marina, que lo efectúan por mar y por tierra y que es el prelude del victorioso final de las armas españolas.



Juan de Villavicencio, teniente general.

Operaciones terrestres de las tropas de Marina

Desde el inicio de la campaña se organizan fuerzas de los batallones y brigadas de Artillería de Marina. En Cádiz se destaca una Compañía de Granaderos, que al mando del teniente de navío Antonio de Ulloa se integra en el

regimiento de Guardias Españolas, distinguiéndose en Bailén. Dicha unidad participa después en la batalla de Tudela, replegándose sobre Zaragoza, donde actúa en su defensa en el segundo sitio.

La Compañía de Granaderos proporciona la guardia a Godoy desde noviembre de 1807 y actúa el 2 de mayo en Madrid, dando a la Armada sus primeras bajas: la del granadero Esteban Casales Riera, que fallece como consecuencia de las heridas sufridas en junio, y la de dos soldados de la misma compañía que son heridos en ese día. Por orden de Murat, la compañía se restituye el 17 de mayo a su departamento de Cartagena, al mando del capitán de fragata Guillermo Scoti; pero al llegar a Molina de Segura se integra en el ejército de Valencia, corriendo sus mismas vicisitudes. Actúa en la batalla de Tudela y en el segundo sitio de Zaragoza.

Del mismo departamento de Cartagena se forma un tren de artillería de Marina al mando del teniente de bombardas Anglioti, que se une al ejército de Murcia, en el que proliferan oficiales del Cuerpo General como mandos de las unidades creadas para salir a la campaña. Se dirigen a Zaragoza, donde se forma la Legión Real de Artillería de Marina, que se distingue en el segundo sitio al mando del alférez de navío Guillén de Buzarán, que por su actuación es ascendido a capitán de fragata por el general Palafox. También de Madrid salen para la inmortal ciudad el teniente de navío José Primo de Rivera y el teniente de fragata Manuel del Castillo, que junto con los alféreces de navío Ruiz y Mor de Fuentes, dos sargentos y 12 soldados de Marina defienden heroicamente la Puerta del Carmen, la Huerta de Santa Engracia y el Portillo, en el primer sitio. Destaca allí la actuación de Primo de Rivera con las embarcaciones por el río Ebro.

A primeros de junio de 1808 se forman en Ferrol tres batallones de Infantería con las fuerzas de dicho departamento y guarniciones de los buques bajo el mando del brigadier de la Armada Francisco Riquelme. Se crea también otro batallón de Artillería de Marina al mando del capitán de navío Antonio Pílon, dos compañías de zapadores de maestranza del arsenal y un batallón de presidiarios del mismo arsenal nombrado «La Victoria» o «Los desterrados», que lo manda el capitán de fragata Antonio Miralles. Todas estas unidades se integran en el ejército de Galicia bajo el mando del general Blake, saliendo de la ciudad departamental entre los días 12 y 14 de julio para Lugo y Villafranca del Bierzo.

Con dichas fuerzas y con las salidas de La Coruña y de los campos volantes de Ares y Tuy se forman cuatro divisiones. De la 1.^a se encarga el jefe de escuadra Felipe Jado y Cagigal, y de la 4.^a el ya citado brigadier Riquelme. Con estas fuerzas, las del ejército de Asturias mandadas por el general Acevedo —que tiene como jefes de las divisiones al general Federico Castañón y al jefe de escuadra Cayetano Valdés—, y las del ejército de Castilla, a las órdenes del teniente general Gregorio de La Cuesta, se van a oponer a las del mariscal Bessières.

El 14 de julio se dio la célebre y desdichada batalla de Medina de Rioseco. Al conocer Blake que el ejército de Castilla estaba en Medina de Rioseco amenazado por el ejército francés, se dirigió hacia allá sin pérdida de tiempo. Lanzadas al ataque las divisiones francesas provocaron un desorden general en las filas de Cuesta, que tocó retirada, al igual que Blake. Los batallones de Marina se dirigieron a Villarcayo (Burgos) y de allí tomaron el camino de Astorga, acantonándose la división de Riquelme hasta el 27 de septiembre, fecha en que se integró en el ejército de la izquierda.

Para Napoleón era muy importante asegurar las comunicaciones entre Bayona y Madrid. Por ello, el ejército de la izquierda (y dentro de él las tropas de Marina) inició el avance desde Astorga en dirección a las Vascongadas, entrando los tres batallones de Marina en Bilbao el 12 de octubre. El día 24 la división de Riquelme cubría el puente de Ibarra sobre el río Nervión y de allí pasaba a Zornoza, donde tuvo lugar la batalla, pasando a Galdácano y Valmaseda. El 7 de noviembre la 3.^a división (y en ella los tres batallones de Marina) se hallaba en Orrantia (Vizcaya), pasando después a Espinosa de los Monteros (Burgos), donde tuvo lugar otro fuerte revés para las tropas españolas. Reiniciaron los franceses las acciones sobre el ejército asturiano el día 11, y en esta acometida fue gravemente herido Cayetano Valdés, comandante general de la división. También el ejército de la izquierda sufrió la pérdida del brigadier de la Armada Francisco Riquelme, muerto como consecuencia de las heridas recibidas. En esta batalla los tres batallones de la Marina sufrieron 252 bajas. Las tropas de Marina se dirigieron a Reinosa, Renedo y Potes, y de allí a León, donde se hizo cargo del mando del ejército de la izquierda el marqués de la Romana.

Del Real Cuerpo de Artillería de Marina, el batallón organizado en Ferrol el 9 de junio de 1808 participó, junto a la artillería de la 4.^a división, en las batallas de Rioseco, Bilbao, Valmaseda y Espinosa de los Monteros, y por León se retiró a Ponferrada. A finales del año 1808 se le ordenó dirigirse a Ferrol para preparar su defensa. La 4.^a compañía del batallón, que al igual que las demás participó en estas acciones, se retiró con parte de la artillería por Lerma, Aranda, Segovia y Guadarrama a Madrid, en cuya defensa participó, quedando prisioneros de los franceses al ser ocupada la Corte. Las tropas de Marina, que mandaba el brigadier José Meneses por muerte de Riquelme, se encontraban al finalizar el año de 1808 en Foncebadón.

El 21 de noviembre de 1808 dispuso la Junta Central que se organizaran en el Departamento de Cádiz siete batallones, seis para salir a campaña terrestre y uno para atenciones del arsenal y buques.

Por decreto de 16 de enero de 1809 se formaron en Sevilla los 1.^o y 2.^o regimientos. El 22 de febrero el primer batallón del primer regimiento se hallaba en Gerena (Sevilla) con el cuartel general ubicado en Santa Olalla (Huelva). La ubicación del primer regimiento en Santa Olalla y en la provincia de Sevilla tenía por objeto controlar el camino de Extremadura y dar protección a la capital hispalense.

En marzo se produjo la derrota del ejército de Extremadura en Medellín. Las fuerzas de Marina, acantonadas en Santa Olalla bajo el mando del brigadier José Serrano Valdenebro, protegieron y contuvieron al ejército francés.

El otro regimiento de Marina se puso al mando del brigadier Juan Bautista Topete, que operó desde La Carolina y combatió en el frente de La Mancha, encontrándose con el 1.º Regimiento en la batalla de Talavera. Ambos regimientos se encontrarán en la desgraciada batalla de Ocaña, aunque dichas unidades salvarán el «honor de las armas españolas» en esta jornada, haciendo exclamar al general Copons: «...si todo el ejército hubiese sido de marinos, estaríamos paseando por el Prado». Ambos regimientos terminaron la campaña en Extremadura y La Mancha, pero continuaron su actuación en la defensa de Cádiz-Isla de León.

La actuación del 4.º Regimiento, salido de Cartagena, fue brillante por las múltiples operaciones llevadas a cabo, sobre todo en la costa levantina, destacando las batallas de Valls, Collsuspina, Centelles, auxilio de Gerona y defensa de Tortosa.

Por último, el denominado 6.º Regimiento se llevó la palma de efectividad. Fue el más constante y aguerrido. Empezó la campaña al salir de Ferrol en junio de 1808 y regresó a la misma capital del Departamento en junio de 1814. Participó en los sitios de Villafranca del Bierzo, Lugo y Toro; en las batallas de Ciudad Rodrigo y Badajoz, en la de Tamales y en los Arapiles; en el sitio de Burgos, y con Wellington al avanzar hacia el Ebro; se batió en Vitoria y participó en el sitio de San Sebastián, por mar y por tierra. Entre sus actuaciones destaca la batalla de San Marcial, en donde su coronel, el capitán de navío Ramón Romay, mandaba también la brigada de la que su regimiento formaba parte. Fue la única unidad de Marina que saboreó la gloria de penetrar en territorio francés, y en la batalla de Tolosa se cubrió de gloria. Ello hace que su heredero, el Tercio del Norte, se sienta sumamente orgulloso de sus actuaciones.

Final

Esto es, a grandes rasgos, lo que la Armada pudo ofrecer a España en la larga y dura Guerra de la Independencia; guerra despiadada y sangrienta, que marcó nuestra historia. La Armada, como siempre, pagó un alto precio, pero su sacrificio es, desgraciadamente, poco reconocido. Hoy, doscientos años después, desde las páginas de la REVISTA GENERAL DE MARINA, nuestro reconocimiento y cariño a todos los que participaron e hicieron nuestra historia en los campos de batalla en tierra y en la mar.

LA INFANTERÍA DE MARINA EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

José Enrique VIQUEIRA MUÑOZ
General de brigada de Infantería de Marina

Organización



principios del siglo XIX la Infantería de Marina estaba constituida por 12 batallones y unos 13.000 hombres bajo el mando de un teniente general de la Armada con el nombre de comandante general de los Batallones de Marina. Contaba también con un segundo comandante general, del empleo de brigadier, que era además comandante principal de las Fuerzas del Cuerpo, con base en el departamento de Cádiz. Otros dos comandantes principales, de la categoría de capitanes de navío, ejercían el mando de los batallones en Ferrol y Cartagena. Su distribución era de cinco batallones en Cádiz, cuatro en Cartagena y tres en Ferrol.

Esta organización se mantiene hasta que los efectivos disminuyen y se presentan grandes dificultades de reclutamiento después de Trafalgar. En esta situación se llega a pensar que con tropa del Ejército se podrían cubrir las necesidades de Marina si fuese necesario, y en noviembre de 1806 decide S. M. reducir «provisionalmente» a cuatro el número de batallones de Infantería de Marina, quedando a partir de 1807 dos en Cádiz, uno en Cartagena y otro en Ferrol. Los efectivos de tropa pasaron entonces de los 12.582 que había antes de Trafalgar (octubre de 1805) a 5.237 al comienzo de 1808.

El reclutamiento de la tropa

Las Ordenanzas Generales otorgaban a los batallones de Marina, de forma muy amplia, la facultad para «reclutar la gente que tuvieren menester si se ofreciera voluntariamente». Esto se hacía destacando partidas de recluta que

emplazaban sus banderas y oficinas de enganche en los lugares más lejanos. En 1793 incluso se consideraba de tanto valor la tropa voluntaria que se ordenaba su admisión sin limitación, aun en el caso de que se encontrasen cubiertas las compañías. Pero llegaron las consecuencias de Trafalgar y la reducción de 1806, por lo que se ordena que cesen las partidas de reclutas y la admisión de mozos en los batallones de Marina.

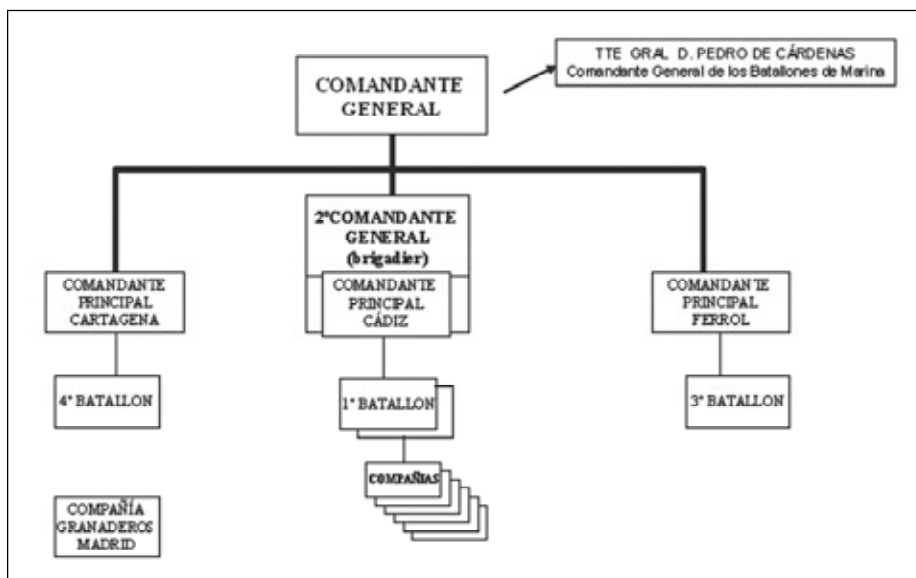
También desaparece otro elemento de reclutamiento de gran valor, como las compañías de soldados jóvenes, «por la necesidad de hacer economía en los presupuestos de la Marina». Prescribe con esto, además de una forma de reclutamiento, una manera de dar protección a las familias de los infantes de Marina fallecidos o heridos en combate.

Los oficiales

Los oficiales pertenecían en su mayoría al Cuerpo General, único cuerpo de oficiales de guerra de la Armada, que procedían de las compañías de guardias marinas o de ingreso directo desde el Ejército, y algunos de otros orígenes por real orden. Existía también en el Cuerpo de Batallones un buen



La carga de los Mamelucos. Francisco de Goya.



Infantería de Marina 1807.

número de oficiales graduados; es decir, sargentos graduados de oficial. No formaban parte del Cuerpo General hasta convertirse en oficiales vivos, para lo que se les exigían condiciones pocas veces alcanzables (1).

La Compañía de Granaderos de Madrid. El Dos de Mayo

Desde 1807, año en que Manuel Godoy fue nombrado príncipe almirante, se encontraba destacada en Madrid, procedente de Cartagena, una Compañía de Granaderos de Infantería de Marina, que con su acuartelamiento en la Puerta de Alcalá tenía por misión dar la guardia en la casa del almirante (2), y que fue testigo de los sucesos de los primeros días de mayo en Madrid.

Desde que Godoy fue detenido y encarcelado tras el motín de Aranjuez el 19 de marzo, la compañía, por ser el cuerpo de granaderos más antiguo y no tener que dar ya la guardia al valido, pasó a hacerlo en el principal de la Puer-

(1) Como era la de tener inteligencia en ciencia náutica, sin proporcionarles ni facilitarles estos estudios.

(2) Palacio Grimaldi.

ta del Sol (Casa de Correos), sede del Gobierno Militar. Pues bien, el día 1 de mayo se encontraba de guardia en el principal, con un destacamento de esta compañía, el subteniente Manuel Esquivel, que nos deja en su diario una privilegiada visión de los acontecimientos, tanto en lo que se refiere al ambiente de agitación vivido en aquella plaza el día primero como de los movimientos franceses esa noche, indicadores del despliegue que Murat había ordenado y que le posibilitaría acudir sobre el centro de Madrid por todas las puertas. Pero, sobre todo, de los hechos del día 2 en la Puerta del Sol, de los que fue casi mero testigo, pues su tropa no podía actuar al no disponer de cartuchos, por orden del capitán general Negrete.

Poco después de presentarse su relevo (también sin cartuchos) a las once y cuarto, presencié lo que después se llamaría la carga de los mamelucos. Podemos contemplar en el cuadro de Goya, que inmortaliza este momento, un soldado degollado que, según un detallado estudio de Alía Plana (3), es un granadero de Infantería de Marina. Sabemos que ese día hubo tres granaderos heridos y que uno de ellos, Esteban Casales Riera, murió poco después en el Hospital General y fue el primer caído de la Marina en la Guerra de la Independencia.

Nos cuenta también Esquivel cómo regresó con su tropa al acuartelamiento a paso redoblado para evitar las salvas que las avanzadas de la caballería francesa hacían desde las bocacalles de la calle de Alcalá. Una vez en el cuartel, ya toda la compañía reunida, municionó y realizó patrullas junto con fuerzas francesas por las calles de Madrid.

La compañía fue despachada para Cartagena el día 9, después de que Murat pasase revista a las fuerzas como dueño y señor del Ejército español. En su camino a Cartagena esta compañía se encontró en Molina de Segura al ejército de Murcia, al que se unió y con el que participará en la batalla de Tudela y en el segundo sitio de Zaragoza.

Zaragoza

Cuando el 15 de junio se centra sobre Zaragoza el bloqueo de los franceses tras derrotar a los españoles en Mallén y Alagón, se encuentran en esta capital al menos dos sargentos, un cabo y 15 soldados de Infantería de Marina, de los que hemos podido conocer los nombres. ¿Qué hacían en Zaragoza? Posiblemente estaban allí desde meses antes y constituían una partida de bandera de enganche de las que había por toda España para la recluta voluntaria. Se encontraba también en Zaragoza, escapado de Madrid, el teniente de navío José Primo de Rivera y Ortiz de Pinedo, ayudante del general Ignacio María de Álava.

(3) ALÍA PLANA, Jesús: *Dos días de Mayo de 1808 pintados por Goya*. Madrid 2004.

El día 15 se produce el primer ataque francés (6.000 infantes y 800 caballos). La ciudad cuenta con escasas fuerzas y en esos momentos no hay ningún oficial de artillería (4). Primo de Rivera, junto con el sargento de Infantería de Marina Tomás Lugarte y seis soldados del mismo cuerpo, sirve en la artillería del Portillo (dos piezas). Ese mismo día combatían en la Puerta del Carmen el sargento Hernández, el cabo Moya y el resto de soldados de Infantería de Marina. Su actuación habría de ser fundamental para rechazar los ataques que hacen los franceses obstinada y repetidamente en tres columnas sobre las puertas del Portillo, el Carmen y Santa Engracia, y aunque por esta puerta penetra la caballería, es diezmada en su incursión hacia el Portillo, por donde salen sus restos. Finalmente, los franceses tienen que retirarse dejando sobre el campo setecientos muertos, además de prisioneros, algunos caballos y piezas de artillería.

Los batallones de Ferrol

La insurrección se produjo en La Coruña, de forma definitiva, el día 30, día de San Fernando, manifestándose el pueblo ante Capitanía por no festejar como era tradicional la conmemoración de Fernando III el Santo, que coincidía además con la onomástica del rey. Por la tarde se formó una junta, presidida por el capitán general Filangieri (5), que decidió se formase una nueva junta elegida por las ciudades de Galicia.

En Ferrol hubo al principio resistencia a las órdenes de la Junta, por la oposición que mostraban el conde de Cartaojal, comandante de la división de Ares, y el jefe de escuadra Obregón, comandante del Arsenal (6). Pero el entusiasmo de oficiales y soldados, junto con la presión popular, acabó venciendo dicha resistencia. Se aceleró así la formación del ejército de Galicia, incorporándose reclutas a los regimientos existentes y creándose algunos nuevos. Entre las unidades que se organizaron de acuerdo con las órdenes de la nueva Junta de Galicia están los batallones de Infantería Marina, que entonces contaba con un solo batallón de seis compañías (el 3.º del cuerpo).

Se organizaron tres batallones de a cuatro compañías, que se integraron en el ejército de Galicia bajo el mando de un nuevo comandante principal, el brigadier Francisco Riquelme. Los tres batallones hacían un total de 2.300 hombres, con 84 oficiales (7).

(4) Estaban con Palafox, ausente de la ciudad, tratando de incorporar fuerzas a la misma.

(5) Se hallaba la capitanía vacante desde enero y se había nombrado a este general napolitano, amigo de Murat y de José Bonaparte.

(6) Esto costó a Obregón el asalto e incendio de su casa y prisión en el Castillo de San Antón, hasta que los franceses en 1809 lo nombraron capitán general.

(7) Se dejaban en servicio de guarnición en Ferrol unos 700 hombres: 140 en el arsenal, 209 formando dos escuadras de inválidos útiles y 379 de dotación en los navíos.

El ejército, mandado por el general Blake que había relevado a Filangieri, salió de Galicia y se estableció en el Bierzo. Pretendía Blake adiestrarlo entre Lugo y esta zona, que aseguraba Galicia con la defensa de los puertos de Manzanal y Fuentebadón. Los batallones de Marina habían salido de Ferrol el 12 de junio para incorporarse al ejército en Lugo, y de allí a Fuentebadón, donde se establecieron el 30 de junio.

Se encontraba el ejército de Galicia en esta situación, atendiendo a la instrucción de los cuerpos y a la recepción de reclutas, cuando Blake fue apremiado por Cuesta (jefe del ejército de Castilla), que reclamaba su apoyo. En principio le fue negado, pero Blake tuvo que ceder después por orden de la Junta, poniéndose en marcha hacia Benavente el 5 de julio. Reorganizó antes Blake su ejército, reduciendo a cuatro las seis divisiones iniciales, con unos 25.000 infantes, 30 piezas de artillería y 150 caballos. Los batallones de Infantería de Marina quedaron encuadrados en la 3.^a división, al mando del brigadier Riquelme.

Dejó en Manzanal la 2.^a división, de 6.000 hombres, y pasó en los primeros días de julio a reunirse en Benavente con el general Cuesta. El día 8 los batallones estaban en la Bañeza. Una vez en Benavente dejó allí como reserva la 3.^o división (8) con 4.400 hombres, en la que estaban los batallones de Marina, para asegurar mejor la retirada en caso de derrota, y el día 10 se dirigió a Valladolid a reunirse con la vanguardia del ejército de Castilla. Llevaba la 1.^a y la 4.^a y el batallón de voluntarios de Navarra, que pertenecía a la 3.^a división. Cuesta, comandante en jefe por ser más antiguo, aunque tenía una fuerza mucho menor, se situaba con el ejército castellano en Medina de Rioseco para cubrir la marcha de su colega hacia Valladolid y observar las avenidas de Palencia, donde estaba el enemigo, debiendo continuar después por la carretera general a Valladolid. Próxima ya a dicha capital la vanguardia gallega, Blake recibió aviso en la tarde del 13 de que el ejército francés mandado por Bessières amenazaba al ejército de Cuesta, todavía en Rioseco, y en consecuencia se dirigió sin pérdida de tiempo hacia dicho punto, donde tuvo lugar el día 14 la conocida y desdichada batalla que finalizó con la desbandada de las fuerzas españolas. Como vemos, los batallones de Infantería de Marina encuadrados en la división Riquelme no participaron directamente en la batalla de Rioseco. Lo hicieron algunos infantes de Marina que formaban parte de la compañía de guías agregada al Cuartel General del Ejército.

El despliegue de los batallones de Infantería de Marina se hizo para guardar el flanco de los dos ejércitos y cubrir la retirada que se hizo sobre Benavente y, sobre todo, para defensa del curso del Esla, especialmente del puente romano de Castrogonzalo, donde las fuerzas de Riquelme, muy activas, recha-

(8) Como se ve, prevalecía la idea de que el Ejército era de Galicia y que por tanto su principal misión era defender esta región.

zaron a Bessières el día 19. Blake decidió replegarse a las posiciones del valle del Bierzo a pesar de las pretendidas «órdenes» de Cuesta y las presiones de los ingleses.

Dejemos a Blake reorganizando su ejército en el Bierzo para ver lo que pasaba en el sur.

Bailén

Tras la rendición de la escuadra de Rosily el 14 de junio de 1808, en cuya acción participó gran parte de las tropas de Marina disponibles en el Departamento de Cádiz, incluidas las guarniciones de los buques, se organizó una Compañía de Granaderos de Infantería de Marina para satisfacer las peticiones de la Junta de Sevilla y constituir así la pequeña aportación de la Armada al ejército de Andalucía, que se estaba formando.

Partió la compañía de la Isla de León el 19 de junio, incorporándose al ejército en Utrera, donde se realizaba su preparación táctica. Quedó encuadrada en la división de reserva al mando del general Lapeña, y más tarde, dentro de esta misma división, como tropa de Casa Real en el primer batallón de Reales Guardias Españolas. Participaría en Bailén (en plena maniobra fue asignada a la división Reding, con la que participó en el ataque, según Rodríguez Delgado) y posteriormente en Tudela y Tarancón. Tras la retirada se agregaría, ya en 1809, al 2.º Regimiento de Infantería de Marina.

Por su comportamiento en Bailén fueron ascendidos a su empleo inmediato, a propuesta del general Castaños, todos los oficiales de la compañía y el sargento Pablo Morillo, quien ascendido a subteniente se pasó al Ejército, donde terminaría la guerra de teniente general. Pero volvamos al ejército de Galicia.

Ejército de Galicia. Campaña del norte

Mientras los Ejércitos de Castilla, Andalucía y Valencia confluyen en Madrid después de Bailén, el de Galicia permanece en el Bierzo hasta el 18 de agosto, manteniendo la misma organización que tenía en Rioseco. En esta fecha, y en cumplimiento del disparatado plan concertado con el «intrigante» conde de Montijo (9) para cortar la retirada a los ejércitos franceses, sale del Bierzo para concentrarse en Reinosa. Los batallones de Marina parten de Astorga el 28 de agosto.

(9) Consistía en un doble envolvimiento del ejército francés situado sobre el Ebro, avanzando nuestras tropas al pie de las cordilleras Cantábrica y Pirenaica.

Llegado a Reinosa persiste Blake en seguir el plan de Montijo, a pesar de las órdenes de la Junta, y se dirige a Bilbao. El día 13 de septiembre los batallones de Infantería de Marina se encuentran ocupando Soncillo. El 18 llegan a Villarcayo y se unen al resto del ejército. Tras la ocupación de Bilbao por la 4.^a división, se ordena a los batallones de Infantería de Marina —que están en la zona de Lastras— cerrar Orduña para proteger Bilbao; pero aunque se puede impedir el paso a las tropas de Merle en Berberana, el mariscal Ney —que viene de Logroño— ataca Bilbao y hace que la 4.^a división abandone esta plaza el día 26. El día 30 los batallones de Marina están con la 3.^a división en Arciniega.

A principios de octubre la Junta Central comunica la reorganización de los ejércitos. El de Galicia pasa a denominarse «de la izquierda», y a él se incorporan las tropas de Asturias mandadas por Acevedo y formadas por dos pequeñas divisiones, bajo el mando del jefe de escuadra Cayetano Valdés y del mariscal de campo Bernardo de Quirós, respectivamente. También decide la Junta que al ejército de la izquierda se incorpore, cuando esté lista, la división del norte, que regresa de Dinamarca.

El 12 de octubre es tomada de nuevo Bilbao por la 4.^a, apoyada esta vez por la 3.^a (con los batallones de Marina), seguida de casi todo el ejército. Los franceses se repliegan hasta Zornoza. El día 23 los batallones de Marina se encuentran en Galdácano. El día 24 se inicia el ataque a Zornoza. El esfuerzo de la derecha con los batallones de Marina por la izquierda del Ibaizabal lo dirige el propio Blake. Se desaloja al enemigo de sus posiciones en Zornoza. Posteriormente se repliegan a Durango.

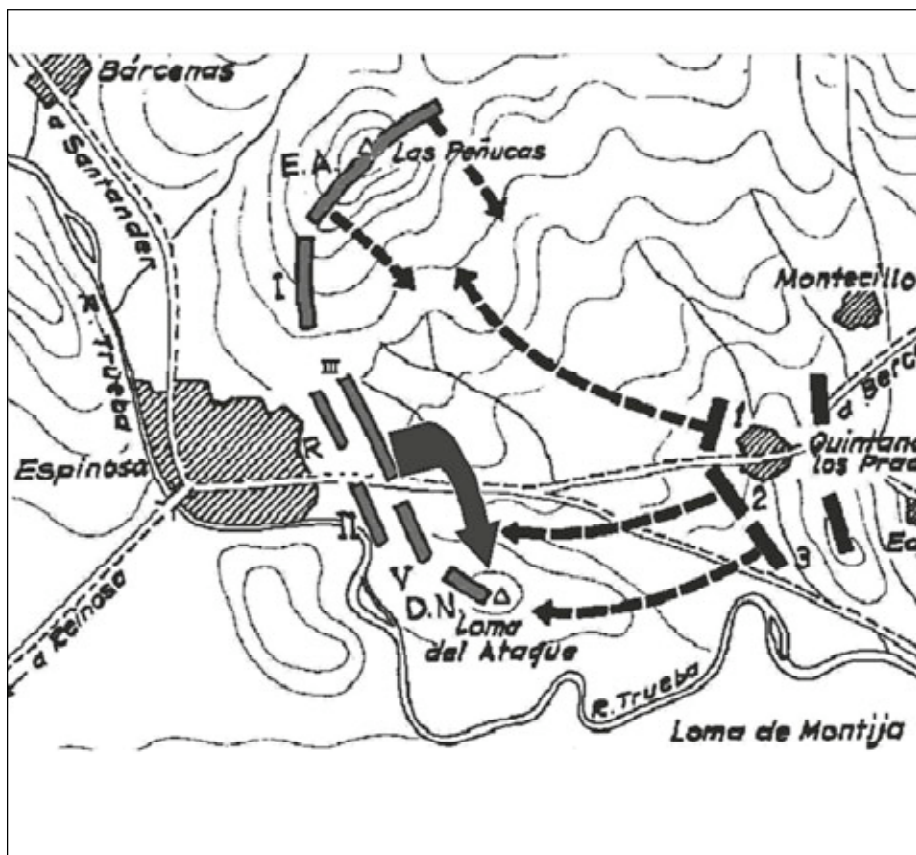
El día 30 se produce la reacción del mariscal Lefebvre, que dará lugar a la primera batalla de esta campaña. Blake, con intenciones exclusivamente defensivas, sitúa sus fuerzas de 19.355 hombres en un despliegue tan amplio que facilita el ataque de Lefebvre. Sin artillería, por haberla retirado hacia Reinosa, no podía responder al hostigamiento de la francesa, pero logró replegarse aprovechando la niebla. Las bajas españolas son 738, y las francesas 217. La división Riquelme, con la Infantería de Marina, se repliega por separado del resto del ejército (estaba al otro lado del río Ibaizabal) y no tiene baja alguna. Esta derrota lleva consigo el abandono de Bilbao y el repliegue de todo el Ejército sobre Balmaceda, reuniéndose casi todo en Nava de Ordunte el día 2 de noviembre.

El día 5 los batallones de Marina, con el resto de la 3.^a, ocupan Orrantía y contactan con las tropas asturianas, que estaban rodeadas. A continuación se reúnen todos para atacar Balmaceda, donde entran el mismo día. En la mañana del día 8 Blake abandona Valmaseda presionado por Lefebvre, estableciendo la 3.^a división en Orrantía para proteger su repliegue.

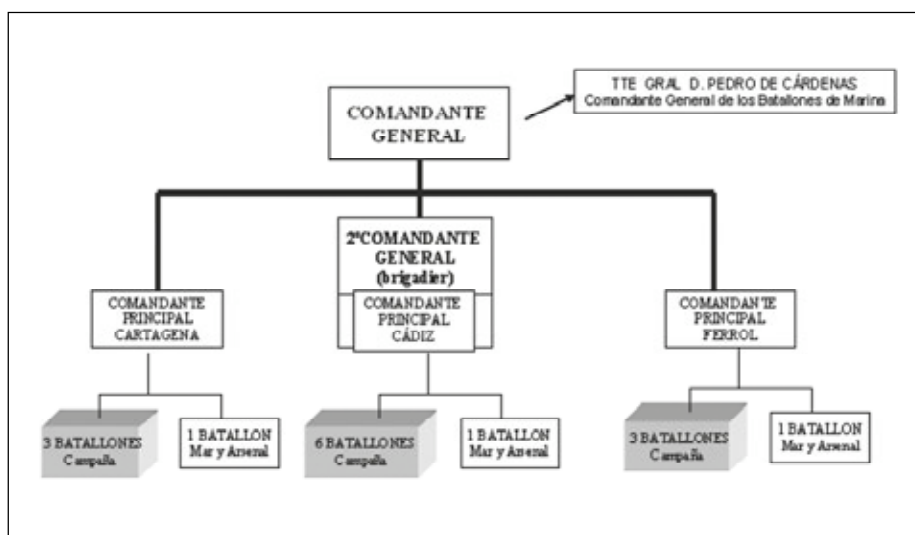
Espinosa de los Monteros

Las tropas que le quedan a Blake (entre 23.000 y 26.000) llegan en su retirada a Espinosa de los Monteros en la noche del 8 al 9 de noviembre, extenuadas y hambrientas, con intenciones de continuar hacia Villarcayo; pero ante la presión enemiga Blake decide defenderse en Espinosa de los Monteros, que constituye una posición fuerte sobre la orilla izquierda del Trueba.

En el despliegue defensivo la Infantería de Marina ocupa una posición centrada en primera línea, mientras la división del norte y los asturianos ocupan respectivamente las alas derecha e izquierda. El primer ataque francés se produce sobre una loma (llamada desde entonces la Loma del Ataque), hacia la derecha del dispositivo, de la que fue desalojada de forma inmediata la división del norte. Blake manda entonces contraatacar a la 3.ª división, que con



Espinosa de los Monteros. Contraataque de los batallones de Marina.



Noviembre 1808.

los batallones de Infantería de Marina recupera la posición. En esta acción son mortalmente heridos San Román y Riquelme (10).

En el diario de operaciones de este ejército consta que: «...se mandó al batallón de Zamora que atacase en masa pero le detuvieron las tropas que se retiraban. Llegaban en ese momento dos batallones de Marina de la 3.^a que formados con mucho orden y serenidad en medio de la confusión que empezaba a formarse y a su ejemplo y protección se reunieron y formaron las tropas del Norte».

Así pues, puede considerarse que la primera jornada había terminado en tablas, aunque para los batallones de Marina que realizaron el contraataque fuese victoriosa, como revelaban sus gritos de júbilo. Tras una noche de hambre, los franceses atacan de nuevo; esta vez sobre el ala izquierda, donde las tropas asturianas son arrasadas. Sus tres generales y otros muchos oficiales causan baja: Quirós, muerto, y Acevedo y Valdés, heridos (Acevedo moriría después a manos de los franceses cuando lo retiraban). Las tropas, sin jefes, se dispersan. A las 1000 horas (tres horas después del comienzo) el combate termina con la derrota y dispersión del ejército español de la izquierda, que se

(10) Riquelme moriría a bordo de la fragata *Venganza* cuando era trasladado de Santander a Ferrol.

retira en desbandada hacia Santander, Reinosa y Villarcayo, habiendo sufrido 5.000 bajas.

En esta batalla los franceses hicieron un uso muy acertado de las compañías de tiradores o cazadores, que produjeron numerosas bajas entre la oficialidad española, lo que tuvo gran repercusión en el resultado final. Los batallones de Infantería de Marina tuvieron 37 bajas de oficiales, lo que supone un 50 por 100.

La Legión Real de Marina. Los regimientos de la Isla de León

Desde el mes de septiembre de 1808 la Junta Suprema de Sevilla intenta organizar una unidad de Infantería de Marina formada por dos o tres regimientos para actuar en campaña, basados en los efectivos de tropa existentes y en los mandos que habían encuadrado los cinco batallones del Departamento hasta hacía pocos meses. Por eso la Junta, tras los informes (de 20 y 30 de septiembre) del comandante general del Cuerpo, teniente general Pedro de Cárdenas, le ordena el 19 de octubre la creación de una unidad de la Armada que, bajo el mando del brigadier Serrano Valdenebro —a la sazón segundo comandante general de los batallones de Marina y comandante principal de estas fuerzas en Cádiz— y con el nombre de Legión Real de Marina, reúna todas las fuerzas del Cuerpo en el Departamento e incluya además una brigada de Artillería de Marina.

Pero el proyecto se retrasa por los obstáculos puestos por el comandante general del Departamento, Joaquín Moreno, lo que obliga a Cárdenas a consultar a la Junta Central y en concreto al general Escaño, quien el 21 de noviembre comunica de real orden la decisión de la Junta Central de aprobar la propuesta de la de Sevilla, excepto en lo que se refiere a la denominación de la unidad. Entendemos por tanto que la famosa Legión Real de Marina dejaba de existir antes de ser organizada, aunque Serrano Valdenebro siguiera dándole este nombre en sus documentos. También la real orden hacía extensiva a Cartagena la creación de tres nuevos batallones para campaña.

El 10 de diciembre comienzan a salir de la Isla los batallones que habían de concentrarse en Sevilla, poniéndose a las órdenes de Serrano Valdenebro. Los seis batallones, del 4.º al 9.º, deberían constituir tres regimientos de campaña con organización idéntica a la Infantería de línea. Pero finalmente hay que recurrir al tercer batallón para completar los dos primeros regimientos. Por Decreto de la Junta Central de 16 de enero de 1809 queda el Cuerpo organizado definitivamente en seis regimientos: los tres primeros en Cádiz (dos para campaña y uno para permanecer en el Departamento como reemplazo de los primeros y para atender a la guarnición, embarcos y demás necesidades); dos en Cartagena (4.º y 5.º), y en cuanto a las fuerzas de Ferrol, quedarán posteriormente agrupadas en el 6.º regimiento los tres batallones que estaban en



Cantón de Santa Olalla, 1809.

campaña desde junio de 1808. Los batallones cuentan ahora con ocho compañías, seis de fusileros, una de cazadores y una de granaderos.

Pero la urgencia en cerrar a los franceses los pasos hacia Andalucía obliga a separar los dos regimientos de Marina. El 2.º, a las órdenes de su coronel, el brigadier Juan de Dios Topete, parte a finales de febrero hacia La Carolina para reforzar las tropas que allí se están reuniendo. El 1.º, mandado por Ignacio Fonnegra, queda bajo la superior autoridad del brigadier Serrano Valdenebro, al que le encomienda la Junta cerrar los pasos de Santa Olalla en el

camino de Extremadura. Valdenebro, que es nombrado comandante general del Cantón de Santa Olalla, con dependencia directa de la Junta Central e independiente de los capitanes generales de Extremadura y Andalucía, cuenta para su misión, además de con el primer regimiento de Infantería de Marina, con dos brigadas de Artillería de Marina, un batallón de voluntarios de Sevilla y otros refuerzos, amén de facultades para reclutar y organizar nuevas unidades en la zona, cuyos límites son la falda septentrional de la Sierra Morena, desde las cercanías del Pedroso hasta Segura de León, y por el sur el río Guadalquivir.

Se organizan fortificaciones en profundidad desde Monasterio hasta el Ronquillo, y se forman «divisiones» de tiradores con los cazadores de la región y mandadas por oficiales del primer regimiento de Marina, que llegaron a contar con 1.800 hombres.

Por otra parte, el segundo regimiento se había incorporado en La Carolina al ahora llamado ejército de La Mancha, mandado por el conde de Cartaojal. El 4 de marzo se encuentra en la Cruz de Mudela, formando parte de la división del conde de Orgaz. El 27 participa en la batalla de Ciudad Real, desde donde pasa con todo el ejército en retirada hasta Sierra Morena. Recibe orden de incorporarse al ejército de Extremadura y lo hace por Guadalcanal y Almacén de la Plata, a través del Cantón de Santa Olalla, llegando a Montemolín el 25 de abril y continuando a Llerena.

Permanecen los dos regimientos en esa zona hasta el mes de junio, en que

inician el movimiento hacia el norte para incorporarse al ejército del general Cuesta. El primer regimiento parte de Monesterio y por los Santos, Almendra-lejo, Mérida y Trujillo —donde se incorpora a la división de reserva del Ejército— y llega a Navalmoral de la Mata el 19 de julio. El 20 está en Oropesa, donde el 21 se reunirían los ejércitos español y británico. Por su parte, el itinerario del 2.º regimiento es desde Montemolín, por Campillo de Llerena, Medellín y Miajadas (donde se une a la división Bassecourt), llegando a Puente del Arzobispo el 20 de julio.

Los dos regimientos participan en la Batalla de Talavera y sus coroneles son ascendidos por su brillante actuación: Fonnegra a brigadier y Topete a jefe de escuadra. Tras la incompleta victoria de Talavera, Cuesta se ve obligado a alcanzar precipitadamente el Tajo y retirarse en desorden por el duro terreno al sur del río, dejando en retaguardia a la división Bassecourt y a la caballería de Albuquerque.

Los dos regimientos, dentro del ejército de Cuesta ahora perseguido, se repliegan hacia el sur. El 1.º lo hace el 5 de agosto por el Puente del Arzobispo, donde se encarga de cubrir la cabeza de puente, resistiendo el fuego francés hasta la noche del día 6 en que emprende en extrema retaguardia la retirada hacia Mesas de Ibor, a donde llega el día 10. Pasará a continuación a cubrir el vado de Almaraz, y el día 22 se retira hacia Trujillo incorporándose allí a la 2.º división, de nueva creación. El 2.º regimiento cruza el Tajo por Azután y se retira por Estrella y Belvís de la Jara a Alcaudete. En una segunda fase se traslada a Guadalupe, y el día 14 está ya en Mesas de Ibor con la 5.ª división.

Los regimientos 1.º y 2.º de Infantería de Marina permanecen en distintos campos de adiestramiento en esta zona de Extremadura (a mediados de septiembre el 1.º está en Carrascalejo y el 2.º en Fresnedoso), hasta que con gran parte del ejército de Extremadura pasan al ejército del centro a finales de septiembre. El 1.º (coronel Salomón) pasa a formar parte de la 6.ª división de este ejército al mando del general Jácome, y el 2.º (coronel Meléndez Bruna) a la 7.ª división del general Copons. Este ejército, bajo el mando del general Areizaga, avanza rápidamente desde Santa Cruz de Mudela y sorprende al Ejército francés antes de que éste pueda concentrarse. Pero no aprovecha esta ventaja, ya que se detiene y, tras hacer un movimiento lateral hacia Villamanrique del Tajo, vuelve por Santa Cruz de la Zarza hasta Ocaña y despliega en torno a esta localidad con seis divisiones en primera línea y tres en la segunda línea, pegada a Ocaña la de Copons con el 2.º regimiento de Marina, y en el ala derecha la de Jácome con el primero.

En el momento culminante de la batalla, cuando los cuerpos de la derecha de la primera línea se repliegan arrollados por los franceses, es el 1.º regimiento de Infantería de Marina el que se mantiene cubriendo la retirada y conteniendo el ataque francés, hasta que descubiertos sus flancos por la desbandada de los demás se repliega haciendo fuego hasta alcanzar el bosque, que está a su retaguardia, donde finalmente es alcanzado y desbordado por la caballería

francesa. En esta heroica acción el primer regimiento sufre 24 bajas de oficiales y 1.044 de tropa, de las cuales el coronel Salomón, en el parte que da el día 26 al comandante general, estima 400 muertos. Del informe del general Jácome se pueden extraer las siguientes palabras relativas al primero de Infantería de Marina: «...en la desgraciada batalla de Ocaña, por el lugar que ocupaba en la formación, tuvo la gloria de distinguirse muy particularmente, sosteniendo la retirada contra unas tropas vencedoras que lo cargaron con la mayor intrepidez, en cuya obstinada resistencia ha sido ocurrida la pérdida que ha tenido, tanto de oficiales como de valientes soldados; pérdida tan gloriosa como de difícil reparo y que tan eterna debe ser su memoria para las armas españolas».

En el otro lado, donde la retirada es algo más ordenada, también se distingue el 2.º regimiento, del que dice su general Francisco Copons y Navia: «El segundo regimiento de Marina al cargo de su coronel, brigadier don José Meléndez, se ha portado en la batalla del día 19 de noviembre, dada a los franceses en los llanos de Ocaña, con todo el honor, valor e intrepidez dignos de elogio, y que ha llenado este Cuerpo de tal forma sus deberes, que lo hacen acreedor a toda la consideración de S. M. y aprecio de la nación».

Por otra parte, el general en jefe del Ejército, Areizaga, envía al secretario del Despacho de Marina (Escaño) un informe, que éste transmite al comandante general del Cuerpo, Pedro Cárdenas, en el que dice: «Tengo la satisfacción de poner en el conocimiento de V. E., que los regimientos primero y segundo existentes en este ejército, se han portado con la mayor bizarría en la acción de Ocaña, en término nada común, pues sus esforzados jefes, oficiales y valientes soldados, han sabido sellar con su sangre el honor de las armas españolas: este accidente ha sido la causa de que muchos de sus individuos se hayan sacrificado con la mayor bizarría, cuyos efectos harán eternos su memoria y mi pena». A pesar de que en Ocaña las armas españolas perdieron 30 banderas, las de los regimientos de Infantería de Marina no cayeron en poder del enemigo debido al heroísmo de algunos oficiales y sargentos, como el subteniente José Fermín Pavía, que salvó la bandera coronela luchando briosamente contra varios dragones que intentaban arrebatarla. Acto heroico que el rey premió, años después, con la Cruz de San Fernando de primera clase.

Los regimientos de Marina pasan con todo el Ejército en retirada a Sierra Morena. El 1.º, que continúa con los restos de la división Jácome, se encarga de defender los puntos de Villamanrique y Montizón, y por allí se repliega hacia Úbeda, donde está el 27 de diciembre. El 16 de enero llega a Baeza, siendo su coronel interino Lorenzo Parra. El 2.º, con la división Copons, cubre San Lorenzo y Puertollano, donde está el 24 de diciembre. Y el 8 de enero en La Carolina. Un grupo del primer regimiento, mandado por Domingo de Monteverde, que queda separado del Cuartel General, se retira hacia Málaga. El resto, junto con el segundo regimiento, se retira al Condado de Niebla con parte del ejército al mando del general Copons, embarcando en Lepe para Cádiz, a donde llega el 12 de febrero.

LA GUERRA PENINSULAR EN TERRITORIO PORTUGUÉS

Fernando DE LA GUARDIA SALVETTI



Escenario de guerra



L conflicto armado que convulsionó a la península Ibérica a comienzos del siglo XIX durante seis largos años (1808-1814), y que unió a españoles, portugueses e ingleses contra la política expansionista de Napoleón, se enmarca en el contexto europeo de las guerras napoleónicas y de la grave crisis de la monarquía de Carlos IV. Se inicia así una estrategia que tenía como objetivo contrarrestar el poderío de Inglaterra. Para conseguirlo, Napoleón aplicó la política del bloqueo económico e ideó la invasión de Portugal con la ayuda de los españoles.

La ascensión de Napoleón Bonaparte al poder contribuyó a acentuar una indefinición política de nefastas consecuencias para la Península, surgiendo un gran hermanamiento patriótico entre ambas naciones contra las tropas napoleónicas. A finales del siglo XVIII Portugal marcó el rumbo de sus objetivos en política exterior: intentó lograr un equilibrio entre Inglaterra —su aliada de siempre— y Francia, optando por una política de neutralidad, mientras continuaba comerciando con ambos países. En sus relaciones con otras naciones, y en cumplimiento de viejos acuerdos, Portugal buscó una difícil neutralidad que, sólo en apariencia, se asemejaba a algún tipo de adhesión. Esa neutralidad, mantenida con manifiestas precauciones defensivas tanto en el plano ideológico como en el militar, se volvió insostenible y no evitó la guerra contra las tropas napoleónicas.

A principios del siglo XIX Portugal estaba en una situación muy difícil, tanto económica como política, y como tantas veces en su historia tuvo que empezar de nuevo, prácticamente de la nada, con sus aliados de siempre. La participación del Ejército luso en conflictos armados, desde sus comienzos en

el siglo XII, se ha caracterizado siempre por la falta de medios humanos y materiales. Ésta ha sido una constante a lo largo de la historia de Portugal. Sin embargo, en los momentos decisivos ha sabido resurgir como nación y hacer honra a sus compromisos.

Estrategia napoleónica en Portugal

Napoleón proyectaba ocupar España con el pretexto de obligar a Portugal a romper su alianza con Gran Bretaña. Había decidido intervenir militarmente y bloquear los puertos portugueses, principalmente Oporto y Lisboa, para que los ingleses no pudiesen comerciar a través de ellos con Europa. El emperador Bonaparte pedía la colaboración militar española a cambio de ciertas prebendas territoriales en el país vecino, compromiso que quedó plasmado en el Tratado de Fontainebleau el 27 de octubre de 1807.

Como consecuencia del tratado firmado por Napoleón, Francia siguió con su política de bloqueo continental como única forma para aniquilar a Inglaterra, declarando bloqueadas, no solamente las costas, sino también los puertos y ríos desde el Elba hasta Brest. La actitud de Inglaterra después de la Paz de Tilsit, que aliaba a Rusia con Francia, iba a quebrar las últimas esperanzas de paz entre los dos países. Efectivamente, el tratado comprometía a los rusos a hacer campaña en contra de los ingleses si éstos no aceptaban su mediación. Después de la Paz de Tilsit, en junio de 1807, Bonaparte se consideraba dueño y señor de toda Europa; solo quedaba Portugal por dominar (era su obsesión), y con él, Inglaterra.

Portugal, aunque consternado con la política de bloqueo impuesta y sus posibles consecuencias, aún mantenía esperanzas de no verse directamente afectado. Para ello envió a París a Lorenzo de Lima, antiguo embajador de Portugal en Francia, a mantener conversaciones con un alto dirigente del Ministerio de Asuntos Exteriores. El representante francés le comunicó el riesgo que corría Portugal si no aceptaba las condiciones de neutralidad negociadas con anterioridad con Francia, y le advirtió que estaba obligado a cerrar definitivamente los puertos a los buques ingleses, a confiscar sus bienes y a retener a los ciudadanos ingleses en Portugal. Estas condiciones de bloqueo, y el hecho de no haber sido puestas en práctica por el Gobierno portugués, fueron determinantes y el origen de la estrategia de guerra impuesta por Napoleón.

Junot llega a Portugal

Aunque es poca la actividad conocida que tuvo Junot durante el corto periodo en que estuvo como embajador en Lisboa (1805), parece claro que su

misión era el prelude de una próxima guerra. En agosto de 1807 se empiezan a hacer efectivas las medidas del bloqueo y comienzan los preparativos y el inicio de la primera invasión napoleónica. Se organiza en Bayona una fuerza militar francesa con 30.000 hombres, denominada Primer Cuerpo de la Girona, con la misión de invadir Portugal. El mando supremo de esta fuerza estaría reservado al ex embajador en Lisboa, mariscal francés Jean A. Junot. Tres meses más tarde el ejército de la Girona cruza la frontera, entrando en Portugal. Sin encontrar apenas resistencia, sus tropas atraviesan Ábrantes y Santarem y finalmente llegan a Lisboa el día 1 de diciembre, como le había prometido a Napoleón.

Al entrar en la ciudad Junot comprobó lo que se temía, de acuerdo con las informaciones que había recibido días antes en Cartaxo: el príncipe regente portugués Joao VI y la reina Da María I, ante el avance de las tropas napoleónicas, trasladan la corte y la administración en barcos ingleses hacia el exilio, instalándose en Río de Janeiro, y evitando de esta manera que toda Europa viera a la familia real prisionera de Napoleón. El ilustre escritor Francisco Soares Franco, en su libro *Reflexoes sobre a conduta do príncipe regente de Portugal*, admite, sin reservas, que la salida de la corte real para Brasil era la única esperanza de salvación, pues sólo así el príncipe podría salvaguardar su honra, su seguridad, su gloria y el buen nombre de Portugal.

Durante su estancia en Portugal Junot trató de colaborar con los representantes del Gobierno del reino y extender su influencia a las provincias del norte y del sur, obligándolas a hacer cumplir las normas dictadas por el nuevo gobernador francés en nombre de Napoleón. Como consecuencia de esta demostración de soberanía francesa surgieron intentos de revuelta popular, como el arriado de la bandera portuguesa en todas las guarniciones de Lisboa, entre ellas la del castillo de San Jorge (símbolo de Lisboa). Napoleón, en sus cartas a Junot, ordenaba confiscar los bienes a todos los ingleses residentes en



Príncipe regente Juan VI en 1807.

Portugal y a todas las personas que habían seguido a la familia real a Brasil. En esa línea, Junot llevó a cabo cambios importantes en el seno de las Fuerzas Armadas, desmantelando y licenciando parte de las tropas portuguesas que no quisieron colaborar. Por eso escribía en su diario el 11 de enero: «Desarmando as milicias, desarmo o país e afasto as tropas de linha» (desarmando al Ejército desarmaba al país y alejaba las tropas de las líneas de combate).

La ambición de Junot por el trono de la Casa de Braganza era notoria. La propuesta que efectuó a la Junta de los Tres Estados y Consejo de Regencia para acceder al trono estaba basada en un programa constitucional afrancesado, que se asentaba fundamentalmente en el respeto a los derechos individuales y al principio de separación de poderes, y que apostaba por la modernización de las estructuras administrativas, judiciales y fiscales del aparato del Estado. Todas estas medidas, de corte bonapartista, excluían a otros modelos liberales que soñaban con una regeneración política del país y que guardaban fidelidad a la Casa de Braganza y a los valores históricos de la nación portuguesa. La tibieza mostrada por Napoleón a dicho programa constitucional y la rebelión ciudadana que estalló de norte a sur del país hicieron que aquél muriera nada más nacer.

Reacción nacional

Cuando Napoleón decidió invadir Portugal, en otoño de 1807, tenía buenas razones para pensar que no hallaría gran resistencia. El Ejército portugués estaba dividido y en una situación muy difícil. Ilustres hombres, como el marqués de Alorna —abiertamente profrancés—, Gómez Freire de Andrade —uno de los militares de mayor prestigio—, el conde de Novion o Martins Pamplona, participaban de las mismas ideas del emperador. Incluso el viejo aliado de Portugal, Gran Bretaña, manifestaba que la defensa de Portugal contra la máquina de guerra de Napoleón, reforzada por las fuerzas españolas de Godoy, sería completamente imposible.

Mientras tanto, el espíritu del Dos de Mayo de 1808 llega a Portugal y la población portuguesa va a rebelarse contra las tropas de Napoleón. El fuego de la revolución empieza en Oporto a primeros de junio. Se organiza un nuevo gobierno, que se denominará Junta Suprema de Gobierno del Reino. Tan pronto como la Junta queda organizada, se dirige un manifiesto a todas las autoridades del país declarando abolido el programa constitucional del Gobierno francés, restituyendo la autoridad legítima de soberanía portuguesa, ordenando la inmediata reposición de las Fuerzas Armadas reales portuguesas en todo el país, y nombrando a Bernardim Freire de Andrade para mantener el peso del Gobierno y de las Fuerzas Armadas portuguesas.

Participación del clero

La agitación y el descontento popular fueron creciendo en medio de la penuria, la indigencia y los excesos de las tropas francesas. La iglesia no se escapó de este movimiento restauracionista, que comenzó en Oporto y se contagió rápidamente a otras ciudades del norte. La agitación implicó al clero, que pronto se vio inmerso en el conflicto armado. Por parte de los obispos se emitieron avisos y proclamas solicitando fondos y voluntarios para combatir.

En el mundo rural, el resultado de las revueltas se debió a la acción de las guerrillas populares, frecuentemente capitaneadas por elementos del bajo clero. En las zonas de montaña (Tras-os-Montes, Guarda, Viseu y Viana do Castelo) se distinguieron muchos clérigos, reconocidos como «santos pastores» y depositarios de la «sacrosanta cruz y espada». En el norte y en el centro del país se constituyeron batallones eclesiásticos por iniciativa propia y con la aprobación de los prelados de las respectivas diócesis. El arzobispo de Braga, don José da Costa Silva, se erigió en general y se colocó al frente de un batallón formado por más de 350 eclesiásticos.

En las diócesis de Aveiro, Guarda, Porto y Coimbra los curas apoyaron y secundaron las operaciones militares de las tropas inglesas que, como veremos más adelante, fueron determinantes durante el transcurso de la Guerra Peninsular. El clero, además de apoyar la restauración del régimen, quiso dar un contenido ideológico a la lucha armada que se estaba produciendo; de ahí que la resistencia antifrancesa fuera considerada como una guerra religiosa y de estado. La religión católica, baluarte del orden ético-social, funcionó de acuerdo con la Iglesia como elemento de cohesión ideológica, uniendo el impulso combativo de la población civil. En cada momento se procuró ensalzar el espíritu patriótico del pueblo y la fidelidad a una monarquía que, aunque ausente del país, se mantenía en la mente de los portugueses.

La alianza luso-inglesa

Ha sido una constante a lo largo de la historia la aproximación entre Portugal y Gran Bretaña en todos los ámbitos, y por supuesto en el que más nos interesa ahora: en el aspecto militar. Esta alianza se materializaría en un verdadero ejército bien cohesionado, tanto en efectivos como en moral, bajo el mando unificado del general Wellesley. La situación hizo que Inglaterra tomara la iniciativa enviando a Lisboa una escuadra al mando del almirante Rosslyn para negociar el necesario apoyo militar y político que hiciera frente a la invasión. El Ejército portugués estaba dividido y falto de adiestramiento. La escasez de oficiales cualificados llevó siempre a tener que buscarlos en el extranjero —fundamentalmente británicos— y esta situación hizo que aquél



General Beresford.

se dividiese aún más. El descontento fue calando en el seno de las Fuerzas Armadas hasta la llegada del general inglés William Carr Beresford (1), quien fue nombrado comandante en jefe del Ejército portugués a propuesta del príncipe regente. Tras asumir el mando, el general Beresford introdujo medidas disciplinarias muy estrictas y planteamientos tácticos, siguiendo la línea de los ejércitos europeos.

La intervención de las tropas inglesas —un ejército bien organizado y temido— fue determinante para acelerar la expulsión de las tropas napoleónicas de Portugal. A mediados del mes de julio, una expedición con cerca de 10.000 hombres bajo el mando de Wellesley, futuro duque de Wellington, partió de Inglaterra con destino a Portugal, desembarcando con sus fuerzas en la costa de Lavos, junto a la Foz de Montego. El avance de las tropas aliadas hacia el sur, rumbo a la capital, contó con el apoyo táctico del batallón portugués, al mando del general Bernardim

Freire de Andrade, y, puntualmente, con la fuerza disuasoria de dos batallones más, movilizados en Coimbra. Las confrontaciones de Rolica (17 de agosto) y Vimeiro (21 de agosto) evidenciarían la supremacía militar anglo-portuguesa. Con un ejército en retirada y numerosas bajas, Junot se vio obligado a rendirse, lo que implicaba la pérdida de la iniciativa francesa, que pasaba a manos de Wellington.

El resultado desfavorable de la batalla dejaba a los franceses en una situación insostenible y lejos de poder recibir apoyos, por lo que comenzaron unas

(1) General inglés (1768-1854). Ingresó en el Ejército en 1785, sirviendo en las Indias, cabo de Buena Esperanza y otras posesiones británicas. Enviado a Portugal en 1809, el Gobierno portugués le concedió el título de mariscal de dicho reino. Reorganizó el Ejército de Portugal de tal modo que al poco tiempo se enfrentó a las tropas napoleónicas, obteniendo triunfos importantes en las batallas de Bussaco y La Albuera, derrotando al mariscal Soult en 1811.



Concentración del ejército inglés en la Foz de Montego. (Archivo Histórico Militar).

negociaciones con el general inglés Dalrymple, que culminaron con la firma del Convenio de Cintra (30 de agosto), por el que se permitía a las tropas francesas evacuar Portugal y desembarcarlas en Francia.

Sorprendentemente, la Paz de Cintra, que puso fin a la primera invasión francesa, fue negociada entre los gobiernos de Francia e Inglaterra, sin la presencia de las autoridades portuguesas. El tratado suscitó las protestas de las autoridades militares portuguesas y de la prensa en Inglaterra, donde Wellington tuvo que responder a las críticas que le acusaban de favorecer al ejército enemigo.

A lo largo de la guerra, el carácter disciplinado y autoritario de Wellington y Beresford se iba acentuando —no sin algún pequeño incidente—, pero los éxitos militares alcanzados permitían que el pueblo gozase de la esperanza y el patriotismo de los ciudadanos. Así, en vísperas de la segunda invasión napoleónica, Wellesley y Beresford, de nuevo depositarios de la esperanza popular, fueron aclamados en la capital como héroes justo antes de partir hacia el norte en busca de los invasores franceses.

Las campañas de Soult y Massena

A comienzos de 1809 las tropas francesas intentaron extender su dominio a todo el territorio peninsular, lo que implicó una guerra de desgaste que requirió tres largos años (1809-1811). La ocupación se llevó a cabo siguiendo tres líneas de penetración: Levante, Andalucía y Portugal. Solamente me referiré a este último país —la campaña de Portugal— por ser el tema que nos ocupa.

En marzo de ese año, un nuevo ejército invasor, al mando del general Soult, entró en Portugal a través de la serranía del Alto Miño y Tras-os-Montes, instalándose en el norte. En su avance hacia Braga se encontró con fuerzas portuguesas (25.000 hombres) al mando del general Bernardim Freire de Andrade. El siguiente objetivo era la ciudad de Oporto, donde tuvo que hacer frente a las líneas defensivas levantadas por las fuerzas regulares portuguesas y a las guerrillas. A pesar de las dificultades, las previsiones de Soult se habían cumplido y la ciudad fue entregada a las tropas napoleónicas.

Sin embargo, en abril de 1809 el general Wellesley volvió a Lisboa para hacerse cargo, por segunda vez, de la campaña en la Península. El ejército regular portugués apenas había tomado parte en las grandes operaciones; tan sólo cuatro batallones del general Francisco da Silveira Pinto habían cooperado con Wellesley en la reconquista de Oporto en mayo de aquel año, cogiendo por sorpresa a Soult. La situación se había hecho crítica y Soult se vio obligado a retroceder y regresar a territorio español. El 19 de mayo las tropas del general Soult entraban en Galicia sin haber cumplido ninguno de los objetivos previstos por el emperador, dejando libre de movimientos a Wellington con un ejército de 23.000 hombres.

El 12 de julio de 1809 Napoleón firmó el armisticio de Znaim, que ponía fin a la guerra con Austria. A pesar de su victoria en Wagram, Napoleón no desistió de sus propósitos en la península Ibérica. La Paz de Viena ofreció al emperador una excelente oportunidad para tratar de liquidar una guerra cuyos resultados no estaban siendo los deseados en relación con los recursos empleados. Durante el invierno y la primavera Napoleón siguió ocupándose activamente de reforzar su ejército en la Península, con vistas a la estrategia que tenía proyectado realizar en la misma.

El avance de las tropas francesas hacia Lisboa pasaba indiscutiblemente por la conquista de las fortalezas de Ciudad Rodrigo (española) y Almeida (portuguesa), que permitirían al Ejército francés dominar desde lo alto de la meseta el paso de tropas por la frontera portuguesa. La creación de un llamado «Ejército de Portugal», por Decreto de 17 de abril de 1810, sorprendió al mundo y refleja la evolución de los acontecimientos militares en la Península. Constituido por tres cuerpos de ejército (2.º Reynier, 6.º Ney y 8.º Junot), estaba a las órdenes del mariscal Massena, el más prestigioso de los subordinados de Napoleón. Más tarde se uniría el recién creado 9.º cuerpo, al mando de Druet d'Erlon.

La estrategia aliada, eminentemente defensiva, se basaba en la táctica de arrasarse amplias zonas, destruyendo puentes y quemando recursos alimenticios y medios de transporte para evitar que los franceses llegaran a Lisboa. También contemplaba la creación de un formidable ejército de 80.000 soldados entre ingleses, portugueses y españoles, que pudiera hacer frente a las tropas del mariscal Massena en el campo de batalla. Y finalmente, la construcción de una colosal barrera de obstáculos naturales y fortificaciones —línea de Torres-Vedras— que se extendía a lo largo de 47 kilómetros, desde el Atlántico hasta el estuario del Tajo.

Cuando Massena tomó el mando del Ejército de Portugal en el mes de mayo, tenía a sus órdenes unos 130.000 hombres, de los cuales solamente 86.000 podían ser considerados como fuerzas operativas; cifra que descendería a 65.000 al comienzo de las operaciones de invasión. La invasión tuvo lugar en el verano de 1810, cuando el poderoso Ejército francés, al mando del mariscal Massena, entró en Portugal por la frontera de Almeida ocupando la fortaleza a su paso y forzando a Wellington a retirarse al interior de Portugal. Sin embargo, Massena no se apresuró a continuar su avance, preocupado por las consecuencias que podría tener alejarse de sus bases. Ante la eventualidad de ver cortadas sus comunicaciones dilató su marcha hasta el 16 de septiembre, no sin antes ordenar la entrada en Portugal del 2.º ejército, al mando de Reynier, que debía reunirse con él en Guarda. Exigió también la presencia de la 9.ª división, al mando de Drouet d'Erlon en Ciudad Rodrigo, convirtiéndose esta ciudad, junto con Almeida, en las principales bases de aprovisionamiento de las tropas francesas.

La práctica de tierra quemada impuesta por Wellington dejaba en principio a los franceses el camino libre que les llevaría hacia Coimbra, y ofrecía a Wellesley —cuya última línea de defensa estaba en Torres Vedras— una extensa zona para maniobrar en profundidad. Por otra parte, el mal estado del terreno, la carencia de alimentos y la pérdida de contacto con el resto de las tropas produjeron descontento, desbaratando los planes de Massena. Conocida la dirección de marcha de las tropas francesas (Viseu-Coimbra), Wellington decidió cortarles el avance presentando batalla en Bussaco. Las fuerzas anglo-portuguesas, aprovechando las ventajas del terreno y un mejor conocimiento de las fuerzas enemigas, obtuvieron una importante victoria, causando al enemigo alrededor de 4.500 bajas, mientras que entre británicos y portugueses hubo aproximadamente 1.500.

Con ese fracaso Massena quedó bastante tocado, pero ello no le impidió seguir su avance hacia la capital. Wellington decidió retirarse hasta Lisboa ante el peligro de verse aislado, atrayendo a los franceses e intentando liberar la posible presión futura que pudieran ejercer las tropas francesas sobre las líneas de Torres Vedras. A mediados de octubre Massena se topó con las líneas aliadas en su marcha hacia la capital, pero fue incapaz de romper las defensas. Wellington, con la ayuda de ingenieros británicos, había levantado una línea



La Convención de Cintra. Grabado satírico inglés de la época (1809).

continua de fortificaciones defendidas por centenares de soldados, evitando así el paso de las tropas francesas hacia Lisboa.

La imposibilidad de lograr sus objetivos era tan evidente que Massena no intentó siquiera asaltar las posiciones inglesas. No le quedó otra opción que esperar refuerzos, que nunca llegarían, ya que la resistencia española impedía a los franceses desguarnecer otras regiones. El 10 de noviembre de 1810 Massena empezó a retirar a sus hombres —camino de la capitulación— de las posiciones que mantenían ante Torres Vedras, trasladando sus fuerzas hacia Santarem, en tanto que Wellington permanecía con sus tropas en Extremadura y Alentejo a la espera de nuevos enfrentamientos.

En la primavera de 1811 Portugal volvía a estar libre de tropas francesas. Massena informó a Napoleón del fracaso de la campaña de Portugal y le envió el siguiente mensaje: «He llegado a la conclusión de que pondría en gran peligro al Ejército de su Majestad si intentase atacar estas formidables líneas defendidas por 30.000 ingleses y 30.000 portugueses, apoyados por 50.000 campesinos armados». La toma de Olivenza y Badajoz hizo que la ayuda que —por indicación de Napoleón— debía prestar Soult llegase tarde, justo cuando Massena ya había dado orden de retirada a un ejército descompuesto y hambriento, minado por las enfermedades y sin ninguna moral de victoria.

El fracaso francés en tierras portuguesas tuvo una importancia crítica en la campaña peninsular. Napoleón había realizado un esfuerzo máximo para expulsar a los ingleses enviando a Portugal un poderoso ejército bajo la dirección de un comandante experimentado, e incluso pareció en un momento dado que nada ni nadie sería capaz de frenar la pesada maquinaria bélica francesa. Pero la clara visión de Wellington fue decisiva para detener al poderoso Ejército napoleónico.

Consecuencias finales de la guerra

La Guerra Peninsular fue un conflicto armado de gran complejidad, tanto en su desarrollo estrictamente bélico como en la secuencia de los acontecimientos, y prolija en pequeñas, medianas y grandes acciones. La guerra se convirtió en una prueba de resistencia agónica para la población civil y para las tropas francesas y aliadas. El hambre y la enfermedad produjeron verdaderos estragos entre la población civil.

Constituyó la primera derrota de un ejército que se creía invencible, y su humillación por parte de las tropas españolas y anglo-portuguesas. Durante el conflicto armado el Ejército portugués participó en cerca de 280 acciones de guerra (batallas, combates, asaltos, bloqueos, etc.), con un coste de 22.000 muertos y un elevado número de heridos.

La invasión napoleónica en tierras portuguesas supuso un importante impacto en la historia del país vecino, y sus catastróficas consecuencias se hicieron notar claramente: destrucción de ciudades y vías de comunicación, saqueos, cosechas arrasadas, etc. El desmantelamiento económico del país fue pavoroso. El traslado de la casa de Braganza a Río de Janeiro acentuó la crisis económica, institucional y social en la metrópoli, gobernada por los intereses comerciales ingleses en ausencia de la monarquía portuguesa.



Las invasiones de Soult y Massena.

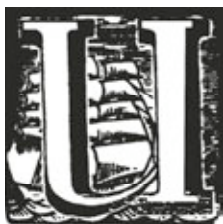
BIBLIOGRAFÍA

- BARTOLOMEU DE ARAUJO, Ana Cristina: «As invasoes francesas e a afirmacao das ideias liberais». *Historia de Portugal*. Vol. 5.
- MENÉNDEZ PIDAL: «La Guerra de la Independencia». *Historia de España*. Vol. XXXII.
- PEDRO VICENTE, Antonio: «A propaganda na guerra peninsular: De Inglaterra a Portugal e España». *Revista de Historia Militar*, núm. 1, 2004.
- PEDRO VICENTE, Antonio: «Portugal en 1808. Otro escenario de la guerra peninsular». *Revista de Historia Militar*, núm. 2, 2005.
- CORREIA BARRENTO, Nuno: «El ejército portugués y el nuevo ejército anglo-portugués». *Revista Independencia* 2005/09. Lemos-Pires.
- SANTACARA, Carlos: «La Guerra de la Independencia vista por los británicos». *Papeles del Tiempo*.
- ARTOLA, Miguel: *La Guerra de la Independencia*. Espasa (Forum).
- CASTRO OURY, Elena: *La Guerra de la Independencia española*. Editorial AKAL.
- La aventura de la historia*: revistas núm. 86, 88, 108 y 111, «200 años de la Guerra de la Independencia».
- Diversos reportajes y artículos de prensa sobre la Guerra de la Independencia: 1808-1814.

EN TIERRA COMO EN EL MAR. LOS MARINOS EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

José CERVERA PERY
General auditor

Una ambientación necesaria



UNA guerra de características tan peculiares como la Guerra de la Independencia española tenía forzosamente que provocar encontradas reacciones desde la ya amplia perspectiva de su bicentenario. Surgida de una revuelta popular no es, con todo, la guerra revolucionaria a la que se refiere Carlos Marx, pero sí hay que subrayar el esfuerzo heroico de un pueblo que tuvo que crear sus propios ejércitos y que, sacando fuerzas de flaquezas, se enfrentó a Napoleón y a las autoridades por él impuestas, luchando por su independencia.

Como acertadamente ha escrito Hermenegildo Franco en su reciente y espléndido libro *La Real Armada y su Infantería de Marina en la Guerra de la Independencia*, contrasta la abundante bibliografía existente sobre las operaciones terrestres desarrolladas entre 1808 y 1814 durante la Guerra de la Independencia con el muy reducido número de estudios y publicaciones que tienen por objeto las operaciones, navales y terrestres, llevadas a cabo por la Armada (y sus hombres) durante la propia contienda.

¿Qué papel juega por tanto la Marina en la guerra contra Napoleón, de la que no pocos historiadores e investigadores, algunos de reconocido prestigio, no parecen querer ocuparse? No caben subterfugios ni escamoteos. El papel que la Marina, sobre todo sus hombres, desempeña a lo largo de toda la contienda es de notoria importancia. Piénsese de entrada que la primera victoria formal contra Napoleón proviene de una acción naval: la rendición de la escuadra de Rosily, que propicia en gran parte la victoria de Bailén, con el abundante material francés incorporado al ejército de Castaños, y sobre todo el «frenazo» del general Dupont, que desiste de su marcha a Cádiz ante la imposibilidad de prestar su apoyo al almirante rendido.

Marinos en la brecha



Retrato de Gabriel Císcar y Císcar (1760-1829), teniente general de la Real Armada. (Museo Naval. Madrid).

El personal de la Armada, con contadas excepciones, habrá de identificarse con la gran masa del país puesta en armas con rabia y entusiasmo. Un inflamado patriotismo se superpone a las penurias en defensa de un sentido tradicional de arraigados valores, cuando éstos se ven atacados. Almirantes, jefes y oficiales de Marina se aprestan a la lucha desde los primeros momentos, y no pocos se integrarán, como medida de urgencia, en los cuadros del Ejército o en las recién creadas Juntas Supremas de Defensa. El bailío don Antonio Valdés y el sabio don Gabriel de Císcar regirán juntas provinciales. Ruiz de Apodaca, vencedor de Rosily, y Juan Javat, que más tarde será un diputado del grupo liberal en las Cortes

gaditanas, desempeñarán comprometidos cargos diplomáticos en Londres y Constantinopla. Éstos y otros marinos de alto rango no se excusarán en las difíciles tareas de gobierno cuando empieza a consolidarse. Así, sucesivamente serán miembros de las regencias altos jefes de la Armada, como Antonio de Escaño, Pedro Agar, Gabriel de Císcar y Juan María Villavicencio.

Invadida España por los franceses y con el general Murat actuando como dueño y señor de los destinos españoles, se ofrece al marino Escaño el mando de una escuadra que ha de formarse en Ferrol para transportar tropas españo-

las al Río de la Plata. Escaño entiende que se desea alejar de la Península tanto a su persona como a las fuerzas navales y militares que podían dificultar la ocupación completa de España por los franceses, y con habilidad alega que, como se espera a Mazarredo en la Corte, debería tratar el asunto con él. En realidad trata de ganar tiempo, porque sabe de la formación de diversas juntas patrióticas para oponerse a la agresión francesa. Pero Napoleón, en su tratamiento a los españoles como súbditos de tercera clase, cree disponer aún de un consenso imaginario y maneja la fórmula del «orden y mando». España debe situar seis navíos en Tolón, tres en Cartagena, doce en Cádiz y siete en Ferrol, y reclama la inmediata presencia de Mazarredo; pero los navíos no salen de los puertos españoles por la resistencia empleada por Cayetano Valdés, e incluso por la del afrancesado José Justo Salcedo.

Entusiasmo y patriotismo aparte, el estado de la Marina en 1808 no animaba a previsiones optimistas. Poco numerosa la marinería de los barcos, casi todos desarmados, y en forzada holganza astilleros y careneros, de los 285 buques con que se contaba en 1790 quedaban, en 1807, 42 navíos, 21 fragatas, 32 corbetas y un número reducido de bergantines y buques menores; pero de los 42 navíos de escuadra, no menos de 17 estaban desarmados en puerto; se habían dado seis navíos a Francia en 1800, y en el balance de pérdidas había que anotar cuatro en San Vicente, tres en Trinidad, dos en el Estrecho, doce en Finisterre y diez en Trafalgar. Un sombrío panorama.

Los departamentos marítimos aportaron los escasos recursos con que aún contaban, y así pudieron formarse los batallones de Infantería de Marina y de Artillería que tan bizarramente se batieron en los diferentes frentes de combate. Pero la dispersión de buques en diversos puertos al producirse la invasión jugó un papel poco ajustado a su misión, ya que si el órgano rector no podía funcionar era natural que los elementos subordinados, sometidos al ambiente y a los singulares caracteres de aquel tipo de guerra, no fueran capaces de reaccionar conforme a un plan conjunto, por lo que para la Armada la lucha contra el francés fue un largo calvario, en el que a través de su espontánea contribución a la misma fue labrando su desgaste y ruina hasta llegar a su total inefectividad.

Desde los primeros momentos del alzamiento popular la presencia de los hombres de la Armada será significativa. En el Dos de Mayo madrileño tres jóvenes oficiales de Marina, Manuel María Esquivel, Juan Van Halen y José Heceta, participan activamente en los sucesos de la Puerta del Sol y del Parque de Monteleón, en lucha, no sólo contra los franceses, sino contra las disposiciones del general Negrete, el afrancesado capitán general de Madrid, que había dispuesto que la tropa permaneciese acuartelada y sin cartuchos. Van Halen y Heceta capitanearon las masas y las condujeron al Parque de Monteleón, distribuyeron las armas y colocaron a la gente en lugares estratégicos, resultando Van Halen herido en el hombro frente al mismo edificio del Parque.

Sin que ello suponga demérito alguno para la heroica actuación de los tenientes Daoíz y Velarde, la realidad es que Van Halen y Heceta llegaron al Parque con anterioridad a aquéllos, y fue su interlocutor el teniente Arango, ayudante del cuartel, quien cuenta que Heceta le animó a armar al paisanaje «porque habiendo los franceses tocado a degüello era preciso decidirse a morir matando». Arango entonces decidió meterse en la sala de armas para poner piedras a los fusiles, y encargó a Heceta que fuese a ver al comandante del Parque a contarle la situación. Por su parte Esquivel, que visitó en aquella trágica mañana a los generales de la Armada Uriarte y Escaño presentes en Madrid, nos trasmite en su diario manuscrito, que se conserva en el Museo Naval, su excepcional testimonio de aquellos días.

La rendición de Rosily, momento clave

En la bahía de Cádiz estaban desde octubre de 1805 los restos de la escuadra francesa que había combatido en Trafalgar, integrada por cinco navíos y una fragata, al mando del almirante Rosily, sucesor del desafortunado Ville-neuve. Los barcos habían sido reparados por cuenta del Gobierno español, que incluso completó las tripulaciones casi por el procedimiento de leva, ya que se pensaba utilizar contra la escuadra inglesa que ejercía el bloqueo de Cádiz antes de que los ingleses pasaran de enemigos a aliados. También había en el puerto de Cádiz barcos españoles, muy abandonados y faltos de gentes, y por tanto de dudosa a más bien nula utilidad. Juan Ruiz de Apodaca era el jefe de aquellos barcos.

Tras las primeras noticias de los manejos napoleónicos en España, la situación de los barcos franceses comenzó a hacerse incómoda y la actitud de los gaditanos fue de recelo, cuando no de manifiesta hostilidad hacia sus vecinos ocasionales. A finales de mayo de 1808, con ocasión de haberse instalado en Sevilla la Junta Suprema de España e Indias, se alborotaron las clases populares pidiendo la proclamación de Fernando VII, la efectiva declaración de guerra a Francia y, como consecuencia, el inmediato ataque a los buques franceses surtos en el puerto. El capitán general Francisco Solano, marqués del Socorro, intentó calmar los ánimos y perdió tristemente la vida en el empeño. Fue nombrado en su relevo Tomás Morla por la Junta de Sevilla, a propuesta de la de Cádiz, y se encargó al jefe de escuadra Enrique Mac Donnell se entrevistase con el almirante inglés Collingwood, ahora amigo, para que suspendiese las hostilidades. Quiérase o no, se navegaba entre dos aguas. Por su parte, las autoridades de Marina, al mando del veterano capitán general del departamento Juan Joaquín Moreno, realizaban los preparativos necesarios para batir la escuadra francesa que Rosily no quiso rendir, intentando después escabullir el bulto y ganar habilidosamente tiempo en negociaciones con Morla.

No voy a profundizar en los avatares de esta acción naval, que constituye indiscutiblemente la primera victoria de la Guerra de la Independencia y que es tratada documentadamente en otro espacio de este número. El ataque dirigido por Ruiz de Apodaca comenzó el 9 de junio «sosteniéndose los buques franceses con más valor que esperanza de buen éxito para su causa», según escribe Rodríguez Martín. El general Moreno, por su parte, estableció baterías en los lugares conocidos como Molino de Guerra, Casería de Ocio y Punta Cantera, operaciones en que destacaron las brigadas de Artillería de Marina al mando del capitán de navío Rosendo Porlier. El mismo general Moreno se trasladó a La Carraca, en donde se reforzó la batería de ángulo y, además de hostilizar a los franceses, formó una división de cañoneras cuyo mando confió al brigadier de la Armada Juan de Dios Topete. Todavía el astuto Rosily, que había solicitado parlamento, entretuvo con argucias durante tres días a la Junta de Cádiz, pero renovado el combate arrió su insignia, y entregando su espada a Apodaca quedó prisionero con cerca de 4.000 hombres.



Maqueta de la Puerta del Carmen de Zaragoza tal como quedó tras los sitios de 1808 y 1809. (Museo Naval de Madrid).

Esta brillante acción naval habría de contribuir poderosamente un mes más tarde al triunfo de Bailén, pues libró al ejército del general Castaños de enemigos a su espalda, dejando a las tropas francesas faltas del apoyo que hubiera podido prestarle su rendida flota. En la guerra contra Napoleón, la victoria gaditana, aun aguas adentro, había supuesto un éxito considerable, pues tras Bailén José Bonaparte se vio obligado a abandonar Madrid y refugiarse en Miranda de Ebro, por lo que puede decirse que ambas acciones, la marítima y la terrestre, marcan el comienzo del declive del imperio napoleónico.

En la tierra como en la mar

En acciones guerreras tierra adentro tomaron parte destacados marinos con un espíritu de colaboración más que encomiable, como el teniente general Cayetano Valdés, que mandó una división de ejército en la batalla de Espinosa de los Monteros (12 noviembre 1808), en la que resultó gravemente herido, para reintegrarse más tarde a la defensa de Cádiz al mando de las fuerzas sutiles junto a su viejo compañero de armas Juan de Dios Topete. En la defensa de la Puerta del Carmen en Zaragoza durante el primer sitio, el teniente de navío José Primo de Rivera y Ortiz de Pinedo ganó la Laureada al mando de una batería. El brigadier Joaquín Riquelme había combatido en Trafalgar como segundo comandante del navío *Santa Ana*, insignia del general Álava, y noticioso de que en Ferrol se carecía de hombres se incorporó al ejército del general Blake, estando también presente en la batalla de Espinosa de los Monteros a la cabeza de una de las más aguerridas divisiones de combatientes. El capitán de navío José Navarro Torres, también combatiente de Trafalgar a bordo del *San Justo*, formó parte del ejército de Castaños y luchó en las batallas de Bailén, Santa Cruz de la Zarza y Valdepeñas. Pasó después a ultramar, agregado a un batallón de Infantería de Marina, y fue fusilado en Jalapa (México) por los insurgentes por negarse a traicionar a su Patria. El capitán de fragata José de la Serna, otro «trafalgareño» del navío *Monarca*, se integró en las filas del ejército del norte, tomando activa parte en la defensa de Ponferrada, donde resultó herido dos veces. También defendió la causa española junto a los insurgentes y murió en la batalla de Armentía en 1813. La lista podría ser más numerosa, pero su análisis sería más propio de un cuaderno monográfico que de un artículo; sin embargo, no quiero dejar de mencionar al jefe de escuadra José Serrano Valdenebro, que primero al frente de tropas regulares de Marina y después como jefe de una partida de guerrilleros en los que abundaban no pocos contrabandistas, fue el terror de los franceses por la serranía de Ronda y Campo de Gibraltar, demostrando que los marinos, cuando tienen muy implantado el sentimiento del cumplimiento del deber, pueden servir a la Patria tanto en la tierra como en la mar.

Marinos en la gestión política

Formada la Junta Central del Reino con dos diputados de cada junta provincial, con un marino —el bailío Valdés— entre los de más autoridad, se encontrará con graves dificultades de gestión, ya que Napoleón, que no ha digerido con resignación la derrota de Bailén, viene a España con 250.000 soldados, derrota a los españoles en diferentes encuentros, y la Junta Central tiene que retroceder hasta Sevilla y más tarde a Cádiz, en un dificultoso periplo, volviendo el rey intruso a Madrid. Y es que los comienzos de 1809 son malos. Los franceses se extienden por todo el país y en el litoral atacan Ferrol, cuyas autoridades, en el sentir de Fernández Duro, capitularon vergonzosamente entregando 16 bajeles. A los afrancesados les vino de perla la posesión de un arsenal de tan aventajada posición estratégica como Ferrol, y nombraron capitán general del departamento a Pedro de Obregón. Mazarredo hizo, sin embargo, un buen servicio a la causa española aun como ministro del rey José, al impedir que un almirante francés se hiciera cargo de los buques, desarrollándose las cosas de tal forma que ni franceses, ni ingleses ni afrancesados tocaron los bajeles. En mayo volvieron las tropas españolas, y en septiembre algunos barcos pudieron hacerse a la mar. Naturalmente Obregón fue depuesto y metido en prisión, pero fue liberado por los franceses y sirvió como ministro de Marina del rey intruso, aunque la realidad es que José Bonaparte no consiguió tener un solo navío de guerra a lo largo de toda la campaña en el que enarbolar su bandera de soberanía, siquiera simbólicamente.

El papel que tocaba representar a la Marina en la Junta Central era poco lucido, y se limitaba a mantener las comunicaciones con América, que se desarrollaban de forma precaria, o el desempeño de servicios auxiliares, lo que no fue obstáculo para que los marinos en tierra se siguieran batiendo bravamente y participando en las acciones guerreras de mayor fuste. Por razones de economía hubo más tarde que desguazar escuadras como la de Cartagena, desarmada en Mahón, y que tras la destitución de José Justo Salcedo, otro afrancesado, había quedado al mando de Juan Martínez.

Tampoco serán buenas las perspectivas a comienzos de 1810, con un cambio de Gobierno impuesto por la gravedad de los acontecimientos. Napoleón mandó más soldados y la Junta Central abdicó sus funciones, dando paso a un Consejo de Regencia de cinco personas, una de las cuales fue Antonio de Escaño, hasta entonces ministro de Marina. Es el año, también, en que van a reunirse las famosas Cortes de Cádiz, cuyas sesiones se inician en San Fernando el 24 de septiembre, y en las que habrán de figurar un no escaso número de marinos, algunos de ellos con importante aportación constructiva.

Con el avance francés —casi un paseo hasta Cádiz— las cosas empeoran. La Regencia, reconocida y aceptada por todas las juntas, organiza la defensa mandando cortar el puente Suazo, aislando así a la Isla de León y fortaleciendo las obras militares de Gallineras, La Carraca y Santi Petri, bajo la dirección

del brigadier don Javier de Uriarte, comandante del *Santísima Trinidad* en la batalla de Trafalgar. Los franceses, sin embargo, cerrarán el cerco sin agobios, sabedores de que cuentan a su favor con las dificultades de abastecimiento de la población gaditana. La parte más activa de la defensa correrá a cargo de las fuerzas sutiles que, en dos divisiones mandadas por Cayetano Valdés y Juan de Dios Topete, atienden al interior y exterior de la bahía, siendo muy reñida la posesión del Trocadero y del castillo de Matagorda. Jugará también en estas actividades un importante papel José Vázquez de Figueroa, que había desempeñado en Sevilla la Secretaría de Marina, y cuya aptitud y capacidad en los negocios del arma hacían aceptables sus servicios y urgente su cooperación.

Tras la renuncia del Consejo de Regencia, atosigado por problemas de agotamiento y descoordinación, se formó otro de tres personas, del que son marinos Pedro de Agar y Gabriel de Císcar. A ellos habrá de referirse Alcalá Galiano para decir: «El uno —Císcar— era un marino con el grado de jefe de

escuadra, insigne matemático y erudito con no cortos conocimientos de humanidades, pero que había seguido hasta ahora una vida oscura excepto para el mundo científico y en quien una grande probidad y entereza no estaban hermanadas con la práctica de los hombres y los negocios. Y el otro, Agar, era asimismo matemático y astrónomo de buenos alcances y ciencias». Es preciso llamar la atención, dada la personalidad científica de los nombrados y su carencia de profesionalidad política, de que sólo un elevado concepto de patriotismo y defensa de los intereses patrios los impulsa al difícil ejercicio del mando. Y es importante consignarlo, porque no



Retrato de Pedro de Agar y Bustillo (1763-1822), jefe de escuadra. (Museo Naval. Madrid).

va a ser la gratitud real la que recompense estos esfuerzos en virtud de sus méritos.

Entre tanto en Cádiz, después de año y medio de sitio, se seguía resistiendo bravamente y actuando con increíble eficacia las fuerzas sutiles. La situación habría de aliviarse algo tras la llamada batalla de Chiclana, en la que el mariscal Victor fue seriamente combatido, teniendo que replegarse a Puerto Real y abandonar, muy a pesar suyo, sus posiciones de ventaja.

Una tercera Regencia compuesta por cinco miembros, con Juan María Villavicencio representando a la Armada, se hizo cargo del Gobierno con el fin de dar el definitivo impulso a la guerra que, tras la disminución de fuerzas francesas, obligado Napoleón a cubrir otros frentes en su ambiciosa concepción bélica, presenta unas mejores condiciones; pero no habrá mejoría con el cambio de personas, ni sobre recursos ni sobre satisfacción de obligaciones, y un nuevo desacuerdo entre los poderes vendrá a producir en 1813 la destitución de la Regencia, volviendo a componerla en parte los marinos Agar y Císcar, cuyos buenos deseos no bastarán para aliviar la suerte de sus compañeros.

Un final nada grato

La Historia —escribió el marino e historiador Jorge Lasso de la Vega— hará justa y merecida memoria de los hechos y servicios de la Armada en la Guerra de la Independencia. Pero también la Historia —se añade por nuestra parte— no puede contemplar indiferente el tremendo peso que gravita sobre las circunstancias de estos hechos, que dejan a salvo el honor de los hombres por encima de toda desafortunada dirección política. La exposición de Escaño a la Junta Central es muy elocuente: la Marina sufría un atraso en sus pagos, que podía entenderse escandaloso, y el hambre es muy mala consejera. No menos desolador es el panorama que pinta el capitán general del Ferrol, José de Melgarejo, sucesor de Vargas y Varáez, muerto también de trágica forma: «Hambre, estragos y ruinas». Tal es el cuadro que presenta el departamento. ¿Pero hubo alguno mejor? No es preciso cargar tintas. Cuando llega al Ministerio Vázquez de Figueroa presenta una exposición a la Regencia y declina su responsabilidad, protestando de la desigualdad de distribución de fondos, con olvido de todo lo de la Marina, ¡a la que se le debían treinta y tres pagas de personal!, mostrando claramente la espantosa miseria en que se hallaba. También el nuevo ministro Francisco Osorio, en breve exposición a las Cortes, será bastante explícito: «No hay Marina. Los arsenales están en ruinas, el personal en abandono y orfandad. A nadie se paga». La reseña, como se ve, es muy corta; no tiene otra cosa que explicar.

Instalado de nuevo el Gobierno en Madrid, junto con las Cortes, y perdido el horizonte del mar, todo fue aún peor. Napoleón ha sido derrotado, pero en

la nueva construcción de Europa no se habrá de tener en cuenta a España. La Historia habrá de repetirse, desgraciadamente, a lo largo de sucesivas generaciones.

Pero los marinos compartieron bizarramente los azares de la guerra con el Ejército y el pueblo, y estuvieron presentes en Bailén, Espinosa, Uclés, Ciudad Real, Talavera, Ocaña, Zaragoza, Cataluña, Asturias, Galicia... Liberales o serviles, que de todo hubo, cuando hubo que luchar por la independencia patria lo hicieron con valor, abnegación y firmeza. Se batieron entre vergas y jarcias, o a través de desfiladeros y vaguadas. Sobrepusieron ánimos a flaquezas, entusiasmos a miserias. Dieron, sobre todo, constancia y testimonio de un admirable comportamiento histórico...



BIBLIOGRAFÍA

- CERVERA PERY, José: *Marina y política en la España del siglo XIX*. Ed. San Martín, 1979.
RODRÍGUEZ MARTÍN, M.: *La Marina en la Guerra de la Independencia*. San Fernando. Sección Tipográfica, 1899.
FRANCO CASTAÑÓN, Hermenegildo: *La Real Armada y su Infantería de Marina en la Guerra de la Independencia*. Galland Books, 2008.

TRES ALFÉRECES DE FRAGATA Y OTRAS CONEXIONES MARINERAS EN EL DOS DE MAYO DE 1808

Mariano JUAN Y FERRAGUT



L ojo del ciclón de la celebración del bicentenario del Dos de Mayo (en adelante 2deM) acaba de pasar sobre nuestras cabezas, aunque sus ramalazos nos afectarán por algún tiempo. El 2deM es nuestra gran fiesta patriótica y todavía muchos recordamos cuando era fiesta nacional. Ahora sólo lo es en Madrid, donde los fastos conmemorativos han sido múltiples y de todo tipo.

En el campo editorial ha habido una gran avalancha de títulos. Conforme nos acercábamos a la fecha del bicentenario se incrementaba el alud de nuevos libros. Han abarcado todos los aspectos de la Guerra de la Independencia (en lo sucesivo GdeI): militares, políticos, sociales, la guerrilla, los afrancesados, el rey intruso, y en especial los sucesos del 2deM, pero en general no han prestado la debida atención al papel de la Marina en esa larga y sangrienta guerra, cuyo origen y telón de fondo es eminentemente naval, si bien la mayoría de los autores, al tratarla, pierden el horizonte de la mar.

Nuestro propósito es relatar, seguramente con más ilusión que acierto, la actuación de los hombres de la Real Armada en aquella trágica y heroica jornada del 2deM en Madrid, desde los altos mandos hasta los modestos granaderos de Marina, y en especial la de tres jóvenes alféreces de fragata.

Antecedentes

Ejército y Armada

El florecimiento de la Armada, que se inicia con Felipe V y llega a su apogeo en 1793, con 79 navíos, 54 fragatas y 156 buques menores, exige un



Retrato de José de Mazarredo Salazar (1745-1812). Teniente general de la Real Armada. (Museo Naval. Madrid).

mayor número de tropas para dotarlos y, en vez de ampliar el número de batallones de Marina (1) y de brigadas de Artillería de Marina, se destinan al servicio de la Armada regimientos de Infantería y de Artillería del Ejército. Algunas unidades causan baja en sus cuerpos y a sus oficiales se les expiden los despachos del Cuerpo General equivalentes a sus empleos. Tal es el caso de Cagigal, que junto con Gastón y Argumosa son tres de los comandantes de los 15 navíos que combatieron en Trafalgar y no procedían de guardias marinas.

Además, en el siglo XVIII España está casi siempre en guerra contra Inglaterra, con

campañas eminentemente navales, y la aspiración de un buen número de oficiales del Ejército es servir a bordo de los buques de la Armada, tanto por patriotismo como por la oportunidad de «hacer carrera». Al revés sucede en la GdeI, en la que al no haber enfrentamientos navales para disputar el dominio del mar, muchísimos marinos, de capitán a paje, combaten en tierra.

Una especial relación se establece entre los oficiales del Cuerpo General de la Real Armada y los del Real Cuerpo de Artillería, tanto por combatir juntos como por formar parte de las dos corporaciones del Reino más prestigiosas y brillantes, por la calidad y cantidad de conocimientos militares, científicos y profesionales que la mayoría de sus miembros, artilleros y marinos, poseen.

(1) Hasta 1848, año en que los batallones se convierten en el Cuerpo de Infantería de Marina, los mandos fueron del Cuerpo General.

Después del desastre de San Vicente se nombra al desterrado Mazarredo, el mejor almirante español del siglo XVIII, para el mando de la Escuadra del Océano, otorgándosele plenos poderes para que «proponga todos los medios que le sugieran su conocimiento y celo» (2) para la defensa de Cádiz, amenazada por Nelson. El «bilbaíno», en el mismo escrito de aceptación del cargo, pide como necesidad perentoria 4.000 hombres de Infantería y de 600 a 800 artilleros del Ejército, con sus correspondientes oficiales. Con ellos alista 196 embarcaciones: cañoneras, bombarderas, tartanas, faluchos, etc. Desembarca a toda la chusma forzada e inútil (maleantes y presidiarios), que es sustituida por 600 artilleros del Tercer Regimiento de Sevilla y 1.600 infantes, entre los que destacan los del Regimiento de Voluntarios del



Uniforme de granadero de los batallones de Marina (siglo XIX).

Estado. En aquella ocasión Mazarredo vence al inglés y Cádiz puede respirar. Los buques de Jervis y Nelson se ven obligados a retirarse gracias a los durísimos combates librados por los marinos, infantes y artilleros. Once años después coincidirán en Madrid en el 2deM, luchando contra los franceses.

Godoy, almirante general

En 1808 Carlos IV ocupa el trono de España, pero el poder lo tiene Godoy, un modesto hidalgo extremeño, que de simple guardia de Corps se ha elevado

(2) FERNÁNDEZ DURO: Nombramiento de Mazarredo. *Armada Española*, tomo VIII, p. 153.

a Príncipe de la Paz y a generalísimo de las Armas de Mar y Tierra (es la primera vez que en España se concede el título de generalísimo), gracias a unas cualidades y virtudes que quien mejor conoce es la reina María Luisa.

En 1807 Godoy, árbitro de la política, decide crear el Almirantazgo, y Carlos IV expide un Real Decreto designando al valido para que lo presida y proponga a los miembros que deban integrarlo. Y le da nuevas competencias: el mando directo de la Armada (de buques y personal), la Organización de la propia Armada, y la jurisdicción tanto civil como penal sobre todos los hombres de mar (Armada y Marina Mercante).

También concede a Godoy los títulos de almirante general de España e Indias y protector del comercio marítimo; y nuevos honores: tratamiento de alteza serenísima, con lo que le equipara a un príncipe de casa real y lo convierte en el áter ego del monarca: «Respetándoos como a mi persona». Y con todos esos títulos y honores (príncipe, generalísimo, almirante y protector) encabeza el Estado General de la Armada del año 1808, mientras el pueblo, que lo odia, dice con todo su humor: «Por delante almirante y por detrás Príncipe de la Paz».

Como ministros del Almirantazgo Godoy elige a los tenientes generales Álava, Escaño y Salcedo; Salazar, intendente general; Pérez Villamil, auditor general; Espinosa Tello, secretario; Fernández Navarrete, contador fiscal, y Sixto Espinosa, tesorero. También, para su guardia personal, dispone que una Compañía de Granaderos de Marina se traslade de Cartagena a Madrid. Su comandante es el capitán de fragata Guillermo Scotti y está compuesta por 174 hombres.

Evolución de la situación política y naval

Fracasado en Trafalgar el plan de Napoleón para la invasión de Inglaterra, el emperador cambia de estrategia. Quiere doblegar a este país arruinando su comercio. Pretende, en frase suya: «conquistar el mar por la potencia de la tierra». Así, en 1806 decreta el bloqueo continental contra el comercio inglés. Pero Portugal, aliada de los ingleses, se resiste a implantarlo y Napoleón negocia con Godoy el Tratado de Fontainebleau, por el que España permite el paso de un ejército francés para ocupar Portugal y cerrar sus puertos al tráfico inglés. A finales de 1807 Junot ocupa Lisboa y la familia real portuguesa, junto con unos 18.000 súbditos, huye a Brasil protegida por la flota británica.

Pero los franceses no sólo conquistan Portugal, sino que Murat ocupa puntos estratégicos de España con su ejército de 100.000 hombres, 30.000 de los cuales, con él al frente, se despliegan en los alrededores de Madrid. Previamente Napoleón ha desarticulado el Ejército español al exigir a Godoy el envío al frente europeo de un cuerpo seleccionado de tropas, de 14.000

hombres, mandados por el marqués de la Romana, antiguo oficial de la Armada, que de capitán de fragata pasó a servir en el Ejército.

Posteriormente —febrero de 1808— hay otra exigencia francesa a Godoy, quien ordena a Cayetano Valdés, jefe de la Escuadra de Cartagena, que con sus seis navíos se traslade a Tolón. Valdés no cumple la orden y, alegando vientos desfavorables, llega a Mahón. Murat exige al rey el cese de Valdés, que es sustituido por Salcedo, quien a pesar de ser partidario de los franceses tampoco llega a mover la escuadra de Mahón.

El doble juego del emperador es tan claro que al fin Godoy se percató de sus verdaderos propósitos. El 11 de marzo llega a Madrid Eugenio Izquierdo, el firmante español del Tratado de Fontainebleau y hombre de la máxima confianza del valido. Sus informes son precisos: Napoleón tiene decidido poner fin al reinado de Carlos IV y al gobierno de Godoy. Sólo puede haber una solución: huir, al igual que los Braganza de Portugal. Primero a Andalucía, y como último recurso a América. Pero el viaje es muy corto. Termina en la primera etapa, la noche del 17 al 18 de marzo. El motín de Aranjuez, organizado por el príncipe Fernando, da fin al reinado de Carlos IV, quien abdica en su hijo, y acaba también con el poder de Godoy, que es encarcelado.

Los sucesos de Aranjuez convierten a Napoleón en el árbitro de la situación, que toma dos medidas: la primera, ordenar la ocupación militar de Madrid; así el 23 de marzo entra Murat en la capital por la Puerta de Alcalá, a tambor batiente y con la apariencia de ejército aliado; la segunda, atraer ladinamente a toda la familia real a Bayona, con el pretexto de encontrar una solución a sus querellas.

Fernando VII (en adelante FVII), que entra en Madrid bajo el clamor popular al día siguiente que Murat, abandona la capital el 10 de abril camino de Bayona, con la pretensión de ver reconocidos sus derechos por Napoleón. Al marchar, deja una Junta Suprema de Gobierno presidida por su tío, el infante Antonio Pascual (más tarde almirante general), e integrada por cuatro de los cinco ministros de su primer y efímero gobierno:

- Estado: Ceballos (acompaña al rey a Bayona y será el enlace entre el monarca y la Junta).
- Marina: Gil de Lemus (es el único ministro veterano, ocupa la cartera desde 1805).
- Guerra: O’Farril (lleva sólo cuatro días en el cargo).
- Hacienda: Arzanza (lleva 16 días en el cargo).
- Gracia y Justicia: Piñuela (lleva sólo cuatro días en el cargo).

Además del Gobierno del reino en nombre de FVII, la Junta tiene los siguientes objetivos: conservar la buena armonía con los franceses; mantener la tranquilidad pública en toda la nación, especialmente en Madrid, y defender

los derechos al trono de FVII. A pesar de ello, todos reconocerán más adelante a José I, con la excepción del ministro de Marina, que será sustituido por Mazarredo, quien una vez más se encontraba marginado por Godoy.

Durante los 24 días que la Junta es presidida por don Antonio Pascual —del 1 de abril al 4 de mayo—, es reconocida por todas las autoridades de la nación. Mientras tanto, en el palacio de Marrac en Bayona se producen las escenas más bochornosas de nuestra historia. En un ambiente de exigencias, traiciones y amenazas, Carlos IV y Fernando VII renuncian a sus derechos a la Corona española en favor de Napoleón. Pero cuatro días antes, en Madrid, tiene lugar el 2deM.

Los protagonistas y los testigos del drama

Antes de ocuparnos de los sucesos del 2deM, lo haremos de sus principales protagonistas y de los testigos directos que dejaron testimonio escrito de aquella heroica y trágica jornada, refiriéndonos a algunos datos sobre sus biografías, en especial las que tengan alguna relación con la Armada.

Ante todo, debemos proclamar paladinamente que el gran protagonista fue el pueblo llano de Madrid. De los 200.000 habitantes de la capital, unos 10.000 se echan a la calle, aunque sólo pelean contra el invasor unos 3.000 ó 4.000 entre hombres, mujeres y niños. En general, los que se enfrentan contra el mejor ejército del mundo proceden de los barrios más humildes, y sus ocupaciones son las de los oficios más modestos: aguadores, cerrajeros, criados, cocineros, jardineros, mancebos, mozos de cuerda, yeseros, lacayos, mendigos... todo ese mundo castizo de majos, manolas y chisperos. Aquel día, la gente pudiente, la de orden, los petimetres... permanecen resguardados en sus casas. Tampoco salen a la calle los mandos militares.

Del Ejército

- Luis Daoíz, capitán de Artillería. Nacido en Sevilla en 1767. A los 15 años ingresa en el Real Colegio de Segovia y a los 30, de teniente, pasa a servir en la Armada, en la que permanece cinco años. Embarca en las cañoneras de Mazarredo, y con el *San Ildefonso* hace dos viajes a América. Ascendido a capitán se reintegra a su destino en Sevilla. A comienzos de 1808 consigue un destino en Madrid, en el Detall del Parque de Artillería. Tiene 41 años y continúa soltero y de capitán, a pesar de su amplia cultura (habla cinco idiomas) y de su gran profesionalidad; pero su carrera está estancada. Quizá su nuevo destino le pueda promocionar, pues en la Corte tiene buenos contactos. Su tío, don Fernando Daoíz, es teniente general de la Armada desde 1795. El

2deM su jefe, el coronel Navarro Falcón, lo manda al Parque de Artillería de Monteleón, donde toma el mando y es herido de muerte. Dejó escrito: *Método que debe usarse para la enseñanza de la tropa y marinería en los ejercicios del cañón y abordaje.*

- Pedro Velarde, capitán de Artillería. Nacido en 1779 en Murriendas (Santander). En 1793 ingresa en el Real Colegio de Segovia. Ascende a capitán en 1804 y es nombrado profesor de dicho colegio. Sus reiteradas solicitudes para embarcar en la Escuadra de Gravina, que se alista contra Inglaterra, son desestimadas, aunque muchos de sus compañeros consiguen ese destino. Velarde es un oficial de acción e impulsivo. Solicita destino en el E. M. del Cuerpo Expedicionario del marqués de la Romana, pero sólo consigue uno burocrático en Madrid, en la Secretaría de la Junta de Artillería. En la Corte vive en la calle Jacometrezo, 7, con su tío, el capitán de fragata Julián Velarde, ayudante del mayor general de la Armada, el jefe de Escuadra Uriarte. Mientras tanto, no deja de conspirar y hacer planes contra los franceses, procurando convencer a sus compañeros del Arma. El 2deM, en contra de las órdenes iniciales de su jefe, acude al Parque de Artillería, donde halla heroica muerte.
- Jacinto Ruiz, teniente de Infantería. Nacido en Ceuta en 1779. Su destino en Madrid es en el Regimiento de Voluntarios del Estado, muy próximo al Parque de Artillería. Es asmático y enfermizo, y el 2deM guarda cama con fiebre. Se levanta, y con una fuerza de 40 hombres que manda el capitán Goicochea, marcha al auxilio de Velarde en la defensa del Parque. Le acompañan otro teniente, José Ontoria, y el subteniente Tomás Bruguera; los tres han servido con Mazarredo en la Armada, en la defensa de Cádiz. Ruiz es herido gravemente al pie de un cañón en la puerta del Parque. Huye a Extremadura y al año siguiente muere en Trujillo.
- Rafael de Arango. Teniente de Artillería y ayudante del coronel Navarro Falcón. Es el primer oficial que llega al Parque el 2deM y, cuando todo ha terminado, el último que sale. Se escapa de Madrid, está en Bailén y permanece en campaña hasta el final de la Guerra. Muere en Cuba, su ciudad natal, de coronel retirado de Caballería.

De la Armada. Los tres alféreces de fragata

- Josef Ezeta (3). Hijo del bilbaíno teniente general de la Armada Bruno Ezeta. Nace en La Habana en 1768. Estudia en el Seminario de Nobles de Madrid, prestigioso centro que había dirigido el insigne Jorge Juan,

(3) Con este nombre figura en el EGA de 1808, aunque la mayoría de los autores lo nombran José Hezeta (o Heceta).



Retrato de Juan Van Halen y Sarti (1788-1864).
(Museo Naval. Madrid).

e ingresa en la Compañía de Guardias Marinas de la Isla de León. El 2deM es el oficial más moderno de la Armada; el último de los alféreces de fragata que figuran en el Estado General, en el que referido a ellos se inserta la siguiente anotación: «No deben gozar de antigüedad hasta que se examinen de los estudios elementales y den pruebas en campañas de mar de desempeñarlos en la parte práctica». Aquella jornada le sorprende de paso en la Corte. Según algunos autores tiene un destino provisional en Madrid y reside en casa de su amigo y compañero Juan Van Halen, circunstancias que dudamos sean ciertas. Es de los primeros que llega al Parque, al que poste-

riormente vuelve con una partida organizada por Van Halen y por él mismo. Combaten desde las calles adyacentes hasta que quedan aislados por el ataque francés, momento en que huyen en busca de refuerzos, que no consiguen. Sus superiores le aconsejan que permanezca oculto por estar en las listas de Murat (si bien no figura su nombre, hay una descripción física de él bastante exacta). En cuanto puede, se escapa al Arsenal de La Carraca.

- Juan Van Halen (1788-1864). Nace en la Real Isla de León. Hijo de Antonio Van Halen, oficial de la Armada originario de Holanda, y de la cartagenera Francisca Sarti. A los 14 años sienta plaza de guardia marina con dispensa por edad. Después de servir en las fragatas *Antífite* y *Magdalena* y en los navíos *América* y *Príncipe*, pasa a Madrid en 1807, con 19 años, de ayudante del ingeniero general Tomás Muñoz,

teniente general de la Armada. Su padre, capitán de fragata, también tiene destino en la capital, en la Secretaría del ministro Gil. Antes del 2deM está en contacto con Ezeta, y aquel día organizan juntos la partida que hemos señalado anteriormente, en la que Van Halen es herido. Se recupera en casa de sus padres y sus superiores le aconsejan que permanezca oculto hasta que pueda salir de Madrid, pues su nombre también figura en la lista de Murat. En cuanto puede, marcha a Ferrol.

- Manuel Esquivel. Nace en El Puerto de Santa María. Pariente de Van Halen, ingresa en 1801 en la Compañía de Guardias Marinas. Sirve en los navíos *Reina Luisa*, *Argonauta* y *Príncipe*. En 1808 tiene 22 años y es subteniente de la Compañía de Granaderos de Marina de la guardia de Godoy. Es un destino lucido y cómodo: montar las guardias en el Palacio de Gimaldi —residencia del valido y sede de la Secretaría del Despacho de Marina (el mismo palacio que ocupará Murat)— y ejercer las funciones de ayudante una semana al mes. A la caída del valido, la Compañía pasa a montar servicio en el Principal del Gobierno Militar, en la Casa de Correos de la Puerta del Sol, y allí entra de guardia al frente de una sección el 1 de mayo. Es testigo directo de los sucesos de la Puerta del Sol hasta las 1130 horas aproximadamente, cuando es relevado y se dirige a su Cuartel del Prado. Por la tarde noche custodia con sus granaderos el palacio del duque de Híjar.

Los altos mandos de la Armada

- Francisco Gil (4), ministro de Marina. Nacido en 1737. Es el único capitán general de la Armada en Madrid. Desde 1805 ocupa la cartera de Marina. Es el más antiguo de la Junta Suprema de Gobierno y a él dirige el infante Antonio Pascual —al partir para Bayona— la carta que termina con la famosa frase: «Dios nos la dé buena. A Dios señores, hasta el valle de Josafat». El 4 de mayo, cuando Murat quiere presidir la Junta, se enfrenta a él; se mantiene firme y presenta la dimisión. Al no serle aceptada decide continuar de ministro de Marina y de Estado (Cevallos está en Bayona), pues así puede servir mejor a la causa patriótica. El 3 de julio, a la llegada de Mazarredo, es relevado y se retira a su casa. No puede fugarse de Madrid debido a su avanzada edad (es octogenario). Se le insta a que preste juramento al rey José, a lo que se niega con entereza. Algunos ministros del rey

(4) Así figura en el EGA de 1808, pero la mayoría de los autores le apellidan Gil de Lemus (o Lemos), incluso Gil de Taboada y Lemos.

- intruso instan al monarca a que le acose, pero éste se niega y prohíbe que molesten a tan valiente anciano marino. Fallece en 1809, y la guarnición francesa de Madrid le tributa los honores fúnebres correspondientes a su dignidad.
- Ignacio María de Álava (teniente general). Nace en Vitoria en 1750. Héroe de Trafalgar, donde es herido en el navío de su insignia, el *Santa Ana*. En 1807 es nombrado ministro del Almirantazgo. Al principio de la guerra repudia las ofertas de Mazarredo y se escapa. Se une a la causa nacional en Cádiz, donde toma el mando de la Escuadra. Es ascendido a capitán general y muere en Chiclana en 1817.
 - Antonio de Escaño (teniente general). Nace en Cartagena en 1752. En Trafalgar es el mayor general de la escuadra de Gravina. Es nombrado ministro del Almirantazgo en 1807. Al estallar la GdeI rechaza los cargos que le ofrece el Gobierno intruso, resistiéndose a los deseos de su maestro y entrañable amigo Mazarredo, con el que ha colaborado muchos años. Es nombrado ministro de Marina en la Junta Central de Aranjuez, y continúa en el cargo cuando ésta se refugia en Cádiz. Allí forma parte del primer Consejo de Regencia del Reino. Muere en 1814.
 - José Justo Salcedo (teniente general). Nace en Portugaleta. En 1805 manda la Escuadra de Cartagena, que no tomará parte en Trafalgar debido a las prisas de Villeneuve a su paso por aquel puerto, al creerse el francés perseguido por Nelson. En 1807 es nombrado ministro del Almirantazgo y al año siguiente releva a Valdés cuando éste es destituido por no conducir la Escuadra a Tolón, orden que tampoco cumple Salcedo. Al estallar la GdeI va a Valencia, donde toma parte en la defensa contra los franceses. En 1809, en Madrid, se une a la causa del rey José (en 1808 existen en la Armada 90 oficiales generales y sólo tres son afrancesados: Mazarredo, Salcedo y Obregón). Al terminar la guerra emigra a Francia, y al regresar se instala en Chiclana. Cuando la sublevación de Riego le instan que tome el mando del Departamento, lo cual rehúsa. Muere en 1825.
 - Juan Pérez Villamil (auditor general de la Armada). Nace en 1754 en Asturias. En 1807 es ministro del Almirantazgo. Vive en Madrid, en la calle del León, pero el 2deM está en Móstoles, donde posee una finca. De su reunión con el alcalde saldrá el famoso bando. En la guerra es miembro de la Regencia del Reino. Posteriormente es ministro de Hacienda, consejero de Estado, académico de la Real Española y director de la Academia de Historia.

En el Estado General de la Armada de 1808 figuran, además de Gil de Lemus, otros dos capitanes general, que son:

- Antonio Valdés. Es el más antiguo del escalafón (su antigüedad en el empleo de capitán general es del año 1792). Reside en Burgos, ciudad en la que nació en 1744. Durante doce años desempeña con gran eficacia y brillantez la cartera de Marina, que alcanza su apogeo bajo su mando. En 1795, por desacuerdos con Godoy, cesa en su cargo, y dos años después preside el Consejo de Guerra que juzga la actuación de los mandos españoles en San Vicente. El 24 de mayo de 1808 es comisionado para participar en la asamblea reunida en Bayona para redactar una nueva Constitución. Pero, ya camino de Francia, huye, se une a los patriotas y toma la presidencia de la Junta de Gobierno de León y Castilla con sede en Ponferrada. Desde allí clama para establecer una Junta Nacional, y cuando se crea la Junta Suprema Central pasa a formar parte de ella. Muere en 1816.
- Francisco de Borja. Es el más moderno de los tres y capitán general de Cartagena. El 22 de mayo, cuando se propaga la noticia de que Salcedo va a trasladarse a Mahón para llevar la Escuadra a Tolón, se origina una gran manifestación que vitorea frenéticamente a Fernando VII. Las autoridades militares y locales destituyen a Borja y nombran a Hidalgo de Cisneros, otro héroe de Trafalgar. El 10 de junio de 1808, cuando llegan noticias de los sangrientos sucesos de Valencia, el populacho asesina a Borja cuando, desde su casa palacio del marqués de Casa Tilly —actual sede del Casino de Cartagena— intenta refugiarse en el cercano arsenal, cuyas puertas están cerradas. El cadáver del octogenario anciano, gran benefactor de los más pobres de su ciudad, es arrastrado por las calles. Cartagena, que tiene la gloria de ser la primera ciudad que se levantó contra los franceses y de que éstos nunca hollaran su suelo, tiene el triste baldón de tan horrible asesinato.

Las fuentes documentales de los testigos del Dos de Mayo

Con la venia de los pacientes lectores que hayan llegado hasta este punto de nuestro relato, pasamos a reseñar los documentos que nos dejaron escritos algunos de los principales testigos del 2deM. Sabemos que la bibliografía habitualmente se inserta al final de todo trabajo de esta naturaleza, pero si nos permitimos tal licencia es para recalcar que las principales fuentes documentales también tienen un marcado acento marineru, bien porque sus autores eran miembros de la Armada o porque estaban relacionados con ella:

- ESQUIVEL, Manuel: alférez de fragata. *Diario manuscrito*.
- ARANGO, Rafael: teniente de Artillería. *El Dos de Mayo. Manifestación de los acontecimientos del Parque de Artillería de Madrid*.
- VAN HALEN, Juan: alférez de navío. *Memorias completas (extracto)*

contenido en la obra de Pío Baroja: *Juan Van Halen, el oficial aventurero*).

- ALCALÁ GALIANO, Antonio: hijo del brigadier de la Armada Dionisio Alcalá Galiano, muerto en Trafalgar. *Memorias*.
- MOR DE FUENTES, José (5): antiguo oficial ingeniero de la Armada. *Bosquejillo de la vida y escritos*.
- ESCAÑO, Antonio: teniente general de la Armada. *Un relato sobre los sucesos de España. (1808-1811)*. REVISTA GENERAL DE MARINA. Cuaderno de marzo de 1961.
- BLANCO WHITE, José María: *Cartas de España*.
- *Estado General de la Armada*. Año de 1808.

Los planes contra el invasor

Mucho se ha debatido sobre si el levantamiento del pueblo de Madrid fue un motín espontáneo y visceral o si obedeció a un plan premeditado. Hay testimonios y opiniones para todos los gustos. Para algunos, fue organizado por los partidarios de FVII, contrarios a Godoy, los mismos que un mes y medio antes planearon con todo detalle el motín de Aranjuez. En esta ocasión quieren provocar un acto de fuerza contra Murat, que se niega a reconocer a Fernando como rey. Al respecto hay que resaltar el papel del maestro cerrajero José Blas Molina, un fanático partidario del rey, que ya estuvo en Aranjuez. Se presenta ahora ante el Palacio Real, y cuando el infante Francisco de Paula, hijo menor de Carlos IV, se dispone a emprender el viaje a Bayona comienza a gritar: «¡Traición, mueran los franceses!».

Por otro lado, es patente la voluntad francesa de enfrentamiento. Las medidas que toma Murat llenan a los madrileños de indignación. Aleja de la Corte a muchas tropas españolas para vigilar las comunicaciones y dar escolta a los generales franceses, hasta dejar la guarnición en unos 3.000 hombres. Sus alardes públicos de fuerza, como la revista a sus tropas, irritan al pueblo. Desde la marcha de FVII no cesa de amenazar a la Junta Suprema de Gobierno con encargarse directamente del orden público. Sobre los perversos planes de Murat nos deja testimonio Blanco White (6): «El levantamiento del Dos de Mayo no surgió a consecuencia de un plan programado por los españoles, sino que, al contrario, fue provocado por Murat, que para intimidar a todo el país

(5) Dejó la Armada, a la que sirvió muchos años, para dedicarse a la literatura en Madrid. El 4 de mayo de 1808 marchó a su ciudad natal, Zaragoza, distinguiéndose en la defensa de los sitios.

(6) BLANCO WHITE: obra citada. Ver *1808. El Dos de Mayo, Tres Miradas*. Fundación Dos de Mayo, Madrid 2008, p. 396.

ideó astutamente la manera de producir una explosión de violencia en la capital... la marcha a Bayona de los miembros de la familia real... El consejo de Regencia recomendó encarecidamente que la salida del infante fuera de noche, pero Murat insistió en que fuera a las nueve de la mañana».

También hay dos planes para el levantamiento y lucha contra el invasor, pero ambos van a parar a manos de O'Farrel, ministro de la Guerra, que los archiva. Uno es el del capitán Velarde, un plan completo y minucioso en el que se detalla la localización de los depósitos de armamento y material, así como las marchas y despliegues previsibles propias y del enemigo. El otro es del antiguo oficial de la Armada José Mor de Fuentes: «Reducido a formar en las montañas de Santander un ejército de tropas ligeras y flanqueando al enemigo, hacerle sistemáticamente lo mismo que luego hizo a bulto» (7).

Pero el plan más trascendente, el que más influirá en el levantamiento de la nación, es el que a instancias del ministro de Marina Gil decide la Junta en una agitada sesión el 1 de mayo. Para el caso de que dicha Junta se quedase privada de libertad para actuar, se acuerda crear otra, llamada Secreta, para que inicie la lucha contra el invasor. La nueva junta estaría formada por los tenientes generales Ezpeleta, ex capitán general de Cataluña; De la Cuesta, que lo era de Castilla la Vieja, y Escaño, de la Armada; junto con los ministros de los Tribunales: Lardizábal, del Consejo de Castilla; Jovellanos y, en su lugar hasta que llegue de Mallorca, Pérez Villamil, auditor general de la Armada, y Gil de Taboada (sobrino del ministro de Marina), alcalde de Corte. La Junta tiene la facultad para fijar su sede donde tenga por conveniente. El sitio elegido es la ciudad de Zaragoza.

Al respecto, Escaño dejó escrito (8): «El día 1 de mayo se me llamó a Palacio y a las dos de la tarde pasé a la cámara del Señor Infante Don Antonio para enterarme de una comisión que debía desempeñar en unión de los generales Espeleta y Cuesta, con los ministros de los Consejos Lardizábal y Villamil y el Alcalde de Corte don N. Gil de Lemos; en efecto en presencia de S. A. se nos manifestó el objeto; a don Manuel de Lardizábal se le encargó de extender la instrucción y, dándonos órdenes simuladas, debíamos salir al día siguiente Lardizábal, Gil, yo y Villamil, que por estar en un pueblecito llamado Móstoles me encargué de avisarle, como lo hice; besamos la mano del Señor Infante y nos preparamos al viaje; faltó carruaje para el día 2, pero salí el día 3 con dos Ayudantes. También salió Gil y Lemos, pero no lo pudieron verificar Villamil y Lardizábal». Los dos ayudantes que acompañan a Escaño son el teniente de navío José Primo de Rivera y el teniente de fragata Manuel del Castillo; ambos participarían un mes después en el primer sitio

(7) ALÍA PLANA: obra citada, p. 28.

(8) ESCAÑO: documento citado. (REVISTA GENERAL DE MARINA, marzo 1961, p. 316 y siguientes).

de Zaragoza defendiendo heroicamente la ciudad, por lo que serán recompensados.

La orden simulada que le dan a Escaño es ir a Mahón a tomar el mando de la Escuadra, lo que parece muy bien a Murat cuando se entera del motivo de su marcha. Pero el destino de Escaño es otro. Sigamos con su relato: «Las instrucciones se me debían dirigir a mi a la ciudad de Teruel, y si a mi llegada no estaba el pliego lo debía buscar en Zaragoza o Valencia; pasé a Teruel, no estaba el pliego, y dejando un Ayudante para recibirlo si llegaba después, seguí a Valencia, donde me encontré con la orden terminante de volver a Madrid; hice llamar al Ayudante que había dejado en Teruel y, a su llegada, emprendí el viaje de vuelta...».

En Madrid, Gil le informa que las instrucciones se habían dirigido a Ezpeleta, pero enterado Murat de su contenido por un individuo de la Junta, se despacharon órdenes para quemarlas sin leerlas y que regresen a la Corte. Murat no sospecha de Escaño al informarle Gil que, por los últimos acontecimientos, no se consideró oportuno su ida a Mahón.

La operación secreta fracasa, pero establece las bases para el levantamiento nacional. Y llegado a este punto debemos referirnos a uno de los mitos más generalizados de la GdeI, el de que ésta se inicia el 2deM. A nuestro juicio no fue así; aquél fue sólo el primer acto del drama. No por ello restamos importancia a aquella trágica y heroica jornada, que cuando se conoce en el resto de España, principalmente por el bando de Móstoles, desencadena tumultos en varias ciudades que son prontamente neutralizados por las órdenes de las autoridades de Madrid.

El levantamiento contra el invasor se inicia 20 días después, y la mecha que provoca la explosión es la noticia sobre las renunciaciones de Bayona, en especial la de FVII. Así, entre el 22 de mayo, sublevación de Cartagena, y el 30 del mismo mes —onomástica del Rey—, levantamiento de Badajoz, toda España, la no ocupada, se levanta contra el invasor. El 24, Murcia, Valencia, Oviedo, Zaragoza; el 25, Barcelona, Lérida, Gerona y Sevilla; el 29, Granada, Málaga, Cádiz y La Coruña, por citar sólo las principales ciudades. Todos los levantamientos tienen unos rasgos comunes; obedecen a un plan premeditado, que no puede ser otro que el planeado por la Junta de Gobierno, cuyo gran muñidor es el ministro de Marina Gil.

El domingo 1 de mayo de 1808

Madrid es una caldera a punto de explotar, cargada de rumores y en un gran estado de excitación. Y se sigue echando leña al fuego. La noche anterior se han reunido Mor de Fuentes y Velarde para comentar la situación y exponer sus respectivos planes. El antiguo marino nos lo cuenta así: «La noche del 30 de abril tuve una conversación larguísima en el café de la Fontana con el íncli-

to don Pedro Velarde, cuya familia había yo tratado íntimamente en Santander. Nuestro coloquio se redujo todo a los intentos alevosos de los franceses y a los medios que nos sobraban para contrastarlos. Velarde se mostró acaloradísimo y entre ambos nos separamos persuadidos a que la explosión iba a estallar muy en breve» (9).

El 1 de mayo Madrid amanece plagado de panfletos. Por boca de un ficticio militar español, en el folleto titulado «Carta de un Oficial retirado en Toledo», se dice: «La conveniencia nacional de cambiar la rancia dinastía de los ya gastados Borbones, por la nueva de los Napoleones muy enérgicos...». Según Arango (10) este

folleto, impreso en la misma casa de Murat, trata de persuadir a los españoles para el cambio de dinastía, pero «Este paso dado para preparar la opinión del pueblo a que recibiera con menos convulsiones la salida de las Personas Reales, fraguada para el día siguiente, les produjo un efecto del todo contrario, pues la caída del rayo en un almacén de pólvora, no hubiese producido inflamación más rápida que la que encendió en los pechos españoles la sacrílega proposición del cambio de dinastía».

Aquel mismo día, el alférez de fragata Esquivel entra de guardia al frente de una sección de Granaderos de Marina en el Principal de la Casa de Correos. Así nos lo cuenta: «Aquella mañana se reunió mucha gente en la Puerta del Sol,



Monumento a Daoíz y Velarde, en la madrileña plaza de Malasaña. (Foto: A. C. O.).

(9) MOR DE FUENTES: obra citada.

(10) Obra citada. Edición facsímil del Ministerio de Defensa, Madrid 2008, p. 4.

tanto por ser día de fiesta como para aguardar el parte de Bayona que llegaba todos los días temprano y aquel día se tardaba. A eso de las 12 pasó Murat para el Prado a pasar revista a una parte de su Ejército, según había hecho todos los domingos anteriores y como los batidores incomodasen a la gente para abrir paso abuchearon a Murat completamente, por lo que cuando volvió del Prado vino entre una columna de caballería y cuatro cañones».

Sigue el joven marino: «No habiendo llegado el parte de Bayona volvió a reunirse mucha gente por la tarde, y al pasar el Infante D. Antonio para el paseo lo vitorearon cual nunca; hasta las diez duró la gran concurrencia esperando el parte que no vino, pero aquella hora empezó a llover lo que les obligó a retirarse, pero todo el día había sido agitación para los ánimos, cada uno interpretaba la tardanza del parte según su modo de pensar y todos maldecían a las franceses».

También aquella jornada Alcalá Galiano visita a Esquivel: «Me encaminé a verle, tanto por visitarle cuanto por ser en aquel lugar donde mejor se advertía lo que pasaba. Encontréle acongojado, porque a cada minuto estaba esperando un rompimiento, y tenía su tropa sin cartuchos» (11).

Ese mismo día Murat exige con amenazas a la Junta la salida para Bayona de las personas reales que permanecen en Madrid, tal como le ordena Napoleón en un correo por duplicado: «No me canso de repetíroslo, apoderaos de los periódicos y del Gobierno. Enviadme aquí al Infante don Antonio y a todos los príncipes de la Casa Real...».

La Junta, ante la trascendencia de lo exigido por Murat y sus reiteradas amenazas de hacerse con el Gobierno *manu militari*, convoca también a la reunión a los presidentes, gobernadores y decanos de los Consejos de Castilla, Indias, Hacienda y Órdenes, junto con dos magistrados de cada uno de estos tribunales. Después de oír al ministro de Guerra O'Farril que la guarnición de Madrid es de unos 3.000 españoles frente a unos 30.000 franceses desplegados en la ciudad y sus alrededores, la Junta acuerda la salida de los infantes para la mañana del día siguiente. También decide lo siguiente:

- Acuartelar a las tropas españolas y no permitirles juntarse con el pueblo.
- Que las fuerzas que entran de guardia lo hagan sin municiones, armas sólo con fusil y bayoneta.
- Crear, a instancias del ministro de Marina, la Junta Secreta a la que nos hemos referido anteriormente.

Aquel mismo domingo Daoíz come con otros dos compañeros en la fonda de Genieys, donde también lo hacen oficiales franceses, con comentarios en voz alta —al parecer sobre el panfleto francés distribuido aquel día— que

(11) *Memorias*. Biblioteca Autores Españoles, Madrid 1955, p. 337.

provocan que el reflexivo Daoíz se acerque a ellos exigiéndoles que se callen inmediatamente y que se disculpen. El altercado finaliza en un reto a duelo de los tres oficiales españoles a sus colegas franceses. El duelo se suspende, ya que al parecer el jefe de Daoíz le llama urgentemente a su despacho y le exige disciplina para no echar más leña al fuego.

El Dos de Mayo

Amanece Madrid después de una noche lluviosa, que si bien ha atemperado el ambiente, no las mentes excitadas del pueblo. El motín se inicia ante el Palacio Real. Allí se enciende la mecha que da lugar a la explosión. Un reducido grupo de personas frente a la Puerta del Príncipe, jaleadas por el cerrajero Blas Molina, impide la salida del infante Francisco de Paula, de 14 años e hijo menor de Carlos IV. Ello provoca la intervención de un batallón francés que envía Murat. Él mismo dirige, desde un lugar próximo, la brutal represión que con artillería ahoga en sangre a los amotinados. La rebelión se extiende en toda la ciudad.

A partir de aquel momento la confusión es la dueña de las calles, así como es confusa la documentación que se tiene de cada uno de los focos de la rebelión. De cada choque hay varias versiones, que tienen como factor común la disparidad e incluso la contradicción.

Las gentes lanzadas a la calle siguen a los líderes ocasionales, y armadas con medios de fortuna luchan contra los franceses. Primero intentan impedir la entrada de refuerzos franceses por las puertas de la ciudad. Se lucha encarnicidamente en la Puerta de Toledo, Portillo de Recoletos, Plaza de la Cebada y Plaza Mayor. La carga de la caballería imperial desaloja la calle de Alcalá, intentando dividir la ciudad en dos, según tiene previamente planeado Murat, pero la gente logra concentrarse en la Puerta del Sol y en el Parque de Artillería.

A esos dos focos de resistencia y a Móstoles prestamos nuestra atención. Lo ocurrido en esos lugares es bien sabido de todos, por lo que nos limitaremos a aportar datos para argumentar que el 2deM, además de madrileño, fue también marinerero, más de lo que se ha dicho y escrito.

Puerta del Sol

De lo que ocurre aquella mañana en el centro neurálgico de Madrid tenemos el testimonio del alférez de fragata Esquivel (12): «...siguiendo la

(12) ALÍA PLANA: diario manuscrito, insertado como Anexo en obra citada, p. 117 y siguientes.



La defensa del Parque de Artillería de Monteleón. Joaquín Sorolla.

conurrencia cada vez más hasta las diez de la mañana que se empezaron a oír tiros hacia el parte del Palacio y a ver correr la gente desde allá hacia la Puerta del Sol por toda la calle Mayor. Yo, inmediatamente puse la tropa sobre las armas y di parte al Gobernador don Fernando de la Vera, diciéndole que en caso necesario nada podía hacer, pues la tropa estaba sin cartuchos, según las órdenes superiores; a lo que me contestó que los mandara pedir al cuartel, lo que verifiqué, pero fue en balde porque no llegaron. Entretanto la gente asesinaba a todo francés que pillaba, estos por defenderse hacían algunas muertes; yo agarré a unos ocho o diez, los desarmé y los metí en el calabozo del Vivaque». El relevo de Esquivel llega «a eso de las once y cuarto», a la misma hora en que irrumpe la caballería francesa en la Puerta del Sol y se produce la carga de los Mamelucos y la muerte del legendario Mustafá, héroe de Austerlitz, degollado por el albañil Antonio Meléndez con su cachicuerna. Goya, el genial afrancesado, nos ha dejado un famoso cuadro que representa con todo dramatismo la escena. En él están representados varios mamelucos blandiendo sus alfanjes, y madrileños destripando los caballos y acuchillando a los jinetes. En el lienzo, esquina inferior izquierda, aparecen dos soldados. Uno, por su uniforme, es francés; el otro, el que aparece debajo, degollado, puede ser un granadero de Marina, según un solvente y concienzudo estudio del prestigioso historiador Jesús M. Alía Plana, del Museo Naval de Madrid.

Parque de Artillería de Monteleón

Algunos grupos consiguen huir de la Puerta del Sol y por las calles de la Montera y Fuencarral se dirigen al Parque de Artillería. Aquella misma mañana Arango, el joven teniente de 20 años, sale de su casa a las 0700 de la mañana y, después de presentarse al gobernador, del que recibe la orden de «hacer retirar las tropas a sus cuarteles y no permitirles juntarse con el paisanaje», va a la casa de su coronel Navarro Falcón, «donde me dio escrita una orden semejante a la del gobernador, y de palabra la de que inmediatamente me fuese al cuartel porque ya estaban a la puerta de él muchos paisanos con la pretensión de que se les armase».

Arango llega al parque antes de las 0830 horas. Efectivamente, hay unos sesenta paisanos que no cesan de vitorearle y de insultar y amenazar a los gabachos. Dentro del Parque hay también entre 60 y 70 soldados franceses con las armas preparadas. En su relato, Arango hace el siguiente inciso: «Nótese que siempre es a ojo más o menos exacto el número que daré de hombres, pues no eran de contarse en aquellos apuros, y lo mismo será de las horas».



(Foto: A. C. O.).

El teniente pasa lista a su tropa y se desconsuela al ver que sólo cuenta con 16 hombres entre sargentos, cabos y artilleros. «Al mismo tiempo, y como por encanto descubrí a un alférez de navío en el patio, que no vi por donde entró». Todos los autores identifican a ese «alférez de navío» como José Ezeta, que como sabemos era alférez de fragata. Continúa el relato: «Era un entusiasta de rancio españolismo, que me saludó escitándome a que armara al paisanaje, porque habiendo (fueron sus palabras) tocado los franceses a degüello era preciso decidirse a morir matando... y sin haber recibido más noticias que las de aquel marino tan exaltado, ¿qué partido había yo de tomar? No me ocurrió otro de meterme cautelosamente en la sala de armas con un cabo y tres artilleros para poner piedras a los fusiles, y encargar al animoso alférez de navío, que saliendo por una puerta falsa, fuese de mi parte a decir a mi comandante, que no vivía lejos, el estado en que nos hallábamos. Él admitió la comisión prometiéndose volver sin demora con instrucciones favorables, con su tema de morir matando: y así hubo de sucederle en el tránsito, pues no volvió, y nunca pude averiguar su paradero, ni su nombre digno de lugar en la lista de los próceres del valor y del patriotismo».

La mayoría de las versiones que se ocupan de este episodio estiman que Ezeta cumple la comisión y cuenta a Navarro Falcón lo que está pasando, y éste envía a Daoíz para que tome el mando del Parque y le da la misma orden que ya había dado a Arango.

Una hora después llega Daoíz, e inmediatamente los capitanes Velarde y Cónsul —este último era veterano de la defensa de Cádiz y moriría en el sitio de Zaragoza— con dos subtenientes. También lo hacen 40 soldados voluntarios del Estado, mandados por el capitán Goicoechea. Sobre las 1145 Daoíz permite que se arme al pueblo. Lo que ocurre a continuación es bien conocido. La defensa de Monteleón, nuestro Álamo, como lo ha calificado Pérez-Reverte, fue un hecho extraordinario y como tal debe ser reconocido. El escritor y académico ha sintetizado así la gesta: «Todo el mundo conoce El Álamo, la defensa de David Crockett, y todo eso. Aquí no conocemos lo nuestro. Poco más de 200 personas mal armadas resistieron tres asaltos franceses, hicieron 100 prisioneros y causaron más de 500 bajas francesas entre muertos y heridos».

Las bajas españolas son considerables; entre ellas la de Velarde, que es tiroteado y muerto. Daoíz cae atravesado por las bayonetas francesas y muere poco después en su casa, y Ruiz es herido de muerte.

A las dos de la tarde la resistencia ha terminado en el Parque; el último foco de rebelión ha sido aplastado. Los ministros Azanza y O'Farril se presentan ante Murat y le dicen que lo ocurrido es obra de unos desalmados y que no se debe a ningún plan preconcebido, y se ofrecen a tranquilizar al vecindario. Recorren las calles de la ciudad a caballo y consiguen que los grupos levantiscos se retiren a sus casas, con la promesa de que no habrá represalias. Pero Murat no renuncia a ellas y no tarda en firmar un riguroso bando que establece que: «Serán arcabuceados todos cuantos durante la rebelión han sido presos

con arma». Por armas se entiende hasta las pequeñas tijeras utilizadas en muchos oficios. Por un motivo u otro son numerosos los madrileños que son masacrados en los fusilamientos del 2 y 3 de mayo. Sobre el de la montaña del Príncipe Pío, Goya nos ha dejado un espectacular óleo que, cual instantánea fotográfica, nos transmite aquel estremecedor episodio. Por cierto, según el ya citado Jesús Alía, el pelotón que ejecuta a los patriotas españoles son marineros de elite, que forman parte del aguerrido Batallón de Marineros de la Guardia Imperial.

El número de víctimas españolas siempre ha sido controvertido. El baile de cifras se estabiliza con motivo del primer centenario, en 1908, con un serio trabajo de Pérez de Guzmán, que haría el inventario, uno a uno, de 409 muertos y 170 heridos, incluidos mujeres (57 y 22) y niños (13 y 2). De estas cifras corresponden a militares 39 muertos y 28 heridos. Los trabajos recientes oscilan también alrededor de estas cifras. Las víctimas de la Armada fueron un oficial y los tres granaderos de Marina siguientes: Esteban Casales Ribera, catalán de Manresa, de 38 años; fue herido el 2 de mayo y murió el 21 de junio. Juan Antonio Cebrián Ruiz, de 30 años, de Murcia, fue herido. Y Antonio Durán, valenciano de 19 años, que también fue herido. Ninguno fue degollado en la Puerta del Sol, pero Goya, al pintar su cuadro al terminar la guerra, quizá quiso representar la intervención de los granaderos de Marina en la acción, cuando salieron a rescatar a soldados franceses. En cuanto al oficial, se trata de Juan Van Halen, que fue herido en la defensa del Parque. Sobre los granaderos de Marina desconocemos las circunstancias y el lugar en que fueron heridos. Según dice Esquivel, después de ser relevado en la Puerta del Sol se dirige a su cuartel del Palacio del Buen Retiro: «marché a paso redoblado... y habiendo tenido la fortuna de que ni siquiera me hirieran un hombre...».

Móstoles

A primeras horas de la tarde las noticias de los sucesos de Madrid llegan a la cercana villa de Móstoles, importante encrucijada de caminos que une Toledo con Segovia, Alcalá con Talavera, y de allí a Andalucía. Desde hace varios días Juan Pérez Villamil, ex ministro del Almirantazgo y auditor general de la Armada, reside en una finca que allí posee. Por Escaño está alertado de la creación de la Junta Secreta para el caso de que la existente quede inhabilitada por falta de libertad. Al tener conocimiento de las noticias que acaban de llegar de Madrid, cree que se dan las condiciones para actuar. Es miembro de aquella Junta y se cree legitimado y con la obligación de ponerse en acción. Se dirige al Ayuntamiento y dicta al secretario Manuel del Valle el famoso bando que firman las máximas autoridades locales, los dos alcaldes de Móstoles, Andrés Torrejón y Antonio Hernández. El texto original no se conserva, aunque se ha hecho famoso uno escueto e inventado años después, que comienza con «La Patria está en peligro...». Del bando

original existe una copia en el ayuntamiento onubense de Lumbres de San Bartolomé, donde llegó el 25 de mayo. Se trata de un bando más extenso, que no reproducimos por falta de espacio, obra de un intelectual, no de un anciano campesino poco ilustrado como era el alcalde de Móstoles, aunque la gloria es suya por haberlo firmado. Por otra parte, en el ayuntamiento de Móstoles existe una lápida que dice: «A Don Juan Pérez Villamil, iniciador de la Guerra de la Independencia y a los Alcaldes Don Andrés Torrejón y Don Antonio Hernández, que secundaron tan patriótico pensamiento...».

¿Y qué fue de los alféreces de fragata?

Manuel Esquivel nos cuenta que «el domingo 8 de mayo Murat pasó revista a todas las tropas españolas que estaban en Madrid y en la mañana siguiente fue despachando cada Regimiento a una provincia, pues se creía ya dueño de ellas». La Compañía de Marina sale el 17 camino de Cartagena, pero como Esquivel no era de allí pide pasar a Cádiz, lo que le concede el ministro Gil: «mas como en aquellos días y siguientes se supo la conmoción de las provincias no me quisieron los franceses dar pasaporte». Y se escapa «con el dolor de dejar a mi madre en Madrid, sola y sin dinero, pero prefería esto a que me quisiesen los franceses obligar a jurar sus banderas...; además que la Patria nos estaba llamando y era menester oírla». Y así termina su diario, al que tantas veces hemos hecho alusión. Sabemos que después de Bailén va a Sevilla, y que el 1 de octubre se embarca en Cádiz a bordo del navío *San Ildefonso*, con destino en el Apostadero de El Callao, para incorporarse a la Comandancia de Marina que manda el brigadier Javier Molina.

Las vidas de los otros dos alféreces de fragata, Ezeta y Van Halen, son mucho más agitadas. En cierta manera son vidas paralelas en hechos y actitudes, aunque Van Halen hubiese servido al rey José. Ambos, tras sus heroicas actuaciones del 2deM, dejan pronto la Armada y pasan al Ejército. Los dos son furibundos liberales, masones y tentados por la política, e intervienen en todas las ocasiones para defender la Constitución de 1812. Los dos son condenados a muerte y pasan en el exilio unos quince años. ¡Vaya par de aventureros! El mundo se les queda pequeño en sus andanzas por Europa, Asia y las Américas.

En cuanto a Ezeta, después del 2deM se escapa a Cádiz y llega a tiempo para tomar parte en el apresamiento de la escuadra de Rosily desde una batería en la Casería de Osio. Como oficial del Ejército hace toda la guerra en tierra, participa en las batallas de Chiclana, Sagunto, Tudela, y en la decisiva y sangrienta de Albuera, donde el general Zayas, que manda una División, lo cita como oficial destacado de su E. M. (13). En 1812 cae prisionero en la

(13) *Batalla de La Albuera*. Edición facsímil del Ministerio de Defensa, Madrid 2001, p. 36.

defensa de Valencia, pero escapa camino del cautiverio y finaliza la guerra en el E. M. del Ejército anglosiciliano del general W. Clinton. En 1812 Martínez de la Rosa le nombra jefe político de Granada; posteriormente los será también de Sevilla. Defiende Cádiz de los Cien Mil Hijos de San Luis, y al rendirse la ciudad FVII lo condena a muerte, por lo que se exilia a Inglaterra. Aparece después en las Antillas, donde un amigo de la GdeI, el general Sir W. Bentinck, recién nombrado gobernador de la India, le propone que le acompañe como subsecretario; y allí llega en 1829, después de un largo recorrido por las Américas. Cuando se entera de la muerte de FVII decide regresar a España, pero sin prisas, y así recorre detenidamente Egipto, Siria y Tierra Santa. Casi 15 años después pisa de nuevo tierra española, y doña María Luisa, la reina gobernadora, le reconoce el grado de brigadier.

De Van Halen, Pío Baroja nos ha dejado una estupenda biografía: *Juan Van Halen. El oficial aventurero*, y a ella remitimos a aquellos lectores que quieran profundizar en esa apasionante y aventurera trayectoria vital.

Después del 2deM Van Halen se dirige a Galicia, y el 14 de junio interviene en la derrota de Rioseco. En Ferrol le dan el mando del cañonero *Estrago* y con él hostiliza a los franceses en su ataque a la capital departamental hasta la capitulación. Allí Mazarredo le convence para la causa del rey José, del que es designado ayudante. Por tres veces viaja a Francia escoltando al rey intruso; una de ellas con motivo del bautizo del monarca de Roma. Cuando José I abandona España para no volver, se siente en la obligación de seguirle en su retiro, pero tiene con él un absurdo altercado y decide regresar a España. Lo hace por Cataluña, viste uniforme francés como si todavía estuviera en sus filas, y provisto de las claves secretas francesas logra engañar a los mandos franceses de Lérida, Mequinenza y Monzón, que se retiran y quedan en manos de los españoles. Recibe por ello el reconocimiento de las Cortes y logra su reincorporación al Ejército como capitán de Caballería.

Pero bien pronto ingresa en la masonería y conspira contra FVII. Es apresado y condenado a muerte, pero el capitán general de Granada le salva y le pone en libertad. Enseguida vuelve a las andadas, funda nuevas logias masónicas, y es apresado por la Inquisición. Se escapa, marcha a Francia y luego a Londres, donde entra en relación con un diplomático ruso que lo recomienda al zar Alejandro, quien impresionado por su porte y gallarda presencia lo admite en sus ejércitos, continuando con ello su vida de condotiero. Marcha a Georgia y combate en el Cáucaso a los tártaros rebeldes tributarios del sah de Persia, y por su heroica actuación le conceden la Cruz Militar de San Jorge.

Tras el alzamiento de Riego regresa a España y combate a las órdenes de Mina y Milans en Cataluña contra los realistas, lo que le vale la Cruz Laureada de San Fernando. Cuando con los Cien Mil Hijos de San Luis FVII recobra sus poderes absolutos, Van Halen toma de nuevo el camino del exilio. Ejerce de profesor de español en Filadelfia y de marino mercante en Cuba, y en 1824, en uno de sus viajes a Veracruz, se tiene que refugiar en el castillo de

San Juan de Ulúa, donde se distingue cuando se rompe el fuego contra los mexicanos. En 1830 se produce la rebelión de los belgas contra el rey Guillermo de Holanda, y Van Halen está allí. Después de hacerse cargo de la defensa de Bruselas es designado jefe supremo del Ejército belga, que él ha organizado y con el cual logra la liberación de todo el país. Ascende a teniente general y le colman de honores, pero está a punto de dar un golpe de Estado y son los propios belgas quienes lo alejan al proclamar rey a Leopoldo I.

Regresa a España, donde de nuevo mandan los liberales, quienes le encargan que reclute un batallón para luchar en Portugal a favor de Pedro de Braganza. Lucha contra los carlistas con el grado de coronel de Caballería y combate en Peracamps. Permanece en servicio activo hasta 1844, pero en situación de «residenciado» o de «cuartel», pues el gobierno de turno no se fía de él. Tampoco se fían O'Donnell ni Espartero, que lo mantienen alejado en Chiclana, San Fernando y Cádiz bajo discreta vigilancia policial, a pesar de ser mariscal de campo. Fallece en Cádiz el 8 de noviembre de 1864, a los 76 años de edad.

Bibliografía y comentarios sobre algunas obras recientes

Además de las obras clásicas sobre la GdeI de Toreno, Gómez de Arteche, Pérez de Guzmán, Martínez-Valverde, Priego, Chamorro, etc., pasamos a citar algunas de las últimas publicadas, acompañadas de algunos comentarios:

- PÉREZ-REVERTE, Arturo: *Un día de cólera*. Alfaguara, 2007. Para los que quieran saber qué y cómo fue el 2deM y deseen respirar el ambiente de aquel día. Debió de ser así, como se narra en este magnífico relato *made by* Pérez-Reverte. Todo auténtico y rigurosamente histórico. Rescata del anonimato a más de 300 hombres, mujeres y niños, y encaja a cada uno donde estaba ese día. Pero no están todos los que fueron. Al principio, en la segunda página, aparece el alférez de fragata Esquivel, pero por razones que no alcanzamos a comprender —y seguro que las hay— omite en todo el libro a Ezeta y Van Halen.
- GARCÍA FUENTES, Arsenio: *Dos de Mayo de 1808. El grito de una nación*. Inédita, S. L., 2007. Un gran y extenso relato, de 694 páginas, que abarca una panorámica general de la GdeI, con episodios anteriores y posteriores a ella. Según manifiesta el autor, la narración tiene un toque periodístico, a veces casi novelado, pero todos los personajes son históricos. El único fruto de su imaginación es Marta Olaguer, novia de Ezeta, a quien deja por un francés. Así justifica la actitud heroica —aunque alocada— del joven marino, y cierto es que todos los testigos del 2deM con los que se encontró afirman que buscó

desesperado la muerte aquel día en la lucha contra los franceses. Él y Van Halen son los principales protagonistas de esta obra y el hilo conductor argumental. Al encuentro entre ambos, en Madrid en 1840, está dedicado el capítulo final.

- ALÍA PLANA, Jesús María: *Dos días de mayo de 1808 en Madrid pintados por Goya*. Fundación Jorge Juan, 2004. Con el pretexto de analizar dos cuadros de Goya, no de su estilo pictórico, sino partiendo de unos uniformes en ellos representados, el autor nos brinda un relato muy interesante y documentado del 2deM, del que muchos hemos «chupado rueda». Son de destacar los datos, cronología y cifras que aporta, todos contrastados, fruto de una paciente y meritoria investigación. Es de agradecer la inclusión, como «Anexo», del «Diario Manuscrito del alférez de fragata Esquivel», del que tanto nos hemos aprovechado.
- GÓMEZ DE LA SERNA Y NADAL, José: *Corona de espinas. España al borde del abismo: 1807-1814*. Real Academia de la Mar, 2008. Entre la avalancha de títulos publicados nos ha llamado la atención esta narración resumida de lo que sucedió, cómo sucedió, y de sus causas y razones. Realiza una radiografía precisa, original, y si se quiere heterodoxa, de las actuaciones de los principales protagonistas, poniendo el microscopio crítico sobre los aciertos o errores de sus decisiones. Es una obra de aclaración más que de investigación. Además, es uno de los pocos libros que presta una atención especial al papel jugado por la Armada, principalmente sus hombres, en la GdeI, cuyo origen y trasfondo es eminentemente naval, aspecto éste al que no se ha prestado la debida atención.
- JUAN Y FERRAGUT, Mariano: *La Marina en 1808* (ciclo de conferencias sobre la Marina en la GdeI. Cuaderno Monográfico, núm. 55, del Instituto de Historia y Cultura Naval, 2007). *La Armada y el factor naval en la Guerra de la Independencia*. Cátedra Jorge Juan. Ciclo de conferencias, Curso 2006-2007. Universidad de La Coruña, 2008.

ALGUNOS UNIFORMES DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA



De izquierda a derecha y de arriba a abajo: **auditor de Marina**. Recordemos que fue Juan Pérez Villamil, auditor general del Consejo Supremo del Almirantazgo, quien redactó el famoso bando de Móstoles. **Uniforme de Infantería de Marina**. El uniforme de Infantería de Marina sufrió diversas modificaciones durante la Guerra de la Independencia: en fechas 30 de noviembre de 1810, 6 de noviembre de 1812 y 11 de febrero de 1813. **Uniforme del Cuerpo General de la Marina de José Napoleón I** (*Le sesanta lamine dell'esercito della sua cattolica maestá il Re Giuseppe Napoleone I della Spagna*). **Uniforme del Cuerpo del Ministerio de José Napoleón I** (*Corpo della Ragioneria della Marina*). (*Le sesanta lamine dell'esercito della sua cattolica maestá il Re Giuseppe Napoleone I della Spagna*). (Ilustraciones: Alfa Plana).

RENDICIÓN DE LA ESCUADRA FRANCESA DE ROSILY (14 DE JUNIO 1808)

Miguel ARAGÓN FONTENLA



Introducción



TRAS el combate de Trafalgar, de la poderosa escuadra combinada franco-española tan sólo cinco navíos franceses y seis españoles, maltrechos, lograron arribar de nuevo al amparo de la rada de Cádiz. El resto sería presa de los ingleses o pasto del furioso temporal que azotó la zona en los días posteriores al combate. Fracasado y relegado del mando, Villeneuve regresaría a París a rendir cuentas a Napoleón; y al que fue su relevo, el almirante Rosily, le tocaría la dura y penosa tarea de recuperar la operatividad de lo que quedaba de la escuadra francesa, con objeto de prepararse para afrontar las nuevas misiones asignadas por el emperador.

Para nuestra nación, los tres años posteriores a Trafalgar fueron de incertidumbre y de intrigas ante los acontecimientos que se cernían sobre una Europa asolada por los victoriosos ejércitos napoleónicos. Bajo el gobierno de unos monarcas pusilánimes, manipulados por el favorito Godoy y presionados por las intrigas de su propio hijo Fernando, carecíamos de crédito y consideración ante un Napoleón que, más que tener a España por aliada, deseaba anexionársela a su imperio.

El levantamiento popular en Madrid el 2 de mayo de 1808 contra las tropas del mariscal Murat, secundado por el resto de las provincias españolas, hizo ver a Napoleón que había menospreciado el carácter de un pueblo difícil de doblegar. La guerra en suelo hispano contra el invasor supuso el comienzo de una larga y cruenta cruzada que acabaría, años después, con el sueño imperialista de Napoleón.

La rendición de la escuadra francesa del almirante Rosily en la rada de Cádiz el 14 de junio de 1808 no destaca en los anales de nuestra historia

como una acción de relevante importancia, pero es de justicia destacar la forma en que fue llevada a cabo y las consecuencias que desencadenó.

Para conectar mejor con los acontecimientos acaecidos en Cádiz, nos apoyaremos en la trayectoria de dos de los protagonistas, de bandos contrarios y ambos víctimas del destino; por un lado, el mencionado almirante francés Rosily, marino de gran valía, que de haber llegado a relevar a Villeneuve posiblemente hubiera hecho que se evitase el enfrentamiento en Trafalgar; y por el otro, el general español Solano, capitán general de Andalucía, del que habría que resaltar su gran personalidad e ignominioso final.

Almirante Rosily

Francois Étienne de Rosily-Mesros, hijo del conde de Rosily, nace en Rochefort el 3 de junio de 1748. Desde joven oficial destaca ya por su espíritu aventurero, dotes científicas y valor en combate. Siendo alférez de navío se embarca con el célebre científico Ives Joseph de Kerguelen Tremaréc, que a bordo de la fragata *La Fortune* realiza una campaña alrededor del mundo, entre cuyos objetivos estaba la investigación en mares preantárticos.

Siendo teniente de navío al mando de un «lugre» (1) da muestras de su indiscutible valor cuando acude en apoyo de la fragata francesa *Belle-Poule* que estaba siendo atacada por la inglesa *Arethusa* y por el «cúter» *Alert* (2). A pesar de su notable inferioridad Rosily no duda en abordar al cúter británico, dando oportunidad a la fragata francesa de zafarse de su enemigo. En el combate pierde gran parte de su gente y el propio buque, que totalmente inutilizado acaba siendo presa de los ingleses. Reconocida su acción incluso por el propio ministro de Marina británico, Rosily es liberado un año después. Una vez en Francia se le concede la Cruz de San Luis como pago a su valiente actuación.

Encargado de diversas misiones políticas y científicas, zarpa de Brest en febrero de 1785. Durante siete años se entrega a una difícil navegación por el mar Rojo y mares de la India y China. Debido a su prolongada ausencia y distanciamiento de la metrópoli se ve libre de la purga que para los marinos de su linaje supone la revolución.

(1) «Lugre»: buque pequeño de formas finas a popa y llenas a proa, en ocasiones entablado de tingladillo, bastante calado a popa, dos o tres palos con algo de caída y velas tarquinas o al tercio, encima de las cuales solían izar unas gavias volantes, completando su aparejo uno o varios foques. *Enciclopedia General del Mar*.

(2) «Cúter»: embarcación muy a propósito para caminar, manguda del centro para proa y estrecha hacia popa, calando bastante más aquí que a proa. Arbola un solo palo y bauprés, aparejando de balandra, o sea, vela mayor cangreja, escandalosa, trinqueta y dos foques. *Enciclopedia General de Mar*.

Vicealmirante a los 46 años, cumple diversas misiones en Génova, Boulogne y Anvers, facilitando valiosos informes al general Bonaparte para la expedición a Egipto.

Conocedor Napoleón de la valía científica de Rosily, le encarga en 1802 un informe detallado sobre la costa de África. Finalizada la misión desea con ansia un destino activo, por lo que compite con Villeneuve en el mando de la escuadra combinada franco-española, que debería asegurar el paso del canal de la Mancha a la *Grande Armée*; mas Bonaparte se inclina a favor de su rival.

En agosto de 1805 Rosily encuentra su oportunidad: descontento el emperador con el comportamiento de Villeneuve por haber buscado refugio en Cádiz para la escuadra combinada en lugar de dirigirse al canal, da orden a su ministro de Marina, Decrés, para que aquél sea relevado por Rosily, a quien una vez fracasado el plan de invasión de Inglaterra se le asigna la misión de: «Zarpar de Cádiz, burlar el bloqueo de la escuadra inglesa y dirigirse al Mediterráneo en demanda de Nápoles. Atacar a cuanto mercante inglés y de sus aliados encuentre a su paso para, una vez desembarcadas las tropas en Nápoles, dirigirse a Tolón donde la escuadra quedaría confinada».

Tras el combate de Trafalgar

Cuando Rosily llega a Cádiz el 25 de octubre de 1805 se encuentra con el lamentable espectáculo de una escuadra destrozada. De los 33 buques que constituían la escuadra franco-española que se había enfrentado en Trafalgar a la de Nelson, tan sólo 10 navíos y cinco fragatas consiguieron regresar a Cádiz. Cinco de los navíos eran franceses: *Neptuno*, de 92 cañones; *Héros*, de 84; *Algeriras*, de 86, y *Plutón* y *Argonaute*, de 74. Las cinco fragatas, francesas, eran: *Cornelie*, *Hermione*, *Hortense*, *Rhin* y *Themis*.

No era el mando que Rosily tanto había ansiado, pero el almirante francés no era hombre que se dejara llevar por el desánimo. Sus primeros esfuerzos estuvieron orientados al logro de la mejor atención para los heridos franceses y al canje de prisioneros, para lo que encontró el máximo apoyo en el que era entonces el gobernador militar de la provincia, el general Solano. Su segunda preocupación fue la pronta rehabilitación de los cinco navíos franceses. En cuanto a las fragatas, que se encontraban en buen estado al no haber tenido que combatir, tan sólo se quedó con la *Cornelie*. Las otras cuatro, junto con tres bergantines, lograron romper el bloqueo inglés y regresar a Francia en febrero del año siguiente.

No le faltaban a Rosily inteligencia y habilidad diplomáticas, ya que logró que por orden expresa de Godoy se diera prioridad a la reparación de sus navíos. Pronto la división francesa, completada con las dotaciones galas de los buques naufragados, se encontró nuevamente alistada y con avituallamiento

para cinco meses, a expensas de las exiguas existencias que había en el Arsenal de La Carraca. A dicha división se incorporó el navío español *San Justo* completamente pertrechado.

Muy distinta fue la reparación de los buques españoles, bastante más dañados que los franceses. Con el arsenal falto de enseres, fueron reparándose en los años sucesivos poco a poco, con dificultad, hasta lograr que en 1808 se dispusiera en Cádiz de una escuadra de seis navíos y una fragata, bajo el mando del jefe de escuadra don Juan Ruiz de Apodaca.

El levantamiento popular del 17 de marzo de 1808 en Aranjuez contra Godoy supuso el fin para el todopoderoso príncipe de la Paz. El rey, atemorizado, firmará al día siguiente un decreto exonerándole de todos los cargos del Gobierno, abdicando posteriormente en su hijo el príncipe de Asturias.

Napoleón, previendo la huida de la familia real, había dado instrucciones a su ministro de Marina respecto a la escuadra que se encontraba en Cádiz. Así, el 21 de febrero de 1808 Decrés envía a Rosily las instrucciones del emperador y le previene del enfriamiento de las relaciones con España, indicándole que sitúe sus buques fuera del alcance de las baterías españolas, de forma que pueda defender la bahía de cualquier ataque interior o exterior. Asimismo le dice: «Procurar no manifestar inquietud, pero preparaos para cualquier evento sin afectación y tan sólo obedeciendo órdenes que habéis recibido para partir. Colocad en medio al navío español (*San Justo*) bajo tiro de cañón de los franceses». Terminaban las instrucciones mandando a Rosily que «a todo trance impidiese la salida de la Familia Real».

Además de evitar la salida de España de la familia real, los planes de Napoleón para con la escuadra de Rosily tenían otro objetivo, que era el de aguardar la llegada de un ejército imperial que por tierra debía atravesar la Península y enlazar con las fuerzas marítimas en Cádiz. La escuadra francesa debía transportar las tropas a objetivos en el norte de África, como base de un avance hacia Oriente Próximo, con la finalidad de cortar las vías del comercio inglés procedente de la India.

Si difícil fue la reparación de los buques españoles, más lo fue completar sus dotaciones. Para medio alistarlos hubo que recurrir de nuevo al embarque de tropa de Marina y Ejército y a la llamada «matrícula de mar».

En cuanto a los ingleses, tras el combate la escuadra de Collingwood, no tarda en volver a navegar por el golfo de Cádiz dispuesta a controlar el tráfico que se dirige a los puertos españoles y mantener el bloqueo. No obstante, dado lo debilitadas que se encontraban las escuadras española y francesa, el bloqueo ejercido era tan débil que el comercio marítimo con Cádiz durante el periodo entre contiendas se realizaba con suma normalidad. Collingwood deja al almirante Purvis al mando de una pequeña división y se retira con el resto a reforzar el bloqueo del puerto de Tolón.

Cádiz en los primeros días del levantamiento

Los acontecimientos en España se suceden rápidamente. El 2 de mayo de 1808 se produce el levantamiento del pueblo madrileño contra las tropas francesas del mariscal Murat. La posterior brutal represión por parte del mariscal francés incitó los ánimos de un pueblo que veía como una ignominia la ocupación del territorio español.

A voluntad de Napoleón se crea la Junta Suprema de la Nación, llamada también Junta Central, que presidida por el mismo Murat propicia el reconocimiento de José Bonaparte como legítimo soberano. Todos los generales españoles con mando en plaza y tropa reciben la orden de la Junta Suprema de acatar obediencia al nuevo rey José I.



Juan José Ruiz de Apodaca y Eliza (1754-1835), conde de Venadito, capitán general de la Real Armada. (Museo Naval. Madrid).

Los sucesos de Madrid corren como la pólvora de provincia en provincia, exaltando los ánimos populares en contra de los franceses.

Por aquel entonces era capitán general de Andalucía y gobernador de Cádiz el general Francisco Solano, marqués del Socorro, hijo del que fuera capitán general de la Armada José Solano y Bote. La población gaditana, soliviantada por los sucesos de Madrid y movidos por el afán de venganza, exige del gobernador el ataque inmediato a la escuadra gala, fondeada en medio de la bahía. Pero Solano no se deja llevar por las exigencias de una masa enaltecida, y de momento, de mutuo acuerdo con el comandante general del Departamento, brigadier Joaquín Moreno, y ante el temor de que Rosily intentara alguna acción sobre la costa, ordena organizar la vigilancia en torno a la

escuadra francesa. Se refuerzan las guarniciones de las fortificaciones y se intensifican las patrullas por las playas de la bahía con la orden de que: «por ningún motivo se permitiera el desembarco de tropa alguna que no fuese española».

No le pasan desapercibidos a Rosily los movimientos de los españoles, e inquieto ante la sospecha de un posible ataque a su escuadra y con el pretexto de defender mejor la flota conjunta de un ataque inglés, propone a Ruiz de Apodaca intercalar los navíos de ambas escuadras. Con esa disposición, la escuadra francesa, netamente superior en fuerza a la española, adquiriría una notable ventaja. No obstante, el comandante general del Departamento, Joaquín Moreno, por alguna razón que no se llega a entender, acepta el dispositivo sugerido por Rosily, de modo que los navíos de ambas naciones quedan intercalados según la siguiente distribución: *Neptune* (francés), *Príncipe* (español), *Héros* (francés), *San Justo* (español), *Algeciras* (francés), *Montañés* (español), *Argonaute* (francés), *Terrible* (español), *Plutón* (francés), *San Fulgencio* (español) y *San Leandro* (español).

Esta formación crea una línea que, comenzando frente al bajo de las Cabe-zuelas, se prolonga hacia el interior de la bahía. Puede entenderse que por ambas partes lo que se buscaba era, más que el apoyo mutuo, una manera de tener controlada y a tiro la escuadra contraria, que en cualquier momento podía volverse en contra del hasta entonces aliado.

El 22 de mayo Sevilla secunda el levantamiento contra los franceses y rechaza la autoridad de la Junta Central, a la que considera afrancesada y al servicio del enemigo, e instaura un órgano de Gobierno del reino al que titula Junta Suprema de España e Indias (Junta Suprema de Gobierno de la Nación).

La Junta Suprema, también conocida como Junta de Sevilla, mediante la emisión de bandos a las distintas provincias, insta al levantamiento contra el invasor, pide que se la reconozca como autoridad gubernamental y establece representaciones mediante juntas provinciales y locales.

Se muestra irresoluto el general Solano a secundar en Cádiz el levantamiento contra Napoleón que insistentemente desde Sevilla emanaba de la junta recientemente creada, a la que Solano concede un carácter más popular que institucional. Su indecisión se debe al desconocimiento del nivel que había alcanzado la insurrección en otras provincias.

Temeroso de tomar una determinación prematura, de cuyo éxito no estaba seguro, el 28 de mayo convoca en su propia casa a los once generales de tierra y mar que se encontraban en la ciudad, entre los que figuran: el comandante general del Departamento, Joaquín Moreno; los capitanes generales que habían sido de esta provincia; el Príncipe de Monforte; Tomás Morla, anterior gobernador militar; Manuel de la Peña; Juan Ruiz de Apodaca, comandante en jefe de la Escuadra de Cádiz; el mariscal de campo Juan Ugalde; Jerónimo Peinado; Narciso de Pedro y Juan del Pozo.

En un punto estaban los presentes de acuerdo con el capitán general, y era en el de actuar con prudencia. Consideraban los generales que era aventurado declararse abiertamente contra Francia. Repudiaban la idea de dejarse llevar por la resolución de una junta popular, y no confiaban en el éxito del que aparentaba ser un movimiento aislado y momentáneo en Sevilla. Manifestaron los generales el deseo de no abandonar la causa de la Nación y prepararse para la guerra, pero no apoyarla hasta estar seguros de que no se trataba de alborotos efímeros, sino de una verdadera revolución secundada por todo el país y dirigida por una autoridad reconocida por todos y con declaración oficial de guerra a Napoleón. Se acordó la publicación de un bando, que quedó redactado esa misma noche del 28, en el que los generales exponían sus sentimientos a favor de la Junta de Sevilla, pero también sus temores al levantamiento en armas contra la escuadra francesa, con los siguientes argumentos:

- Consideraban que los verdaderos enemigos eran los ingleses que, encontrándose con su escuadra al acecho bloqueando el puerto desde la mar, podían acometer una inesperada acción ventajosa.
- En el manifiesto, Solano se lamentaba amargamente contra el proceder de la familia real: «Nuestros soberanos, que tenían un legítimo derecho y autoridad para convocarnos y conducirnos a sus enemigos, lejos de hacerlo, han declarado Padre e Hijo repetidas veces que los que se toman por tales (enemigos) son sus amigos íntimos, y en su consecuencia se han ido espontáneamente y sin violencia con ellos ¿Quién reclama, pues, nuestro sacrificio?».
- Preocupaba la falta de tropa preparada, ya que con la disponible apenas se cubría la defensa de las fortificaciones. Sobre este punto, Solano se resistía a armar incontroladas milicias en tal estado de excitación, temiendo que la chusma se cebase con ciudadanos extranjeros.
- Se comprometían a enviar oficiales a Sevilla y a los pueblos importantes de la provincia con el objeto de alistar y organizar en milicias a la gente que se presentase. Pero sin que los alistados en Cádiz salieran de la ciudad.

Pero la verdadera causa de no ceder a las presiones del pueblo, que encabezado por el conde de Teba —enviado desde Sevilla por la Junta— exigía forzar la rendición inmediata de la escuadra francesa, la habían expuesto en la reunión los mandos de la Marina, y no era otra que la situación de los barcos, ya que al encontrarse intercalados los nuestros estaban en inferioridad respecto a los franceses, mejor armados y dotados. Además, si se entablase el combate los navíos españoles correrían grave riesgo, ya que podrían ser dañados por el fuego propio dirigido contra los franceses; sobre todo si se empleaba bala roja. Por eso, antes de cualquier determinación era preciso separar las escuadras.

Firmado el bando por los once generales, se hizo público esa misma noche ante una impaciente muchedumbre que aguardaba en las calles con el convencimiento de que el bando iba a ser el grito de guerra abierta a los franceses. Mas cuando vieron que de él emanaba una solicitud a la calma y a la sensatez, el gentío comenzó a alborotarse. Incitados por los emisarios de la Junta de Sevilla, empezaron a proferirse gritos contra la persona del general Solano, que pronto secundó la plebe, la cual soliviantada se dirigió a la vivienda del general. Solano logró calmar los ánimos asegurando una nueva reunión de generales para el día siguiente.

Entre tanto Rosily, ante la gravedad que estaba tomando la situación y bajo el temor a una pronta agresión, hizo fondear sus navíos de la mejor forma para batir las posiciones españolas, y envió botes para el reconocimiento del caño del Trocadero.

En la larga noche del 28 de mayo en cantinas y tugurios no se hablaba de otra cosa que del dichoso bando, y la imagen del que durante tantos años había sido el benefactor de los gaditanos comenzó a degradarse. Los más alborotadores irrumpieron en la casa del cónsul francés Le Roy, personaje odiado por su arrogancia, quien logró huir a tiempo refugiándose en el convento de San Agustín, para luego, y con ayuda de amistades, lograr refugio en la escuadra francesa.

Desde primeras horas del día siguiente comenzaron a ejecutarse los contenidos del bando. Hacia Sevilla se dirigió el mariscal Félix Jones con órdenes de Solano para organizar milicias, abriéndose una oficina de alistamiento para que los más fervientes patriotas se anexionaran a la causa.

Ante el aviso de movimientos de embarcaciones francesas en el Trocadero, Solano ordena el envío inmediato de efectivos para ocupar ese asentamiento.

Muerte del general Solano

Solano convoca de nuevo a los generales en consejo de guerra, en el que se acuerda que la ciudad debería declararse abiertamente por el alzamiento incitado por la Junta de Sevilla, conforme a las exigencias del enardecido pueblo. El gentío interrumpe la sesión en repetidas ocasiones y pide desaforadamente atacar a la escuadra francesa, por lo que el general ha de salir al balcón para apaciguar los ánimos y recomendar prudencia, con el fin de salvaguardar a la propia escuadra de los resultados desafortunados que podría ocasionar un ataque a los franceses. Estos temores son interpretados como debilidad, haciéndose sospechoso de actuar a favor de los franceses.

Incitada por algunos cabecillas, y dirigiendo su odio sólo hacia Solano y no hacia los otros generales que también eran artífices del bando, la muchedumbre marcha hacia la casa del general. Es la hora del almuerzo y la resi-

dencia está protegida solamente por la guardia militar, con pocos efectivos para frenar a la furiosa multitud que pide a gritos su muerte. Tres cabecillas piden ser recibidos por el general: el más representativo es un tal Pedro Pablo Olaechea, quien haciéndose portavoz de la masa exige con arrogancia al general la dejación del mando. Ante la negativa de éste se produce un forcejeo, que es aprovechado por uno de los incitadores para dar aviso al gentío que aguarda a las puertas. De nada sirve el fuego de intimidación que hace la guardia militar al mando del capitán Sanmartín; pronto es reducida, y dándole la vuelta a un cañón de los que coronan la muralla frente a la puerta de la Comandancia destrozan la entrada de un disparo. Tras un forcejeo, Solano consigue librarse de sus aprehensores y huir por la terraza; es alcanzado por el tal Olaechea, quien de un empujón es arrojado por Solano a un patio, falleciendo al caer. Se refugia el general en casa de un amigo, el comerciante irlandés Pedro Strange. La chusma destroza la casa de Solano, y al no dar con él comienza su búsqueda por los alrededores. Delatado por la criada del irlandés, no puede ya escapar de los que le perseguían. Reducido y maniataado cual malhechor, Solano es llevado a la plaza de las Nieves donde escucha su sentencia de muerte.

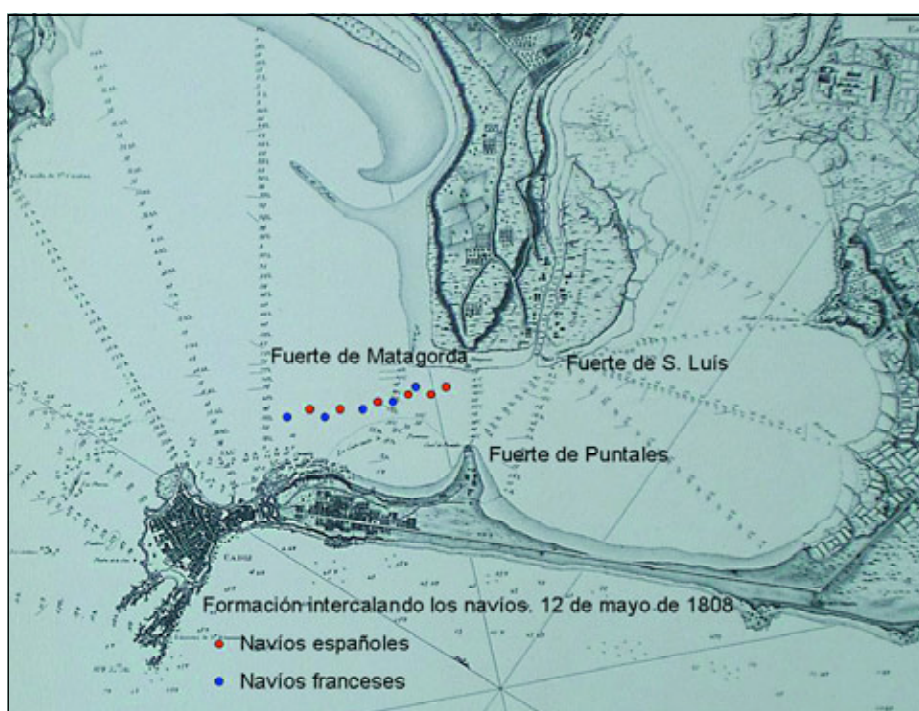
En la plaza de San Juan de Dios se mantenía en permanencia un cadalso con una horca para ajusticiamiento de reos de la justicia. Ése era el destino que la chusma le tenía preparado al general. Cuando en burda comitiva es llevado, descalzo, al lugar de su ignominia, se adelanta un joven llamado Florentino Ibarra quien, sin mediar palabra, le asesta al general una mortal puñalada en el estómago que le deja retorciéndose en el suelo. A pesar de ello, los más exaltados insisten en llevarlo a rastras hasta la horca. No se conforman con su muerte; ésta debe ser, además, indigna. Dos amigos del general observaban atónitos tan deprimente espectáculo; uno de ellos, Carlos Pignatelli, en un arrebató de indignación ante la visión de ver a su amigo colgado de una soga, profiriendo injurias y fingiendo estar a favor de la chusma, se acerca al general sable en mano y de certera estocada le atraviesa el pecho, ahorrándole así terribles sufrimientos. El otro amigo, el magistral Cabrera, personaje muy respetado por los gaditanos, se interpone a las turbas que pretenden colgar el cuerpo del general, aun fallecido. El magistral les exhorta al beneficio de la religión cristiana, no consintiendo que bajo ningún concepto se injurie el cadáver de Solano. Durante esa noche la ira del populacho se sacia con las haciendas de los familiares y amigos del general.

Liberal de ideas y monárquico de corazón, si de algo dudaba Solano era de la legitimidad de la autoproclamada Junta Suprema. Su cautela por no adelantar acontecimientos y el no dejarse arrastrar por las exigencias de un pueblo soliviantado le costó la vida a este valiente y brillante general de 39 años de edad, del que hasta el propio Napoleón recelaba.

Movimientos previos

Tras el vil asesinato del gobernador, los mismos incitadores aclaman de inmediato a Tomás Morla, general de avanzada edad y que había ocupado el cargo anteriormente a Solano, en contra de la voluntad de la Junta de Sevilla, que está a favor de Eusebio de Herrera. La valía de Morla no era comparable a la de Solano, y su elección estaba condicionada a que actuara conforme a la voluntad popular, pues de lo contrario acabaría como su antecesor.

La Junta de Sevilla acepta con recelo la elección popular de Morla, poniéndole bajo la vigilante tutela de su favorito, el general Eusebio de Herrera. El día 28 de mayo la Junta de Sevilla se dirige a la suprema autoridad del Departamento para «invitar a que la Marina se sume al movimiento patriótico». El día 30 se constituye la Junta de los diputados del pueblo, que confirma el nombramiento de Morla como gobernador y presidente de la que pasó a denominarse Junta de Observación y Defensa, a semejanza de la de Sevilla. El jefe de escuadra Joaquín Moreno es nombrado capitán general del Departamento de Cádiz.



Escuadras española y francesa intercaladas.

El mismo día 30, reunidos los generales con la asistencia de Joaquín Moreno y de Ruiz de Apodaca, acuerdan enviar a Rosily una misiva de rendición y que permita la separación de las escuadras. Rosily argumenta no haber motivo de hostilidad alguna contra su emperador, y como prueba de ello accede a la separación de ambas escuadras; maniobra que los españoles realizan con habilidad para quedar de nuevo fondeados a la entrada del canal.

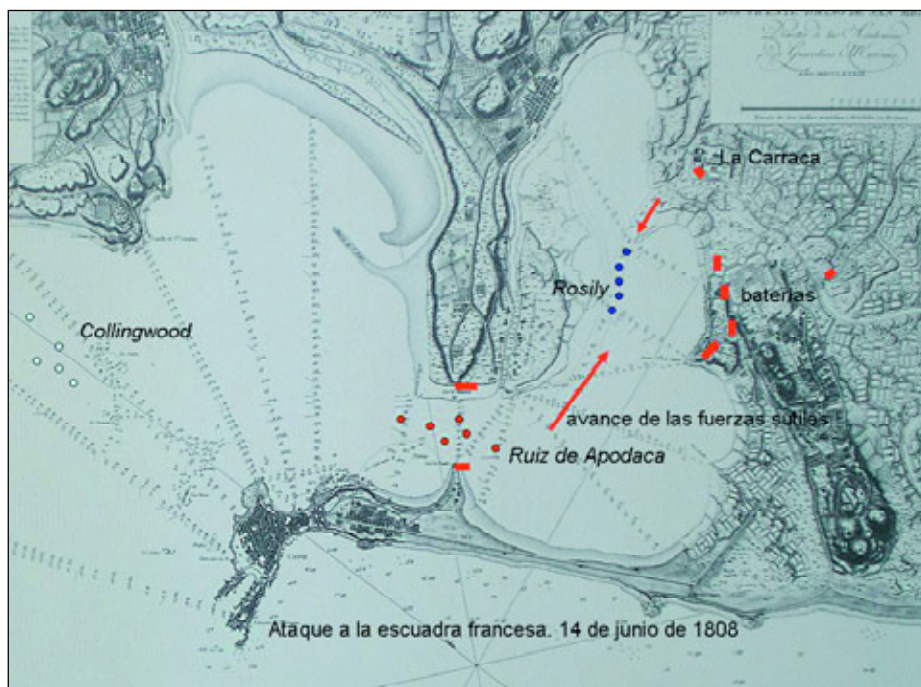
Morla se muestra dubitativo; no quiere ser quien asuma la responsabilidad de dar las órdenes de comienzo del ataque a los franceses, por lo que solicita autorización a la Junta de Sevilla, delegando en la máxima autoridad de Marina, Joaquín Moreno, los preparativos para el asedio. Los medios de que dispone el almirante son escasos. En el Arsenal falta de todo; por no quedar no quedan ni amarras ni calabotes, muy necesarios para mantener los buques fijos en sus amarraderos.

Los buques franceses se encuentran fondeados a tiro de fusil del fuerte de San Luis, que tan sólo dispone de tres cañones y un par de morteros. Algo más distante, separado por el caño del Trocadero y también con tres piezas, se encuentra el fuerte de Matagorda, desde donde se bate también a los franceses. Para evitar que el de San Luis quedara aislado y pudiera caer en poder de Rosily, Morla ordena desmantelarlo y reforzar con su artillería la batería que se monta en el Trocadero. Por otro lado, Moreno manda armar dos navíos que se encontraban en La Carraca pendientes de carena y los sitúa protegiendo la entrada al caño del Arsenal. Se restablece la batería de La Cantera y se refuerza Puntales. La idea de Morla con el refuerzo de los asentamientos próximos y a la vista de almirante francés es, principalmente, amedrentarle haciendo parecer que dispone de más medios de los que en realidad cuenta.

A todo esto comienzan las negociaciones con los ingleses que, atentos a los acontecimientos que se están produciendo en Cádiz, mantienen el bloqueo con su escuadra. Morla envía dos mensajeros a Collingwood a fin de cesar toda hostilidad y convenir los medios de una alianza con Inglaterra. Éste no consiente levantar el bloqueo, pero se ofrece a adentrar sus buques en la bahía gaditana y batir a los franceses. El ofrecimiento de Collingwood es desechado por Morla, que no se fía de los británicos, ya que una vez rendido el francés, ¿quién le aseguraba a Morla que los británicos no iban a ocupar la plaza, aprovechando que no había firmado acuerdo de paz alguno con España? Por eso sólo acepta que los ingleses se encarguen de evitar la salida de los franceses de la bahía, rogándoles que una vez dada la señal de comienzo de hostilidades adentrasen una de sus divisiones a la bocana del puerto.

Preparación para el ataque a la escuadra francesa

Atento Rosily a los movimientos, que denotaban una clara hostilidad hacia su escuadra, intenta en varias ocasiones dilatar el diálogo con Morla en la



Ataque a la escuadra francesa.

confianza de que pronto el ejército francés acudiría en su ayuda. No obstante, comprendiendo la amenaza que los fuertes de Puntales y Torregorda suponen para sus buques, decide adentrarse en el saco de la bahía; así que, aprovechando un día de viento fresco de poniente, levanta el fondeo y se coloca lo más próximo al Arsenal, en el lugar conocido como la fosa de Santa Isabel, en el entronque con el canal que va a Puerto Real. Con esta maniobra la escuadra francesa queda en una posición de difícil salida, pero con la ventaja de cortar la comunicación por mar entre el arsenal y la escuadra de Ruiz de Apodaca. Rosily cuenta con efectivos suficientes como para llevar a cabo un ataque y el desembarco sobre el Arsenal, y con artillería y munición en abundancia como para ofrecer una tenaz resistencia.

Dada la imposibilidad de maniobrar en la ratonera en la que se ha metido Rosily, Joaquín Moreno ve que el ataque con los navíos propios no es posible y concibe un plan menos arriesgado que se basa en el empleo de fuerzas sutiles, es decir, embarcaciones ligeras debidamente armadas. Este sistema había dado ya buen resultado contra la escuadra inglesa de bloqueo. Ruiz de Apodaca, deseoso de enfrentarse en fuerza con sus buques a los franceses, se mues-

tra reacio a la ejecución del plan de Moreno, pero finalmente cede ante la evidencia.

Moreno ordena a Ruiz de Apodaca la organización y dotación de dichas fuerzas sutiles, y que la escuadra se mantenga a la altura de Puntales para cerrar así la angostura con Matagorda, fuera del alcance del fuego francés. Ante el temor de que los franceses intentaran un ataque y el desembarco en el Arsenal, encarga a Rafael Clavijo, jefe de escuadra y comandante de ingenieros de Armada, el cierre de la embocadura del caño de La Carraca, ya que se había apreciado que la fragata *Cornelie*, la más avanzada de la escuadra francesa, «había enmendado, acercándose al Arsenal y se concibió la sospecha de que fuese una tentativa para introducirse en él, con todos los demás buques».

Clavijo ordena echar a pique, frente a La Clica, los viejos cascos del navío *Miño* y de la urca *Librada*. Un tercer buque, la vieja fragata *Atocha*, está a punto de acabar de la misma forma, pero se desiste su hundimiento por falta de tiempo.

Debido al nuevo fondeadero tomado por los franceses, hubo que desplazar los asentamientos de las baterías de costa a la línea comprendida entre Fadrillas y el arsenal. Brigadas de obreros de la Maestranza de Marina trabajaron en montar diversas baterías en:

- Puente Suazo.
- Arsenal. Una batería de morteros.
- Casería de Osio. Dos baterías de cañones.
- Lazareto. Dos baterías.
- Punta de la Cantera. Cuatro baterías.
- Almacenes de Fadrillas. Cuatro morteros y dos cañones

Ruiz de Apodaca, recurriendo a los botes de su escuadra, consigue rápidamente armar doce bombarderas y veinticinco cañoneras. Contando, además, con cuantas embarcaciones alista el arsenal para ser armadas y atacar desde ese frente. Se forman tres divisiones, de quince cañoneras cada una, mandadas por los brigadieres José Quevedo y Miguel Gastón y por el capitán de navío José Rodríguez de Rivera. El mando de todas las fuerzas sutiles recae en el capitán de navío Diego de Alvear.

El plan de ataque de Moreno era minucioso y preciso. Las cañoneras debían situarse en primera línea de tiro; después las bombarderas, fuera del alcance de tiro de los cañones enemigos, y tras ellas los botes con la tropa y embarcaciones de auxilio con pertrechos y arpeos, dispuestas a socorrer a las embarcaciones incendiadas. El mayor general estableció también un código de señales para poner de acuerdo a navíos, cañoneras, fortificaciones y mandos. Desde la posición dominante de la Torre Vigía en el centro de la ciudad, el general Morla, como máxima autoridad, daría la orden de abrir el fuego y

cesarlo según la marcha del combate. En cada buque, un encargado de observar las señales las repetiría para coordinar así la acción.

Moreno dirigiría el combate a bordo de su falúa. Éste se efectuaría simultáneamente por cañoneras y bombarderas desde el arsenal y la bahía, con el apoyo de fuego de las baterías del frente este, reforzado por el de dos navíos fondeados en el caño de La Carraca.

El 6 de junio se hace desde Sevilla la declaración de guerra al emperador francés, por medio de un bando que se hace público por todos los rincones de la nación.

Primer día de combate



Bote cañonero.

En la mañana del 9 de junio, finalizados los preparativos y autorizado el ataque por la Junta de Sevilla, el general Morla envía un comunicado a Rosily intimándole a la rendición de su escuadra:

«A este efecto doy a VE. dos horas de tiempo para que se resuelva a la rendición; mas negándose a ella después de ese tiempo, o viendo en el hacer cualquier movimiento, soltaré mis fuegos de bombas y bala rasa, (que serán rojas si VE.

se obstina): atacará la Escuadra Española, y también las fuerzas sutiles. En fin, la Escuadra Inglesa estará a la boca del Puerto para que no quede el menor recurso.»

Rosily responde a Morla con dos oficios: el primero manifestaba su negativa a la rendición, estando dispuesto a perecer con su escuadra; el otro decía que «siempre y cuando se alcanzase del almirante inglés la seguridad de que no acometería ni perseguiría a su escuadra en el espacio de cuatro días desde el de su salida, al punto se alejaría de las aguas de Cádiz».

La respuesta no se hace esperar y Morla manda izar en lo alto de la Torre Vigía, en la que establece su observatorio, la señal de comenzar el ataque, señal que es repetida desde la cúspide de la Torre Alta en la Isla.

A eso de las cuatro de la tarde las baterías de la costa comienzan un violento fuego contra los franceses, protegiendo el avance de la flota de cañoneras y bombarderas que se aproximan desde ambos lados de la bahía hasta alcanzar la distancia de tiro a los buques enemigos. Éstos, acoderados y con sus costados haciendo frente a la bahía, se encuentran dispuestos al combate con sus cubiertas y costados protegidos por cables y calabrotes. Ya oscureciendo, tras cinco horas de incesante intercambio de fuego sin conseguir doblegar la resistencia de los franceses, cesa el combate y se retiran las embarcaciones.

De resultas de esta acción, siete de nuestras cañoneras resultaron seriamente dañadas y dos se hundieron, contándose cuatro muertos y cinco heridos. Los buques franceses dirigieron principalmente sus fuegos contra las baterías costeras. El asentamiento de la Cantera resultó desmontado por el fuego del *Algeciras*, que ocasionó ocho muertos y 26 heridos.

Los franceses acabaron esta primera jornada con daños de importancia en cascos y arboladuras, con las bajas de un oficial y 13 marineros muertos y 51 heridos.

Segundo día de combate

A primeras horas de la mañana del día 10, apenas despuntando el sol, se reanuda el combate por ambas partes, pero con menor intensidad que el día anterior. Hasta que a eso del mediodía se ve ondear en el *Héros* la señal de parlamento. Lo que no se imagina Rosily es la satisfacción con que Joaquín Moreno ordena el alto el fuego, dada la escasez que para entonces hay de pólvora y municiones, agotadas casi en su totalidad el primer día de combate. Como en el póquer, Morla ha de recurrir a ciertos «faroles» para doblegar a su poderoso enemigo sin recurrir a la ayuda ofrecida por Collingwood.

Rosily necesita tiempo, de ahí que en este parlamento no ofrece una alternativa diferente, sino que insiste en su postura anterior y vuelve a proponer que «se le permita la salida de Cádiz con su escuadra, bajo la promesa formal de no ser atacado ni perseguido por la escuadra inglesa de lord Coolingwood». A lo que Morla, de manera altanera, responde: «Pido a V. E. reflexione sobre el particular, sobre la inutilidad de su resistencia, y se persuada de no asentir a la rendición que le intimo por segunda vez, usaré de todos los medios vigorosos con que me hallo para destruirlo, haciendo a V. E. un estrechísimo cargo como responsable de todos los perjuicios y desastres que se originen en consecuencia».

Morla se muestra cauto y mantiene el alto el fuego en espera de que el francés tome la iniciativa. Lo cierto es que apenas dispone de pólvora para otro ataque en fuerza.

Si en la tarde del día 10 Rosily se hubiera decidido a atacar con toda su escuadra y desembarcar en La Carraca, las cosas se habrían puesto muy difíci-



Bandera del navío *Héros*. (Museo Naval. Madrid)

les para los españoles. Pero el temor de los franceses a encontrarse con una fuerte resistencia, realmente inexistente, les hizo dudar del inútil sacrificio que podía suponer.

Al día siguiente Rosily envía una nueva propuesta, cediendo algo en sus pretensiones. Insiste en que se le deje abandonar Cádiz, añadiendo que «desembarcaría todo el armamento de sus buques y con la bandera arriada, pero continuando las

tripulaciones a bordo, así como su almirante y comandantes con mando efectivo en los buques». Condiciones que son interpretadas por los generales españoles como un síntoma de que empezaban a flaquear los ánimos de resistencia en las filas francesas.

El «farol» había que rematarlo, por lo que Morla contesta a Rosily que no está capacitado para aceptar las condiciones sugeridas y que debe consultarlas con la Junta Suprema. Esto daría a los españoles tiempo para restablecer las posiciones dañadas; más aún, siguiendo la estratagema del engaño y el amedrentamiento, se ordena instalar una batería de hasta 30 cañones de a 36 entre la Casería de Osio y Fadrilas, bien a la vista de los franceses, y al navío *Santa Ana*, que se encontraba carenando, se le coloca en posición de combate en la bocana del Arsenal. Se alistan más cañoneras y bombarderas, sin disimulo y con alarde de fortaleza, e incluso se deja ver el humo de los hornillos en algunas baterías, amenazando con utilizar balas rojas contra los vulnerables navíos galos.

Se suceden dos días de incansable movimiento, amenazadores por parte española y de pasividad por parte de los franceses. En la mañana del 14 se da la contestación a Rosily: la Junta Suprema se niega a aceptar las condiciones, ofreciendo tan sólo «respeto a las vidas y equipajes de los rendidos». Rosily convoca a sus comandantes, y en vista de la aparente inutilidad de resistir al asedio decide arriar la bandera y rendir la escuadra, enviando el siguiente oficio a Morla: «Sr. Capitán General. Me veo obligado por todos los medios que VE ha reunido contra mí a entregar los navíos, y no oponer más resistencia, porque veo es interés de las dos naciones no destruirlos...».

No tarda Morla en publicar la siguiente proclama: «Gaditanos: la escuadra francesa al mando del almirante Rosily acaba de rendirse a discreción confiada en la humanidad y generosidad del pueblo español. Cádiz 14 de junio de 1808.- Morla».

Actuaciones tras la rendición

Rendida la escuadra francesa, los segundos oficiales de la escuadra española toman el mando de los apresados. Los buques capturados quedan incorporados a la Armada, manteniendo sus nombres, traducidos al castellano, excepto el *Argonaute* que pasa a llamarse *Vencedor*.

Los prisioneros franceses fueron repartidos en diversas dependencias y buques: a la marinería se la recluyó en el presidio de Cuatro Torres de La Carraca; a la tropa en el castillo de Puntales, y a los oficiales se les internó en los navíos *Castilla* y *Terror*, habilitados como pontones y fondeados en mitad de la bahía.

Los efectivos capturados a la escuadra francesa fueron cuantiosos y, junto a los víveres confiscados, supusieron un gran alivio para el exhausto Departamento. No olvidemos que la escuadra se encontraba pertrechada para cinco meses de campaña. Se hicieron y capturaron:

- 3.676 prisioneros.
- 442 cañones de a 36 y a 24 libras.
- 1.651 quintales de pólvora.
- 1.429 fusiles.
- 1.069 bayonetas.
- 80 esmeriles.
- 50 carabinas.
- 505 pistolas.
- 1.096 sables.
- 425 chuzos.
- 101.568 balas de fusil.
- Los cargos casi completos de munición de cañón.

A pesar de que Morla restó importancia a la acción por el reducido número de víctimas y no quería recompensas, la Junta determinó ascender un grado a todos los oficiales y tropa, tanto de Marina como de Artillería.

A raíz de la victoria sobre los franceses fueron muchos los que en Cádiz y alrededores acudieron a alistarse, movidos por un apasionado deseo de hacer frente a un ejército del que desconocían su verdadera fortaleza. En Diego de Alvear recayó la responsabilidad de organizar los batallones de los llamados «voluntarios distinguidos», nutridos con individuos de buena clase social que



pagaban su incorporación a filas y que en los años posteriores jugarían un importante papel en la defensa de Cádiz.

Los ingleses, atentos a los acontecimientos que se estaban sucediendo, vieron en esta victoria ocasión para establecer unos vínculos que le permitieran poner los pies en suelo ibérico. El gobernador de Gibraltar, Dalrympler, ofreció al gobernador español una división de 5.000 hombres para hacer frente al Ejército francés, que se esperaba actuara en Andalucía.

En cuanto a Rosily, el 5 de agosto la Junta Suprema le autorizó a regresar a su país bajo palabra de no servir contra España sin ser canjeado. Le acompañarían algunos oficiales de estado mayor, así como el general Marescot, prisionero en Bailén, y el embajador Le Roy. El almirante Coalingwood les expidió pasaportes para su traslado en una fragata inglesa a puerto francés.

No debió afectar mucho al emperador la derrota sufrida por Rosily, pues éste recuperó sus funciones de director del Depósito General de Mapas y Planos de la Marina y continuó su carrera dedicado a la hidrografía, siendo el creador del Cuerpo de Ingenieros Hidrógrafos de la Armada francesa.

El 12 de noviembre de 1832, a los 84 años de edad, siendo vicealmirante, fallece Rosily en París. Había alcanzado renombre y prestigio mundial en el campo de la ciencia, y había sido condecorado con la Gran Cruz de la orden de San Luis, de la Legión de Honor y de la Orden danesa de Dannebrong. Tanto es así que su nombre figura en el Arco del Triunfo parisino.

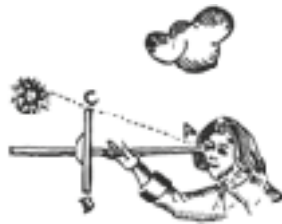
Muy diferente fue el destino del resto de los prisioneros de su escuadra, a los que se unirían los capturados en Bailén. Juntos sufrirían un cautiverio que, lamentablemente, ennegrece este capítulo de nuestra historia. Lejos de gozar de la prometida repatriación, la mayor parte de ellos sucumbiría en el destierro en la isla de Cabrera.

La Junta Suprema creó una medalla para conmemorar esta acción contra la escuadra francesa con la que premiar a los que destacaron en ella. Consiste la condecoración en un águila imperial invertida, entre dos sables cruzados, con una corona real en la parte superior y una inscripción a su alrededor: «Rendición de la escuadra francesa 1808». Posteriormente se haría una versión con el águila en posición normal, debido posiblemente a considerarse ofensiva su anterior posición invertida, y cambiando la corona real por una de laurel, situada en la parte inferior.

Conclusión

La derrota de la escuadra francesa en Cádiz supuso:

- La incorporación a la Armada española de cinco navíos y una fragata, en perfecto estado, que de alguna manera compensaron las pérdidas habidas en Trafalgar.
- El despertar en la población española de un espíritu de lucha ante un enemigo que, hasta entonces, se consideraba imbatible.
- La ruptura del bloqueo continental impuesto por Napoleón, abriendo por Cádiz la entrada a Europa de fuerzas aliadas.
- Junto con la derrota del ejército de Dupont en Bailén, el comienzo del declive del imperio napoleónico.

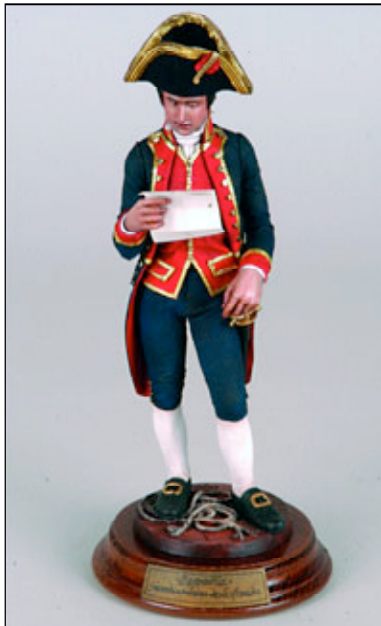




Brigadier de la Armada.



Teniente de navío.



Guardiamarina.



Fusilero de Infantería de Marina con uniforme de verano.

UNIFORMES DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX (MUSEO NAVAL, MADRID).

EL SITIO FRANCÉS DE LA ISLA DE LEÓN (1810-1812) (1)

Juan TORREJÓN CHAVES
Universidad de Cádiz



URANTE la Guerra de la Independencia, la villa de la Real Isla de León —luego, ciudad de San Fernando— desempeñó un papel militar de primer orden que no ha sido aún suficientemente valorado. En su impetuoso avance por Andalucía, ocurrido a finales de enero y principios de febrero de 1810, cuando se dirigían a ocupar Cádiz —la más apreciada de todas las ciudades del sur por su carácter de primer puerto comercial del Imperio español— las tropas invasoras napoleónicas se encontraron en la Isla de León con un obstáculo inesperado. Ante la tenaz resistencia, los franceses optaron inicialmente por un bloqueo, que convirtieron en sitio regular. Y si bien muchos pensaron que el paso hubiera sido practicable de viva fuerza por el enemigo —ya que el río de agua salada o caño de Sancti Petri era difícil de defender por su extensión y porque no era bastante ancho y profundo, además de que las líneas de baterías no significaban una dificultad insuperable—, la Isla de León se comportó en todo momento como una posición inexpugnable durante el asedio que sufrió la bahía de Cádiz entre el 6 de febrero de 1810 y el 25 de agosto de 1812.

Junto al protagonismo militar, la Isla de León fue el escenario de las más importantes decisiones políticas que ocurrieron en la España libre durante 1810. En ella se reunió la Suprema Junta Central Gubernativa del Reino el 29 de enero y, por decreto de este día, resignó el poder soberano y lo transfirió a un Consejo de Regencia de España e Indias con la potestad de ejercer la autoridad suprema en todos los dominios españoles aquende y allende el océano. La primera Regencia estuvo compuesta por Pedro de Quevedo y Quintano, obispo de Orense; Francisco de Saavedra, consejero de Estado; Francisco

(1) Texto basado en el libro del autor, en preparación: *El sitio del ejército napoleónico a la bahía de Cádiz (1810-1812)*.

Javier Castaños, capitán general del Ejército; Antonio de Escaño, teniente general de Marina, y Esteban Fernández de León, contador general del Consejo de Indias. Estaba previsto que la instalación solemne de la Regencia se verificara el 2 de febrero, pero un levantamiento popular ocurrido también en la Isla de León el 30 de enero contra los miembros de la Junta Central obligó a que se adelantara al día siguiente. Fue, pues, en la Isla de León donde murió la desprestigiada Junta Central y nació la Regencia.

Más tarde, con la memorable jornada del 24 de septiembre de 1810, la Isla de León fue el origen de la contemporaneidad española. En sus casas consistoriales aprobaron los diputados de las Cortes Generales y Extraordinarias la fórmula del juramento; en su iglesia mayor parroquial de San Pedro y San Pablo lo juraron, y en su humilde teatro de comedias —luego Teatro de las Cortes— se instaló el primer Congreso Nacional, que aprobó el mismo día el histórico decreto por el que se reconocía la división de poderes y la soberanía nacional.

Lamentablemente, el decisivo papel desempeñado por la Isla de León en la historia general de la Guerra de la Independencia española y en la historia particular del bloqueo terrestre del ejército napoleónico a la bahía de Cádiz es poco o nada conocido, cuando se trató del más largo de todos los asedios ocurridos en España durante dicha guerra y el que consumió más recursos humanos y materiales de los sitiadores. En este tema, como en el relativo a las denominadas «Cortes de Cádiz», la Isla de León se ha visto olvidada o relegada a un plano secundario por la historiografía. A todo ello ha contribuido grandemente el abandono, deterioro y destrucción patrimo-



Torre Gorda. Dibujo de Carlos de Vargas, capitán de Infantería de línea e ingeniero voluntario del Ejército. (*Atlas de las Fortificaciones de la Isla de León*).

nial, que en el momento presente continúa. Rotundamente debe afirmarse que la Isla de León fue el auténtico antemural de la ciudad de Cádiz y que ésta hubiera sido tomada por el enemigo con relativa facilidad si aquélla hubiera sido superada.

La conquista de Andalucía por el Ejército francés

Después de la resonante victoria que los franceses consiguieron en Ocaña el 19 de noviembre de 1809 la situación no pudo ser más desfavorable para la causa de la independencia española. Entonces, el rey José Napoleón I se decidió a poner en ejecución su gran deseo de ocupar Andalucía, en lo que veía la liquidación de la Junta Central, el término de la insurrección y el final de la guerra. En los planes franceses, Cádiz representaba el objetivo más importante de la conquista de la España meridional, no sólo por su importancia comercial y marítima, sino también por ser la plaza fuerte desde la cual los británicos alimentaban la insurrección española.

El ejército dispuesto para la ocupación de Andalucía, que tuvo como general en jefe al mariscal Sout —duque de Dalmacia—, era el más importante de cuantos tenían los franceses en la Península. Estaba compuesto de los cuerpos 1.º, 4.º y 5.º, la división de la reserva general y dos regimientos españoles de nueva formación. Estas tropas francesas eran excelentes y gozaban de un merecido prestigio. El primer cuerpo, que se encontraba a las órdenes del mariscal Victor —duque de Belluno—, se componía de las divisiones comandadas por los generales Ruffin, Leval y Villatte, y de la división de dragones de reserva del general Latour-Maubourg. El 4.º cuerpo, bajo el mando del general Sebastiani, estaba formado por una división del gran ducado de Varsovia, una brigada de infantería francesa y tres brigadas de caballería. El 5.º cuerpo estaba comandado por el mariscal Mortier —duque de Treviso— y formado por las divisiones de Infantería de los generales Girard y Gazán, y una brigada de caballería ligera, al mando del general Beauregard. La reserva general era una división de Infantería al mando del general De-solles.

En sólo dos jornadas —20 y 21 de enero de 1810—, el Ejército francés logró con muy escasas pérdidas superar los pasos de Sierra Morena y alcanzar las cabezas de los puentes sobre el Guadalquivir. Seguidamente, el 4.º cuerpo continuó su movimiento exitoso tomando Jaén, Granada, Málaga y Antequera. Victor ocupó Córdoba, donde se demoró tres días para recoger su artillería. Luego continuó la marcha por el camino real en dirección a Sevilla, con las divisiones comandadas por los generales Ruffin y Leval. Llegó a Carmona el 28, donde se detuvo todo el día 29, presentándose en la jornada siguiente delante de Sevilla, que había sido abandonada por la Junta Central cuyos vocales huyeron hacia la bahía de Cádiz, unos por tierra y otros por el Guadal-

qu coast. Tras unas negociaciones y después de efectuar determinadas promesas, las tropas napoleónicas entraron en la capital hispalense en la mañana del jueves 1.º de febrero, a tambor batiente y con todas sus enseñas desplegadas. Por la tarde llegó José Napoleón I, quien fue cumplimentado por los cabildos civil y eclesiástico, y recibido con entusiasmo por la población. El rey intruso encontró suspendidas de las bóvedas de la catedral las águilas y las banderas francesas capturadas en Bailén, que envió a su hermano el emperador, con la satisfacción de aparecer como el noble reparador de tan famoso revés.

Los éxitos franceses conseguidos en la superación de la gran barrera que separa Andalucía de la meseta castellana y los brillantes movimientos demostrados hasta la conjunción en Andújar quedaron empañados por la lentitud del avance por la Andalucía occidental, pues se ocuparon diez días en cubrir la distancia existente entre Andújar y Sevilla. Esta pérdida de tiempo resultó adversa en grado sumo para los intereses franceses y fue en extremo favorable para la resistencia española, cuando las operaciones exigían que el invasor desarrollase una movilidad extraordinaria con el fin de alcanzar la posesión de la ciudad de Cádiz, objetivo prioritario de la campaña.

El mariscal Soult se encargó, desde Sevilla, de organizar el sistema militar y administrativo de las ricas provincias andaluzas, donde gobernó de manera parecida a la de un sátrapa omnipotente. En la capital hispalense los franceses contaron con los grandes recursos que les proporcionó el Real Arsenal de Artillería —uno de los mejores establecimientos industriales de España—, en el que hallaron aprovisionamientos considerables y, nada menos que 240 piezas artilleras. Lo pusieron bajo la dirección del afamado general Sénarmont y resultó de gran utilidad para sus proyectos ulteriores. Resulta incomprensible que el Parque de Artillería, con su maestranza, sala de armas y fundición, no se hubiese sacado de Sevilla y trasladado a la Isla de León antes de la llegada de los invasores; acción ésta que hubiera proporcionado a los españoles grandes medios de defensa, a la vez que hubiera impedido al enemigo hacerse tan fácilmente con tales recursos artilleros. Sobre el tema se había tratado repetidas veces en el seno de la Junta Central, especialmente después de la batalla de Medellín, pero no se tomó medida alguna al respecto.

El ejército del duque de Alburquerque

Después de la derrota de Ocaña, el teniente general y duque de Alburquerque evacuó con el ejército bajo su mando los alrededores de Talavera de la Reina y se retiró hacia Trujillo. Cuando los franceses entraron en Andalucía, Alburquerque ocupaba las riberas del Guadiana, teniendo establecido su cuartel general en Don Benito. Sus tropas se componían —en números redon-

dos— de 8.000 soldados de infantería y 600 de caballería, sin contabilizar los 3.000 hombres destinados a formar la guarnición de Badajoz.

Albuquerque salió de Don Benito el 15 de enero de 1810 observando al primer cuerpo de ejército napoleónico. Pasó el Guadalquivir por la barca de Cantillana durante los días 24 y 25 de enero y llegó en la jornada siguiente a Alcalá de Guadaíra. Entonces dudó la dirección a tomar. Una opción era marchar hacia Sevilla para ayudar a su defensa, tal y como se le demandó desde la misma, opción que rechazó ya que la capital hispalense precisaba de unos 40.000 hombres al menos para poder resistir un ataque francés. La otra posibilidad era dirigirse hacia la bahía gaditana para encerrarse en la Isla de León o Cádiz, salvando así a su ejército y coadyuvando a la defensa de tan importantes posiciones. La toma de decisión fue acelerada cuando las unidades de caballería que envió hacia Córdoba se toparon en Écija con la vanguardia francesa el día 28. Comprendiendo, pues, que no podía auxiliar en modo alguno a Sevilla con posibilidades de éxito, Albuquerque optó por retirarse rápidamente hacia la bahía de Cádiz antes de que llegara a la misma el Ejército francés. Para acelerar la marcha, envió la caballería y la artillería por el camino real de Sevilla a Jerez de la Frontera, a través de Utrera y Lebrija, y él tomó con la infantería el camino más directo, por los Palacios y las Cabezas de San Juan. La caballería del ejército de Extremadura fue seguida hasta Utrera por la brigada de dragones franceses del 14.º regimiento, que regresó luego a Sevilla.

Albuquerque tomó posición en las Cabezas de San Juan en la noche del día 30 de enero, ya con el enemigo a la vista. A partir de entonces, el avance del ejército de Extremadura fue meteórico, alcanzando sus unidades más adelantadas Jerez de la Frontera al anochecer del día 31 y Puerto Real en la madrugada del 1.º de febrero, con los franceses rezagados en dos marchas. El día 2 Albuquerque entró en la Isla de León con todo el cuerpo de infantería de su división, mientras que la caballería y la artillería volante se quedaron retrasadas, cubriendo el avance y observando al enemigo en el llamado «coto de Medinaceli», entre los ríos Guadalete y San Pedro. Las últimas unidades del ejército de Extremadura entraron en la Isla de León el día 4 de febrero, poco antes de la llegada de los franceses a El Puerto de Santa María.

No obstante la rapidez de su retirada, el general Albuquerque tardó demasiado en decidirse a marchar sobre la bahía de Cádiz. Su retaguardia pudo ser sorprendida en Utrera por la caballería francesa y, de no haber sido por el retraso de los invasores en ocupar Sevilla, la infantería enemiga podría haber llegado simultáneamente a la Isla de León si desde Écija el 5.º cuerpo se hubiese dirigido hacia Sevilla y el 1.º cuerpo hubiera avanzado rápidamente por Marchena, El Arahal y Utrera en dirección a la Isla de León. Pero el mariscal Victor perdió un día en Carmona, otro día para marchar sobre Sevilla, y dos días más en ésta, no presentándose ante las defensas de la Isla de

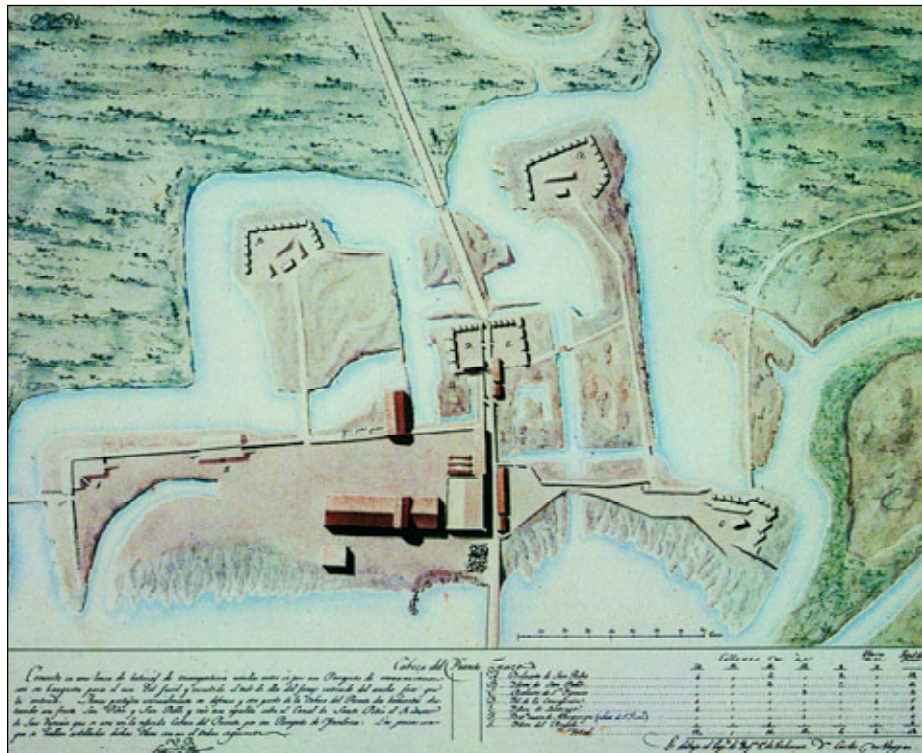
León hasta el día 6 de febrero. El retraso sería decisivo para la suerte de la guerra y de la independencia española.

El bizarro avance del ejército de Extremadura hacia la Isla de León y su entrada en ésta poco antes de que apareciera el ejército francés ha de ser considerado como la más importante, feliz y brillante acción militar de los españoles en los diez primeros meses del año 1810. Al alcanzar el puente de Suazo, las tropas de Alburquerque presentaban un estado lamentable. Mal armados, mal vestidos y peor aprovisionados, los soldados habían pasado por privaciones de todo tipo durante su larga marcha. La división salvadora de la Isla de León y Cádiz fue encargada de guarnecer inmediatamente la dilatada línea de defensa que se extendía desde Sancti Petri a La Carraca, ocupándose en fortalecerla a costa de grandes esfuerzos y sacrificios, hasta llegar a convertirla en algo temible partiendo casi de la nada.

Las defensas de la Isla de León a la llegada del ejército de Extremadura

El 12 de febrero de 1809 la Junta Central Suprema había dado una orden general para poner a todos los pueblos de España en estado de resistir y rechazar al enemigo francés. También la misma Junta resolvió que, en el supuesto de que Andalucía fuese invadida, el Gobierno debería trasladarse a la Isla de León, debiéndose trabajar en fortificarla, así como cortar el caño del Trocadero, lo que fue ordenado pero no ejecutado. Sólo cuando se acercaba a la bahía de Cádiz el ejército del mariscal Victor se volaron los castillos de Fort-Luis y Matagorda.

Al entrar el ejército de Extremadura, las defensas de la Isla de León se encontraban en un estado de casi absoluto abandono, hallándose medianamente bien fortificado el puente de Suazo, que tenía montadas sus baterías, pero al que le faltaban obras complementarias muy necesarias, como estacadas y fosos. El extenso terreno comprendido entre Sancti Petri y Gallineras estaba indefenso y únicamente existía en el primero de estos puntos una batería a barbata, con sus cañones sin montar tirados por la arena. En Gallineras se construía una batería poco sólida que tenía cinco troneras abiertas, hallándose la zona muy expuesta. El dilatado espacio existente entre Gallineras y el puente de Suazo se encontraba del todo indefenso, sin un solo cañón. Desde el puente de Suazo hasta el importante punto de la Máquina de Sierras —la única tierra firme próxima a La Carraca, donde el enemigo podía instalar baterías y hacer fuego artillero contra el arsenal— era la propia naturaleza del terreno el casi exclusivo medio de defensa. En el lugar existía tan sólo una pobre batería mal direccionada, mientras que la línea de baterías de La Carraca se hallaba en una situación tan sumamente precaria que se temía sobre todo la acción del propio fuego. Cuando se aproximaban los franceses, los ingenieros de Tierra y de Marina fueron encargados de recorrer la Isla de León con la



Baterías de la cabeza del puente de Suazo. Dibujo de Carlos de Vargas. *Ibidem*.

mayor prontitud y proponer las defensas necesarias, atendiendo fundamentalmente a los puntos fuertes de Sancti Petri, Gallineras, puente de Suazo y La Carraca.

Cuando llegó a la Isla de León, Alburquerque fue nombrado comandante general del Ejército y dirigió sin pérdida de tiempo y con gran actividad todos los preparativos de la defensa. En la Isla y en Cádiz, todo varón en edad de portar armas fue enrolado y, a solicitud del propio general, la Regencia autorizó que se anegasen las salinas, abriéndose muros y compuertas, que se realizaran nuevas cortaduras y canales, que se conservasen en el mejor estado posible las obras defensivas existentes y que se levantasen otras nuevas. En la bahía se hallaban entonces una escuadra inglesa a las órdenes del almirante Purvis y otra española comandada por el almirante Ignacio de Álava.

El teniente general Alburquerque fue el auténtico salvador de la Isla de

León y, con ésta, de la ciudad de Cádiz. Permaneció al frente de las fuerzas de tierra españolas hasta finales de marzo de 1810, cuando fue relevado por el general Blake. El motivo de la pérdida del mando estuvo en las fuertes desavenencias que mantuvo con la todopoderosa Junta de la ciudad de Cádiz, que lo trató de forma injusta e ingrata. La Regencia le dio una salida honrosa nombrándolo embajador de la España libre en Londres, donde falleció.

Por Real orden de 5 de junio de 1815, en reconocimiento a la retirada efectuada sobre la Isla de León en 1810, se concedió al ejército de Extremadura una cruz de distinción en cuyo escudo ovalado se representaron pintadas las columnas de Hércules, una porción de mar, una nave en situación de naufragar y el horizonte con celajes. En el exergo de la cara principal del escudo figuró el lema «Salvó la nave que zozobraba» sobre azul celeste claro, y en el reverso «Al Duque de Alburquerque y su ejército».

Nuevos canales

Entre las actuaciones más inmediatas e importantes se halló la realización del canal llamado de San Jorge con su puente giratorio de dos brazos, por el cual pasaban libres de todo riesgo de las baterías enemigas las embarcaciones que proporcionaban el abastecimiento general desde el puerto de Gallineras al puerto del Saporito, evitándose así el tránsito por el río de Sancti Petri, que por esa parte estaba dominado por el fuego de los franceses, acortándose además la distancia en dos tercios.

A principios de junio de 1810, y por las mismas razones, se proyectó y empezó a abrir otro canal al SO del cerro de los Mártires y Campo de Soto, con tres brazos. La principal razón de su apertura era la misma que en el caso del canal de San Jorge: permitir la comunicación desde el mar abierto con la Isla de León y la bahía si los franceses llegaban a impedir con sus baterías la entrada libre en el río de Sancti Petri. Además de garantizar por este medio los aprovisionamientos bélicos y de subsistencias, los nuevos canales cumplían una función defensiva al aumentar muy sensiblemente la masa de aguas de las salinas y el contorno de la Isla de León, permitiendo la navegación por sus aguas de las cañoneras y demás barcos de fuerza. Los tres brazos del canal se diseñaron del modo siguiente: el principal del centro, en dirección recta a la playa del Océano, con 640 varas de largo; el de Dos Hermanas, que discurría en las inmediaciones de las faldas del cerro de los Mártires, en dirección O 1/4 NO, con 850 varas de largo, y el tercero, en dirección al río Arillo, con 1.200 varas de largo. La obra cortaría el arrecife viejo de Cádiz.

Las claves del retraso francés en su avance sobre la bahía de Cádiz

Se ha reprochado a José I que se opusiera a una marcha rápida sobre Cádiz, cuando la verdad es que la decisión de no ejecutarla y de ocupar antes Sevilla se adoptó en una reunión de generales celebrada en Carmona el 29 de enero de 1810. En la misma, fue Soult el que impuso su criterio, señalando: *Qu'on me réponde de Séville; je répons de Cadix*. Esto se ha interpretado como el imperioso deseo del duque de Dalmacia de tomar posesión de una ciudad llena de grandes riquezas, para colocar en ella el gobierno de Andalucía que le había sido prometido.

La decisión de ocupar primero Sevilla y luego marchar sobre Cádiz fue funesta en extremo para los franceses y un ejemplo claro de cómo los deseos personales pueden sobreponerse a los intereses generales, en detrimento de éstos. Las operaciones militares quedaron así fuertemente comprometidas por la ambición desmesurada de uno de los mariscales de Napoleón, cuyo comportamiento en la ciudad hispalense fue deshonesto en alto grado. Su actividad expoliadora de obras de arte alcanzó cotas extraordinarias.

El avance lento también se ha querido justificar por el miedo a que se repitiera otra derrota como la de Bailén, tan humillante para las armas francesas. Si los franceses hubieran avanzado con su rapidez habitual podrían haber evitado la entrada de la división de Extremadura en la Isla de León, lo que hubiera cambiado la suerte de este inexpugnable baluarte de la independencia nacional. El propio Napoleón manifestó: *Si j'avais dirigé cette expédition, je me serais présenté le 27 janvier devant San-Petri et l'Île de Léon, et d'après ce qui se passait alors dans Cadix, il est probable que j'y fusse entré d'em-bée.*

No obstante el fracaso ante la Isla de León, la conquista de Andalucía por las tropas francesas fue una operación muy importante en sus vertientes política y militar. La expedición cuyo objetivo final era la ocupación y «pacificación» de todo el sur de España fue iniciativa de José I y de su mayor general, el mariscal Soult. Al respecto, el monarca había sido aconsejado favorablemente por sus ministros españoles O'Farrill, D'Azanza y Urquijo. Soult apoyaba la operación porque deseaba colmar sus ambiciosas pretensiones. Sobre el asunto, Napoleón no adoptó una posición clara: ni puso impedimentos, ni se pronunció abiertamente a favor de la misma. El emperador tenía la idea de que las actuaciones deberían ir dirigidas por encima de todo a expulsar a los británicos de la Península, cuya presencia apoyaba y estimulaba la tan enérgica resistencia de los españoles; pero también veía con agrado la posibilidad de dominar la rica Andalucía de un solo golpe. Complementariamente, su dominio serviría para dar un firme apoyo a Massena cuando marchase con su ejército sobre Lisboa para la definitiva ocupación de Portugal, teniendo así cubierto su flanco izquierdo.

Las previsiones francesas casi llegaron a cumplirse. Sólo la inesperada

y resolutiva defensa de la Isla de León trastocó de manera esencial lo planificado.

El ejército francés del sur

José I Bonaparte, después de entrar triunfante en Córdoba, Sevilla, Jerez de la Frontera y El Puerto de Santa María, y de efectuar un viaje por tierras gaditanas y otros puntos de Andalucía, regresó a Madrid dejando a Soult como comandante en jefe del Ejército del Sur —*l'Armée du Midi en Espagne*—, que contaba con 67.758 hombres y 13.991 caballos, de los cuales 10.868 eran de caballería ligera y 3.123 dragones. En el mes de mayo siguiente los efectivos aumentaron hasta alcanzar los 90.468 hombres y 14.460 caballos. Sobre estas fuerzas —las mejores que Francia poseía— Napoleón escribió en diciembre de 1811: *Le duc de Dalmatie a la plus belle armée du monde*.

El primer cuerpo —comandado por el mariscal Victor hasta principios de febrero de 1812— se compuso de tres divisiones de infantería, además de la caballería, la artillería y un regimiento de marina. Después de que el duque de Belluno se marchara a la campaña de Rusia, la comandancia del cuerpo recayó en el general de división Villatte, un hombre joven pero un general antiguo, amado y estimado en el ejército francés por sus cualidades militares.

Inicialmente, la 1.^a división estuvo comandada por el valiente general de división François-Amable Ruffin; la 2.^a división por el experimentado general Leval, y la 3.^a por el general Villatte. La caballería se compuso del 5.^o regimiento de cazadores a caballo —caballería ligera— y dos escuadrones del 2.^o regimiento de dragones —caballería de línea—. La artillería estuvo formada por un regimiento de a pie y a caballo, zapadores, y minadores. El regimiento de marina se compuso del 43.^o batallón de marina y el 2.^o batallón de obreros de marina. Los 900 hombres del 43.^o se hallaron todos destinados en el Trocadero, al igual que los algo más de 600 individuos del batallón de obreros.

Para dar una idea de la experiencia de estas tropas, bastará decir que el 27.^o regimiento de infantería ligera, de la 3.^a división, había combatido anteriormente en Austerlitz (1805), Lubeck (1806), Friedland (1807), Durango (1808), Valmaseda (1808), Espinosa de los Monteros (1808), Essling (1809), Wagram (1809) y Talavera de la Reina (1809).

La llegada de las unidades napoleónicas a la bahía de Cádiz

El mariscal Victor entró en Jerez de la Frontera el domingo 4 de febrero de 1810 y desde allí envió a Cádiz un primer requerimiento que no produjo efecto alguno. El lunes 5 alcanzaron la bahía gaditana las primeras unidades fran-

cesas, que entraron a mediodía del martes 6 en El Puerto de Santa María, donde se asentó el Estado Mayor del ejército invasor. Inmediatamente destacaron tropas para que reconocieran el castillo de Santa Catalina, que encontraron demolido, así como los castillos de Matagorda y Fort-Luis, que los españoles habían hecho volar precipitadamente en fechas anteriores. En seguida, unos 200 caballos con un general al frente, presumiblemente el propio mariscal, se dirigieron hacia el arrecife que llevaba al puente de Suazo. Se detuvieron en la primera cortadura que habían efectuado los defensores y, adelantándose un trompeta, comunicó al oficial del puesto que el duque de Belluno venía a cumplimentar al Gobierno. El oficial del puesto respondió, tal como se le había prevenido, que no tenía orden para dejarlos pasar. Los jinetes volvieron grupas.

La Regencia mandó que se situaran seis lanchas de fuerza en Sancti Petri para cortar el paso al enemigo por aquel punto tan importante, así como desplazar el navío *San Justo* a las proximidades del Trocadero para batir al enemigo en el caso de que intentase establecer una posición. El día 7 de febrero las lanchas cañoneras españolas obligaron a los franceses a retroceder hacia Puerto Real, respondiendo el enemigo con fuego de fusilería. Este mismo día fue enviado a la ciudad de Cádiz un buque parlamentario con un oficio acompañado de una proclama, en los términos siguientes:

«Excelentísimos Señores: El Rey nuestro Sr. D. José Napoleón, habiendo destruido en Ocaña al ejército que creyó apoderarse de Madrid, ha forzado el paso de Sierra Morena, y ha ocupado en muy pocos días los Reinos de Córdoba, Jaén, Granada y Sevilla que con aclamaciones de júbilo le han jurado como su Rey. Tan rápidas operaciones sólo pueden ser obra de la sabiduría, del talento militar y de una fuerza que no conoce resistencia.

S. M. se halla en los bordes de la bahía de Cádiz, y animado de los nobles sentimientos que forman su carácter, se complace en olvidar todo agravio, porque no lo recibe de quien no lo conoce. Sólo desea la felicidad de sus pueblos, y poner fin a una guerra que no puede conducir sino a la devastación de esta comarca y destrucción de la más ilustre de sus ciudades. Con este objeto, se ha dignado S. M. comisionarnos para que, asegurando al Gobierno y habitantes de la ciudad de Cádiz de los piadosos sentimientos que manifiestan la adjunta proclama, puedan disputar los sujetos que merezcan su confianza a tratar y convenir con nosotros en los medios de la más interesante conciliación y seguridad de la escuadra y arsenal que sólo pertenecen a la nación.

Conduce este papel un buque parlamentario, a quien debemos esperar se le trate como mandan las leyes de guerra.

Dios guarde las vidas de Vuecencias muchos años. Puerto de Santa María, seis de febrero de mil ochocientos diez. José Justo Salcedo, Pedro de Obre-

gón. M. Miguel Hermosilla.

Excmos. Señores Vocales de las Juntas de Gobierno de la ciudad de Cádiz e Isla de León.»

Debe resaltarse que los comisionados eran oficiales muy acreditados al servicio del rey José I: dos prestigiosos tenientes generales de la Real Armada, José Justo Salcedo y Pedro de Obregón, y un reconocido integrante del Cuerpo de Ingenieros Militares, M. Miguel Hermosilla. La propuesta fue rechazada, lacónicamente, por la Junta de Cádiz, que contestó en los conocidos términos de: «La ciudad de Cádiz, fiel a los principios que ha jurado, no reconoce otro Rey que el Sr. D. Fernando VII».

Durante los días siguientes los franceses fueron apoderándose de todos los puntos existentes en el recinto exterior de la bahía, desde Rota hasta Chiclana de la Frontera, situando sus fuerzas de manera tal que pudiesen socorrerse mutuamente en caso de ser atacadas. En esta operación contaron con la estimable ayuda del marino afrancesado José Justo Salcedo, buen conocedor del territorio.

Un nuevo requerimiento, dirigido esta vez al general Alburquerque, y datado en Chiclana de la Frontera, fue respondido de manera tal que no dejó dudas sobre la resolución de los españoles ni otra opción que la de intentar tomar por la fuerza la Isla de León. La contundente respuesta de Alburquerque fue la siguiente:

«El sentimiento que coloca a todos los españoles las armas en la mano para responder a una dominación inicua, os prueba la justicia de la causa que yo defiendo.

La fortaleza de Cádiz no tiene nada que temer de un ejército de cien mil hombres. No haga usted verter una sangre inútil para asediarnos sin fruto y sin gloria.

Señor duque, nuestras tropas y las de los ingleses, nuestros fieles y nobles aliados, están prestas para combatir. Usted sabe que son dignas de las vuestras.

El trato de los prisioneros será el que corresponde entre las naciones civilizadas. Nosotros hemos visto a los españoles inmolados, bajo el nombre de insurgentes, por unos vencedores que se han deshonrado; no seguiremos un ejemplo parecido. Sé también, señor duque, que será usted quien lo dará.

El duque de Alburquerque. Isla de León, 10 de febrero.»

El 16 de febrero, con motivo de la estancia de José I en El Puerto de Santa María, recibió Alburquerque una carta del mariscal Soult, que fue respondida también de forma vigorosa y determinante. Ante lo infructuoso de esta nueva actuación, Salcedo, Obregón y Hermosilla se dirigieron el día 17 al comandante general de Marina, Ignacio de Álava, quien contestó al día siguiente también en un tono muy firme. El 20 del mismo mes los franceses enviaron

unos pliegos de papel al Gobierno español, que dio la orden al verdugo de quemarlos públicamente en la plaza de San Juan de Dios. El día 22 los sitiadores enviaron un nuevo parlamento, que ya no fue ni recibido ni oído. Como se presumía que la intención de estos emisarios era la de reconocer las posiciones españolas, se les intimó a que en una nueva ocasión serían recibidos a cañonazos. Aún así, al día siguiente se presentaron ante las avanzadillas de la Isla de León un trompeta francés y otro soldado de uniforme blanco que acompañaban a un parlamentario, quienes no fueron admitidos y amenazados de ser atacados con fuego en cumplimiento de las órdenes dadas al respecto.

La presencia del rey José I Bonaparte en la bahía de Cádiz

José I partió de Sevilla el 12 de febrero en dirección a Utrera. Allí recibió la noticia de que el duque de Alburquerque había logrado entrar con el ejército de Extremadura en la Isla de León. Al día siguiente salió de Utrera por la mañana y llegó a Jerez de la Frontera, donde fue recibido con aclamaciones por sus habitantes. Partió el 14 hacia El Puerto de Santa María —divisando por vez primera la bahía gaditana desde la zona de Buenavista— donde estableció su cuartel general. El 15 se acercó hasta el fuerte de Santa Catalina, desde el que pudo observar las murallas y demás construcciones de la ciudad de Cádiz. En las siguientes jornadas visitó Puerto Real y Chiclana de la Frontera.

Durante su estancia portuense José Bonaparte efectuó diversas tentativas para entrar en negociación con las autoridades de Cádiz, sin saber que la Junta Central había sido relevada por una Regencia. Antes de partir definitivamente de El Puerto de Santa María hizo una excursión de algunos días a Sanlúcar de Barrameda, después de la cual salió de El Puerto el 25 de febrero, durmiendo el mismo día en Jerez de la Frontera y dirigiéndose al siguiente hacia Arcos de la Frontera, donde fue bien recibido. De Arcos pasó a El Bosque, y de aquí a Ronda, donde permaneció tres días, encaminándose seguidamente en dirección a Málaga.

Las fortificaciones de la Isla de León, las fuerzas navales sutiles y las primeras operaciones de ataque

Las líneas de fortificación

En la primera etapa del asedio francés de la Isla de León los españoles adoptaron la decisión de evitar las grandes acciones y mantenerse fundamentalmente a la defensiva, ante su reducido número y el carácter de sus fuerzas.

La infantería española no se hallaba en condiciones de enfrentarse a la experimentada infantería enemiga, de poder a poder, mientras que la caballería española era escasa y estaba muy mermada, cuando la francesa era excelente, numerosa y muy aguerrida. De ahí que el fundamento defensivo de esta España reducida fuera aprovechar las particulares características de la maraña de caños y terrenos anegadizos por las mareas circundantes de la Isla de León, estableciendo tres grandes líneas de artillería, complementadas con una escuadra de buques menores.

Primera Línea. Discurría siguiendo el río de Sancti Petri desde el castillo homónimo hasta el arsenal de La Carraca. Tenía treinta y cinco puestos. A título de ejemplo, se relaciona la composición de la Batería del Portazgo: se hallaba avanzada a algo más de 1.600 varas de la cabeza del puente de Suazo, a orillas del caño de Zurraque y sobre el arrecife de Puerto Real antes de que éste se uniese con el arrecife de Chiclana de la Frontera. Rodeada de caños y salinas, poseía tres cañones de bronce de a 24; seis cañones de bronce de a 16; dos cañones de bronce de a 12; dos cañones de bronce de a 8; dos cañones de bronce de a 4; dos obuses de a 9 pulgadas; y un obús de a 7. En total, 18 piezas.

Segunda línea. Discurría por detrás de la primera línea. Estaba atendida



Batería del Portazgo. Dibujo de Carlos de Vargas. *Ibidem.*

por los aliados británico-portugueses, e iba desde la playa de Sancti Petri hasta el caño de Herrera.

Tercera línea. Defendía la Isla de León por la parte de la bahía, desde la casería de Ozio hasta la zona de Santibáñez, en el arrecife que unía Cádiz con la Isla de León.

En síntesis, un impresionante poder artillero de 698 piezas, así distribuidas: 540 cañones, 30 carronadas, 17 morteros y 111 obuses. A las piezas de estos puestos se unían las montadas en los apostaderos de las fuerzas sutiles.

La imperiosa necesidad de contar con un nuevo parque de artillería y una maestranza hizo que la Regencia adoptase la resolución de establecerlos en la Isla de León, destinando mientras tanto al efecto algunos talleres en el arsenal de La Carraca. También decidió que, para cubrir el gran consumo diario de municiones, se construyese un horno de reverbero bajo la dirección de un oficial de Marina.

Las fuerzas sutiles de Marina

Las unidades navales menores, sumamente apropiadas para navegar en el saco interior de la bahía y por el laberinto de caños circundantes de la Isla de León y el islote de La Carraca, estuvieron compuestas de lanchas de fuerza, místicos, faluchos de auxilio, botes y falúas, que se armaron con cañones de batir, obuses y morteros. Estas unidades sutiles fueron divididas en dos escuadras: una para la defensa de la bahía y otra para resguardar La Carraca y los puntos interiores de la Isla de León. En febrero de 1810 la primera se puso al mando del teniente general Cayetano Valdés, y la segunda al mando del jefe de escuadra Juan Topete, ambos muy acreditados oficiales. Cuando se encargaron de las mismas, la primera escuadra contaba con 46 barcos y la segunda con 34, distribuyéndose las unidades en los puntos principales de La Carraca, el puente de Suazo, Gallineras y Sancti Petri.

La contribución de las escuadrillas sutiles a la resistencia de la Isla de León durante el asedio napoleónico fue extraordinaria, guardando el interior de la bahía, auxiliando a las defensas de tierra, impidiendo el establecimiento de los franceses en sitios avanzados, cerrando el paso de los caños, insultando permanentemente al enemigo y protegiendo a las embarcaciones menores mercantes que aprovisionaron a los sitiados.

Los primeros ataques de los sitiados

Con relación a las actividades ofensivas, se decidió emprender únicamente pequeños movimientos para inquietar al enemigo, retardar los trabajos de fortificación que había emprendido e ir minando, paulatinamente, su moral en

la inmensa línea de despliegue que levantaron. Esta opción táctica fue totalmente apoyada por los aliados. Así, por ejemplo, el 12 de febrero de 1810, la infantería de Alburquerque y las fuerzas sutiles efectuaron una salida de sus posiciones de la que resultó el desalojo de los enemigos de la casa del Portazgo sobre el camino de Chiclana de la Frontera, destruyéndose los parapetos y empalizadas que los franceses habían construido, donde colocaron dos piezas de artillería. Seguidamente se efectuó una tercera cortadura sobre el arrecife. Esta cortadura del Portazgo fue perfeccionada y, si bien los enemigos quisieron impedirlo, fueron rechazados por las animosas tropas españolas.

El día 23 del mismo mes tuvieron lugar dos acciones de armas relevantes. En la madrugada, tropas combinadas españolas y británicas efectuaron un desembarco y ocuparon las ruinas del fuerte de Matagorda. Los británicos se encargaron de este punto, donde colocaron artillería gruesa para batir el caño del Trocadero. Los españoles destruyeron un espaldón y una batería que los franceses habían formado en el arrecife de Chiclana de la Frontera, que estaba a unas 1.000 varas del Portazgo. Al día siguiente salieron de La Carraca las partidas de guerrilla de la división que cubría ese punto, apoyadas con lanchas cañoneras, desembarcando y atacando una posición enemiga adelantada. La avanzada española de la cuarta cortadura quemó la casa que servía a los franceses de refugio en la noche. En estos primeros y pequeños ataques las fuerzas nacionales manifestaron tener un ardor y un valor dignos del mayor encomio, emulando el ejemplo del acreditado regimiento portugués de Campo Mayor.

Simultáneamente comenzaron a entrar en la bahía gaditana tropas españolas procedentes de otros lugares. Así, el 11 de febrero llegaron ocho barcos desde la costa de Ayamonte, cada uno con entre 60 y 70 hombres, y cuatro misticos con unos 500 más, pertenecientes a la división del teniente general Francisco Copons. El día 28 arribaron, desde el Campo de Gibraltar, varios transportes con 700 hombres y 118 caballos. Se trataba de efectivos del ejército del centro que, después de ser dispersados en Sierra Morena, allí se concentraron.

El bloqueo terrestre a la bahía de Cádiz

Cuando Victor recibió la orden del mariscal Soult de reducir por la fuerza la Isla de León y Cádiz, una extensa línea de cerco fue levantada por el invasor desde Rota hasta la Torre Bermeja, frente el castillo de Sancti Petri. Esta línea ofrecía posibilidades defensivas a los sitiadores ante las posibles salidas de los sitiados, pero su función primordial fue la de permitir el despliegue de las unidades que efectuaron el sitio. Paulatinamente, las unidades del primer cuerpo fueron desplegándose ocupando todas las poblaciones del arco de la bahía, con apoyo en el río Guadalete por la izquierda y en el mar por la de-



Baluarte de San Pedro, del conjunto de fortificaciones de la cabeza del puente de Suazo. Artillado con cuatro cañones de a 24, cinco cañones de a 16 y tres obuses de a ocho. Al fondo, Chiclana de la Frontera.

recha.

Los fuertes y baterías de la costa, destruidos previamente ante el avance enemigo por los españoles, fueron reparados por los franceses y puestos en estado de armas. Otros reductos y baterías fueron construidos sin dilación en los puntos intermedios, recibiendo igualmente cañones de grueso calibre. Alrededor de trescientas bocas de fuego, tomadas en Sierra Morena y en los depósitos de Sevilla, sirvieron para armar esta inmensa línea de contravalsación.

En Chiclana de la Frontera, frente a la primera línea de defensa de la Isla de León, los invasores colocaron depósitos y almacenes, situando Victor en esta villa su reserva, compuesta por la 1.^a brigada de la división Ruffin y la 2.^a de la división Leval. Al Este, la línea de cerco fue cubierta por dos batallones de infantería y los escuadrones de la caballería ligera y de línea. Latour-Maubourg estableció en Medina Sidonia su cuartel general, guardando la salida de la serranía de Ronda. Los puestos avanzados se colocaron en Alcalá de los Gazules y Casas Viejas.

El bloqueo terrestre de la bahía de Cádiz, que tuvo numerosa oposición

entre los militares franceses, fue justificado por Soult con varias razones:

- Con la operación se preservaba la parte de costa ocupada por el 1^{er} cuerpo de todo desembarco enemigo, contando éste en la Isla de León y Cádiz con fuerzas numerosas.
- Desaparecería el contrabando, tan activo en estos parajes.
- Se impediría el tráfico comercial con los asediados.
- Se privaría a la ciudad de Cádiz del agua dulce que le llegaba de los manantiales de El Puerto de Santa María.
- Se pondrían grandes obstáculos a la comunicación por mar entre las dos bahías, cortando las comunicaciones con el Arsenal de La Carraca.
- Se esperaba la rendición de la plaza de Cádiz por medio del bombardeo con proyectiles explosivos, lanzados a gran distancia desde las posiciones más cercanas de la tierra firme donde colocar las baterías correspondientes.

El plan del mariscal Victor para el asedio, después de conquistar el fuerte de Matagorda y el Trocadero, y de consolidar su línea de defensa fundamental desde el castillo de Santa Catalina en El Puerto de Santa María hasta la tierra firme frente al castillo de Sancti Petri, se basó en los siguientes objetivos:

- Colocar en Matagorda una batería de nuevos cañones-obuses con capacidad para bombardear la ciudad de Cádiz, que serían fundidos en la Fábrica de Artillería de Sevilla.
- Construir un gran número de lanchas cañoneras, armadas con gruesa artillería, así como embarcaciones de transporte con capacidad para transportar alrededor de 10.000 hombres.
- Conseguir incrementar el número de marinos, entre 500 y 600, que se añadirían al batallón de marinos de la Guardia y de artilleros (un millar) para servir a estas unidades navales.
- Obtener la pólvora y municiones suficientes para la utilización extraordinaria que se pensaba llevar a cabo.
- Reforzar el 1^{er} cuerpo con soldados de infantería hasta alcanzar los 30.000 efectivos.
- Después de incrementada la fuerza en los términos expresados, atacaría a la bayoneta la Isla de León. Una vez sobrepasada ésta, caminaría por el istmo hacia la ciudad de Cádiz, mientras que sobre la misma el fuerte de Matagorda lanzaría con sus morteros una masa formidable de fuego.
- Coordinadamente, una flota militar francesa colocada frente a Cádiz combatiría a las unidades navales anglo-españolas.



Bombardeo francés con morteros a la ciudad de Cádiz desde La Cabezuela.

Pero el mariscal Victor no recibió los recursos solicitados. Al respecto, Soult fue acusado de secundarle muy escasamente en el sitio de Cádiz. Ambos mariscales no se llevaron bien y Victor estuvo convencido de que el triunfo sobre el sitio de Cádiz sería un mérito y un honor propio, lo que no contaba con el favor de Soult.

La ayuda de los aliados británicos y portugueses

Con el inicio de la Guerra de la Independencia los británicos pasaron de ser los bloqueadores del puerto gaditano a convertirse en uno de los más sólidos fundamentos de la lucha contra las fuerzas napoleónicas. El 29 de mayo de 1808 tuvo lugar la violenta muerte del Gobernador de Cádiz, el teniente general Francisco Solano —marqués del Socorro—, como consecuencia del tumulto popular que se formó cuando se propagó el bulo de que estaba dispuesto a entregar la plaza a los franceses. El nuevo gobernador, el acreditado general de artillería Tomás de Morla, envió dos mensajeros al vicealmirante Collingwood —quien había mandado la escuadra británica de retaguardia en la batalla de Trafalgar— con el objeto de que levantase el bloqueo del

puerto de Cádiz, solicitándole además que comunicase a su Gobierno la intención de cerrar un tratado de paz entre Gran Bretaña y España, bajo las bases del que se había efectuado en 1783, y formalizar una alianza mutua para combatir a los franceses. Collingwood tramitó la propuesta de Morla a su Gobierno y se ofreció a ayudar a los españoles entrando en la bahía para destruir a la escuadra francesa que se hallaba en ella refugiada después de Trafalgar, al mando de Rosily. El general Morla rechazó tal proposición, pero convino con el marino inglés que impediría la huida de los franceses en el caso de que la intentaran, cuando los españoles los acometiesen. La rendición de la escuadra de Rosily fue la primera derrota francesa en la Guerra de la Independencia, un mes antes de la batalla de Bailén.

Desde los orígenes del conflicto los británicos estuvieron absolutamente convencidos de la importancia de Cádiz y la Isla de León en lo concerniente a los asuntos marítimos y militares, y concibieron la idea de establecer en ambas poblaciones una guarnición suficiente para ponerlas sobre seguro. Las negociaciones que desarrollaron con la Junta de Sevilla, primero, y con la Junta Central, más tarde, no tuvieron resultados.

Las relaciones con los británicos se reforzaron, además de con Collingwood, con H. Dalrymple, gobernador de Gibraltar, quien ofreció una división de 5.000 hombres. En los días 28 y 30 de junio y 1 de julio de 1808 dieron el ancla en la bahía de Cádiz varias fragatas y bergantines mercantes ingleses con tropas de transporte, que estaban con la escuadra británica, fondeada fuera de la bahía. Esta fuerza desembarcó al mando del mayor general Spencer y se situó entre El Puerto de Santa María y Jerez de la Frontera, aun antes de formalizarse el tratado de alianza entre España y el Reino Unido. Spencer entregó a Morla 800.000 reales de vellón para acudir a las urgencias del momento. Éste fue el primero de los subsidios que España recibió de los nuevos aliados.

En agosto de 1808 llegaron a Cádiz 1.118.593 y 14.978.760 reales de vellón, que se recibieron, respectivamente, de Collingwood el 7 de agosto y del cónsul británico en Cádiz, Diego Duff, el 27 del mismo mes, en unión de armas, municiones y géneros diversos con destino al socorro del Ejército español: 50.000 fusiles completos, 4.000.000 de balas de fusil, 5.999.500 cartuchos de fusil, 500.000 piedras de chispa, 23.400 vainas de bayonetas y 257.400 libras de pólvora. Las piezas de los géneros de tela —calicós, lienzos, sargas, paños y sempiternas— fueron 7.902, con 156.435 y media yardas. Junto a esta ayuda, los británicos entregaron en Sevilla 120 cajones con barras de plata. El 30 de agosto fondeó en la bahía gaditana la fragata de guerra inglesa de 48 cañones *Loire*, de Portsmouth, portadora de 500.000 pesos fuertes en barras. El 9 de septiembre entró en el puerto de Cádiz la corbeta inglesa de guerra *Plutón*, proveniente de Portsmouth y Lisboa, que traía en conserva una fragata y tres bergantines de su nación que venían cargados de fusiles, pólvora, municiones de guerra, vestuarios y otros efectos para el Gobierno español.

Fue el 14 de enero de 1809 cuando se firmó, en Londres, el pacto de alianza entre España y el Reino Unido, que en lo concerniente al comercio contemplaba mutuas franquicias a la espera de un tratado definitivo. Por parte española, actuó de ministro plenipotenciario el almirante Juan Ruiz de Apodaca.

Los reveses militares de los españoles sobre el Tajo a finales de 1809 y los acontecimientos ocurridos en Andalucía al comienzo de 1810 convencieron al Gobierno británico de la imperiosa necesidad de que Cádiz no cayera en poder del enemigo. A la sazón, no existían fuerzas británicas en el entorno gaditano, salvo en Gibraltar. El teniente general vizconde de Wellington se encontraba replegado en Portugal, bajo la seguridad proporcionada por las defensas de Torres Vedras, cuando recibió un despacho de la Regencia española en el que se le solicitaba el envío inmediato de un destacamento de tropas británicas para cooperar a la defensa de Cádiz. Wellington comprendió las ventajas que para los intereses británicos representaba la preservación de un punto de tanto valor estratégico, y envió fuerzas sin pérdida de tiempo, bajo su directa responsabilidad y varias condiciones, entre ellas la de que la fuerza expedicionaria recibiría sus raciones de los almacenes españoles.

El mismo día que alcanzaban la bahía de Cádiz las unidades del 1^{er} cuerpo napoleónico, Wellington ordenaba al mayor general William Stewart que se pusiera al frente de las dos compañías de artillería que recientemente habían llegado a Lisboa desde Inglaterra, de los regimientos 79.º y 94.º, y del 2.º batallón del 87.º, y que se embarcara tan pronto como fuera posible para Cádiz, donde cooperaría a la defensa de la plaza con todos los medios en su poder. La fuerza expedicionaria llegó al puerto gaditano el 11 de febrero de 1810, pero no desembarcó hasta el día 15, cuando el general Stewart obtuvo de las autoridades españolas diversas garantías sobre la atención que recibiría la fuerza bajo su mando, según las órdenes directamente recibidas del mismo Wellington.

La llegada a Cádiz de las unidades británicas, en momentos tan extraordinariamente dramáticos, provocó un entusiasmo indescriptible en la población española. Los gaditanos se asombraron de ver unas unidades militares tan bien disciplinadas y equipadas. Tras el desembarco, las tropas formaron en una espléndida línea de parada, donde predominaba el color rojo de sus uniformes. El desfile de la fuerza lo abrió el regimiento 79.º de los Cameron Highlanders, que fueron objeto de la mayor atracción por sus vestimentas y el sonido de sus gaitas; le siguió el regimiento 94.º también escocés, pero no Highland, y a éste el 2.º batallón del regimiento 87.º irlandés (Royal Irish Fusileers). Los regimientos escoceses fueron enviados a la defensa de la Isla de León, mientras que el batallón irlandés fue destinado para ocupar el fuerte y los barracones de Santa Elena de la ciudad de Cádiz. Días más tarde estas fuerzas fueron aumentadas con el 88.º regimiento proveniente de Gibraltar y el 20.º regimien-

to de infantería portuguesa, llamado Campo Mayor, que arribó también de Lisboa en seis buques de transporte el 17 del mismo mes de febrero.

El general W. Stewart era un oficial dotado de un alto carácter profesional y fue muy popular y considerado tanto en Cádiz como en la Isla de León. Recibió de Wellington el encargo de evitar las grandes acciones militares y mantenerse fundamentalmente a la defensiva, lo que coincidía con la estrategia adoptada por los españoles. El 24 del mismo mes de febrero llegó a Cádiz el general Graham quien, enviado desde Inglaterra, asumió el cargo de comandante en jefe de las fuerzas británicas. Cuatro días más tarde arribó, procedente de Portsmouth, Henry Wellesley —el hermano menor del duque de Wellington—, en calidad de ministro plenipotenciario, que fue recibido cordialmente por la población y la Regencia. Desde el principio se otorgaron grados militares españoles a varios de los oficiales británicos que se hallaron en Cádiz y en la Isla de León, previa conformidad de sus jefes y del Gobierno. La Regencia confirió a Stewart la graduación de teniente general de los reales ejércitos.

El valor estratégico de la Isla de León fue contemplado con absoluta claridad por las fuerzas aliadas, en total coincidencia con los militares españoles. Frente a quienes creían —fundamentados en una opinión vulgar— que la ciudad de Cádiz, protegida por sus murallas, podría resistir exitosamente un ataque directo del Ejército francés en el caso de que los invasores superasen la Isla, los defensores de ésta estuvieron firmemente convencidos de que era el antemural de Cádiz, y que una pérdida conllevaría irremisiblemente a la otra. Al respecto, el propio Wellington advirtió: *That if the Isla de Leon is lost, the town of Cadiz will not, and probably cannot, hold out a week.*

A mediados de marzo de 1810 las tropas que defendían las líneas de la Isla de León alcanzaron los 16.900 individuos, en números redondos, así repartidos:

Ejército de Albuquerque.....	10.400
Tropas británicas.....	2.900
Tropas portuguesas.....	1.200
Voluntarios españoles.....	2.400

El levantamiento del sitio de la bahía de Cádiz

El 22 de julio de 1812 tuvo lugar la derrota francesa en la batalla que los vencidos llamaron de los Arapiles y los vencedores de Salamanca. La noticia de un acontecimiento tan jubiloso para los españoles llegó a la Isla de León y Cádiz a finales de mes. Como consecuencia del combate, el ejército francés de Portugal tuvo que replegarse hacia Valladolid y recular, luego, hasta Burgos. El rey José I abandonó precipitadamente Madrid, retirándose hacia las monta-

ñas que separan La Mancha de Murcia en dirección a Valencia. Lord Wellington entró en Madrid el 12 de agosto, siendo recibido por la población con un entusiasmo indescriptible.

La victoria de los llanos salmantinos llevó a muchos a concluir que los franceses se verían forzosamente obligados a levantar el sitio de la bahía de Cádiz y a evacuar seguidamente toda Andalucía. El 3 de agosto, la Regencia dio orden al 4.º ejército, acantonado en la Isla de León, para que se preparara a perseguir al enemigo en el caso de que éste abandonara sus posiciones.

Aprovechando la oscuridad, en la noche del 24 al 25 de agosto los franceses comenzaron la destrucción de sus fuertes, reductos, baterías, almacenes de pólvora, etc. Las formidables obras de La Cabezueta dejaron de existir a la una de la madrugada entre horribles explosiones. Cuando las primeras luces del nuevo día rayaron en el horizonte, los sitiados pudieron comprobar la huida de los sitiadores de sus posiciones artilleras. De inmediato, las tropas que se hallaban en los puestos avanzados recibieron la orden de ponerse en marcha para ocuparlas. A las diez de la mañana, unidades españolas y británicas tomaron los puntos abandonados por el enemigo, a la vez que sus embarcaciones ligeras entraron por el río de San Pedro y el caño del Trocadero.

Una gran columna francesa de caballería e infantería comenzó a retirarse en la noche hacia Jerez de la Frontera, prosiguiendo su marcha en la mañana. Antes de su partida, exigieron a la población de El Puerto de Santa María una gran suma de dinero en concepto de contribución extraordinaria, haciendo prisioneros a algunos de sus habitantes porque rehusaron pagar la parte que les correspondía. Esta acción fue la última de la interminable serie de crímenes y vejaciones que soportaron los habitantes del territorio ocupado por el 1.º cuerpo del ejército napoleónico en España, que se mostró tan brillante en el campo de batalla como deleznable en el campo del honor.

Los franceses abandonaron todas sus posiciones y trabajos del sitio, con excepción de El Puerto de Santa María, donde permaneció rezagado un cuerpo de caballería para cubrir la retirada hasta mediodía, cuando salieron tomando la dirección de La Cartuja. Numerosas piezas de artillería, pertrechos y pólvora se abandonaron. La mayor parte de los cañones quedaron sin deteriorar o mal enclavados y las chalupas cañoneras no fueron quemadas sino desfondadas en su mayoría. En las marismas se encontraron armas de todas clases en grandes cantidades. Las enfermerías y cantinas permanecieron intactas. Todo ello atestigua que la retirada se hizo precipitadamente y en medio de una gran confusión. Incluso se halló sin cocer la masa del pan del día preparada y destinada a la tropa. Destacamentos de tropas españolas de la primera línea y parte del 2.º regimiento de húsares de Hannover ocuparon inmediatamente Puerto Real y Chiclana de la Frontera. A la sazón, el comandante de las fuerzas británicas en Cádiz era el mayor general George Cooke quien informó de la grata noticia a Wellington.

El mismo día 25 comenzó la destrucción de todas las obras del enemigo y,



Placa conmemorativa en el puente de Suazo. (Foto: A. C. O.).

antes del mediodía, sobre el muelle de Cádiz los patrones de los barcos ofrecían sus servicios a los gaditanos para cruzar la bahía y transportarlos hasta las posiciones recién abandonadas. Fueron muchos los que visitaron las baterías artilleras del Trocadero y la punta de La Cabezuela, siendo objeto de particular atención los obuses-morteros Villantroys que habían sido utilizados para el bombardeo de su

ciudad. El día 26, a las 9 de la mañana, los franceses abandonaron la villa y el castillo de Arcos, clavando la artillería y dejando una cantidad enorme de efectos militares y provisiones. Seguidamente, se fue evacuando Bornos y toda la línea del Guadalete, desde Villamartín hasta Ronda, así como los puntos de Zahara de la Sierra y Teba, haciéndose saltar las fortificaciones, inutilizándose la artillería y destruyéndose las municiones. En la retirada, los soldados de Napoleón requisaban cuantos caballos encontraban.

El sitio de la Isla de León y Cádiz había durado treinta meses y medio. Durante tan largo periodo de tiempo el enemigo no cesó nunca de trabajar con gran actividad en la construcción y mejora de su importante línea de reductos y baterías, que llegó a contar con varios centenares de piezas artilleras de gran calibre —entre 400 y 500—, de las que casi la mitad estuvieron colocadas en la costa del Trocadero, incluyendo Fort Louis. Esta línea de cerco francesa fue la más extensa de cuantas existieron en la Guerra de la Independencia española y uno de los conjuntos artilleros más importantes en la historia de las guerras modernas, únicamente superado en la península Ibérica por las impresionantes obras de fortificación que construyeron los británicos en las inexpugnables líneas defensivas de Torres Vedras para la defensa de Lisboa. Además de esto, el Ejército napoleónico utilizó en la bahía de Cádiz el arma de artillería más potente que hasta el momento había sido usada por los hombres: el obús-mortero Villantroys.

El 26 de agosto comenzaron los franceses a evacuar Sevilla, colocando la artillería fuera de servicio. Al día siguiente, las tropas nacionales y aliadas bajo el mando del general Mourgeon de la Cruz ocuparon la capital del

Guadalquivir. Las columnas francesas marcharon en dirección a Granada, que Soutl había dispuesto como punto de concentración final de todo el Ejército del Sur. La retaguardia fue cubierta con 8.000 soldados de infantería, 2.000 de caballería y seis piezas de artillería, bajo el mando de los generales Villatte y Semelé. Al amanecer del 17 de septiembre de 1812 las fuerzas napoleónicas acabaron por abandonar la ciudad de la Alhambra, dirigiéndose los invasores de Andalucía hacia Guadix. El día 29 siguiente Soutl llegó a Almansa, donde entró en comunicación con las fuerzas del mariscal Suchet.





Granadero de Infantería de Marina de a bordo.



Artillero de la Armada de a bordo.



Contramaestre.



Marinero.

UNIFORMES DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX (MUSEO NAVAL, MADRID).

LA ARMADA EN LA BATALLA DE CHICLANA

Miguel Ángel GARAT OJEDA



UCHO se ha escrito sobre la batalla de Chiclana, en la que el 5 de marzo de 1811 se enfrentaron tropas francesas del mariscal Victor a las españolas del teniente general Lapeña y las anglo-portuguesas del teniente general Graham en las tierras donde actualmente se ha construido una de las mejores zonas de ocio y veraneo de Andalucía. Pero poco se ha dicho sobre la actuación de la Armada en los días anteriores para transportar aquel numeroso grupo de hombres, armas, municiones, caballos y víveres desde Cádiz a Tarifa, e incluso de lo que sucedió en el caño de Sancti Petri, donde la Armada y el Ejército de Tierra se unieron para proteger la retirada de las fuerzas aliadas después de los sangrientos combates que, de forma algo parcial, llamaron los británicos la batalla de la Barrosa.

Antecedentes

A finales de 1810 el mariscal francés Soult, comandante del ejército del sur, tratando de ayudar al mariscal Masséna que bloqueaba las fuerzas anglo-portuguesas de Wellesley (futuro lord Wellington) en Torres Vedras (Portugal), organizó una expedición con parte del personal que estaba al mando del mariscal Victor, sitiando Cádiz y la Real Isla de León (en su conjunto, la isla), para provocar que Wellesley desviara tropas a Extremadura. Al enterarse el Consejo de Regencia que las fuerzas de Victor se habían reducido, preparó una expedición aliada con los británicos, al mando del teniente general Lapeña, para tratar de romper el sitio de Cádiz. El plan trazado consistía en un desembarco en Tarifa para avanzar por la espalda de los franceses y enfrentarse a lo que quedaba, en esos días, del ejército que bloqueaba la isla. Y aquí comienzan los preparativos de la llamada Batalla de Chiclana.

La plaza de Cádiz y la Real Isla de León

La plaza de Cádiz estaba —y sigue estando— totalmente rodeada por agua excepto en una estrecha lengua de tierra, conocida como el arrecife de Cádiz, sobre la cual había un camino que conducía a la Isla de León. En la costa noroeste de esta plaza se encontraba el castillo de San Sebastián; unas cinco millas hacia el sur, Torregorda, y seis millas más al sur de este último punto, la isla de Sancti Petri y la boca del río de su mismo nombre: «entre la isla y la costa hay una restinga de piedras, que termina en una laja nombrada la Pulpera, sobre la cual colocan un pino que renuevan de tiempo en tiempo. Para entrar por la barra se enfilará el pino... hasta que una de las torres de la iglesia mayor de la Isla de León descubra una ventana por otra y se vea la luz al través... siguiendo río adentro hasta el puente de Zuazo».

La Real Isla de León se unía a Cádiz por el arrecife citado. Por el otro lado, el camino atravesaba el río Sancti Petri por un puente de piedra llamado de Suazo, hasta «una media legua» de la Isla, en donde se formaba una colina cubierta de un pinar bastante espeso, por cuya falda seguía el camino: hacia la izquierda a Puerto Real y por la derecha a Chiclana. El espacio que había entre la orilla del río y el pinar estaba formado por un barro arcilloso cortado por caños de agua que llenaban las salinas, y como éstas eran impracticables, no había más terreno firme que el que artificialmente formaban el arrecife y algunas pequeñas isletas comunicadas por sendas en que sólo cabían uno o dos hombres. Todo ello proporcionaba a la Isla por esta parte una defensa natural, en la que el enemigo estaría precisado a atravesarlo salvando estos obstáculos.

Las fuerzas españolas (marzo 1811)

La Armada que tenía base en Cádiz estaba organizada *grosso modo* de la siguiente forma:

- La Escuadra del Océano, al mando del teniente general Juan de Villavicencio, cuya principal misión consistía en atender las expediciones a las Indias y las que tuvieran que navegar a poniente de Ayamonte y a levante de Gibraltar.
- Las fuerzas sutiles de reserva, al mando del capitán de navío Francisco Mourelle, responsable ante el comandante de la escuadra del ataque y transporte de las expediciones a diferentes puntos de la costa próxima. Contaba con unos 20 barcos cañoneros, obuseros, faluchos, místicos y botes de auxilio.
- Las fuerzas sutiles de bahía, al mando del brigadier Cayetano Valdés, con los apostaderos de Puerta de Sevilla, Aguada, Cantera, Huelva y

Ayamonte (poniente) y Tarifa (levante). El comandante del apostadero de Tarifa era el teniente de navío Lorenzo Parra. Contaban con unos 120 buques entre lanchas de fuerza, cañoneros, obuseros, bombillos, faluchos cañoneros y de auxilio, botes de mando y de auxilio y buques de pólvora.

- Las fuerzas sutiles de la Real Isla de León, que al mando del brigadier Tomás de Ayalde tenían por base los apostaderos de Sancti Petri —cuyo comandante era el capitán de navío José María Autrán—, Gallineras, Puente Suazo, La Carraca y población de San Carlos. Estaban compuestas por unos 75 barcos de la misma clase que las fuerzas sutiles de bahía.



Cayetano Valdés y Flores (1767-1835), capitán general de la Real Armada. (Museo Naval. Madrid).

El Cuarto Ejército de Tierra tenía instalado su cuartel general en la Isla, al mando del teniente general Manuel Lapeña. Estaba formado por las fuerzas de Infantería y Caballería (unos 17.000 infantes y 1.400 caballos) y las de Artillería (unos 1.700 hombres), no incluyendo las 1.^a y 3.^a Divisiones, que ocupaban el campo de Gibraltar y el condado de Niebla. Las fuerzas inglesas y portuguesas podrían ascender a 4.000 hombres de Infantería y unos 200 caballos, al mando del teniente general Graham.

La isla estaba dividida en cuatro partes para su defensa: la Isla de León, la playa y el castillo de Sancti Petri, el arsenal de La Carraca y la retaguardia o bahía de Cádiz con su arrecife. Para este artículo sólo es necesario detallar que a principios de marzo se encontraban instalados unos 420 cañones, la mayoría de ellos a lo largo del río y castillo de Sancti Petri, sin contar la artillería que contenía la fortificación interior y avanzada de la plaza de Cádiz.

El enemigo (marzo 1811)

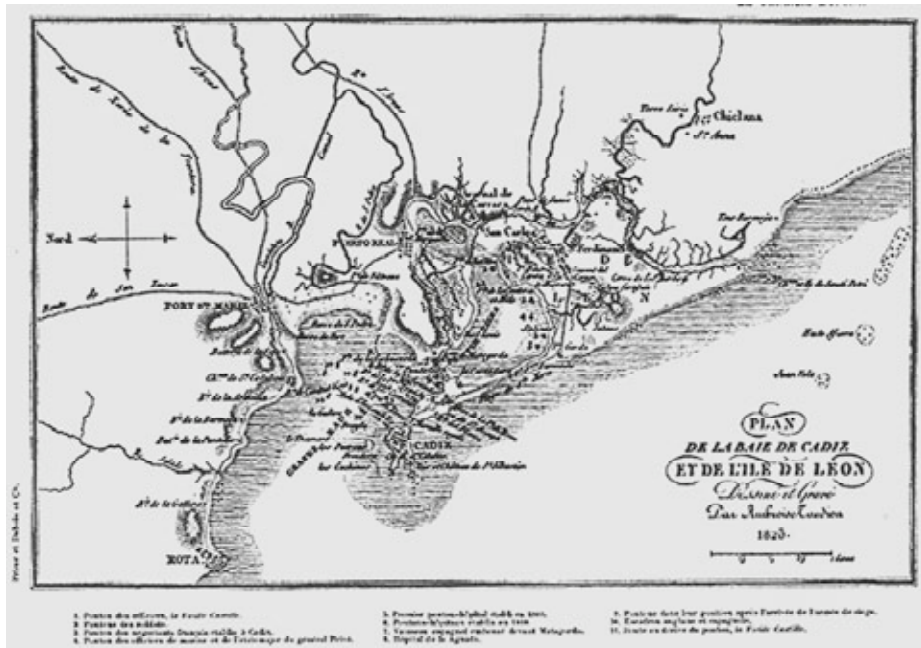
Ocupaba una posición que rodeaba la isla, desde la orilla izquierda de la desembocadura del río Sancti Petri en el océano Atlántico, siguiendo la línea del río, hasta la bahía de Cádiz. Su fuerza era de unos 14.000 a 16.000 hombres de Infantería y unos 1.000 caballos, pero en esos días había motivos para creer que ésta se hallaba reducida a 8.000 ó 10.000 infantes y pocos caballos, puesto que por los informes de los vigías y otras noticias se sabía que se había retirado por el camino de Jerez hacia Sevilla una división de 4.000 a 5.000 hombres de Infantería y 800 caballos. Mandada por el mariscal Victor, la fuerza estaba acantonada en Chiclana, Puerto Real, El Puerto de Santa María, Rota y frente a Sancti Petri. En la espesura del pinar tenían los franceses un campamento con parapeto en una tala de árboles, que cerraba toda la parte baja del terreno inmediato al mar, y otro a la izquierda de Puerto Real, delante de La Carraca. E instaladas diversas baterías en toda la línea ocupada: dos a lo largo del río, frente a las españolas, una en la falda del pinar y la otra a la izquierda de Chiclana; algunas piezas gruesas en el mismo pueblo, en una ermita situada en el cerro de Santa Ana; dos baterías a la derecha de Chiclana; varias enfrente del Portazgo y arsenal de La Carraca; otras tres sobre el arrecife y falda del pinar de Puerto Real, y una, en construcción, detrás de la casa del Palmar, elevada sobre el terraplén que habían hecho dentro de los muros. También seguían con los trabajos en el Molino Nuevo.

Historia de la Batalla de Chiclana (enero-marzo 1811)

El embarque.—Con objeto de reunir el mayor número de personal del Ejército para la expedición que se iba a enviar a Tarifa al mando del teniente general Lapeña, el 14 de febrero llegaron a Cádiz, procedentes del condado de Niebla, los regimientos de Infantería de Guadix y 2.º de Sevilla.

En la noche del 13 de febrero salió de la Isla la brigada de artillería maniobrero, con orden de hallarse al amanecer en la Puerta de Tierra de la plaza de Cádiz, para embarcar con destino a Tarifa. En la noche del 15 salieron los regimientos de Infantería de Murcia, África, Cantabria y Ciudad Real, el batallón 4.º de Reales Guardias Españolas, el de Campo Mayor y el de Valencia, 400 hombres del de Walonas e igual número del de Carmona, correspondientes todos a la 2.ª División y Vanguardia, cuya fuerza ascendía a 7.000 hombres de Infantería. También salieron dos piezas de batalla de cuatro libras y dos obuses de siete pulgadas, con su munición.

El 16 de febrero comunicaba por carta Villavicencio al secretario de Marina, José Vázquez Figueroa, que estaban fletadas y distribuidas por divisiones cuantas embarcaciones mercantes había en bahía listas para recibir tropa,



Mapa de Cádiz y alrededores.

caballos o efectos, y que con las que habían llegado de poniente y las de pesca completaban un número suficiente para toda la Infantería, Artillería y ochocientos caballos que iban a ir en la expedición, pero que se hacían las más activas diligencias para conseguir más para la caballería. Le decía también que todo el convoy estaba repostado con tres días de víveres y tres raciones de paja y cebada. La corbeta *Diana* estaba destinada a llevar los jefes, 50 hombres y 16 caballos; el jabeque *Diligente*, toda la gente que pudiera y de ocho a diez caballos, y en la polacra *Carmen* iría el tren de artillería de los ingleses... «Puede V. E. asegurar al Consejo de Regencia que se ha hecho y se está haciendo todo lo imaginable, y que no creo haya habido una expedición de esta importancia dispuesta en tan poco tiempo...».

El 17 de febrero comenzó a embarcar la tropa que había llegado el 16. Por la noche marcharon a Cádiz los tres escuadrones de granaderos a caballo, el de instrucción del Ejército, el de húsares alemanes al servicio de Gran Bretaña y todos los cuerpos que formaban la división inglesa. Al amanecer del 18 se envió más munición para los cañones, y ese mismo día embarcó el general en jefe de la fuerza expedicionaria, teniente general Lapeña, y quedó en su puesto en la Isla el general de campo José Zayas.

La navegación.—El teniente general Villavicencio nombró jefe de la expedición marítima al capitán de navío Francisco Mourelle y le asignó, además de los faluchos de reserva, seis de las fuerzas sutiles de bahía y cinco falúas, que con las embarcaciones que se encontraban en el apostadero de Tarifa, también a sus órdenes, juzgaba suficientes para controlar la navegación y el desembarco.

El 20 de febrero la expedición no pudo salir de puerto por el fuerte viento del NW y el 21 amaneció cerrado en niebla, por lo que el convoy permaneció fondeado a la espera de mejoría. Por fin, en la mañana del 26 dio la vela, en número de unos doscientos cuarenta, con un viento favorable del WNW. Al mediodía habían franqueado el castillo de San Sebastián, y gracias al tiempo y viento favorables y a la continua vigilancia de los jefes de división y de los oficiales que cada uno tenía asignados a sus órdenes, el convoy navegó unido hasta la ensenada de Bolonia, donde la mayor parte de los buques fondearon en el lugar previsto gracias a las múltiples indicaciones por cohetes, cañonazos y faroles, finalizando a las nueve de la noche. Las embarcaciones grandes, que navegaban a mayor distancia de la costa, se dirigieron a Tarifa y fondearon libremente gracias a su reducido número. Otras se dirigieron a Algeciras por no poder tomar el fondeadero señalado en Bolonia; entre ellas, la corbeta *Diana*. El grupo de Mourelle dio la vela a las 0500 de la mañana y fondeó en Tarifa a las 0900, y en el mismo momento que llegó el general Lapeña comenzó el desembarco, que se realizó en tres horas y cuarto, quedando a bordo parte de la artillería, víveres y paja «...y aquella está desembarcándose en el resto de la noche porque el Ejército parece debe empezar mañana su movimiento; y concluida la operación debo despachar todos los buques del convoy al puerto de Algeciras... pero yo conforme a las órdenes de V. E. me pondré en viaje para Cádiz luego que vea en tierra el último pertrecho de artillería...».

El más poderoso armamento que había salido de Cádiz con destino a una expedición de tan considerables expectativas había desembarcado sin novedad. Con un numerosísimo convoy de embarcaciones mercantes, llevando a bordo la tropa, artillería, caballería, municiones y víveres que formaban la expedición, Mourelle había completado su misión en 35 horas, y a las ocho y media de la noche del día 28 ya estaba nuevamente en Cádiz con algunos de sus buques.

Mucho más podría escribirse sobre esta expedición, pero nos extenderíamos en demasía. Sólo añadir que, de acuerdo con la declaración de Mourelle, la mar le acompañó hasta esa misma noche, en que entró el levante, pero la actividad tan permanente del personal de la Armada, que ni cerró ojo ni conoció el descanso en todo el tiempo que medió desde la salida de Cádiz hasta la madrugada de ese día, permitió finalizar prácticamente el desembarco sin ningún problema de importancia. En efecto, en la noche del 27 entró el levante en el Estrecho, como lo indica al dar la novedad el comandante del aposte-

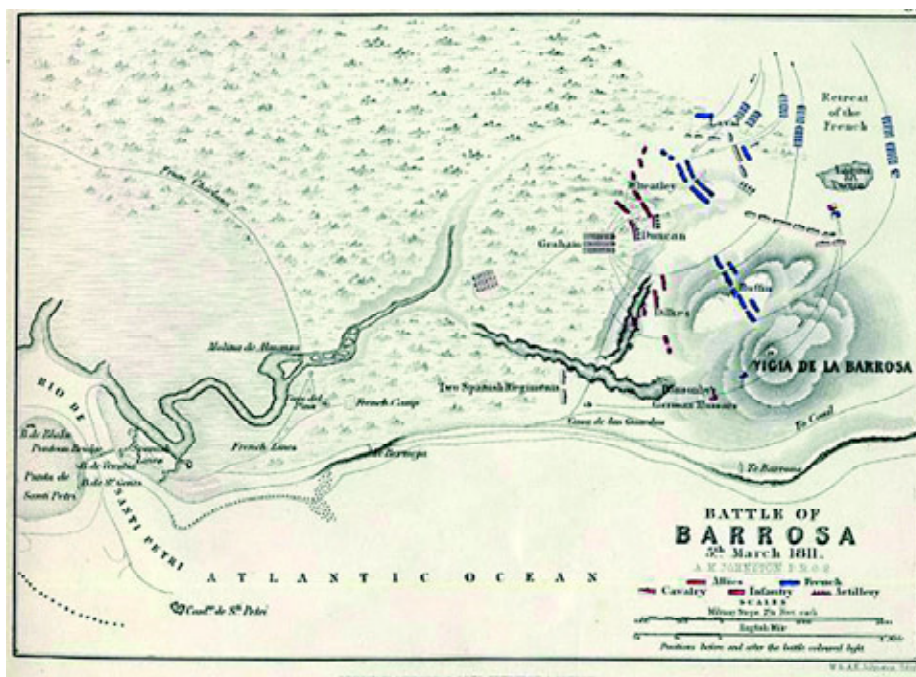
dero de Tarifa: «...han sido descargados en los días 28 y 1 de éste, todos los efectos de víveres, provisiones, municiones y de cirugía que habían en los barcos... con la felicidad de que a pesar del mal tiempo y haberse quedado la mayor parte de las embarcaciones al este de la isla cuando entró el levante la noche del 27, sólo se perdieron dos, cargadas de efectos por cuenta de los ingleses, habiendo tenido que atender al pronto alijo de aquéllas y darle todo auxilio, con la mayor incomodidad por razón de la mucha mar... Teniente de navío Lorenzo Parra. 3 de marzo».

Las fuerzas sutiles de la bahía.—Cayetano Valdés informaba el 4 de marzo a Vázquez Figueroa, con copia a Zayas, que el levante les impedía realizar nada (se pretendía atacar al enemigo para retener a las tropas francesas en sus puestos), pero que la mayor parte de los tres batallones que había en el Trocadero (unos 1.500 hombres, tres piezas de artillería, algunos carros y acémilas) había pasado a Chiclana.

El apostadero de Sancti Petri.—El 11 de enero, el teniente general Lapeña pidió al capitán de navío ingeniero Timoteo Roch que se le facilitara varios puentes similares a los que se habían utilizado en anteriores ocasiones, y éste contestaba que como la anchura del río Sancti Petri era de 220 brazas, cuando menos se necesitaban 96 embarcaciones menores que sostuvieran el pavimento de 1.320 pies lineales de piso, y proponía construir un puente de otras características que facilitase el paso de un ejército con su artillería ligera.

El 30 de enero, en beneficio de la expedición, la Armada transportó por el río hasta la playa del apostadero de Sancti Petri tres trozos del nuevo puente flotante que había construido Roch en La Carraca (autorizado por el Consejo de Regencia), capaz de sostener caballería y artillería ligera. Se componía de dos grandes trozos de madera de arboladura de navío, unidos por medio de durmientes atravesados que formaban el ancho del puente y sobre los cuales estaba formado el pavimento; el claro inferior que dejaban las dos vigas estaba ocupado por cajones calafateados; y para dejar alguna salida a la corriente tenía una gran compuerta en cada uno de sus extremos; estaba previsto que fuertes cables aseguraran todas las divisiones del puente, afirmándolos a las orillas por medio de cabrestantes, y anclas a uno y otro costado contrarrestarían la fuerza de las dos corrientes según el orden de marea.

El brigadier Ayalde apoyó el 4 de febrero los trabajos del ejército para la instalación de una batería y trinchera que iban a servir de defensa de la cabeza de puente, y para ello situó un cañonero en el flanco del caño de la Borriquera y tres obuseras en su boca, así como una cañonera inglesa, cuyo comandante inmediatamente solicitó tomar parte en la acción. Observando que el enemigo se hallaba en el Molino, ordenó hacer fuego con los obuses de siete pulgadas y cañón de 12 y, notando que no se iba, desembarcó la tropa y lo persiguió hasta el interior del pinar.



Mapa de la batalla de la Barrosa.

El 1 de marzo por la tarde el general Zayas envió los batallones de Reales Guardias Españolas, Guadix, Sevilla, Irlanda y Legión extranjera a reforzar la sección que cubría el campamento de Sancti Petri, y de 300 a 400 cadetes de la Academia Militar a reforzar la batería del Portazgo y sus avenidas. Repartió los batallones de milicias urbanas entre el puente Zuazo y La Carraca y envió a Sancti Petri, a través del río, cuatro cañones de cuatro libras, dos de ocho, dos de 12, dos obuses de siete pulgadas y dos de siete para cubrir la cabeza de puente que se estaba instalando, y seis cañones de 16 libras montados sobre cureñas de plaza. En ese día varias baterías españolas efectuaron 100 disparos contra cuatro cañones que el enemigo había montado en las inmediaciones del pinar, frente a Sancti Petri, para impedir los trabajos, y 15 disparos para evitar que un grupo de infantes se aproximase al Molino Nuevo, logrando que se replegase al cerro de Santa Ana.

A las 0600 de la mañana del 2 de marzo pasaron en barco a El Cotillo (1)

(1) El Cotillo era una isla que flanqueaba el costado izquierdo del pinar.

unos 900 hombres del Regimiento Provincial de Granaderos de Canarias y algunos Cazadores para proteger el trabajo de instalación de una batería provisional en aquel punto. Los franceses dirigieron contra ellos un intenso fuego desde sus baterías, que fue contestado por las propias y por algunas lanchas avanzadas por el caño que las rodeaban, logrando desmontarle una de sus piezas. Por el frente de la playa pasaron en varios barcos dos fuertes guerrillas de Reales Guardias Españolas, que hicieron desalojar de sus primeros parapetos a la avanzada del enemigo y lo persiguieron hasta otro que tenía sobre la casa del Pino, en lo más elevado del pinar. Las guerrillas se replegaron sobre la orilla y se mantuvieron en observación de los franceses, cubriendo de este modo los trabajos que se realizaban para formar la cabeza de puente y asegurar las amarras de éste. Ese día se observó que el enemigo había enviado hacia la espalda de la casa del Pino una columna de unos 800 a 1.000 hombres de Infantería.

El 3 de marzo quedó instalado el puente de madera entre la orilla del campamento de Sancti Petri y la opuesta, por donde pasaron cuatro compañías de Cazadores de Reales Guardias Españolas, una de Granaderos y otra de Walonas (en total 600 hombres), con objeto de reforzar las guerrillas y sostener el trabajo de la trinchera que se empezó a construir para fortificar la cabeza de puente. Desde una de las baterías se respondió a los enemigos, que habían roto el fuego entre la una y las dos de la noche. A partir de esa hora los franceses, en número de 500 a 600 hombres y 100 caballos, atacaron a las guerrillas que se extendían por la derecha. Éstas se vieron precisadas a replegarse pero, llamada la atención por este lado, tres compañías de *Voltigeurs*, viniendo por la orilla del caño, aprovecharon para internarse por la izquierda, asaltar la trinchera y atacar con bayoneta a la tropa que guarnecía ésta y, por la espalda, a las guerrillas que se retiraban precipitadamente. La parte del batallón de Órdenes Militares, que estaba de retén en la orilla española, cruzó el puente nada más escuchar los primeros disparos, pero fue envuelto y hecho prisionero, como asimismo la mayor parte de las compañías de Cazadores de Guardias, Granaderos y Walonas. Otra compañía, la de Irlanda, sostenida por el fuego de las baterías del campamento y lanchas apostadas, cruzó inmediatamente el puente, desalojó a la bayoneta al enemigo y lo persiguió hasta la salida de la trinchera. En toda esta acción las fuerzas españolas tuvieron, entre muertos y prisioneros, unos 600 hombres.

En la mañana del día 4 se trajeron de la otra banda, y se instalaron, las dos piezas de ocho libras, y se continuó con la prolongación del parapeto por su costado izquierdo hasta el caño inmediato. Por el Portazgo salieron varias guerrillas para atraer a los franceses, y desde varias baterías se hizo un total de 855 disparos para anular el fuego de las enemigas. Desde otra batería se dispararon 24 proyectiles contra un gran número de soldados que, con acémilas cargadas, se hallaba al pie de Santa Ana, logrando desalojarlo de su puesto. En ese día se sacaron del río, fallecidos, unos 30 infantes pertenecientes a las

Guardias Españolas, así como unos 400 fusiles pertenecientes a la tropa que sostuvo el ataque la noche anterior. Al anochecer se retiraron los dos cañones que se habían instalado en la orilla izquierda del río y se montaron en la derecha; se quitó el último tercio del puente y se dejó solamente en el lado enemigo una pequeña guerrilla, que al poco tiempo fue atacada y tuvo que replegarse y embarcar para el campamento. Las baterías y las lanchas apostadas hicieron un intenso fuego de metralla contra la costa enemiga, según orden que había de ejecutarse en el momento del embarque de las guerrillas (2).

El día 5 escribía Ayalde al secretario de Marina el parte que le pasaba Autrán: «Ayer se continuó el fuego por la División apostada en el caño del Alcornocal, con dirección a los primeros emplazamientos y bosque inmediato, según que se presentaba objeto en qué emplearlos, procurando siempre incomodar al enemigo...». A las nueve de la noche se dio la orden de cortar el puente y, después que artillería y tropa se retiraran y se quitaran las planchas que había dispuesto el general, la división avanzada de lanchas que había en el caño del Alcornocal se colocó entre la batería de Urrutia y la punta de dicho caño, en línea de frente para sostener e impedir al enemigo que destruyese las obras que estaban en la cabeza de puente. Y entre la una y las dos de la noche, habiendo roto el fuego la batería de San Genís por haber descubierto algún número de enemigos en la costa, lo hicieron las lanchas hasta conseguir que se retirasen. Continúa Autrán en su escrito: «En este momento recibo orden de avanzar dos lanchas al expresado caño con el objeto de sostener nuestras guerrillas que han pasado en botes a la costa enemiga...».

Desde el amanecer del día 5 empezó a oírse fuego de fusilería en el pinar hacia la playa del sur (la Barrosa), que junto a otras señales que se advirtieron y los partes de los vigías sirvió para deducir que era el ejército de la expedición del general Lapeña, que estaba batiéndose contra el enemigo. Inmediatamente se procedió a unir el tercio de puente que se había separado, y a la una salieron 3.000 hombres de Infantería y unos 100 caballos desde Sancti Petri, que se dirigieron a reunirse con el ejército que se encontraba luchando en las inmediaciones de Torre Bermeja. Varias baterías dispararon unos 130 proyectiles para proteger las guerrillas, entorpecer las columnas enemigas que pasaban hacia Puerto Real y callar el fuego de las piezas francesas. El enemigo, en este día, después de haber sufrido el ataque de la vanguardia del ejército expedicionario por el flanco izquierdo del pinar, abandonó sus fortificaciones y línea de flechas (trincheras), retirándose precipitadamente hacia la altura o baluarte de Santa Ana, con pérdida considerable de muertos y heridos. A las

(2) Al menos éstas fueron las lanchas que estuvieron en el río durante aquellos días al mando de Autrán: cañoneros números 4, 6, 13, 28, 58, 93, 98 y 99; obuseras números 1, 2, 3, 41 y 55; bombos *San Antonio* y *Seco*...; candrays números 2 y 4; botes números 1, 2, 3 y *San Julián*, y falúa del mayor.

cuatro entraron por el puente del campamento de Sancti Petri las tropas inglesas y portuguesas, que enseguida se retiraron a la Isla. Igualmente, pero más tarde, pasó el general en jefe y sucesivamente todas las divisiones españolas, tanto de Caballería como de Infantería, quedando en la orilla enemiga unos dos mil hombres solamente, que guarnecían una línea a la salida del pinar, desde la casa de éste hasta Torre Bermeja.

La Batalla de Chiclana propiamente dicha.—El 28 por la mañana la expedición partió hacia Facinas, y de allí a Vejer, que conquistó el 2 de marzo por la importancia estratégica que dicha villa tenía para sus operaciones; y capturó tres faluchos corsarios fondeados en las aguas del río Barbate, navegable hasta las faldas de aquel pueblo. Posteriormente se dirigió a Casas Viejas, donde se reunió con la división del brigadier Begines de los Ríos procedente del Campo de Gibraltar. El 3 de marzo salieron de Tarifa dos faluchos para Barbate, convoyando víveres que se remitían a Vejer y con la orden de que se quedaran allí para atender y activar el desembarco de los que fueran llegando por mar a aquel destino. Ese mismo día el ejército se puso en marcha hacia Conil, no sin antes dejar en Casas Viejas un destacamento para hacer creer al enemigo que su objetivo era Medina Sidonia. El principal objetivo era alcanzar el puente de Sancti Petri y atacar, junto con las fuerzas provenientes de la Isla, los atrincheramientos de la tala de árboles y flechas y las obras de campaña entre Chiclana y la playa, y lo consiguieron después de combates muy sangrientos entre las tropas aliadas y las francesas, no solamente en el cerro de la Cabeza del Puerco, sino también en el bosque y altura de Torre Bermeja, cuyo desarrollo ha sido descrito en varios artículos de la REVISTA GENERAL DE MARINA, dando por resultado una gran derrota del mariscal Victor, que dejó en el campo de batalla unos 4.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Las fuerzas aliadas, después de tanta fatiga, tensión y muerte, entraron de nuevo en la Isla a través del puente diseñado, construido e instalado por la Armada y defendido, mano a mano con el Ejército, por las fuerzas sutiles del apostadero de Sancti Petri, dándose por finalizado lo que se llamó en su conjunto la Batalla de Chiclana o de la Barrosa.

La Armada, pues, fue pieza fundamental sin la cual no podría haberse hecho la proeza de combatir y derrotar al Ejército más poderoso del mundo. Me queda solamente decir que dentro de esas fuerzas expedicionarias participaron jefes, oficiales, suboficiales y tropa de los batallones de Infantería de Marina, como lo demuestran las condecoraciones que constan en los archivos.

N. de la R.—En el dorso de este artículo se muestran algunas banderas de antes y durante la Guerra de la Independencia, depositadas en el Museo Naval de Madrid, cuyas ilustraciones e información han sido proporcionadas por J. Alía Plana.



Bandera del navío *Príncipe de Asturias*. Es diseño según la Real Orden de 28 de mayo de 1785. Reinado de Carlos III. Dimensiones: 390 x 610 cm. Material: tafetán.



Bandera colateral blanca con aspa de San Andrés del Cuerpo de Batallones de Infantería de Marina. Diseño según las «Instrucciones para la formación y establecimiento de los Vattallones de Marina, remitidas en carta del señor don Miguel Fernandez Duran, su fecha de 28 de abril de 1717», las «Ordenanzas de Su Magestad para el gobierno Militar, Politico, y Económico de su Armada Naval. Año de M DCC XLVIII» y la Real Orden de 14 de febrero de 1769 que redujo el tamaño de las banderas. Dimensiones: 140,5 x 144,5 cm.



Bandera Coronela morada de Infantería de Marina. Diseño según las «Instrucciones para la formación y establecimiento de los Vattallones de Marina, remitidas en carta del señor don Miguel Fernandez Duran, su fecha de 28 de abril de 1717», las «Ordenanzas de Su Magestad para el gobierno Militar, Politico, y Económico de su Armada Naval. Año de M DCC XLVIII», la Real Orden de 1 de junio de 1860 que modificó el escudo y la Real Orden de 14 de febrero de 1769 que redujo el tamaño de las banderas. Reinado de Carlos III. Dimensiones: 156 x 146 cm. Material: tafetán.



Bandera Coronela blanca del 2.º Batallón de Infantería de Marina. Con anterioridad fue del 6.º Regimiento, por lo que su diseño corresponde a la Orden de 28 de noviembre de 1808, modificada con el letrero señalado en la Real Orden de 13 de octubre de 1843. Lleva la Cruz de Tolosa creada por Real Orden de 30 de enero de 1815. Dimensiones: 150 x 150 cm. Material: tafetán.

LOS APOSTADEROS NAVALES DE ULTRAMAR DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

José María BLANCO NÚÑEZ



Introducción



L día —finales de mayo de 1808— en que el brigadier de la Real Armada don Enrique MacDonell, comisionado por el capitán general don Tomás de Morla, se entrevistó a bordo del buque insignia de la escuadra británica que bloqueaba Cádiz con el almirante que la mandaba, Lord Collingwood, pasamos de ser enemigos a ser aliados de los ingleses. Igual que desde el día 2 de ese mismo mes habíamos pasado de aliados a enemigos de los franceses.

Napoleón, que había soñado con el Imperio ultramarino español, comprobaba que la escuadra de S. M. británica, que había pretendido lo mismo que él hacía muy poco tiempo, al menos en su porción rioplatense, le impediría cualquier aventura al otro lado del Atlántico y nos ayudaría, como veremos, a traer la fundamental plata para las exhaustas arcas de nuestra Real Hacienda. El *blocus continental* diseñado por el emperador para anular esa supremacía naval inglesa fracasaba, entre otras cosas, por el traslado de la Corte portuguesa a Río de Janeiro y la subsiguiente apertura del comercio brasileño a los británicos.

Al verse España envuelta en la larga Guerra de la Independencia, con los virreinos abandonados administrativamente por parte de la metrópoli, todo ello unido a la activa acción de las logias, se iniciaron otras guerras de independencia en suelo americano, que para no confundir bautizaremos como «emancipadoras».

Los apostaderos



La «zanja real», primera traída de aguas de la ciudad de La Habana y que se utilizó para la «sierra» del Arsenal habanero. (Foto: María Teresa Torres F.).

Nacida la Real Armada en 1717, Patiño organizó el litoral peninsular dividiéndolo en tres departamentos con cabeceras en Cádiz, Ferrol y Cartagena. Para América y por R. O. de 31 de mayo de 1724, ordenó se formase el astillero de La Habana y se emprendiesen construcciones de importancia en el carenero que ya existía en dicho puerto; obras que comenzaron en 1725 y terminaron en 1747, tiempos del marqués de la Ensenada, y el año en que se ordenó: «Trasladar allí el Apostadero marítimo de Fuerzas Navales de la América Central que estaba establecido en Cayo Sacrificio (Veracruz)». Previamente, en 1735, el astillero de La Habana se había trasladado desde su emplazamiento primitivo al

denominado «La Terraza», donde en la actualidad se encuentra la Estación Central de Ferrocarriles, pero que conserva la muralla y, en ella adosada, una gran placa de bronce con el plano de la ciudad. No muy distante de dicha muralla podemos ver la zanja real que abastecía de agua los cangilones de la noria «vitruviana» de la máquina de aserrar troncos, que era el gran orgullo del Arsenal habanero.

Tras el descalabro de 1762 ante los ingleses y su recuperación por la Paz de París de 1763, en 1767 se declaró a La Habana puerto capital y apostadero de los buques de guerra destinados a la América Central, y fue nombrado su primer comandante general el jefe de escuadra don Juan Antonio de la Colina.

La reorganización dio sus frutos y se pudo asistir a partir de esa fecha a un florecimiento naval desconocido hasta entonces. En 1781 teníamos un poder naval efectivo en América de doce navíos, tres fragatas y tres buques menores.

Detengámonos a considerar los conceptos «base naval» y «apostadero». El primero consiste en un puerto capaz de reparar, mantener, aprovisionar y dotar de «gente» a los buques de la Armada, todo ello al abrigo de los posibles enemigos. Hoy en día abarca incluso lo pedagógico, al contar las bases con las escuelas necesarias para el muy especializado personal. El segundo concepto ha evolucionado desde «puerto o bahía donde se reúnen varios buques de guerra bajo un solo mando», al más orgánico de distrito marítimo mandado por un comandante general; es decir, de menos categoría que los departamentos mandados por capitanes generales. En el tiempo que nos ocupa, los apostaderos tenían también sus modestas escuelas de náutica, servidas por oficiales de la Real Armada. Aunque durante algunas épocas los segundos se denominaron con el nombre de los primeros, pues la política juega a menudo con la



El autor de este artículo ante el plano, en bronce, de La Habana, adosado al muro del antiguo Arsenal. La Habana (X-2007). (Foto: María Teresa Torres F.).

semántica y nada como cambiar nombres arraigados y que denotan cierta categoría para rebajar «humos»; por ejemplo, tras «el Desastre» se «rebajaron» a apostaderos los departamentos.

Durante el último cuarto del siglo XVIII se fueron creando los restantes apostaderos navales de ultramar:

- Montevideo. 9-8-1776. Sustituto de Buenos Aires, cuyo puerto se cerraba a menudo debido a las arenas del río. Desde aquí se sostenían las Malvinas, que recuperamos de Francia por las buenas y de Inglaterra por las malas, y la colonia del Sacramento, que tantos «disgustos» nos dio en nuestras relaciones con Portugal.
- El Callao. Establecido en 1799. Esta comandancia de apostadero tuvo el honor y la desgracia de ser la primera establecida en las costas del Pacífico. Estaba mandada por un capitán de navío, en cuya autoridad creyó ver el virrey merma de la suya, por lo que hubo más de un problema. Tuvo también el triste privilegio de ser la última plaza española en arriar la bandera en el continente americano, el día 23 de enero de 1826.
- Valparaíso. Cuyas fuerzas se distinguieron en el sitio de Talcahuano, que se mantuvieron durante nueve meses a media ración de armada y medio sueldo.
- San Blas de California. Creado en 1768, sucesor de Acapulco en el mantenimiento del *Galeón de Manila*. Curiosamente Acapulco, cabecera del *Galeón*, se cerró por el «insufrible clima». Díganse a los turistas de hoy en día.
- Puerto Cabello. Excelente puerto; tan tranquilo que los navíos se podían amarrar con «un cabello». De ahí el nombre. Fue pretendido, como casi todo, por los ingleses en 1743, saliendo de allí completamente derrotados.
- Cartagena de Levante, hoy en día de Indias. Llave principal de la entrada al Caribe, lugar de la defensa gloriosa de don Blas de Lezo y perla de la Costa Firme.
- Veracruz. En cuyo fuerte de San Juan de Ulúa ondeó por última vez, sobre la Nueva España, la bandera de España. Felipe II había ordenado, en su día, establecer en cayo Sacrificios el primer astillero y apostadero del virreinato de la Nueva España. Su emplazamiento, muy cercano a Veracruz, era de lo más lógico, habida cuenta de que este último era «la terminal» de las flotas de Tierra Firme, lo que luego fue virreinato de Nueva Granada y de la propia Nueva España. El traslado a La Habana, ya mencionado, fue motivado por la insalubridad de la zona, por la falta de seguridad y por la riqueza maderera de Cuba, que propició el desarrollo de la construcción naval militar en dicha isla.

Organización

En el Museo Naval de Madrid existe un documento, carente de fecha y firma, en el cual se establecen las bases funcionales para los apostaderos de América (1). Con este documento podemos seguir los hitos fundacionales y la organización de éstos. Desde los primeros tiempos americanos se tuvo conciencia de la imperiosa necesidad de evitar el contrabando y de cuidar las inmensas costas de los respectivos virreinos, no solamente de los ataques de piratas y corsarios, sino de la formación de establecimientos por parte de extranjeros. Para ello, cada virrey o capitán general formó su marina particular, de la que disponían con absoluto poder. Marinas «sin principios, regidas sin preceptos oportunos, sostenidas a costa de cuantiosas sumas, y cuyo desempeño estaba muy lejos de ser el que debía».

Los gastos presupuestarios que originaban tales marinas particulares se cargaban: al Ministerio de Hacienda, todo lo relativo al contrabando, y al de Guerra los originados por el reconocimiento de las costas. El transporte de caudales corría a cargo directamente del presupuesto virreinal y, por último, las construcciones de buques y demás gastos derivados del Apostadero de La Habana, al Ministerio de Marina.

También se vio la necesidad de establecer juzgados de Marina, a imagen y semejanza de los de España. La memoria, escrita con dureza crítica, nos dice que: «con la continuación de los tiempos y más por una fría indiferencia, que por íntimo convencimiento, es que se han radicado en la Marina Real estos servicios quedando de cuenta de los respectivos Virreinos a Capitanes Generales el hacer los gastos necesarios».

Los apostaderos contaban con un comandante y oficiales para llevar la cuenta y razón, las matrículas de mar, la maestranza y los montes de Marina. Estos comandantes de Marina con sus oficiales subordinados y el contador, que hacía de ministro de la Real Hacienda de Marina, formaban la Junta del Apostadero, la cual ejercía la plenitud de poderes en materias gubernativas de la misma entidad que las correspondientes a las juntas de los departamentos establecidas en la península, «siéndoles privativo, peculiar y con inhibición de toda jurisdicción, el atender en asuntos económicos gubernativos de la Armada que ocurriesen en el Apostadero, sin otra obligación respecto a Virreyes y Capitanes Generales que rendirle las respectivas cuentas y por supuesto tener alistados los buques que el Virrey o Capitán General pidiese para éste u otro servicio siempre bajo las ataduras que marca el título 7.º del Tratado 6.º de la Ordenanza», que comentaremos más adelante.

(1) Catálogo de los Documentos referentes a la Independencia de Colombia existentes en el Museo Naval. Archivo «Álvaro de Bazán». Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Histórico de Marina, Madrid, 1969.

El razonamiento lógico del autor de la mencionada memoria le llevó a definir las prioridades en el orden organizativo, y así nos dice: «lo primero que debemos tener presente es que lo que se necesita en América es buques que cuiden la costa, estos son los que, por tanto, constituyen el único fin de todo gasto que el servicio de Marina ocasiona en ella; los demás sólo son accesorios y dimanados del principal, esto es, si para que haya buques guardacostas es preciso que haya persona facultativa y suficientemente autorizada, que reuniendo el mando de todos arregle sus cruceros y vigile sobre su desempeño, será preciso pero accesorio del fin principal que haya comandante de Apostadero». Continúa explicando el autor de la memoria que los buques llevan dotaciones a las cuales habrá que racionar y pagar, cosa entonces no evidente, pues eran proverbiales los atrasos de pagas que «disfrutaban» los individuos de Marina. Que habría que contar con oficiales de cuenta y razón que llevaran las susodichas cuentas, pero sin olvidar que la misión principal del apostadero era realizar cruceros guardacostas eficaces. Enseguida sugiere que el mando del apostadero no sea de brigadier (oficial general), sino que un

capitán de fragata bastaría para desempeñar el servicio, pues «es sabido y se da por supuesto que todos los destinos tienen determinada la suficiencia que exigen y la ciencia de un Capitán de Fragata es muy suficiente para regir un Apostadero en que se trata de mandar cuatro a seis goletillas... no para operaciones de guerra (en lo cual el autor de la memoria se equivocaba) sino en las de un simple crucero contra contrabandistas; y para responder a los encargos accesorios y anexos de un Juzgado de Marina en que se ventilan asuntos de la misma naturaleza de las que se versan en los Juzgados Subalternos; y no es



Palacio habanero que, en su día, albergó la Comandancia del Apostadero. (Foto: María Teresa Torres F.),

indiferente el gasto pues un Brigadier Comandante de Apostadero devenga 539 pesos fuertes al mes y un Capitán de Fragata 295, que es casi la mitad menos»; y además con un capitán de fragata se ahorrarían gastos innecesarios de subalternos, que a los brigadieres correspondían por decencia y decoro de su cargo.

Las Ordenanzas de la Armada de 1793 dan la clave de la constante lucha establecida por los virreyes y capitanes generales con los oficiales de Marina comandantes de los apostaderos, lucha que sería bien perjudicial para los intereses nacionales al llegar la Guerra de la Independencia, superpuesta como saben, en aquellos territorios de ultramar, a las guerras de emancipación. La separación de poderes entre la autoridad naval y la virreinal, que estudiamos con detalle en otra ocasión (2), derivada de las mencionadas Ordenanzas, hizo que el almirante don Julio Guillén nos advirtiese, en nuestro libro de texto de la Escuela Naval (3): «Los Virreyes y Capitanes Generales no vieron siempre con buenos ojos estos establecimientos (apostaderos), que significaban, en lo facultativo, algo que se escapaba a su mando...».

Establecida en Perú de forma permanente la Comandancia del Apostadero de Marina (1799), de inmediato surgieron dificultades con el virrey, que no estaba de acuerdo con que se decretase en Madrid el nombramiento del capitán de navío que debía desempeñarla, pues veía mermadas sus altísimas atribuciones.

A este respecto cabe señalar que otro virrey del Perú, anterior, había dado un «Reglamento para las dotaciones de los navíos de la Real Armada, que se internaren, y sirvieren en la mar del Sur que de orden de S. M. (léase: del virrey) imprimió en Lima Don Francisco Sobrino, en la calle de la Barranca, el año de 1753».

Por Real Orden del 17 de abril de 1812, y parece ser que a instancias de los virreyes y los capitanes generales, se suprimieron los apostaderos de El Callao, Veracruz, Puerto Cabello, Cartagena de Indias y Manila, poniendo a las órdenes directas de dichos virreyes los buques sueltos destinados en América, lo que provocó la inmediata reacción de sus comandantes navales.

El personal de la Armada de esa época

La llegada de los Borbones supuso la creación, en 1717, del Cuerpo General de la Armada, que fue nutrido de oficiales de la Real Compañía de Guar-

(2) BLANCO NÚÑEZ, José María: *Los Apostaderos Navales de Ultramar*. Ponencias del segundo Congreso de Historia Militar. Tomo III: Colección Adalid. Ediciones EME. Zaragoza 1988.

(3) GUILLÉN, Julio F.: *Historia Marítima Española. Lecciones para Uso de los Caballeros Guardias Marinas*. Imprenta del Ministerio de Marina. Madrid, 1961.



El autor de este artículo con el historiador cubano Gustavo Placer Cervera (capitán de fragata retirado de la Marina cubana) y el agregado de Defensa de España en La Habana, coronel Gómez de Valenzuela, en la antigua puerta de acceso al Arsenal de La Habana.

(Foto: María Teresa Torres F.).

dias Marinas, magnífica institución que consiguió los sonados triunfos científicos de Jorge Juan y Ulloa, los de armas, ingeniería y astronomía de Mazarredo, los organizativos de Escaño, los geográficos y naturalistas de Malaspina y Bustamante, en su increíble viaje malogrado por la dichosa política... También abundaron los hechos de armas en los que lucieron el espíritu militar, las dotes de mando y la inteligencia de estos oficiales en el siglo precedente al de la Guerra de la Independencia.

Los Oficiales del Cuerpo General —u oficiales de Guerra de la Real Armada— podían ser destinados a los buques, a los batallones de Marina (actual Infantería de Marina) o a las brigadas de Artillería de la misma, de las que saldrá el Cuerpo de Artillería de la Armada y, más tarde, el de Ingenieros de Armas Navales, siendo destinos de «ida y vuelta»; es decir, que de mandar un barco se podía pasar a mandar los batallones de Cartagena, las brigadas de Artillería de Ferrol... o viceversa. Además de esos destinos específicos se ocupaban también en la construcción de sus navíos. No hay más que leer los artículos destinados al «comandante de quilla» en las Reales Ordenanzas para

comprobarlo; tenían también destinos, junto a los del Cuerpo del Ministerio, en los arsenales, en las fábricas de artillería de Lierganes y La Cavada, en los bosques de Marina para el replantado y tala de la materia prima de la construcción naval, en las fábricas de lonas, jarcias, betunes y en las de galletas o bizcochos.

El Cuerpo del Ministerio —gemelo del General, pues fueron alumbrados en el mismo parto, hijos ambos de Patiño, que como todos saben era intendente— nació con gran prepotencia sobre su gemelo, fruto del real título del intendente general de la Marina de España, expedido a favor del José Patiño el 26 de enero de 1717. Las desavenencias entre ambos cuerpos finalizaron poco antes de la Guerra de la Independencia. En 1800 se transfirió a la Real Hacienda el Cuerpo del Ministerio y se ordenó (Real Ordenanza de 25 de marzo) que cesase en el mando de los gremios o matrículas de la gente de mar que hasta entonces había tenido, el cual pasaría al Cuerpo General de la Armada, cuyo personal tendría para premio de sus servicios este número de destinos decorosos. Como supondrán, si en el seno de la Armada hubo problemas, una vez pasados a Hacienda las cosas se encontraron todavía más.

Con todo, el verdadero fracaso de la Armada dieciochesca se debió a la endémica carencia de personal para formar las dotaciones de sus buques. A pesar de gozar del sistema de matrículas de mar desde principios del xvii (legislación que fue copiada por otros países, como Francia), por varios motivos políticos y por privilegios regionales dicho sistema cayó en la ineficacia y hubo que seguir recurriendo a las levas, continuando la marinería más como «forzados de galeras» que como marineros profesionales, que era lo que se necesitaba.

Don Antonio de Escaño, en el parte de campaña que rindió tras el combate de Trafalgar, hizo el siguiente juicio:

«Toda la tropa de Infantería y Artillería se ha portado con la mayor bizarría, las baterías han estado bien servidas... no podemos decir lo mismo de las maniobras ni de los marineros... La clase de los Contramaestres y Guardianes se debe de considerar endeble, la falta de navegar y la repugnancia que tienen muchos buenos hombres de mar a entrar en aquel servicio, lo ha hecho decaer de unos años a esta parte, cuando es lo más necesario a bordo de los navíos.»

La marinería de la época estaba dividida en tres clases: matriculados, la mayor parte pescadores, que desconocían la complicada maniobra de los buques con vergas cruzadas; voluntarios, en general buenos marineros pero indisciplinados y faltos de toda idea de «amor al servicio» y gente de leva o presidio, lo «peor de cada casa», por lo que se perdía más tiempo en vigilarlos y en «disciplinarlos» que en adiestrarlos, y suponían una verdadera rémora a bordo.

Otro fallo indudable de la política de personal de la época fue no haber

constituido militarmente el importante Cuerpo de Contra maestres y haberlos equiparado a calafates, carpinteros, cocineros, etc. Para más inri, mientras los sueldos del resto del personal se incrementaron a lo largo del XVIII, los de esta clase, inexplicablemente, se redujeron.

El segundo problema, no menos importante, fue el vicio de «no pagar» a los individuos de Marina, que se convirtió en enfermedad crónica y endémica en el primer cuarto del siglo XIX. Veamos lo que los jefes y oficiales del departamento ofician al rey (S. M. don Carlos IV) en 1 de enero de 1801, en los términos siguientes:

«Señor, los Generales, Brigadieres, Capitanes de Navío y de Fragata y una porción de Oficiales Subalternos del departamento de Cádiz constituidos en la clase verdadera de los más miserables mendigos pues carecen hasta de uniforme para poder presentarse a los servicios; se acogen a los Pies de S. M. representando por mi conducto tan crítica situación, y piden al mismo tiempo que compadeciéndose V. M. de ella se sirva disponer que cuando menos para no aventurar su existencia y la de sus familias se les faciliten víveres, ya que después de tantos meses no perciben sueldo alguno, cuando los oficiales del Ejército y demás clases del Estado se hallan puntualmente socorridos.»

En 1802 se hizo el primer «corte de cuentas» con los haberes del personal de la Marina, «canallada administrativa» consistente en pagar una mensualidad y borrar los atrasos existentes hasta ese momento. Los últimos «cortes» fueron en 1828. Hasta el primero de mayo de este último año se habían efectuado cinco en Cádiz, tres en Cartagena y otros tantos en Ferrol, con lo que la Real Hacienda «ahorró», a costa de los súbditos de la Real Armada y del hambre de sus familias, 78.740.584,53 pesetas (4).

En 1805, dos meses antes de Trafalgar, el general Álava, en la nota 6.^a del Estado de Fuerza de su escuadra, correspondiente al 1-VIII-1805, decía: «La tropa, tanto de Artillería de Brigadas como de Batallones de Marina, se halla descalza y sin fondos sus compañías para las urgencias más precisas». En la nota 8.^a siguiente, añadía: «La marinería se halla en suma desnudez en que tal vez consistan las muchas hospitalidades que se experimentan». Así estaban de «socorridos» los muchos héroes habidos en Trafalgar.

Al personal destinado en América no le rodaban mejor las cosas y, por si fuese poco, debido a la burocracia y a la desgana administrativa, muchos eran postergados por olvido de su existencia en pequeños puertos del continente o en apostaderos alejados de la metrópoli. Así, en el Archivo de Marina de El Viso del Marqués hemos podido leer desgarradoras instancias de oficiales,

(4) DE LA GUARDIA, Ricardo: *Datos para un Cronicón de la Marina Militar de España*. Ferrol, 1914.

con muchísimos años de servicio, declarando que los de su promoción eran ya capitanes de navío o de fragata mientras ellos seguían sirviendo al rey sin ascenso alguno y en penosas condiciones.

El día de Navidad de 1806, el jefe del Apostadero de Puerto Cabello informaba de «la miseria en que tenían a la Marina el Gobernador e Intendente de Caracas». Cuatro días más tarde, el mismo jefe informaba al capitán general de Venezuela sobre el deplorable estado de la Marina, y en esta misma fecha —abnegación a prueba de bomba— recibía en dicho apostadero la felicitación real «por la brillante actuación de los Oficiales de la Marina...», a pesar de «deberseles la soldada de más de un año».

El 2 de abril de 1809 arribó la fragata *Paula* al Apostadero de La Habana. Su dotación llegó desnuda y se abrió una suscripción popular para vestirla, lográndose 300 pesos fuertes entre el personal de la Armada. A pesar de tanta carestía, por esas fechas se recibían en La Habana noticias del Apostadero de Cartagena de Indias relatando el ardor patriótico de los individuos de Marina y de las donaciones que habían efectuado para contribuir a los gastos de guerra.

Y aunque la guerra estaba avanzada y las emancipaciones en marcha, el día 6 de septiembre de 1810 (5) zarpaban de Cádiz para La Habana dos de los navíos supervivientes de Trafalgar: el *Príncipe de Asturias*, insignia de Gravina, y el *Santa Ana*, de Álava. Iban escoltados por el inglés *Implacable*, que recogería después caudales en Veracruz para traerlos a España. El día 24 de septiembre de 1810 el *San Pedro de Alcántara* llegaba a Cádiz con 2.059.016 pesos peruanos y efectos por valor de un millón y pico más, agua de mayo para las arcas de la Regencia, pero ni un duro para la Marina... que lo traía. La decisión de alejar del Cádiz sitiado los barcos que nos quedaban, enviándolos a La Habana y Mahón, fue correcta. El problema es que, llegados a sus destinos, se les dejó pudrir por falta de dinero para carenarlos.

El 26 de agosto de ese año fueron fusilados en Córdoba de Tucumán, por separatistas argentinos, el jefe de escuadra don Santiago Liniers y el capitán de navío don Juan Gutiérrez de la Concha, que con tanta bizarría habían conseguido reconquistar Buenos Aires después defenderlo, expulsando definitivamente a los ingleses del Río de la Plata (1806-1807). Al mismo tiempo, en la península Ibérica, los mismos derrotados por ellos en el Plata, cuyo tesoro les dio tiempo a robar, se cubrían de gloria, honores y riqueza...ahora como aliados. Hoy en día, nuestros héroes son reconocidos como tales en la República Argentina, donde afirman que su conciencia nacional se forjó, precisa-

(5) Extracto el Diario de Operaciones de la Regencia, en lo referente a Marina, desde 29 de enero a 28 de octubre de 1810. Incluido como Apéndice II, en el Capítulo II del Tomo IX de: FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada Española...* Madrid, Edición Facsímil del Museo Naval de 1972.



Don Santiago Liniers y Bremond.
(Foto: Museo Naval. Madrid).

mente, en esas luchas heroicas del Plata y donde, en la iglesia de Santo Domingo de su capital, está escrito: «Del escarmiento del inglés memoria y de Liniers, en Buenos Aires, gloria».

El 5 de mayo de 1813, el jefe del Apostadero de La Habana oficiaba al ministro de Marina exponiendo la penuria de los buques y de su propio apostadero.

Es curioso el hecho de que en muchas ocasiones los ministros del ramo daban prioridad al pago de asentistas y proveedores sobre el del propio personal de la Armada «...pues no pudiendo dejar de pagar a los asentistas, que

algunos no quieren esperar, no es justo que se falte a lo contratado con ellos, por lo que falta para el pago de la oficialidad, tropa, marinería y maestranza, que clama justamente por lo que han ganado con tanto trabajo...».

Los mandos de los Apostaderos en 1808 eran de las graduaciones siguientes:

- Isla de Cuba. La Habana: un capitán de fragata. Santiago de Cuba, Trinidad de Cuba y Nuevitás: un teniente de navío en cada una. Baracoa y San Juan de los Remedios: un teniente de fragata en cada sitio. Matanzas: un alférez de navío. Bayamo: un piloto. Además, en esta isla estaba el comandante general del apostadero, que solía ser un jefe de escuadra; el mayor general, normalmente capitán de fragata, y un ayudante de mayoría, del empleo de teniente de navío; amén del comisario, contador, asesor jurídico, fiscal y un escribano. Sin olvidar al jefe del arsenal y los oficiales en él destinados. Para todas las necesidades del apostadero y sus buques había cuatro cirujanos (de los 100 con que contaba la Armada en 1808) y un capellán.

- Resto del litoral americano y sus islas, un capitán de fragata en los apostaderos siguientes: Cartagena de Poniente, Buenos Aires, Puerto Cabello, Montevideo, San Blas de California, El Callao de Lima, Concepción, Veracruz y Guayaquil; y sendos tenientes de navío en Puerto Rico y Valparaíso.

Como puede observarse, el lujo de personal naval militar, en un continente de 70.000 kilómetros de costa en su América del Norte y 27.000 en la del Sur ¡era espantoso! Evidentemente, el Imperio español no cimentó los caminos de mar, pero reconoceremos la valentía, preparación, lealtad y patriotismo de los que allí sirvieron, entre los que descuella el capitán de fragata don Manuel de Céspedes, fusilado en Sitaguero (Nueva España) el día 26 de septiembre de 1811 por no querer servir a los insurgentes. La escena fue relatada por un autor mexicano como sigue: «Detenido Céspedes fue llevado á presencia de D. Ramón Rayón, general insurgente seglar, antiguo conocido. Ínstole a tomar partido por la independencia... contestó el prisionero:

—Señor don Ramón, la Marina Real de España no se avergonzará jamás de ver mi nombre en las listas de sus oficiales.

—Está bien, repuso Rayón contrariado, si yo hubiera caído en poder de Vd. ¿Qué hubiera hecho conmigo?

—Fusilarle inmediatamente por traidor.

—Eso haré yo, dijo, tomando parte en la conversación, el licenciado Ignacio, hermano de Ramón Rayón, fautor y cabeza de la Junta de Zitácuaro» (6).

Sin embargo, la actitud de los oficiales de Marina en lo que respecta a la corriente emancipadora no fue uniforme. Aunque la mayoría fue realista, hubo compañeros de «cámara de oficiales» en Trafalgar que lucharon en América en bandos distintos. El almirante Guillén dice que: «sin distinción de patrias, criollos terciaron en las filas realistas, como peninsulares lucharon en las tropas que gobernaban las juntas americanas». El apego del oficial de Marina al campo realista lo explica el capitán de fragata de la Armada uruguaya Homero Martínez Montero, por lo que respecta al apostadero de Montevideo, y creemos que puede extenderse a los demás cuando afirma: «...sólo los oficiales de las marinas de guerra y mercante, como transeúntes sin empleo de bienes raíces en el país, no tienen apego a él, pues por desgracia el hombre en general nunca separa su opinión de la de sus intereses».

(6) FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *op. cit.* Tomo IX. P. 89.

Resumen de las campañas habidas durante la Guerra de la Independencia en América fruto de las guerras emancipadoras

Por la extensión de este artículo omitiremos el ya mencionado preludeo rioplatense, explotación inglesa del éxito de Trafalgar, montado inicialmente desde Ciudad del Cabo, recién tomada a Holanda por la Gran Bretaña, y que si bien victoriosa para nuestro campo, rindió frutos al inglés que logró capturar el tesoro de Buenos Aires.

La primera acción de guerra importante registrada en la Armada durante la emancipación mexicana fue el desembarco de su brigadier Rosendo Porlier y Asteguieta, al mando de las dotaciones de los buques estacionados en Veracruz, con las que sostuvo, a partir del 16 de febrero de 1811, una brillante campaña contra los insurgentes del interior de México. Porlier, que había llegado a Veracruz transportando al nuevo virrey de la Nueva España, destacó en la defensa de la ciudad de Toluca, enfrentándose al ataque realizado por más de veinte mil efectivos. Después se dirigió a la plaza de Tenango y Tenansingo, apoderándose de ella y defendiéndola después de los insistentes intentos de recuperación que realizaron los insurgentes. Fue tan distinguida su acción y con tan sobresaliente éxito, que quedó acreditado de militar entendido y valiente.

A principios del año siguiente se produjo la acción, también terrestre, del teniente de navío Monteverde, que condujo a la recuperación de Venezuela. Como la recuperaría de nuevo el piloto de la Real Armada Bobes, apodado «el Urogallo», en 1814.

En 2 de marzo de 1811, dos bergantines del apostadero de Montevideo, *Cisne* y *Belén*, batieron en San Nicolás de los Arroyos (río Paraná) a tres buques de los corsarios bonaerenses que estaban sostenidos desde la orilla por una batería de artillería de cuatro cañones. Éstos, junto a la sutil flotilla enemiga, fueron apresados y conducidos a la colonia de Sacramento. Ésta tuvo el honor de ser la primera acción naval —aunque de agua dulce— de las guerras emancipadoras.

En 10 de julio del mismo año, el capitán de navío Michelena, que había formado una división de fuerzas sutiles en Montevideo, bombardeó Buenos Aires, que se rindió al capitán de navío don José Primo de Rivera y Ortiz de Pinedo, que mandaba dicha división el 14 de marzo de 1812. Este último, don José, es el teniente de navío que había defendido bizarramente la Puerta del Carmen al frente de los granaderos de Marina llegados a Zaragoza durante el primer sitio de la inmortal ciudad y el que, por orden de Palafox, había introducido por el río un convoy de alimentos para los depauperados sitiados.

El capitán de navío don Jacinto de Romarate, encargado de la defensa de Montevideo (24 de diciembre de 1813), tomó el mando de una división compuesta por los bergantines *Belén*, *Cisne*, *Gálvez* y *Aránzazu*, goleta *Inven-cible*, balandra *América* y cañoneros *Murciano* y *Luisa*, y con ella batió en el

río Uruguay a la flotilla insurrecta compuesta por dos fragatas, un bergantín y tres goletas. El 28 de marzo de 1814, Romarate obtuvo otra victoria en aguas del Arroyo de la China contra cinco barcos insurgentes, los cuales, al ver saltar a uno de ellos por los aires, abandonaron el combate. Mientras que Romarate combatía, agotando todas sus municiones, Brown, al mando de la naciente Marina argentina, bloqueaba Montevideo. El jefe de dicho apostadero, capitán de navío Miguel de la Sierra, armó como pudo dos fragatas y varios mercantes que salieron en busca de los barcos de Brown, siendo batidos por este último y provocando la pérdida de dicho apostadero.

Hay bastantes más acciones navales en el resto de los virreinos, pero son posteriores al final de la Guerra de la Independencia. No obstante, es necesario consignar que las desnudas y hambrientas dotaciones de los buques de guerra de la Armada continuaron luchando con disciplina y entrega hasta 1826.

Los oficiales de la Real Armada de comienzos del XIX, conscientes de que el 21 de octubre de 1805 habían comenzado a perder la América, aguantaron estoicamente las penosas guerras de la Independencia y Emancipación, a dos tercios de ración todos, de capitán a paje, y con más de cincuenta pagas atrasadas, a pesar de lo cual la mayoría desoyó las insinuaciones de las sociedades secretas, que fueron quizá las inspiradoras de esta triste proclama: «Americanos, por mucho tiempo habéis estado oprimidos bajo un yugo opresivo y tanto más pesado cuanto más estáis alejados del centro del poder...» (Proclama de la Regencia 14-01-1820).

En los albores del reinado de Carlos II informaba el embajador Zeno a su señoría de Venecia: «Esta Nación poseyó tantas tierras, porque no desatendía sus fuerzas de mar. Como la Ley es la misma para los contrarios, excuso decir más». Cien años más tarde, otro embajador veneciano, don Francisco Resaro, volvía a informar: «Si una Potencia respetable que tiene su asiento en una Península y que posee vastísimas posesiones al otro lado del Océano, debe en tiempo ordinario y con preferencia a cualquier otro ramo de la Administración, prestar la mayor solicitud a la Marina, á tener vivo en su actual Gobierno (1789) constantemente tan interesante objeto, contribuye sumamente la ardua vigilancia que está obligado a tener sobre los ingleses, no sólo para cubrir de cualquier sorpresa imprevista sus remotos establecimientos...».

Efectivamente, la única forma viable de sostener un imperio tal como el que tuvimos era dominar sus líneas de comunicación. Dominio que comenzó a tambalearse hace cuatro siglos, cuando «la Invencible», tras la que comenzaron las violaciones del Atlántico y del Pacífico españoles por parte de ingleses y holandeses. Cuando los primeros consiguieron asentarse a «barlovento» de la Costa Firme, todo les resultó más fácil. Los independientes navales americanos tienen nombres de «indudable» raíz «hispanica»: O'Higgins, Brown, Chrochane, Poters.... Por cierto, el primero de ellos fue clarividente cuando,

al ver salir la escuadra chilena hacia Perú, exclamó: «De estas cuatro tablas depende el destino de América».

Desgraciadamente cada derrota naval, como es lógico, marcó la pérdida de un territorio, hasta que nos quedamos encerrados durante setenta y dos agónicos años en la «Perla del Caribe», que todavía añoramos, pues muchos oficiales de Marina, por ejemplo el que suscribe, descendemos de otros nacidos en los apostaderos de La Habana, Puerto Rico, Cavite... Y como no podía ser de otra forma, la Perla y su reflejo asiático se perdieron tras sendos hundimientos de escuadras, para mayor sacrificio de la Real Armada.



BIBLIOGRAFIA

- CAILLET-BOIS, Teodoro: *Historia Naval Argentina*. EME-Ce Editores, S. A., Buenos Aires, 1944.
- Catálogo de los Documentos referentes a la Independencia de Colombia, existentes en el Museo Naval y Archivo «Álvaro de Bazán». Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Histórico de Marina, Madrid, 1969.
- DE LA GUARDIA, Ricardo: *Datos para un Cronicón de la Marina Militar de España*. *El Correo Gallego*, Ferrol, 1914.
- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada Española, desde la Unión de los Reinos de Castilla y Aragón*. Museo Naval, Madrid. 1973.
- FERNÁNDEZ GAYTÁN, José: *Documento interesante*. REVISTA GENERAL DE MARINA, enero 1988.
- GUILLÉN, Julio F.: *Historia Marítima de España. Lecciones para Uso de los Caballeros Guardias Marinas*. Imprenta del Ministerio de Marina, Madrid, 1961. *Independencia de América. Índice de los Papeles de Expediciones de Indias*. Instituto Histórico de la Marina, 1953.
- MARTÍNEZ MONTERO, Homero: *El Apostadero de Montevideo*. Instituto Histórico de Marina, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1968.
- PICCIRILLI, Ricardo: *Lecciones de Historia Naval Argentina*. Secretaría de Estado de Marina. Departamento de Estudios Históricos Navales, Buenos Aires, 1967.

EL NAVÍO *ATLANTE* Y SU CURIOSA HISTORIA

Marcelino GONZÁLEZ FERNÁNDEZ



NO de los grandes impulsores de la Armada a mediados del siglo XVIII fue el marqués de la Ensenada, que a partir de 1743, siendo rey de España Felipe V, con la ayuda de prestigiosos marinos como Jorge Juan y Ulloa, llevó a cabo un amplio plan de construcciones navales; trabajos que continuó con Fernando VI, cuando sucedió a Felipe V a su muerte en 1746. En su época se seguía un sistema de construcción naval genuinamente español, que había sido iniciado por Gaztañeta, pero Ensenada prestó oídos a los que decían que había que poner fin a dicho sistema y cambiar al que seguían los ingleses, que tantos éxitos tenían en la mar.

Por aquellos tiempos Inglaterra era dueña de la tercera parte del poder naval de Europa y sus barcos tenían muy buen comportamiento, debido en parte a que sus constructores seguían sistemas perfectamente reglamentados, promulgados en 1691, 1706, 1719 y 1745, con los que obtenían barcos cada vez más fuertes y mayores. Pero conviene puntualizar que aunque el buen resultado de sus barcos se debía a su seriedad constructora, también jugaron un importante papel otros aspectos que a veces no eran tenidos en cuenta en España, como el empleo de tácticas de combate bien estudiadas, el buen uso de la artillería, el alto grado de adiestramiento de las dotaciones, un buen nivel de mantenimiento y suficientes repuestos a bordo y en tierra.

Con el fin de estudiar y obtener información sobre las técnicas de su construcción naval, Ensenada decidió enviar a Gran Bretaña a Jorge Juan, que venía de Perú, donde había permanecido durante 10 años, en los que además de realizar interesantes trabajos, como la medición del arco de meridiano, se había dedicado al estudio de la construcción naval. Al llegar a España, Jorge Juan recibió la orden de trasladarse a Inglaterra para llevar a cabo espionaje industrial, de acuerdo con lo indicado en una real instrucción reservada del



Retrato de Jorge Juan. Óleo por Rafael Tejeo, 1828.
(Museo Naval. Madrid).

27 de octubre de 1748, que entre otras cosas decía: «Procurará con maña y secreto posible adquirir noticias de los constructores de más fama en la fábrica de navíos de guerra de aquella Corona, y valiéndose de los medios que le dicte su prudencia, y aprovechando las ocasiones que facilita el estudio, o la casualidad, tratará la forma de ganar uno o dos de estos constructores para que vengan a Madrid». «Visitará los arsenales de mayor nombre de Inglaterra y, siempre con disimulo de una mera curiosidad, formulará y remitirá plano de ellos y de sus puertos; examinará todas las obras que hubiere de ellos y en sus puertos y las que se estén hacien-

do, sean muelles, diques, almacenes u otras pertenecientes a Marina».

Jorge Juan embarcó en enero de 1749 en una fragata inglesa bajo identidad falsa, acompañado por los guardias marinas José Solano y Bote —que con el tiempo iba a ser el marqués del Socorro— y Pedro de Mora y Salazar, y llegó a Londres el 1 de marzo siguiente. Fingió dedicarse al estudio de álgebra y comenzó inmediatamente su trabajo. Entró en contacto con constructores y entabló relaciones sociales. Estudió con detalle diversos barcos ingleses, llevó a cabo una gran tarea y mantuvo una amplia correspondencia cifrada con Ensenada, hasta que el 12 de abril de 1750 fue denunciado por los familiares de uno de los constructores contratado por él, que partía para trabajar en España, y tuvo que salir de Inglaterra de forma clandestina. Trajo a España gran cantidad de información: normas de construcción, procedimientos, proporciones, especificaciones, planos, etc., y un nutrido grupo de más de medio centenar de expertos británicos: constructores, capataces, carpinteros, armeros,

técnicos de casco, arboladura y jarcia, y especialistas en otras disciplinas relacionadas con la construcción naval, con los que se puso manos a la obra para aplicar sus recién adquiridos conocimientos en el remozamiento y potenciación de la Armada española. Entre los expertos que vinieron con Jorge Juan estaba Edward Bryant, que pasó destinado a Cartagena e iba a ser el ingeniero constructor del navío *Atlante*.

Jorge Juan introdujo un nuevo sistema de construcción de barcos de formas más reducidas que las de Gaztañeta, esloras más cortas, menores lanzamientos, libres de pesos innecesarios, aligerados de pesos altos para mejorar la estabilidad, mejor ensamblados y contruidos con buenas maderas, bien seleccionadas y bien tratadas. A este sistema se le llamó «inglés», debido a la participación de técnicos de aquellas tierras, a la procedencia de muchas de las ideas de Jorge Juan y a las murmuraciones por los despachos y carpinterías de ribera. Pero el apelativo no era del todo acertado, ya que no se trataba de copias de barcos y métodos ingleses, sino que era una mezcla de muchos de los sólidos principios de Gaztañeta, con buenas ideas tomadas de la construcción inglesa y del



Modelo del navío de 74 cañones *San Genaro*, construido en la misma época que el *Atlante* según el método inglés o de Jorge Juan. (Museo Naval. Madrid).

propio Jorge Juan; en realidad era un nuevo sistema de construcción basado en el estudio, la experiencia y la lógica. Sin dejar de lado la práctica, y teniendo en cuenta las viejas normas, Jorge Juan empezó a aplicar las matemáticas y los principios de la física para determinar las formas del casco, disposición y tamaño de la arboladura y reparto de la artillería.

Uno de los navíos construidos siguiendo el sistema inglés o de Jorge Juan fue, como dijimos, el *Atlante* (alias *San José*). La orden de su construcción fue dada el 11 de marzo de 1752 a Bryant; el barco fue construido en Cartagena y su botadura tuvo lugar el 21 de diciembre de 1754. Era un navío de dos puentes y 74 cañones, aunque en algunos listados aparece como navío de 70 cañones y en otros de 68; esto se debe a que en ocasiones no se tenían en cuenta los cuatro cañones de la cámara del comandante y a veces tampoco se contaban los dos de guardatimones. Este armamento se solía distribuir de la siguiente forma: 28 cañones de a 24 libras en la primera batería o batería baja, 30 de a 18 libras en la segunda batería y 16 de a 8 libras en castillo y alcázar. Sus principales dimensiones eran: 53,4 m de eslora, 14,5 de manga, 1.658 toneladas de arqueó y 2.900 toneladas de desplazamiento. Otros barcos del sistema inglés, citados a modo de ejemplo, fueron: *Terrible* (alias *San Pedro Apóstol*, también construido en Cartagena y gemelo del *Atlante*), *Genaro*, *Guerrero*, *Serio* y *Septentrión*.

El *Atlante* entró en servicio al poco tiempo de su botadura; fue asignado a la escuadra de Cartagena y se dedicó al corso por el Mediterráneo. Continuó con sus actividades de corso a partir del 18 de noviembre de 1758, cuando Everardo de Tilly se hizo cargo de su mando y se apoderó de varios barcos argelinos; entre ellos, el 13 de abril de 1759 apresó un pingüe y rescató dos barcos que los piratas tenían en su poder. En octubre de dicho año salió de Cartagena al mando de Tilly con la escuadra de Pedro Stuart, para formar parte de la flota de Juan José Navarro, marqués de la Victoria, compuesta por 15 navíos, dos fragatas y dos tartanas, que trajo de Nápoles a España al rey Carlos III. En 1760 realizó patrullas y continuó con misiones de corso por las costas de Cataluña, y más adelante regresó a Italia para transportar personalidades. En 1762 formó parte de una agrupación de tres navíos y otros buques menores para patrullar por aguas de Argelia y Marruecos. Encuadrado de nuevo en la escuadra del marqués de la Victoria, compuesta por nueve navíos y seis buques menores, realizó en 1765 un viaje para llevar de Cartagena a Génova a la infanta María Luisa Antonia de Borbón, que iba a contraer matrimonio con el archiduque Leopoldo de Austria, y de regreso trajo a Cartagena a la futura princesa de Asturias, María Luisa de Parma, prima del que iba a ser Carlos IV, con el que contrajo matrimonio en 1766. Volvió a realizar operaciones de corso y apresó un barco holandés que transportaba artillería para los argelinos. En 1769 realizó otro viaje a Italia para llevar dos cardenales a Roma. En 1771 transportó caudales de Cádiz a Génova y Civitavecchia; a continuación convoyó tres urcas hasta dejarlas a la vista de las Canarias, y

regresó a Cartagena. Según un plan de fuerzas enviado el 7 de febrero de 1774 al conde de Aranda, embajador de España en París, en dicha fecha el *Atlante* continuaba basado en Cartagena con otros 10 navíos de línea, cuatro fragatas, seis jabeques, una urca y una galeota.

A comienzos de 1778 Francia reconoció la independencia de los Estados Unidos, lo que equivalía a una declaración de guerra a Gran Bretaña. España, tras un periodo inicial de vacilaciones, el 12 de abril de 1779 firmó en Aranjuez un tratado secreto con Francia que llevó a la ruptura de relaciones con Inglaterra. En preparación de la guerra que se avecinaba, en junio de 1779 se concentró en Cádiz una escuadra al mando de Luis de Córdoba formada por 31 navíos, entre los que estaba el *Atlante*, siete fragatas, dos urcas, dos brulotes, una saetía y una tartana. La declaración de guerra se produjo el 22 de junio de 1779, y al día siguiente el *Atlante* salió a la mar para operar en el canal de la Mancha integrado en la escuadra de Luis de Córdoba, junto con una escuadra francesa mandada por el conde de Orvilliers, para dar cobertura a la proyectada invasión de la Gran Bretaña. En la idea general de la maniobra, el jefe supremo de las operaciones en la mar era Orvilliers, y el de la fuerza de desembarco en las islas Británicas era el mariscal conde de Vaux. El plan consistía en que una vez logrado el control del canal de la Mancha por la flota combinada, unos 400 barcos de transporte distribuidos por la costa atlántica francesa conducirían al desembarco a más de 40.000 soldados con todas sus armas, pertrechos, artillería y elementos de apoyo.

De acuerdo con el plan previsto, la flota combinada, formada por unos 150 barcos de los que 66 eran navíos, llegó a la vista de Inglaterra el 14 de agosto y entró en el canal de la Mancha, donde adoptó el dispositivo de combate formado por cinco grupos: escuadra ligera, vanguardia, centro, retaguardia y escuadra de observación, mandada por el propio Luis de Córdoba, en la que se encontraba el *Atlante* con otros 15 navíos. La presencia de tan poderosa flota obligó a la escuadra británica a refugiarse en Plymouth, produjo el colapso del comercio británico, e incluso provocó el cierre de la bolsa de Londres. Pero la flota combinada se dedicó a patrullar por el canal sin pasar a mayores acciones, sufrió epidemias de escorbuto y terminó por retirarse sin haber conseguido grandes resultados salvo la temporal negación del uso del mar a los británicos.

El *Atlante* regresó a España y tomó parte en los bloqueos de Gibraltar, que se habían iniciado al comienzo de la contienda. En julio de 1781 salió de nuevo a la mar para tomar parte en la conquista de Menorca encuadrado en una fuerza al mando del general duque de Crillon, formada por 73 transportes con 354 oficiales y 7.448 de tropa, convoyados por una escuadra al mando de Buenaventura Moreno, compuesta por dos navíos (*San Cristóbal* y *Atlante*), cuatro fragatas, seis jabeques y nueve buques menores. La dotación del *Atlante* en aquella campaña era de 578 hombres, y llevaba de transporte al teniente general Félix Buch, mariscal de campo Horacio Borghese, cuatro coroneles,

18 oficiales, un teniente vicario general, dos comisarios de guerra, un tesoro, y personal cirujano y de hospitales. También transportaba seis cañones con sus cureñas y diverso material de artillería. Al llegar a Menorca la fuerza se repartió en tres divisiones, de las que la primera, mandada por Diego Quevedo, comandante del *Atlante*, tuvo como misión el bloqueo de Mahón. El barco tomó parte en los ataques al castillo de San Felipe de Mahón, que se rindió a principios de 1782.

El 20 de octubre de 1782 participó en el combate de cabo Espartel, en el que una escuadra combinada franco-española de 46 navíos (33 españoles y 13 franceses) mandada por Luis de Córdoba, persiguió a la británica de Howe de 34 navíos, que había salido de Gibraltar y se dirigía al Atlántico. El encuentro se redujo a los barcos más veloces de la retaguardia de la escuadra combinada, tuvo escasos resultados y la escuadra inglesa logró escapar. El *Atlante*, lo mismo que otros barcos de menor andar, no entró en combate por no llegar a distancia de fuego.



Federico Gravina. Anónimo del siglo XIX.
(Museo Naval. Madrid).

En 1789 se produjo un incidente en Nutka, en la alta California, entre barcos españoles e ingleses, que desató una crisis con Gran Bretaña. Ante una posible intervención inglesa el *Atlante*, que se encontraba en Cartagena, fue armado y alistado en 1790 para integrarse en una escuadra de 26 navíos, 12 fragatas y tres barcos de menor porte, que se preparó al mando de José Solano y Bote, marqués del Socorro. Afortunadamente, la crisis se resolvió por la vía pacífica. El barco se volvió a alistar en 1793 al declarar la guerra a la Convención de Francia (también llamada Guerra de los Pirineos o del Rosellón), iniciada a raíz de la ejecución de

Luis XVI de Francia el 21 de enero, que llevó a España a firmar con Gran Bretaña una coalición contra el país vecino.

Una carta escrita por Federico Gravina desde Mahón a su amigo el comerciante italiano afinado en Cádiz Paolo Greppi, fechada el 25 de marzo de 1795, daba la relación detallada de los barcos surtos en el puerto menorquín que formaban parte de la escuadra de Lángara, de la que Gravina era segundo comandante. En dicha relación figuraba el *Atlante* con otros 23 navíos, además de 16 fragatas, dos corbetas y cuatro bergantines, con la indicación de que algunas de las fragatas se encontraban en cruceros o comisiones, y que cinco navíos (ninguno de ellos era el *Atlante*) iban a llegar en breve al puerto



Retrato de José de Córdoba y Ramos, por Francisco Cisneros (finales del siglo XVIII-principios del XIX). (Museo Marítimo de la Torre del Oro. Sevilla).

de Cartagena. En agosto de 1796, la firma de un tratado de cooperación de España con Francia, que estaba en guerra con Inglaterra, abrió una nueva crisis que llevó a España a declarar de nuevo la guerra a Gran Bretaña el 5 de octubre. Antes de dicha declaración Lángara había salido a la mar de Cádiz con una fuerte escuadra para dar protección a otra escuadra francesa que se dirigía a Terranova, y más tarde entró a operar en el Mediterráneo. A finales de dicho año el *Atlante* se encontraba formando parte de la escuadra de Lángara, que el 20 de diciembre fondeó en Cartagena, donde Lángara fue relevado por José de Córdoba y Ramos. En enero de 1797 las autoridades españolas, conocedoras de los problemas por los que estaba pasando la escuadra británica mandada por Jervis, que había tenido que salir del Mediterráneo ante la fuerte escuadra española, y que en el viaje a Gibraltar y posterior navegación a Lisboa había pedido cinco navíos de línea, ordenaron a Córdoba el

traslado de su escuadra a Cádiz sin atender a las deficiencias logísticas de sus barcos, debidas a las largas permanencias en la mar. Córdoba inició la salida de Cartagena el 1 de febrero de 1797 con su insignia en el navío *Santísima Trinidad*, al mando de 27 navíos, entre los que continuaba el *Atlante*, 10 fragatas y otras unidades. Convoyó lanchas cañoneras y barcos mercantes. Dejó las lanchas en Algeciras con tres navíos y continuó con los mercantes hacia Cádiz. Al entrar éstos en el puerto de Cádiz, saltó levante fuerte que arrastró a la escuadra hacia el oeste. En los días siguientes el viento continuó empujando hacia poniente a los barcos de Córdoba, que el día 12 se entretuvieron en apresar cuatro mercantes ingleses, y el 13 llegaron muy desorganizados a la altura de San Vicente, sin poder gobernar hacia Cádiz hasta la anochecida, en que empezó a soplar viento del tercer cuadrante.

Aquel mismo día el comodoro Nelson, tras haber efectuado un reconocimiento de la fuerza española con la fragata *Minerva*, se incorporó a la escuadra de Jervis que se encontraba en la mar a la altura de San Vicente con su insignia en el *Victory*, con 15 navíos, cuatro fragatas y tres barcos menores, tras haber recibido refuerzos de la escuadra del Canal. Jervis, informado por Nelson de la situación, se preparó para combatir a los españoles, adoptó una formación compacta para la noche, navegó con rumbos de componente sur y en la mañana del 14 cayó sobre la escuadra española que estaba muy desorganizada, repartida en tres grupos y con varias unidades sueltas. Al mediodía se inició el combate, que se prologó hasta las cinco de la tarde en que las escuadras rompieron el contacto, tras haber sido averiados varios barcos españoles y apesados cuatro de sus navíos: *San Nicolás*, *San José*, *Salvador* y *San Isidro*, al precio de algunos barcos británicos con serias averías. El *Atlante*, que tuvo seis muertos y cinco heridos, fue uno de los barcos que el 27 de febrero José de Córdoba incluyó en la lista de los «navíos que de bordadas contrarias solo correspondieron a las descargas de los enemigos, que mostraron tibieza, y que muchos no obedecieron las señales». Su acción en el combate fue tan pobre que le costó el empleo a su comandante, el capitán de navío Gonzalo Vallejo.

El 1 de octubre de 1800 España y Francia firmaron en San Ildefonso otro tratado secreto de cooperación, a consecuencia del cual, y de acuerdo con una orden de marzo de 1801, el *Atlante*, que se encontraba en Cádiz, fue armado y transferido a la Marina francesa el 22 de septiembre. Cambió su nombre por *Atlas* y pasó a formar parte de la escuadra de Dumanoir (también fueron transferidos los navíos de 74 cañones *Infante don Pelayo*, *San Genaro*, *Intrépido*, *Conquistador* y *San Antonio*). Llegó a Tolón el 2 de abril de 1802 tras haber sufrido muchas averías durante el tránsito y con unos 400 enfermos a bordo. En 1803 tomó parte en la campaña de Santo Domingo, a donde transportó unos 750 soldados, y al poco tiempo regresó a Francia. En julio de 1804 se encontraba en Tolón encuadrado en la escuadra del Mediterráneo de Latouche-Treville.

Una serie de actos hostiles de barcos británicos contra buques españoles en la segunda mitad de 1804 llevó a una nueva guerra contra Gran Bretaña, declarada el 12 de diciembre. Y el 5 de enero de 1805 España y Francia firmaron un acuerdo de cooperación encaminado a invadir Inglaterra. En dicho año el *Atlas* participó con la escuadra de Villeneuve, sucesor de Latouche-Treville, en dos salidas para tomar parte en actividades relacionadas con los planes de Napoleón de invadir Inglaterra. La primera salida, fallida, tuvo lugar el 11 de enero de 1805. La segunda fue el 30 de marzo al mando del capitán de navío Rolland, en una escuadra formada por 11 navíos y varias fragatas con la insignia de Villeneuve en el *Bucentaure*, que el 8 de abril llegó al área de Cádiz, donde tras unírsele tres navíos españoles de Gravina y otro francés zarizó inmediatamente rumbo a la Martinica, en la maniobra de intentar atraer a Nelson al Caribe y dejar el camino libre para la invasión de Inglaterra. Tras un viaje en el que el *Atlas* mostró unas pobres cualidades marineras, la escuadra combinada fondeó en Fort de France el 14 de mayo. Del 29 de mayo al 2 de junio el *Atlas* participó en la toma del Diamante, un islote ocupado por los ingleses que entorpecía la navegación aliada por la zona. A continuación la fuerza combinada se dirigió a la Barbada inglesa, donde el 7 de junio sorprendieron y apresaron un convoy de 16 mercantes, cuyos prisioneros informaron que Nelson estaba en la Antillas, por lo que la escuadra franco-española decidió regresar a Europa el día 8.

En el viaje de regreso, la escuadra combinada, compuesta por 20 navíos y otros barcos, fue descubierta y esperada por la escuadra británica de Calder, con la que se enfrentó el 22 de julio en el combate de Finisterre, con el *Atlas* ocupando el puesto número nueve en la línea de batalla entre los navíos, también de 74 cañones, *Mont Blanc* y *Berwick*. En el combate resultaron apresados los navíos españoles *Firme* y *San Rafael*, y el *Atlas* tuvo 15 muertos y 52 heridos, entre éstos el comandante del barco, Rolland, que sufrió graves quemaduras.

Tras algunos días de dudas sobre el rumbo a tomar, el 27 de julio la escuadra combinada fondeó en Vigo, y el día 30 salió de nuevo a la mar hacia Cádiz, pero a la vista de su estado tras el reciente combate y por sus pobres condiciones marineras, el *Atlas* se quedó en Vigo junto con los navíos españoles *América* y *España*, gracias a lo cual se libraron de ser protagonistas del descalabro de Trafalgar el 21 de octubre siguiente. En Vigo, el *Atlas* fue habilitado como buque hospital para alojar provisionalmente unos 1.000 heridos y enfermos mientras no estaban listos los alojamientos en tierra, y parte de su dotación pasó a otros barcos franceses de la escuadra combinada, entre ellos los navíos *Achille* y *Algeciras*.

El 2 de mayo de 1808 se produjo el levantamiento de los españoles contra los franceses y dio comienzo la llamada Guerra de la Independencia, que impuso un giro de 180° a la historia, ya que los que ayer eran aliados españoles pasaban a ser sus enemigos, mientras los acérrimos enemigos de hacía

poco tiempo, los ingleses, pasaban a ser los aliados de España. Entre las primeras acciones de la Armada en dicha guerra estuvo el apresamiento de la escuadra francesa de Rosily el 14 de junio de 1808, formada por cinco navíos y una fragata que continuaban en Cádiz desde el combate de Trafalgar; los seis barcos habían sido reparados a costa de repuestos españoles y se encontraban en muy buenas condiciones.

Poco después fue apresado el *Atlas* en Vigo. Ignorando la situación y creyendo que estaba en puerto amigo, entró en bahía, saludó a la plaza y fondeó. Salió de su error cuando ya era tarde y se vio rodeado de lanchas armadas y listas para el abordaje; comprendiendo que no tenía nada que hacer, se rindió. El relato de la acción, recogido en un documento de la época que narra las actividades de las lanchas armadas, que tantos éxitos habían tenido durante las guerras contra los ingleses y ahora los estaban teniendo contra los franceses, dice así al hablar de su osado proceder:

«...fondeó en la bahía de Vigo el navío de guerra *Atlas*, de 74 cañones y que ya en 1805 había estado en Vigo, después del combate de Finisterre,



Águila para estandarte de la Marina francesa que perteneció al navío *Atlas*. (Museo Naval. Madrid).

formando parte de la escuadra combinada franco-española mandada por el almirante Villeneuve. Saludó a la plaza, que ya creía en poder de las tropas de Napoleón, y poco tiempo después fue rodeado por varias lanchas armadas y tripuladas por marineros de estas riberas, que formaban las fuerzas sutiles creadas con ocasión de la guerra con Inglaterra. No recelaron los tripulantes del navío francés, ya que, como digo, creían que Vigo estaba en poder del emperador y dejaron acercar las pequeñas embarcaciones, suponiéndolas en son de paz y que, sin duda, iban a saludarles. Y así les fue fácil a los valientes marineros vigueses subir a bordo del navío y dominar a la dotación del buque, la cual, cogida por sorpresa, apenas pudo ofrecer resistencia.»

Cuando fue apresado, en el barco se encontraban dos objetos que hoy tienen gran valor histórico y se conservan en el Museo Naval de Madrid: un estandarte de la Marina Imperial francesa y un águila naval para dicho estandarte. Ambos habían sido entregados por Napoleón a una representación del navío *Atlas* —y a las de otros 36 navíos y de varias unidades del ejército— en una solemne ceremonia celebrada en el Campo de Marte el 5 de diciembre de 1804 (14 frimario del año XIII de la República Francesa), en la que estuvo presente Federico Gravina, teniente general de la Armada y en aquellos tiempos embajador de España. Dichos objetos



Estandarte de la Marina imperial francesa que perteneció al navío *Atlas* (Museo Naval. Madrid).

permanecieron en el barco cuando fue trasladado a Ferrol, y fueron enviados al Museo en 1847 procedentes del almacén general del arsenal de dicha ciudad. Del estandarte, que es de seda, sólo se conserva la parte del centro, en la que aparece una corona de laurel rodeando una leyenda en cuatro líneas que dice: *L'Empereur des français au vaisseau L'Atlas*. El águila es de bronce, mide 31 cm de alto, aparece con las alas abiertas y se conserva en buen estado.

El barco sirvió en la Armada basado en Ferrol conservando su nombre francés, *Atlas*, hasta su desguace, iniciado en 1816 y terminado el 17 de mayo de 1817.

Ésta es la curiosa historia de un barco español construido en Cartagena con un nombre, que con el tiempo fue transferido a la Marina de guerra francesa que le cambió el nombre, y al comienzo de la Guerra de la Independencia fue apresado por los españoles cuando por error creyó que estaba entrando en un

puerto en poder de los franceses. Volvió a ser español, y prestó sus servicios en la Armada conservando el nombre francés, hasta su desguace cuando ya llevaba 62 años a flote.



BIBLIOGRAFÍA

- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada española* (volúmenes VII, VIII y IX). Museo Naval de Madrid, 1973.
- ROCHE, Jean-Michel: *Dictionnaire des bâtiments de la Flotte de guerre française de Colbert à nos jours*. Tome I (1671-1870). Toulon, 2006.
- GONZÁLEZ-ALLER HIERRO, José Ignacio: *Catálogo-Guía del Museo Naval de Madrid*. Tomo I. Ministerio de Defensa, Armada Española, Madrid, 2007.
- GONZÁLEZ-ALLER HIERRO, José Ignacio: *La campaña de Trafalgar. Corpus Documental*. Tomo I. Ministerio de Defensa. Armada Española. Madrid, 2004.
- BLANCO NÚÑEZ, José María: *La Armada española en la segunda mitad del siglo XVIII*. Izar Construcciones Navales, 2004.
- ALCALÁ-GALIANO, P.: *El combate de Trafalgar*. Tomo I. Instituto de Historia y Cultura Naval, Madrid, 2003.



SERVICIO DE PUBLICACIONES DE LA ARMADA

